



Melina Vázquez, Pablo Vommaro,
Pedro Núñez y Rafael Blanco (comps.)

Militancias juveniles en la Argentina democrática

Trayectorias, espacios
y figuras de activismo



Militancias juveniles
en la Argentina democrática

Melina Vázquez, Pablo Vommaro
Pedro Núñez y Rafael Blanco (comps.)

Militancias juveniles en la Argentina democrática

Trayectorias, espacios y figuras de activismo

ediciones
**IMAGO
MUNDI**



Colección Bitácora Argentina
DIRIGIDA POR ALEJANDRO FALCO

Melina Vázquez, Pablo Vommaro, Pedro Núñez y Rafael Blanco
(compiladores).

Militancias juveniles en la Argentina democrática. Trayectorias,
espacios y figuras de activismo. 1a ed. Buenos Aires: 2017.

284 p.; 15x22 cm.

ISBN 978-950-793-249-6

1. Juventud. 2. Afiliación Política

CDD 320.5

Fecha de catalogación: 17/11/2016

© Melina Vázquez, Pablo Vommaro, Pedro Núñez y Rafael Blanco
2017.

© 2017, Ediciones Imago Mundi

Ilustración de tapa: collage de fotos de juventudes políticas y de
organizaciones sociales. De los ochenta al presente.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 500 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2017 en
Gráfica San Martín, Pueyrredón 2130, San Martín, provincia de Bue-
nos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada
o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléc-
trico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin
permiso previo por escrito del editor.

Sumario

Melina Vázquez, Pablo Vommaro, Pedro Núñez y Rafael Blanco

Introducción: pensar las militancias juveniles desde los años recientes IX

Parte 1 Lecturas del pasado

1 **Rafael Blanco y Pablo Vommaro**
Otros caminos, otros destinos. Transformaciones en los espacios y prácticas cotidianas de participación juvenil en los años ochenta 1

2 **Mariana Liguori y Analía García**
Un papel protagónico que cumplir. Las juventudes en las políticas públicas de los ochenta en Argentina. 31

3 **Marina Larrondo y Alejandro Cozachcow**
Un llamado a la unidad. La experiencia del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO) en la transición a la democracia 59

4 **Melina Vázquez y Marina Larrondo**
Carreras, retratos y relatos militantes. La transición democrática desde una mirada biográfica. 85

Parte 2 Miradas en perspectiva

5 **Pablo Vommaro y Arley Giovanni Daza**
Jóvenes en territorio. Política y espacialidad colectiva en barrios del sur del Gran Buenos Aires entre los años ochenta y la actualidad 121

6 **Pedro Núñez, Fira Chmiel y Estefanía Otero**
Estilos de hacer política en la escuela secundaria: un estudio de la participación juvenil en dos escenas históricas (1982-1987 y 2010-2015) 153

VIII

Parte 3 Retratos del presente

7	Melina Vázquez, Dolores Rocca Rivarola y Alejandro Cozachcow Fotografías de las juventudes militantes en Argentina. Un análisis de los compromisos políticos juveniles en el Movimiento Evita, el Partido Socialista y el PRO entre 2013 y 2015.. . . .	187
	Sobre las autoras y autores	223
	Referencias	227
	Índice de autoras y autores	249

Introducción: pensar las militancias juveniles desde los años recientes

MELINA VÁZQUEZ, PABLO VOMMARO
PEDRO NÚÑEZ Y RAFAEL BLANCO

El estudio de las militancias y de las distintas formas de activismo y politización juveniles se ha convertido desde la primera década de este siglo en objeto de interés académico tanto a nivel nacional como internacional. Entre fines de los años noventa y comienzos de los dos mil los estudios sobre juventudes se consolidan como campo legítimo de producción de conocimientos en la Argentina, mientras que en el último quinquenio son cada más las investigaciones interesadas por analizar y dar cuenta de las formas de participación y los modos de militar entre las juventudes en diversos ámbitos, tales como los partidos políticos, las organizaciones sociales a nivel territorial, o el movimiento estudiantil secundario y universitario, entre otros. En este espectro de reflexiones se inscribe el presente libro, en el que nos propusimos analizar las militancias juveniles en la Argentina desde la recuperación democrática, focalizando en dos períodos que han sido menos explorados. Por un lado, los años ochenta, cuando se producen las primeras experiencias y movimientos que impulsan – aún en dictadura – la recuperación de la democracia. Por otro lado, los últimos años de los gobiernos kirchneristas, surcados por reconfiguraciones políticas que tuvieron lugar luego de la crisis del año 2001.

Ambos períodos resultan menos estudiados frente a la proliferación de trabajos que abordaron la década de 1990 y los primeros años de este siglo. Dichos trabajos tematizaron relaciones entre

juventudes y participación política con base en dos grandes figuras. En primer lugar, la de la juventud *apática* y *desinteresada* por las formas tradicionales de la política; esto es, los partidos, los sindicatos, las iglesias, entre otras. En segundo lugar, la figura de la juventud politizada que impugna en términos militantes estos espacios de participación, al tiempo que ensaya modos organizativos alternativos en torno a definiciones tales como la *autonomía política*, el impulso de dinámicas asamblearias, participativas o la realización de acciones directas, *performáticas*, que apuestan a la visibilidad pública. Estos trabajos permitieron fundar un nuevo arco de indagaciones en el interior del campo más amplio de estudios sobre juventudes, en el que se abordaron las formas de organización y participación juvenil destacando la *novedad* de las experiencias estudiadas. Asimismo, un rasgo de las investigaciones que se centraron en los períodos para los que existe una mayor producción de conocimiento es el énfasis en las prácticas culturales juveniles «más allá» de su dimensión política. En otros términos, la exploración de la dimensión cultural imbricada en las acciones y proyectos colectivos desarrollados por los y las jóvenes, sobre todo en experiencias territoriales pero sin atender a las articulaciones con los ámbitos laborales, gremiales o sindicales y político partidarios.

No obstante, una trama alternativa de sentidos y experiencias en torno a las formas de organización juvenil, en la que este trabajo se inscribe, se fue articulando en los años recientes. Durante los gobiernos kirchneristas (2003-2007, 2007-2011, 2011-2015) se produjo una renovada discursividad acerca de la militancia juvenil, tanto del presente como del pasado. A su vez, acontecimientos tales como el denominado «conflicto del campo» en el año 2008, el asesinato de Mariano Ferreyra – joven militante del Partido Obrero – en una protesta social en 2010, la muerte de Néstor Kirchner en el mismo año o la campaña presidencial de 2011 en la que Cristina Fernández de Kirchner obtuvo su reelección, fueron configurando hitos que marcaron nuevos ciclos de movilización e ingresos a la militancia juvenil. Para las elecciones presidenciales de 2011 se puede señalar la producción de las juventudes como parte de los proyectos políticos partidarios en la campaña. Más concretamente, se reconoce tanto la incorporación de jóvenes en cargos legislativos expectantes como así también la visibilización de las juventudes y la juvenilización de las campañas. Desde entonces, se volvió central la reconfiguración del sistema de partidos y la revitalización de sus espacios juveniles,

como se puede advertir en la conformación de un ala juvenil no vinculada en su narrativa a tradiciones partidarias – como Propuesta Republicana (PRO) – así como la formación de una heterogénea coalición electoral que ganó los comicios nacionales en 2015. Emergieron, así, nuevos y otros relatos sobre la militancia y el lugar de las juventudes en los procesos de movilización que es importante documentar y comprender.

Estos procesos nutrieron un conjunto de reflexiones y análisis en los estudios sobre juventudes y participación política, muchos de los cuales volvieron a trabajar desde la idea de *novedad* para entender la emergencia de los compromisos políticos. En estos, la contraposición con las experiencias de los años noventa llevaba a mostrar la importancia de los activismos vinculados con espacios político partidarios, las relaciones con gestiones de gobierno – nacional, provincial y local – con diferentes orientaciones político ideológicas y la resignificación tanto de la lectura política como del repertorio de las acciones militantes en relación con el Estado.

A su vez, en la última década se revitalizaron trabajos que abordan los procesos de politización en diferentes espacios como las organizaciones territoriales, los movimientos de derechos humanos, estudiantiles, sindicales y, como ya señalamos, la participación en partidos políticos (Blanco 2016b; Núñez 2015; Vázquez y P. Vommaro 2012). En esta línea de investigaciones podemos ubicar aquellas que abordan las complejas relaciones entre la condición juvenil y la acción colectiva, ya sea a partir de la participación de jóvenes en organizaciones territoriales – que surgieron a mediados de la década de los noventa y se transformaron luego de los sucesos de 2001 y la recomposición política pos 2003 – (P. Vommaro 2010); los compromisos que asumen en las instituciones clásicas del mundo político signadas por nociones como democracia, representación y ciudadanía (sobre todo en juventudes partidarias y ONGs); o el activismo sindical tanto en gremios existentes donde se producen disputas generacionales, como en los nuevos sindicatos en los que el protagonismo juvenil se despliega desde su conformación y su involucramiento con diversas políticas públicas, es decir, ya no solo como beneficiarios o receptores sino como agentes activos que encuentran en esta arena estatal un espacio legítimo de militancia (Vázquez 2015b). De esta manera, se han realizado varios trabajos que destacan los múltiples vínculos existentes entre las formas de participación y militancia juveniles en los últimos diez años y el

proceso de recomposición estatal que se produjo en el período, destacándose los compromisos asumidos en espacios de gestión gubernamental (Bonvillani *et al.* 2010) y el proceso de constitución de la juventud como una causa pública que produce adhesiones y movilización política (Vázquez 2013).

Es esta interpretación acerca de la relación entre juventudes y política en los últimos años la que nos llevó a explorar, en la investigación que da lugar a este libro, los años ochenta. La militancia juvenil en democracia en relación con los partidos políticos, las políticas públicas y la recomposición democrática del Estado, aparecen como ejes comunes que permiten poner en relación – desde una mirada procesual, comparativa y atenta a la singularidad – ambos períodos. Esta puesta en relación de dos períodos menos explorados busca así aportar otras miradas respecto de las formas de activismo juvenil en democracia, que complejicen las consagradas para aquellos momentos más estudiados.

Nuestros años ochenta y el pasado inmediato

Los dos ciclos en los que se detiene el análisis de las militancias juveniles en democracia que realizamos en este libro revisten algunos rasgos particulares que creemos que es importante destacar. En primer lugar, nos interesó revisitar los años ochenta introduciendo específicamente la pregunta por las causas y los repertorios de acción juveniles, las articulaciones con el Estado y el vínculo con las juventudes políticas de los años setenta desde la experiencia de militancia en diversos espacios de la naciente democracia. Más concretamente, nos centramos en el ciclo que se abre con la denominada *primavera democrática* – con la reapertura de la vida pública, las elecciones y la restauración democrática – en el que se configura una experiencia generacional común en términos políticos por parte de las juventudes de la época. El activismo juvenil que se despliega en ese contexto, sin embargo, encuentra condiciones de finalización en la segunda mitad de la década. El declive del activismo juvenil, y el entusiasmo militante en general, se visualiza en el creciente desencanto con las expectativas depositadas sobre el gobierno democrático frente a un complejo escenario en el que se combina la crisis económica y de la deuda externa (que lleva a profundizar los esquemas de ajuste impuestos por el FMI) y la sanción de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, en 1986 y 1987

respectivamente, que fueron interpretadas como leyes que abrieron paso a la impunidad y contrarrestaron los efectos del denominado Juicio a las Juntas de 1985. Dichos acontecimientos generaron fuertes oposiciones y repudios en las juventudes militantes, que se evidenciaron incluso en las ramas juveniles del partido en ejercicio del gobierno. Se crearon, así, las condiciones para la emergencia de un creciente desencanto con el sistema democrático, así como también con las expectativas de bienestar en este depositadas.

En cuanto a la literatura disponible, son escasos los estudios que abordaron las formas de militancia juvenil en los años ochenta, en especial en relación con los sentidos construidos sobre la democracia y la participación así como también en el movimiento estudiantil y las organizaciones territoriales. Todavía menores son los trabajos que abordan similitudes y diferencias en las maneras de conceptualizar a las juventudes, las causas militantes y los hitos político-sociales reconocidos por los protagonistas.

La revisión de los estudios existentes acerca de ese período fue objeto de un trabajo reciente (Blanco *et al.* 2014) en el que exploramos tanto las líneas investigativas sobre esa década, como los trabajos realizados en aquellos años, indagando cuáles son las visiones del período en su propio devenir. En un rápido recorrido podemos identificar para los años ochenta estudios de diagnóstico sobre las juventudes y sus principales características (Braslavsky 1986; Clementi 1982), sobre las producciones culturales (Vila 1989) y acerca de la participación político partidaria juvenil (Altamirano 1987; Leuco y Díaz 1987). También existen trabajos que indagan en las agrupaciones juveniles territoriales (Calderón y Jelin 1987; P. Vommaro 2009, 2010) y en el movimiento estudiantil (Berguier *et al.* 1986; Toer 1988).

Al explorar la producción académica se vuelve relevante mencionar los aportes realizados para la comprensión de la movilización social y política en el período sobre grupos vinculados a la defensa de los derechos humanos (Jelin 1989), así como también de aquellos otros que mostraron los efectos que produjo la derrota en la guerra de Malvinas sobre el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (Guber 2009; Lorenz 2015). Así, el proceso de movilización que se visibiliza tras la guerra de Malvinas, en el que se reconoce un marcado protagonismo juvenil, abre la transición a la democracia. En este contexto acontecen protestas sociales emblemáticas en el período, como los vecinazos (González Bombal 1988; Jelin 1989) y

acciones colectivas constituidas desde el territorio, como las tomas de tierras y la construcción de asentamientos en el sur del Gran Buenos Aires (Izaguirre y Aristizábal 1988). No identificamos en los trabajos realizado en la época una tematización de las acciones colectivas en clave juvenil, con excepción de algunos importantes, como el de Altamirano (1987) sobre la Junta Coordinadora Nacional de la UCR, el libro compilado por Jelin (1989) en el que propone pensar a las juventudes en tanto movimiento social y las obras de Toer (1988) sobre la militancia estudiantil universitaria.

Estudios recientes sobre aquellos años se preocuparon por analizar las características de las juventudes que se socializan durante los primeros años de la democracia, mostrando las particulares modalidades en las que construyen la idea de la nación de acuerdo con la perspectiva escolar tradicional (Kriger 2010). Asimismo, se han estudiado las prácticas participativas en espacios partidarios y sindicales (Muiño 2011a,b; Pozzi 1988), estudiantiles de nivel medio (Enrique 2011; Larrondo 2015), así como también los diferentes espacios de participación y los hitos que configuran generacionalmente la militancia (P. Vommaro y Cozachcow 2015) y las carreras de militancia de los activistas durante la transición democrática (Larrondo y Vázquez 2015). Vale la pena destacar el aporte de Ollier (2009), quien estudia las reconversiones de las identidades políticas de los militantes exiliados vinculados a la nueva izquierda cuando regresan a la Argentina ya en democracia. Sin embargo, en este trabajo el interés es comprender el impacto y los aprendizajes que conlleva para los militantes socializarse en las nuevas reglas del juego democrático y no tanto indagar cómo se configuran las militancias generacionales en democracia.

Observamos, por último, una marcada tendencia hacia la realización de estudios sincrónicos, es decir, basados en casos singulares. Con algunas excepciones (Bonavena *et al.* 2007; Manzano 2011; Urresti 2000) la dimensión temporal no aparece como un factor tematizado o recuperado en los análisis de las características de las prácticas políticas juveniles. Tampoco identificamos trabajos que pongan en relación, comparen o establezcan vinculaciones entre diferentes momentos históricos en los últimos treinta años de historia argentina.

En relación con el segundo período trabajado, la referencia al pasado inmediato engloba los años que se abren en 2008 y se extienden hasta 2015. Aquí comenzó a hacerse visible y tematizarse

socialmente la participación política de *las juventudes*, ya como sujeto plural. En efecto, en dichos años no solamente se reactualizan los usos de la categoría juventud(es), sino que además se constata tanto la emergencia como la revitalización de espacios de juventud en el marco de movimientos, colectivos y partidos políticos pre-existentes (Vázquez 2015b; Vázquez y P. Vommaro 2012). Si bien la perspectiva de los propios jóvenes militantes aparece entrelazada en las narrativas a hechos vividos como hitos en las experiencias sociales y personales – tales como las protestas de 2001, en algunos casos, y 2003, por ser el año de inicio de la gestión de Néstor Kirchner, en otros – desde nuestras investigaciones identificamos que el ciclo actual de movilización e ingreso a la militancia juvenil se abre alrededor de 2008.

En este período, que constituye un segundo momento destacado en el libro, observamos que la militancia juvenil aumenta su visibilidad pública a través de nuevos y viejos grupos que destacan la condición juvenil de sus miembros y se autoidentifican a partir de la dimensión generacional, así como también se constata la exaltación de la juventud como atributo por parte de los adultos (Vázquez 2013; Vázquez y P. Vommaro 2012). A su vez, encontramos una coyuntura en la cual se produce un proceso de recomposición de la capacidad de gestión del Estado y de la política formal, que tiene como centro a los espacios político-partidarios. Allí la juventud se convierte en una categoría política destacada, una de las principales invocaciones para el reclutamiento militante y en un criterio de legitimidad del quehacer político.

Al mismo tiempo, las organizaciones territoriales perviven sosteniendo sus prácticas y espacios, aunque con interesantes reconfiguraciones en relación con los modelos organizativos predominantes en el año 2001 (P. Vommaro 2015). En algunos casos, articulan sus acciones en el marco de agrupaciones político partidarias más amplias; en otros profundizan el trabajo situado en territorios y ámbitos barriales abarcando aspectos culturales y expresivos, así como problemáticas situadas y logrando articulaciones con otros ámbitos de participación juvenil como la escuela secundaria o la universidad.

Por su parte, en durante los últimos años la escuela secundaria se consolidó como un espacio receptor de un conjunto de políticas públicas, de impacto dispar, que buscaron impulsar y a veces regular y orientar la participación política juvenil. El movimiento estudiantil

secundario protagonizó, luego de 2008, reclamos que incluyeron un repertorio novedoso que articuló prácticas de mayor horizontalidad y creatividad como graffitis, *stencils* o espacios en las redes sociales y que privilegió las acciones directas como las tomas de escuela y el poner el cuerpo por sobre los mecanismos institucionales. A pesar de su mayor visibilidad, estas protestas se concentraron en algunas escuelas más que en otras, generalmente en aquellas de mayor tradición y presencia del movimiento estudiantil en períodos anteriores (Núñez 2013). Aunque sin desaparecer ni diluirse, el centro de estudiantes como forma organizativa por excelencia, cobró otros sentidos y fue alternativizada por espacios más moleculares y menos formalizados. En este escenario emergieron diferentes reclamos, con preeminencia de las cuestiones de infraestructura y aspectos curriculares, así como también distintas formas de participación de acuerdo al tipo de institución educativa, dando cuenta de las líneas de diferenciación y de las crecientes desigualdades en el sistema educativo argentino de los últimos años.

Aunque es indudable que las juventudes vinculadas a espacios kirchneristas se convirtieron en una de las manifestaciones más visibles del ciclo de politización y movilización juvenil luego de 2008, la revitalización de la militancia de los y las jóvenes está lejos de ser patrimonio exclusivo de un espacio o agrupación política y la encontramos en partidos tan disímiles en términos ideológicos y organizativos como el PRO, el Partido Socialista o colectivos pertenecientes a la izquierda trotskista. En efecto, la legitimación militante de las juventudes es concomitante con la emergencia de disputas por el monopolio de su representación política (Vázquez 2015b), así como con el surgimiento de una heterogeneidad de formas de militancia, de causas y de demandas protagonizadas por estudiantes, organizaciones territoriales y diferentes grupos al interior de partidos políticos revitalizados, así como también por agrupaciones que tensionan fronteras y cruzan dimensiones y prácticas. Se producen, así, diversas experiencias de militancia juvenil situada de las que este libro da cuenta.

De acuerdo con lo dicho, el presente trabajo es resultado de las inquietudes colectivas por comprender y comparar las formas de militancia en los ochenta y los dos mil avanzando en la identificación de elementos comunes y disímiles en ambas décadas. Asimismo, nos proponemos recorrer diferentes ámbitos donde las juventudes despliegan sus prácticas políticas, pensar estos espacios

como terrenos porosos con delimitaciones difusas y flexibles y así dar cuenta de los itinerarios y las trayectorias de los grupos y las militancias en el período, combinando miradas diacrónicas con focalizaciones sincrónicas.

El equipo y la investigación que llevamos a cabo

En el año 2012 conformamos el Equipo de Estudios Políticas y Juventudes (EPoJu) en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, espacio en el cual nos reunimos investigadores, becarios, tesistas y estudiantes con diferentes trayectorias, perspectivas y formación congregados por un interés común: estudiar las formas de politización juvenil, las militancias y sus despliegues en distintos ámbitos.^[1] Este libro fue posible gracias a la posibilidad de contar con un espacio de trabajo al interior del Instituto, así como también por la oportunidad de acceder a documentación bibliográfica, organizar actividades de discusión y contar con un ámbito de debate e intercambio con colegas en la UBA. También queremos reconocer el apoyo brindado por el CONICET, institución pública en la cual algunos integrantes del Equipo nos desempeñamos como investigadores y otros como becarios doctorales.

A partir de la conformación de este espacio, contamos con una variedad de proyectos en relación con cuya ejecución pudimos desarrollar un extenso trabajo de campo que dio origen a la investigación que sustenta este libro. Hacemos referencia al PICT 2012-1251 «Activismo y compromiso político juvenil: un estudio sociohistórico de sus experiencias políticas y militantes (1969-2011)» (dirigido por Melina Vázquez); PICT 2012-2751 «Juventud, política y nación: un estudio sobre sentidos, disposiciones y experiencias en torno a la política y el proyecto común» (dirigido por Miriam Kriger, Pablo Vommaro, Pedro Núñez y otros), el UBACyT 20020130200085BA «Jóvenes militantes y espacios juveniles en agrupaciones político partidarias: una aproximación a las formas de compromiso juvenil luego de la crisis de 2001» (dirigido por Melina Vázquez y codirigido por Pablo Vommaro), a los voluntariados «Estudiantes secundarios»

[1] Es importante señalar que el EPoJu surge a partir de la experiencia del Grupo de Estudios Sobre Protesta Social y Acción Colectiva (GEPSAC), dirigido por Federico Schuster, en el que nos formamos algunos de los investigadores del equipo.

y «Memoria histórica de Solano» (dirigidos por Pablo Vommaro) y al UBANEX «Juventudes, políticas y políticas públicas de juventud en la Argentina actual: aportes para el fortalecimiento de las experiencias organizativas entre estudiantes secundarios» (dirigido por Federico Schuster y codirigido por Pablo Vommaro).

A lo largo de estos años trabajamos con cinco tipos de materiales diferentes: encuestas, entrevistas, fuentes secundarias (como documentación sobre políticas de juventud y documentos producidos por diferentes organizaciones), registros de eventos y material de prensa; además de revisiones bibliográficas.

En primer lugar, realizamos un total de 770 encuestas a jóvenes militantes de espacios político partidarios (como el PRO, el Partido Socialista, el Movimiento Evita y Nuevo Encuentro), territoriales (como el Frente de Organizaciones en Lucha, de Buenos Aires la Biblioteca Pocho Lepratti y el Movimiento Giros, ambos de Rosario), a jóvenes estudiantes de escuelas secundarias (tres de ellas en la ciudad de Buenos Aires y dos de la ciudad de Rosario) y, finalmente, a jóvenes estudiantes de nivel medio vinculados con la implementación de políticas públicas de juventud de la ex Dirección Nacional de Juventud (DINAJU), del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y del Ministerio de Educación de la Nación. El trabajo con las encuestas nos permitió explorar los perfiles militantes atendiendo a sus características sociodemográficas, la situación en relación con el mercado de trabajo y el sistema educativo, los inicios en la militancia, sus redes de relaciones personales, itinerarios militantes y los sentidos que construyen en relación con la participación, la política y el Estado.

En segundo lugar, realizamos treinta y seis entrevistas individuales de carácter biográfico a jóvenes militantes en diversos ámbitos durante los primeros años de la década de los ochenta (pertenecientes a espacios tales como el Partido Intransigente, la Franja Morada, la Juventud Radical, el Movimiento al Socialismo, la Juventud Peronista, la Federación Juvenil Comunista y militantes del secundario) y veinte entrevistas a militantes de los años dos mil vinculados con los espacios juveniles del PRO (de la ciudad de Buenos Aires y de Rosario), de la Juventud Peronista Evita y del Movimiento Universitario Evita (de la ciudad de Buenos Aires) y de La Cámpora (de la ciudad y de la provincia de Buenos Aires). Asimismo, entrevistamos a militantes y delegados estudiantiles de diferentes escuelas de nivel medio de la provincia de Santa Fe y de Buenos Aires, como

los ex Colegios Nacionales de San Isidro, Sarmiento y Saladillo, el Colegio Carlos Pellegrini, la Escuela Politécnica de Rosario, entre otras. En relación con la militancia territorial, entrevistamos militantes del Movimiento Hagamos lo imposible (HLI) y el Frente de Organizaciones en Lucha (FOL). Finalmente, entrevistamos a trabajadores y funcionarios vinculados con las áreas de políticas públicas de juventud en el Estado nacional, centralmente aquellas en las cuales observamos una marcada presencia de militantes y/o en las cuales se impulsaban regulaciones socioestatales destinadas a promover la participación y la organización de las juventudes. Esto es, las llamadas *políticas participativas* (Balardini 2004; Krauskopf 2005; Vázquez 2015a).

Las entrevistas permitieron reponer las trayectorias de participación en las experiencias biográficas de las personas entrevistadas y reconstruir desde una perspectiva sociohistórica la génesis y el funcionamiento de espacios y experiencias de participación política juvenil, atendiendo a las marcas que posibilitaron dar cuenta de las características del activismo juvenil en los períodos históricos y ámbitos de militancia que aborda este libro.

El tercer tipo de fuente con la que trabajamos son documentos e informes sobre las políticas públicas de juventud en la Argentina e Iberoamérica, varios de los cuales pertenecían al Centro Nacional de Información y Documentación Juvenil (CENID), organismo creado en 1987 y que funcionó bajo otras denominaciones hasta el año 2008. Estos materiales se encontraban en depósitos de la actual Subsecretaría de Juventud de la Nación y durante 2015 – gracias a la gestión de la Alicia Moscardi, Marcelo Ábalos y Mabel Bellucci, trabajadores de la Subsecretaría de Juventud de la Nación – fueron donados al EPoJu-IIGG para ser relevados, clasificados y puestos a disposición de consulta pública junto con el Centro de Documentación e Información del IIGG. Entre las fuentes documentales también analizamos revistas estudiantiles (*Aristócratas del saber*, entre otras), afiches, volantes y documentos provistos por las personas entrevistadas así como diversos materiales producidos por organismos nacionales, provinciales y municipales de juventud.

En cuarto lugar, contamos con una serie de registros de campo (escritos y audiovisuales) de eventos realizados en el marco de la implementación de políticas públicas de juventud a nivel nacional destinadas a promover la participación política juvenil entre estudiantes secundarios (como los talleres de la línea de acción

Organizarnos para Transformar de la Dirección Nacional de la Juventud realizados en Posadas, Misiones, en Tornquist y en Pergamino, provincia de Buenos Aires, y el Encuentro Nacional de Centros de Estudiantes que llevó adelante el Ministerio de Educación de la Nación en Embalse, Córdoba, en noviembre de 2014), en espacios juveniles de partidos políticos (como los Campamentos Nacionales de la Juventud Socialista en la ciudad de Paraná, en enero de 2013, en Mar del Plata en enero de 2015 y el encuentro organizado por la Juventud Peronista Evita en el Congreso de la Nación el 8 de mayo de 2015, en conmemoración del Día contra la Violencia Institucional, así como también el acto de cierre de campaña de las elecciones Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias de 2013 de la Juventud del Pro en la ciudad de Buenos Aires). Además, tomamos registros en encuentros y jornadas de trabajo impulsadas por organizaciones territoriales, como Hagamos lo Imposible (HLI), el Frente de Organizaciones en Lucha (FOL) y la Asociación de Familiares y Amigos de Agustín Ramírez, todas en el municipio de Quilmes, provincia de Buenos Aires, entre otros. Dichos registros permitieron comprender las características del tipo de eventos políticos de los que participaron las juventudes en la Argentina de los últimos años, explorando formas de sociabilidad y encuentro generacionales, estrategias de identificación y diferenciación de otros grupos sociales, discursos, prácticas, estéticas políticas y el modo en que se articula la construcción de vínculos – entre pares y con adultos – en la producción de los espacios de juventud.

En quinto lugar, trabajamos sobre un conjunto de materiales de prensa, algunos de los cuales fueron facilitados por los entrevistados que fueron militantes juveniles durante la transición democrática y, otros fueron recolectados por medio de un trabajo de revisión de archivo realizado por integrantes del Equipo. Cabe señalar, en este sentido, los materiales sobre la Juventud Universitaria Intransigente, facilitados por Franco Quinziano (militante juvenil en el Partido Intransigente durante los ochenta) y sobre el Movimiento de Juventudes Políticas que nos facilitó Alejandro Barthe (secretario general de la Juventud Intransigente en los mismos años).

Para el análisis, adoptamos una perspectiva de carácter socio-histórico (Offerlé 2011) para comprender las lógicas de la acción colectiva y el activismo juvenil en un contexto de invención de una tradición democrática de militancia que se sostiene – con discontinuidades, rupturas y transformaciones – desde 1983 hasta el

presente. Concretamente, nos interesó registrar un conjunto de experiencias que permitieran explorar cómo participaron las juventudes desde los inicios de los años ochenta hasta la actualidad y, en relación con esto, establecer e identificar relaciones de continuidad y ruptura entre las diferentes experiencias de militancia. Así, pudimos reconocer el sentido situado de varias categorías vinculadas con la organización política de las juventudes que reconocían significados y connotaban acciones diferentes en distintos momentos, como se constata en la resignificación de términos centrales para nuestra investigación como los de *militante*, *política* y *democracia*.

La mirada sociohistórica, por un lado, y el estudio del activismo, por otro, nos ofrecieron herramientas para poder abordar elementos comunes entre experiencias distantes en el tiempo y heterogéneas entre sí. La sociología del compromiso militante (Agrikoliansky 2001; Fillieule 2001; Fillieule y Mayer 2001; Pudal 2011) permitió tomar el activismo como unidad de análisis, antes que los grupos como unidades compactas y homogéneas. Así, pudimos observar quiénes son los y las jóvenes militantes, cuáles son sus recorridos e itinerarios, cómo militan, en qué espacios, en torno a qué causas, por medio de qué hitos se inician en la participación, cuáles son los repertorios de acción que movilizan y configurar las principales características de lo que podemos denominar experiencia generacional de militancia, así como también comprender los alejamientos del activismo. Todo esto, en síntesis, favoreció la construcción de una mirada que tiende a desnaturalizar una supuesta disposición política de las juventudes (ya sea al compromiso o a la apatía) mostrando, en todo caso, cuáles son las condiciones objetivas y las disposiciones subjetivas que hacen que una determinada experiencia social de participación sea posible en un momento específico (Pudal 2009).

En este sentido, las juventudes se fueron constituyendo en un elemento a desentrañar como parte de – y en relación con – la construcción social y política del activismo, antes que como atributo definido *a priori* sobre la base de elementos biológicos o etarios que determinan o condicionan en algún sentido el comportamiento de las personas. Por ello, desde la investigación se procuró evitar la homogeneización de las militancias de acuerdo con un único modelo, propiciando la posibilidad de desplegar y poner en relación investigaciones particulares que abordaran las heterogéneas maneras de militar en un momento del tiempo – desde una mirada

sincrónica – a la vez que recuperar una perspectiva temporal para el estudio del activismo juvenil en el tiempo, brindándonos herramientas para explorar configuraciones generacionales, así como también transformaciones en las modalidades de tramitar los compromisos. Esto mismo permitió historizar y dar cuenta de cambios específicos en las maneras de participar en tres espacios específicos: el educativo, el barrial/territorial y el político-partidario.

La indagación propuesta en los dos períodos mencionados nos resulta interesante en otros dos sentidos. En primer lugar, porque el análisis histórico basado en miradas sincrónicas nos permite reponer y comprender la temporalidad de la movilización política. En otros términos, la mirada sociohistórica y la (re)construcción de los ciclos en los cuales observamos tanto el crecimiento como la retracción de los compromisos y la transformación de las razones por las que vale la pena militar permite acceder a una mirada dinámica que combate toda lectura estática y reificada de las militancias juveniles. Esto supone el interesante desafío de pensar a las juventudes de manera situada en un contexto político y de activismo en particular, al mismo tiempo que reponer los elementos que diferencian estas maneras de tramitar los compromisos de otras categorías de construcción de las identificaciones posibles.

En segundo término, la pregunta por el activismo juvenil desde una mirada temporal y situada en dos coyunturas democráticas particulares nos permite pensar cómo se construyen las generaciones políticas en democracia y en qué sentido las diferentes coyunturas sociopolíticas habilitan la producción de experiencias y proyectos militantes que son específicos pero entre los que se puede encontrar una trama política común. Como propone Eduardo Rinesi

«... más allá de las muchas diferencias que sería posible establecer entre ambas épocas (hoy no pensamos la democracia como conquista de la libertad, que rige plenamente, sino como aplicación de los derechos; hoy no oponemos la democracia a la prepotencias de un Estado que amenaza aquella libertad, sino que la hacemos recostar sobre las bondades de uno que busca garantizar esos derechos), lo que hoy, igual que entonces, está en el centro de la discusión es la pregunta acerca de lo que debemos entender por una sociedad democrática» (Rinesi 2014, pág. 13).

Al mismo tiempo, la mirada comparativa, o la lectura del pasado habilitada desde preguntas del presente, nos invita a descubrir cómo se transmite el peso de otras generaciones y legados políticos en

la socialización política, en general, y en la militante en particular. Tal como se observa, por ejemplo, en las diferentes valoraciones acerca de la militancia revolucionaria y la lucha armada entre los activistas de los años ochenta y entre quienes se inician en la vida militante en la última década.

Descripción de la organización del libro y de los capítulos

El libro incluye siete capítulos, organizados en tres partes. Cada artículo focaliza sobre una experiencia de militancia juvenil o un momento histórico singular que se inserta en una trama más densa y compleja. Esto vuelve a los diferentes trabajos complementarios en la medida en que dialogan y permiten (re)construir un paisaje de cada momento y del período de treinta años desde una perspectiva procesual. Al mismo tiempo, densifican y desentrañan aspectos particulares y lógicas específicas del activismo juvenil en espacios políticos, territoriales y estudiantiles.

El primer capítulo, de Rafael Blanco y Pablo Vommaro, realiza una aproximación microsociológica al universo del activismo juvenil en los primeros años ochenta explorando las transformaciones en la vida cotidiana, en los consumos culturales, en la construcción de relaciones y redes de pertenencia, en el paso por la vida universitaria y las específicas vinculaciones entre estas y el desarrollo de modos específicos tramitar los compromisos militantes. El texto nos acerca al universo de la militancia en un registro vivido, al mismo tiempo que presenta sugerentes hipótesis acerca de las principales transformaciones personales, colectivas y políticas del período en el cual la democracia se configura como un horizonte de sentido y como una expectativa en la vida de los y las jóvenes. Despliega así, en un amplio espectro de grupos, colectivos y escenas, los sentidos que se construyen acerca de ser militantes en un marco de las instituciones políticas democráticas pero sobre todo en un contexto de democratización de diversas esferas de la vida. Asimismo, este artículo permite tematizar y hacer evidentes algunos de los principales desplazamientos y reconfiguraciones en las maneras de entender los compromisos políticos luego de la última dictadura militar y en un contexto en el que se comienza a hacer una incipiente interpretación común acerca del activismo juvenil en las décadas de los sesenta y setenta. Explora y se interroga, así, sobre la conformación de un nuevo *ethos* militante juvenil en un

momento complejo en el cual se detecta tanto la apertura a «nuevos escenarios posibles» como las limitaciones que reconoce la promesa democrática hacia fines de la década de los ochenta.

El segundo capítulo, de Mariana Liguori y Analía García, analiza la configuración de lo juvenil en el proceso de creación de los organismos nacionales de juventud, considerando el contexto sociopolítico nacional y regional, el rol de las agencias internacionales y los debates y dinámicas institucionales que allí se manifiestan. El artículo da cuenta de los diferentes actores que intervienen en la gestión a partir de la interrelación entre trabajadores intermedios, intelectuales, militantes y expertos, en momentos en que la cuestión juvenil se incorpora en la agenda pública de la época de manera concomitante al proceso de democratización, que se conjugó con el impulso de una renovación de la cultura política. Las autoras muestran el papel de las juventudes partidarias en la gestión estatal, la apertura de la esfera estatal a la participación de las juventudes de distintos colores políticos a partir de una revalorización de la democracia y los mecanismos institucionales de tramitación de los conflictos, prestando atención a los hitos y antecedentes que contribuyen a generar las condiciones de posibilidad para la creación de la Subsecretaría Nacional de Juventud (SSNJ) a fines de los años ochenta. Así, dan cuenta de una marca de origen de los organismos sectoriales de juventud que se distingue por su apelación a los saberes intelectuales y saberes expertos en tanto elementos claves para concebir a las políticas públicas juvenil.

El tercer capítulo, de Marina Larrondo y Alejandro Cozachcow, estudia la experiencia del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO), expresión de las representaciones juveniles de los partidos políticos en los primeros años de la transición democrática. Su trabajo reconstruye las condiciones de posibilidad de una confluencia inédita entre dirigentes juveniles de diferentes partidos políticos a nivel nacional, haciendo hincapié en su carácter generacional, el *aprendizaje* en base a ensayo y error de las reglas del juego democráticas y la reconversión de las trayectorias de militancia donde comienzan a predominar las crítica a la lucha armada, la revalorización de la democracia y la búsqueda de la unidad en la acción en la construcción de espacios institucionales. El artículo muestra el desplazamiento de una lógica de la movilización en las calles, propia del período 1982-1985, a una del «acuerdo entre cúpulas», que fue la que prevaleció en los años 1986 y 1987 y que, paradójicamente,

culmina en fuertes desacuerdos en los que la experiencia se diluye; dando cuenta de una experiencia política de construcción arriba hacia abajo y centralizada en Buenos Aires, expresión de los límites de este tipo de experiencias.

El cuarto capítulo, de Melina Vázquez y Marina Larrondo, analiza desde una perspectiva biográfica las carreras militantes de cuatro jóvenes activistas que participan de diferentes espacios juveniles de partidos políticos centrales en los debates durante la recuperación democrática: la UCR, el MAS, el PJ y el PI. La particularidad del enfoque mediante el que se analizan estas trayectorias permite atender a la confluencia en un mismo recorte temporal de las diferentes formas que adquiere el devenir militante debido a los distintos perfiles sociales de procedencia, a los modos de inserción militante y momentos de ingreso al activismo. Un punto central en el que el artículo se detiene refiere a las formas de readaptación en los años ochenta de quienes contaban con experiencias de militancia en las décadas anteriores (que involucran no solo los debates y experiencias sobre la lucha armada sino también el exilio, la cárcel o la clandestinidad), y deben – en contraste con quienes inician su carrera en democracia – reconvertir en parte sus repertorios de acción y causas militantes en el nuevo ciclo democrático.

El quinto capítulo, de Pablo Vommaro y Arley Giovanni Daza, se detiene en las formas territoriales de producir política en clave generacional a lo largo de tres décadas en la zona sur del Gran Buenos Aires. Para ello analiza diferentes experiencias de participación y militancia territoriales que marcan trayectorias de politización no institucionales producidas en el partido de Quilmes: las Comunidades Eclesiales de Base en los años ochenta, el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD-Solano) en los años noventa, el Frente de Organizaciones en Lucha (FOL) y los jóvenes qom organizados en la comunidad Yapé para el período pos 2001. Si bien estas experiencias organizativas poseen particularidades debido a sus condiciones epocales de emergencia, sus formas organizativas y sus repertorios de acción, en este capítulo se destaca como elemento común entre ellas la emergencia de una memoria territorial gestada en Quilmes, una tradición resistencia que trama una identificación compartida entre jóvenes de diferentes grupos, lo que posibilita – sin disolver las diferencias – procesos de lucha, politización y comunitarismo en un territorio compartido.

En el sexto capítulo encontramos el trabajo de Pedro Núñez, Fira Chmiel y Estefanía Otero, quienes exploran las formas de participación política juvenil en la escuela media argentina, enfocando la atención en el movimiento estudiantil secundario como actor central de los procesos sociopolíticos contemporáneos. El trabajo se centra en dos momentos: los primeros años de la denominada transición democrática (1982-1987) y los últimos años de los gobiernos kirchneristas (2010-2015). En ambos cortes sincrónicos, sin perder la mirada procesual, los autores avanzan sobre las reconfiguraciones del movimiento estudiantil secundario, incluyendo la relación con los marcos normativos de cada período y la consolidación de diferentes figuras de ciudadanía que condensan los sentidos sobre la militancia y la participación en la escuela media. El trabajo sostiene que durante la transición democrática prevalecieron las formas de participación estudiantil organizadas alrededor de los centros de estudiantes recientemente legalizados, mientras que hacia fines de los dos mil se produjo un desplazamiento hacia otros modos de organización caracterizados por la búsqueda de la participación y la acción directa, así como por la emergencia de grupos más reducidos y descentralizados. Estas transformaciones en el espacio escolar dan cuenta de un amplio espectro de formas de participación que expresan la emergencia de diferentes figuras de ciudadanía. Incorporando diversas dimensiones al análisis, este texto busca tanto comprender los estilos de hacer política predominantes en cada época desde una mirada generacional y situada, así como identificar las continuidades y diferencias entre ambas coyunturas.

El séptimo capítulo de Melina Vázquez, Dolores Rocca Rivarola y Alejandro Cozachcow, aborda la participación juvenil en partidos políticos en el período 2013-2015, enfatizando como rasgo distintivo de época que en estos años la juventud fue construida como una causa pública que promueve adhesiones e impulsa la participación política. Este artículo se concentra en los activistas de los espacios juveniles de tres grupos disímiles: Propuesta Republicana (PRO), el Partido Socialista (PS) y el Movimiento Evita (ME). Los autores analizan los hitos que son enmarcados colectivamente y propician, en un escenario reconfigurado luego de la crisis de 2001, el ingreso de juventudes a la militancia en una multiplicidad de partidos y organizaciones pertenecientes a un heterogéneo espectro político-ideológico. Además de analizar las maneras en las que

estas reconfiguraciones de las juventudes partidarias inciden en los procesos de producción socioestatal de las juventudes; el trabajo indaga en las experiencias militantes que tienen vínculos directos con gestiones de gobierno en diferentes niveles. Así, exploran las múltiples relaciones entre compromiso político e inserción militante en el Estado, ingresando en una zona poco estudiada en los trabajos sobre juventudes y políticas e identificando elementos comunes en las experiencias militantes de espacios políticos diferentes pero que comparten rasgos del proceso de socialización militante de sus juventudes.

Para finalizar vale decir que la mirada situada en algunos procesos y actores de los que dan cuenta los diferentes capítulos presentados, y su puesta en relación de estos en una temporalidad más amplia confluyen en un punto central de este trabajo: el interés por los procesos de transmisión generacionales, y los encuentros y tensiones intra e intergeneracionales. Estos procesos constituyen una línea argumental central en este libro colectivo, atravesado por la pregunta en torno a las relaciones entre las experiencias militantes juveniles y las configuraciones generacionales de la política.

Parte 1

Lecturas del pasado

CAPÍTULO 1

Otros caminos, otros destinos. Transformaciones en los espacios y prácticas cotidianas de participación juvenil en los años ochenta

RAFAEL BLANCO Y PABLO VOMMARO

Presentación

Los años ochenta, aún antes de la recuperación democrática a fines 1983 y hasta el final de la década, se proyectaron como un período de participación y movilización juvenil singular. La coexistencia de dos generaciones políticas en las organizaciones juveniles, la conformación de un emergente *ethos* militante ligado a la vida partidaria, la masificación del espacio universitario y los cambios que trajeron consigo las transformaciones de los órdenes público, privado e íntimo en el período posdictatorial y la diversificación sobre el final de la década de modalidades y sentidos de militancia, son algunos de los rasgos que modularon la participación juvenil durante esos años en distintos espacios de activismo. Aunque no de un modo excluyente, este capítulo se detiene en reconstruir desde la experiencia cotidiana, a partir de la voz de activistas de entonces, algunos rasgos de las prácticas militantes en los años ochenta que tienen lugar en dos escenarios concretos: el partido y la universidad.

El análisis realizado nos permite hipotetizar, en primer lugar, que una de las transformaciones más significativas que se produce entonces es el pasaje de una experiencia de militancia juvenil heterogénea, marcada por la coexistencia de dos generaciones políticas,

hacia una creciente profesionalización del activismo, en el sentido de una mayor complejización y diferenciación, sobre el final de la década. En segundo lugar, que algunos rasgos significativos, como la centralidad de la democracia en tanto significativo que estructura – aunque siempre en disputa – las prácticas y causas militantes, la creciente especialización del activismo según ámbitos de desempeño con lógicas propias y la tensa relación entre las demandas emergentes y las formas instituidas, van a marcar con fuerza algunas de las formas de participación de las juventudes en democracia más allá del período trabajado.

A partir de un trabajo de entrevistas a diez cuadros medios y en algunos casos dirigenciales de las juventudes de distintos espacios políticos y líneas internas (Juventud Intransigente, Federación Juvenil Comunista, Juventud Radical, Juventud Peronista, Partido Socialista de los Trabajadores), de expresiones estudiantiles secundarias y universitarias (Franja Morada, Frente Intransigente Secundarios, Juventud Universitaria Intransigente) o que participaron en experiencias organizacionales transversales como el Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO), nos proponemos aquí reconstruir algunos rasgos particulares de las prácticas y espacios cotidianos de militancia (más que las dinámicas de la estructura organizativa) en los años ochenta. Si bien este artículo puede permitir pensar otras prácticas situadas, por contraste o similitud, nuestro foco estará puesto en narrativas de actores que han participado políticamente en la ciudad de Buenos Aires.

Para dar cuenta de las transformaciones en los escenarios y prácticas militantes señalamos una serie de rasgos que los van a caracterizar a lo largo de tres secciones seguidas de unas palabras finales. En primer lugar, interesa centrarnos en los tempranos años ochenta como un momento de coexistencia de distintas tradiciones militantes en las juventudes políticas. Focalizamos en el proceso de reconversión de aquellos que venían de la experiencia de los años setenta atendiendo a las diferencias con quienes inician su militancia en los ochenta, pero también a algunas formas de transmisión que van a articular a ambas generaciones políticas. En segundo lugar, analizamos la configuración de lo que caracterizamos como el surgimiento de un *ethos* epocal del activismo juvenil, lugar de confluencia de experiencias heterogéneas, en el que el rasgo movilizador para legitimar la política será la «promesa de la democracia». Esta promesa se configura como una causa estructurante de las

prácticas militantes, concomitante con lo que podemos analizar como la crisis de la forma de *militante total* en el período (Pudal 2011): el crecimiento de prácticas como la participación en la vida partidaria interna o el cogobierno en la universidad, anteriormente desdeñadas o consideradas menores y en estos años concebidas como centrales, constituye un signo de este cambio. Finalmente, interesa señalar, siempre a partir de los relatos analizados, las limitaciones de la experiencia del activismo juvenil en esta década y las derivas personales que se producen cuando las formas de militancia en democracia muestran signos de agotamiento, de escisión respecto de otras dimensiones biográficas involucradas (el estudio y las lecturas, la música, las amistades) y el establecimiento de nuevos horizontes de militancia no necesariamente ligados a las formas sedimentadas hasta entonces de participación: la intervención académica, la militancia social o cultural, el activismo por la diversidad. Aquí ubicamos, como un trabajo preliminar y a continuar, el esbozo de nuevas figuras de militancia que toman cuerpo en las décadas siguientes.

Militancia juvenil y coexistencia de generaciones en los tempranos ochenta

En primer lugar, interesa plantear como un rasgo singular que permeará las prácticas militantes y configurará los espacios políticos de este período, la coexistencia de diferentes generaciones políticas en las organizaciones juveniles durante lo que llamamos *tempranos ochenta*. Con esta denominación nombramos el creciente proceso de politización que se produjo en los primeros años de la década – y que tuvo como hito los acontecimientos en torno a la guerra de Malvinas – hasta mediados de los ochenta, cuando comenzaron a manifestarse algunos signos de agotamiento de la experiencia política tal como se había configurado entre 1982 y 1987. Como analizan Aboy Carlés (2001) y Pereyra (2013), si bien anteriormente comenzaron a producirse acontecimientos políticos ya no exclusivamente por parte de los movimientos de derechos humanos sino también por parte de sindicatos (con la convocatoria al paro general en 1979) y partidos (que conformaron la Multipartidaria en 1981), la derrota bélica de 1982 va a dar lugar a un proceso de creciente apertura política que se expresó también en la militancia juvenil.

Nos interesa situarnos en esos primeros años ya que allí confluyeron en las organizaciones juveniles, no sin conflictos, dos generaciones políticas. Nos referimos a jóvenes que experimentaron su socialización, habitaron sus espacios de sociabilidad, construyeron lazos y se subjetivaron como militantes tanto en los años setenta (antes o durante la última dictadura) como así también quienes lo hicieron en los tempranos ochenta o ya en democracia. Las propuestas que desarrollamos en P. Vommaro (2015) pueden contribuir con nuestra interpretación. Allí, retomando a Mannheim (1993) planteamos que «la noción de generación remite a la historia, al momento histórico en el que se ha sido socializado» (Margulis y Urresti 1996, pág. 26). Sin embargo, una generación tampoco puede comprenderse solo a partir de la coexistencia en un tiempo histórico común, sino que – para ser tal – debe poner en juego de una u otra forma, criterios de identificación común entre sujetos que «comparten una experiencia (...). Entonces, el vínculo generacional aparece y se constituye como efecto de un proceso de subjetivación, ligado con una vivencia común en torno a una experiencia compartida» (P. Vommaro 2015, pág. 12). Asimismo, en la dinámica histórica, como señala Bauman (2007), las generaciones pueden sucederse pero también superponerse. De esta manera, el conflicto intergeneracional se expresa en las dinámicas políticas, sociales y culturales de las sociedades en las que se producen. Es por ello que en un mismo momento histórico pueden coexistir – muchas veces en conflicto – diferentes maneras de producir juventud y de devenir joven (Ghiardo 2004). Así, podemos preguntarnos: ¿en qué radicaba la dimensión conflictiva de esta coexistencia? Si bien las prácticas militantes son frecuentemente intergeneracionales, ubicamos como un rasgo particular en los tempranos ochenta un proceso de *desidentificación* de las juventudes de entonces respecto de las de la década anterior.

Entre las personas entrevistadas, las experiencias de militancia anteriores a los años ochenta son variadas pero como común denominador se destaca el inicio de la participación política entre los catorce y quince años en los centros de estudiantes secundarios y, en algunos casos, durante los primeros años de la universidad. La pertenencia a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), la militancia barrial, la participación en reuniones y asambleas en sindicatos, o en manifestaciones en el espacio público, constituyen – a diferencia de la experiencia del partido que tomará forma en las

militancias juveniles de la década siguiente – algunos de los espacios de participación, inscriptos, a su vez, en distintas corrientes o *tendencias*, en el lenguaje de la época, y tradiciones políticas de la izquierda, del peronismo y del radicalismo. Un entrevistado, que en los tempranos ochenta formó parte del MOJUPO proveniente del peronismo, recuerda su experiencia de militancia anterior, con catorce años, como

«de mucha peronización de la gente que veníamos de la izquierda y, en mi caso era muy chico, pero en el año 1972, fugazmente, habíamos hecho una agrupación que se llamaba Agrupación Secundaria Evita Montonera».^[1]

Conforme avanzan los años setenta, las experiencias de detención por parte de las fuerzas de seguridad (tanto en la débil democracia de 1973 a 1976, como ya en dictadura), la cárcel, la desaparición de amigos y militantes cercanos y el exilio (en Brasil, México, Francia y España), marcan las trayectorias de quienes tienen participación en la vida política posterior.

Veinteañeros en los tempranos ochenta, esta generación de jóvenes militantes va a articular en sus trayectorias políticas dos temporalidades: por un lado, la experiencia del pasado; por otro, su inscripción en un escenario distinto en el que la democracia – más que la revolución – va a emerger como significativo interpelador, aglutinante y constitutivo de las causas y repertorios de acción de la política. Los sentidos construidos por los entrevistados en sus testimonios coinciden con lo que plantea **Ollier (2009)**, para quien en los años ochenta las fuerzas de izquierda transforman la revolución como causa militante y se articulan en torno a la democracia.

En cambio, otras personas entrevistadas se incorporan por primera vez a organizaciones estudiantiles y juveniles en los años ochenta, en espacios – muchos de ellos preexistentes – como la Franja Morada, la Juventud Intransigente (JI) o la Federación Juvenil Comunista (FJC), entre otros, que van a movilizar las adhesiones de quienes no habían tenido vivencia militante previa. Sin embargo, las simpatías, tradiciones o identificaciones partidarias formaban parte ya de un estado deliberativo sobre la política en la vida cotidiana, especialmente en las discusiones familiares pero también,

[1] En lo sucesivo, aquellas expresiones entrecomilladas refieren a voces textuales de las entrevistas. En algunos casos más extensos, estas se indican en una separata para facilitar su lectura. Reservamos el uso de bastardillas para las nociones que queremos resaltar y los términos en otras lenguas.

en algunos casos, en la experiencia escolar aún en dictadura, que van a orientar las trayectorias futuras. Venir «de una familia con militancia» es una expresión común que refiere en los relatos a padres, tíos, hermanos mayores o abuelos, con participación en diversas expresiones del peronismo, como la Juventud Peronista o la Unión de Inquilinatos Peronistas, en partidos y organizaciones marxistas, con militancia gremial en sus lugares de trabajo y, también, de familias «gorilas», nominación usada en la jerga política para referirse al antiperonismo.

Por ello, aún cuando los inicios de la militancia daten de los años ochenta, en muchos casos las biografías se inscriben en experiencias políticas familiares previas. Las figuras de Perón, Alende, Balbín o Frondizi y, más tardíamente, Alfonsín o las Madres de Plaza de Mayo, como así también acontecimientos de la vida cotidiana, como (la asistencia/participación en) un campamento montonero en Agronomía en el año 1974, fotos y afiches conmemoratorios de la llamada Masacre de Trelew^[2] en una cocina, conversaciones acerca del capitalismo o el marxismo se despliegan en las narrativas sobre el devenir militante posterior como un espectro de referencias que trazan una genealogía de los orígenes del propio activismo. De hecho, con el inicio del último golpe militar, la conversación familiar en el espacio hogareño va a ser uno de los géneros, de los formatos disponibles, en los que persistió activamente la discursividad política. Como recuerda un ex militante de la Juventud Radical Renovación y Cambio: «cuando fue el golpe en 1976 nosotros teníamos prohibido hablar en la calle, pero en mi casa se hablaba». La miscelánea de referencias heterogéneas se entremezcla en los relatos con la narración de experiencias vitales ocurridas antes del inicio de la militancia, que dejan fuerte huella en las biografías de las y los entrevistados, como la vida en la clandestinidad, los cambios de nombres, las agendas telefónicas y calendarios suprimidos, las identificaciones personales y referencias duplicadas, la detención, el secuestro o la desaparición de un familiar. De ahí interesa enfatizar que el comienzo de la militancia en los años ochenta está precedido, en muchos casos, por una formación política doméstica, familiar,

[2] Con esta denominación se conoce al asesinato de presos políticos en la cárcel de Trelew (Chubut, Argentina) luego de ser recapturados en una fuga fallida en agosto de 1972, durante el gobierno dictatorial de Lanusse.

que otorga sentido – como *significación*, como afecto, pero también como *dirección*, herencia o mandato – a la trayectoria posterior.

Entre quienes habían militado en los años setenta y quienes se incorporaban a la política en los primeros ochenta no solo existía una distancia temporal, una diferencia etaria, sino también una pregunta distinta – sino una disputa – respecto de los modos de articulación del pasado reciente con el presente. «Los pibes que entran en la militancia, la mayoría, una gran parte, entra después de Malvinas» recuerda una entrevistada del por entonces Partido Socialista de los Trabajadores (PST) que retornó del exilio en el año 1982, a donde partió luego de haber estado detenida durante la última dictadura: «Y esa camada es una camada muy interesante porque quiere saciarse de experiencias de los setenta. Está abierta. Siente admiración por la militancia de los setenta». Esto coincide con el análisis de Pereyra (2013), quien sostiene que luego de la guerra de Malvinas, en el marco del debilitamiento de la dictadura militar, las movilizaciones comienzan a vincularse a la actividad partidaria y a los sindicatos, lo que fue particularmente visible en la ciudad de Buenos Aires (Pereyra 2013, pág. 237).

No obstante, en otras narrativas de por entonces jóvenes militantes – y teniendo en cuenta, como indica Sautu (2004) para los abordajes biográficos, que se trata de relatos procesados por la experiencia posterior y por las expectativas e interpretaciones de la situación de entrevista – el lazo con los años setenta no se reduce a la admiración ni, mucho menos, a la imitación, al modelado de la militancia juvenil anterior. Por el contrario, un rasgo de quienes comienzan a militar en los tempranos ochenta, es que lo hacen a partir de un proceso, como nombramos anteriormente, de relativa *desidentificación* con las generaciones anteriores. Si los procesos de identificación involucran, al decir de Hall (2003), los *usos* de los recursos de la historia, la cultura, la lengua, en la conformación de un *devenir*, de lo que se trató fue, justamente, de una relación distanciada con las causas y repertorios de acción propios del ciclo histórico anterior. Un entrevistado – que fue referente universitario de la JI – refiere haber elegido «no militar a los 16 años en los restos del partido en donde había militado mi papá y en dónde habían secuestrado a dos integrantes de la dirección», para luego tomar distancia no solo con ese espacio sino también con la izquierda marxista: «ya más a los 18 años decidí no militar en la izquierda clásica a pesar de que todo me acercaba a ellos por ese lado».

Tal vez uno de los puntos centrales que articularon la diferencia entre las generaciones políticas sea la creencia en la democracia como «un valor en sí mismo», creencia central en la retórica del presidente electo en 1983, Raúl Alfonsín (Aboy Carlés 2001). Esta centralidad de la democracia política, caracterizada como uno de los elementos que inciden en el curso de la movilización social en estos años, es también remarcada por Pereyra (2008, pág. 18).

Si el valor de la democracia en los años setenta carecía de sentido por la sucesión de dictaduras y proscripciones que signaron a la Argentina luego de 1955, en los años ochenta será uno de los puntos de encuentro entre jóvenes de ambas generaciones políticas, lo que para un sinnúmero de militantes con experiencia en años anteriores significará no solo una desidentificación con su propia trayectoria sino un verdadero proceso de «aculturación»: prácticas, lenguajes, repertorios de acción diferentes a los de una primera subjetivación política van a pasar a configurar el nuevo escenario las formas emergentes de la política. Quienes provenían de la militancia en los setenta, tenían el recuerdo vívido, tal vez en parte por la falta de una experiencia prolongada en la vida democrática, de las connotaciones negativas que la idea de «democracia» tenía en su primer lenguaje político. Un «cierto desprecio», «casi como hasta como un escollo», entre otras significaciones mencionadas, parecen estar sintetizadas en un canto popular que un entrevistado rememora de un acto de la JP en la cancha del equipo de fútbol Nueva Chicago en 1972 al que concurrió con su familia: «Ni votos, ni botas, fusiles y pelotas».

Pero sobre el final de la década del setenta y los tempranos ochenta, las consecuencias y la realidad cotidiana en el marco del Estado terrorista, junto con otros procesos como la revisión crítica de la militancia armada y las experiencias del exilio, van a renovar los sentidos de la democracia, que llegó a constituirse – aún antes de su retorno – «en la única idea para hablar de la política: ordenó todas las discusiones político-ideológicas de una época» (Reano y Smola 2014, pág. 34). Así, tanto la causa de los derechos humanos, agenda dominada por los reclamos por la aparición con vida de las personas desaparecidas y el binomio «verdad y justicia»,^[3] como la búsqueda de estrategias para «llegar», en el lenguaje de la época, a

[3] El proceso de construcción de la agenda de los derechos humanos en los tempranos ochenta no estuvo exento de conflictos y disputas. Para

la democracia se transformaron en orientaciones de las prácticas militantes de diferentes tradiciones.^[4]

Pereyra analiza el proceso político de estos años de manera similar al señalar que:

«el lenguaje de los derechos se fue expandiendo e integrando al vocabulario de la movilización social adquiriendo una importancia fundamental para entender la multiplicación de actores en la protesta (vecinos, familiares de víctimas, comunidades, etcétera) e incluso las transformaciones que sufrieron las organizaciones sindicales y los conflictos que surgieron en relación con el mundo del trabajo» (Pereyra 2013, pág. 236).

De esta manera, siguiendo a Merklen (2005), podemos decir que desde los tempranos ochenta se construye un consenso a partir del cual se definen los contornos de lo que sería considerado «buena política», cuyo actor principal es el ciudadano, el acto político por excelencia es la participación en elecciones a través del voto, y la representación política debía articularse por vía de los partidos políticos (Merklen 2005). Una consigna que rememora un entrevistado que participó activamente del MOJUPO representando a la JI, sintetiza la inscripción revalorizada de la democracia en una nueva trama: «nuestro compromiso con el pueblo, nuestro camino la democracia, nuestro destino la liberación».

Como aludimos anteriormente, para quienes tenían una trayectoria militante de más larga data, la creencia en que la democracia constituía «un valor en sí mismo» implicó la entrada a una realidad política muy distinta. Un referente de la Juventud Peronista recuerda que, con 24 años, «para muchos jóvenes yo era como una especie de veterano» que asistía, sin embargo, a un nuevo comenzar político que combinaba tanto la perspectiva de la recuperación democrática como así también un nuevo capítulo en una historia más larga en la que este nuevo sentido se inscribía:

reponerlas, consultar Crenzel (2008, 2013), Jelin (1989, 2005) y Pereyra (2008, 2013), entre otros.

[4] Esta valorización de la democracia como causa política puede verse también en algunos de los testimonios recogidos en la película *Cazadores de utopías*, de David Blaustein (1996, reestrenada en 2016 con motivo de las conmemoraciones de los 40 años del último golpe de Estado), en la que, preguntados por los motivos de su lucha en los años setenta, militantes de Montoneros responden que lo hacían por la democracia, en lo que parece ser una reinterpretación de la experiencia política a la luz de los valores de los años posteriores.

«luego de una derrota terrible pero aún estaba todo por hacer: o sea, no tenía una mentalidad de “quiero juicio y castigo para todos los culpables” y listo. Para mí era la continuidad de la lucha, lo tenía muy claro».^[5]

Durante los tempranos ochenta el juego de lenguajes de estas dos temporalidades diferentes daba cuenta también de la existencia de dos generaciones políticas presentes en la experiencia de las organizaciones juveniles. Un nuevo repertorio discursivo comenzaba a permear las prácticas cotidianas. «El bloque oligárquico imperialista», «el régimen *demoliberal* burgués», entre otras, formaban parte de una fraseología cotidiana durante los setenta entre quienes habían militado en las juventudes guevaristas, la JP o el PRT, y que un entrevistado que comienza su militancia en el Frente Secundario Intransigente caracteriza como «lenguajes en transición»: «era la gente la que seguía hablando de eso porque no tenía otro lenguaje, pero esa misma gente un año después ya estaba hablando de otra cosa».

Por ello, quienes provienen de experiencias de militancia anteriores, reconvierten su trayectoria en los ochenta en un proceso que una referente de la Juventud Peronista de entonces va a definir como «el pasaje de la militancia a la política», indicando con el cambio de sustantivos, el paso de los repertorios de acción e imaginarios que configuran *lo político* de una década a la otra. «Para nosotros la política no era una palabra muy usada, nosotros éramos militantes», refiere acerca de las formas de autoidentificación en los años setenta, por diferencia, sin distinguir momentos, con la década siguiente: «la política era quien discutía quién iba al parlamento, quiénes eran concejales». Su relato refuerza por un lado, la idea de que la «buena política», retomando a [Merklen \(2005\)](#), por entonces comenzaba a ligarse a las instituciones republicanas como forma legitimada de militar en democracia. Por el otro, coincidiendo con [Pereyra \(2013\)](#), muestra la emergencia de un «lenguaje de derechos» que signaba tanto los actores como los formatos de la movilización social en los primeros ochenta.

No obstante las diferencias, existían también múltiples formas de transmisión entre una generación política y la otra, aunque más no fuera entre algunos referentes de las agrupaciones juveniles. Por

[5] Entrevista a un ex militante del Partido Justicialista que comenzó su militancia en la escuela secundaria en los años setenta e integró en los ochenta el MOJUPO.

caso, el hecho de ir a visitar a presos políticos en las cárceles porteñas, que retoma un entrevistado de la JI, permitió una conversación entre generaciones que fue produciendo y acompañando la elaboración que se realizaba de «la experiencia de los setenta». Los espacios de formación de los partidos también constituyeron una forma de transmisión intergeneracional. La historia de los partidos políticos, la situación nacional e internacional, las formas de organización interna – algo que el radicalismo, recuerda un entrevistado de una línea minoritaria, cultivaba como parte de su institucionalidad en tanto marca identitaria – eran parte de la formación. Un referente de la Juventud Radical recuerda el sistema de formación del partido, que en los primeros ochenta se reorganizaba para disputar el gobierno:

«Nosotros practicábamos, como herencia de la Junta Coordinadora Nacional de los setenta, lo que se llamaba el centralismo democrático. Teníamos una estructura piramidal: a mí me formó Federico Storani, y al mismo tiempo después tenía que formar a los estudiantes que llegaban del interior. Nosotros teníamos cuadernillos de formación, de discusión, el número 1, el número 2. No te digo que tomábamos examen, pero...».^[6]

Estudiar, formarse, «poder hablar bien», «poder escribir» y el «énfasis en que había que comunicar bien lo que se hacía» eran algunas de las habilidades que un entonces miembro de *la Fede*^[7] recuerda como aprendizaje relevante de su formación política en el partido junto con las brigadas solidarias que partieron a distintos países de América Latina ya avanzada la década. «La gente que veníamos de los setenta teníamos una misión política y cultural», recuerda una militante trostkista que había participado de las escuelas de formación política de su partido en esa década, «porque había que traer la experiencia de los setenta que se había cortado en la dictadura». Por su parte, en el PI leer, estudiar y debatir textos de Antonio Gramsci, Arturo Jauretche o Raúl Scalabrini Ortiz formaba parte de las actividades periódicas de reflexión política, con el objeto tanto de retomar tradiciones de izquierda como así también de conformar – en palabras de un por entonces dirigente universitario – una variante «nacional, popular y democrática».

[6] Entrevista a militante radical, dirigente de la Juventud Radical y diputado nacional durante el período.

[7] Denominación familiar y coloquial que recibía la Federación Juvenil Comunista, brazo juvenil del Partido Comunista Argentino.

Estas instancias de elaboración colectiva participaban de la definición del sentido que asumía la democracia en los primeros ochenta y, con esto, en las prácticas que esta habilitaba. La distancia con la lucha armada, la radicalización, la insurrección o la confrontación militar, van a ser los contornos que modulan los significados de democracia, que luego se ensancharán al pedido de elecciones y la legalización de la participación política en partidos. Esto último posibilitó la articulación de identidades políticas diferentes, con tradiciones disímiles, como agrupaciones radicales, peronistas, comunistas o intransigentes que se unían en un mismo reclamo. Un referente de la FJC que participó de las reuniones iniciales del MOJUPO recuerda que estas se organizaban en distintos colegios públicos de la ciudad de Buenos Aires (el Nacional Buenos Aires, el Instituto Libre de Segunda Enseñanza, el Huergo, el Otto Krause, o el Reconquista, entre otros) pero también en locales partidarios, más allá de las diferencias:

«era común, porque había mucha comunión de las fuerzas políticas, vos pensá que realmente sentíamos y pasaba que estábamos fundando la democracia. Entonces toda la cosa de intolerancia o de no poder hablar y demás, que hay ahora, en aquellos años no eran tan así, teníamos unas broncas tremendas y disputas, pero nos sentíamos parte de que estábamos fundando algo que estaba pasando y que era nuevo».^[8]

Esta posibilidad de articulación de diferentes espacios políticos y experiencias generacionales a partir de una identificación democrática, en un período en que la dictadura aún gobernaba, fue una de las condiciones de posibilidad que permitieron la articulación del MOJUPO, dinámica que se extendió hasta pasado el primer lustro de la década. Así, la defensa de la democracia, que requirió múltiples movilizaciones durante el gobierno constitucional que se inicia en 1983, encontrará a las juventudes políticas articuladas en torno a esta causa pese a las crecientes diferencias que llevarán a la disolución del MOJUPO, entre los años 1986 y 1987.

Hasta acá, queremos destacar que estos primeros años de la década están marcados por un clima micropolítico de recomposición de las formas de organización, participación, formación, por la reactivación de espacios de militancia juvenil, que se asientan tanto

[8] Entrevista a un militante de la FJC que comenzó su militancia en los años ochenta en el secundario y fue un referente del MOJUPO en el período.

sobre tradiciones políticas y familiares existentes, como así también por la reelaboración de experiencias pasadas, lenguajes y formas de apropiación del pasado reciente a partir de lo que aparece como lo novedoso: una generación política que revaloriza la democracia y asienta sobre esta noción la principal causa movilizadora de su militancia. Había divergencias en la manera en la que cada espacio definía la democracia, las cuales serán más marcadas conforme avanza la década y el gobierno democrático posterior a la dictadura. Si bien no trataremos esta cuestión *in extenso*, podemos mencionar dos elementos que evidencian las tensiones que existían en la interpretación del tipo de democracia que se buscaba y defendía. Por un lado, la frase que pronunció el expresidente Raúl Alfonsín (1983-1989) en varios de sus discursos iniciales sosteniendo que «con la democracia se come, se cura y se educa», lo que expresaba una dimensión social de la democracia que luego perderá terreno ante la supremacía de lo institucional.^[9] Por el otro, las protestas de estudiantes secundarios ante lo que interpretaban como medidas restrictivas a la participación política en la normativa sancionada por el gobierno radical en 1984 para institucionalizar los centros de estudiantes en ese nivel educativo,^[10] marcan otro de los límites respecto a qué sentidos de democracia van a ir prevaleciendo en las disputas con el transcurrir de la década, luego de resquebrajado el consenso inicial, junto con otros que profundizamos en la última sección.

En definitiva, los tempranos ochenta están marcados por la coexistencia de generaciones políticas diferentes en las organizaciones juveniles y de formas incipientes de politización aún en dictadura que combinaron prácticas cotidianas y reivindicaciones gremiales orientadas a la politización del espacio próximo. Como dijimos, con la asunción del gobierno de Alfonsín este repertorio y sus causas militantes se irán articulando con otro tipo de demandas y prácticas, dando lugar a la emergencia de un *ethos* militante diferente.

[9] Al respecto, **Aboy Carlés (2001)** discute en extenso la tensión entre democracia formal y real en el discurso de Alfonsín y sus interpretaciones.

[10] Para profundizar en este punto, véase el capítulo «Estilos de hacer política en la escuela secundaria: un estudio de la participación juvenil en dos escenas históricas (1982-1987 y 2010-2015)» en este mismo volumen, en el que se profundiza el análisis de la militancia secundaria en el período.

Un nuevo *ethos* militante, la forma-partido y el trabajo militante en la universidad

Si, como dijimos en el apartado anterior, un rasgo singular de las prácticas militantes en este período es la coexistencia de diferentes generaciones políticas en las organizaciones juveniles, otro refiere a la emergencia de un *ethos* militante que deviene punto de confluencia entre estas. Referimos a *ethos* en el sentido en que lo ha sistematizado **Montero (2012)** a partir de diferentes articulaciones sociológicas, discursivas y filosóficas, como concepto que permite dar cuenta de las formas en las que se articulan creencias, valores e ideologías con el terreno de la práctica y la acción política en coordinadas espacio-temporales específicas. Es en esta línea que sostenemos que el *ethos* militante que se conforma en aquellos años presenta algunos rasgos singulares que marcan la militancia articulada bajo la forma-partido y el activismo universitario.

A comienzos de los años ochenta la mayor participación política tiene impacto no solo en la visibilidad de las organizaciones, sus causas y demandas, sino también en las prácticas cotidianas, las creencias, los lenguajes y, *grosso modo*, en el entramado cultural que dota de sentido el activismo en aquellos años. En parte, el lema de campaña del radicalismo «Somos la vida, somos la paz» ubica un rasgo de ese nuevo clima de época: la oposición no solo respecto a la dictadura militar anterior, la «frontera con el pasado» (**Aboy Carlés 2001**, pág. 168) con la que construyó su legitimidad el gobierno entrante, sino tal vez y de un modo más general, con lo que se consideraba como cultura política propia de los años anteriores.

La democracia asumida como «un valor en sí», característica del emergente *ethos* militante, adquirió en una diversidad de espacios de activismo como contornos generales la crítica a la lucha armada y la reivindicación de los derechos humanos (fuertemente, las luchas por la búsqueda de juicio y castigo a los responsables de las desapariciones y por el restablecimiento de las libertades individuales), algo que es trabajado en otros capítulos en este mismo volumen. En las prácticas cotidianas ese valor se traducía en una atención o «una responsabilidad», como consignan diversos relatos, en el trabajo *en* las instituciones: en el partido, en el Estado, en el cogobierno universitario, en los centros de estudiantes. Para clarificar estos sentidos emergentes de los que el activismo político se revestía en los albores de la democracia, un militante de la Juventud

Intransigente va a caracterizar, no sin poesía y en clave biográfica, la distancia con los proyectos de izquierda anteriores: no se trataba solamente de «buscar otros caminos» sino que también «había que buscar otros destinos».

La importancia del trabajo en las instituciones como signo característico de los nuevos sentidos de la militancia fue concomitante con la crítica a la lucha armada, crítica que procedía de diversos espacios. Como dijimos, algunos de quienes militaban en agrupaciones juveniles habían vivido la experiencia del exilio. «La distancia y el vivir en otros países te hace repensar muchas cosas», retoma una entrevistada que militó en los setenta y, a su retorno del exilio en la España del posfranquismo y de México, en la Juventud Peronista. El retorno al país, entre aquellos que se habían ido apenas pasados los veinte años, propicia en algunos casos una relectura de la experiencia anterior al nuevo escenario que «en la medida de lo posible» pudiera «repetir los aciertos y no reproducir los errores», según un militante que, tras una participación breve en la UES en los setenta, milita ya en democracia en la Juventud Intransigente. Estos testimonios también coinciden con el análisis realizado por Ollier quien planteó que una de las causas de la supremacía de la noción de democracia en los discursos y prácticas políticas de los ochenta es la manera en que la experiencia transformadora del exilio reconfiguró las subjetividades de quienes regresaban al país (Ollier 2009).

La distancia con la década anterior procedió, a su vez, por el contacto con nuevos materiales, revisiones y un renovado clima cultural con el que el activismo juvenil tomaba contacto. En las entrevistas, la referencia a la lectura de revistas que obedecían a proyectos intelectuales de envergadura (como *Controversia*, *Contorno*, *Crisis*, *Punto de Vista* o posteriormente *La Ciudad Futura*) colaboraron en la revisión de la militancia de los años setenta, como así también otras, destinadas a un público más amplio que marcaban las transformaciones de la vida cotidiana porteña, las costumbres y los lenguajes (como *El Periodista*, *Humor* o *El Porteño*). Estas operaban también como un modo de transmisión entre generaciones: por un lado, académicos, académicas e intelectuales que retornaban del exilio, o bien que retomaban con fuerza la palabra pública, polémica, luego del «insilio», y revisaban la experiencia propia y generacional de los años setenta en proyectos editoriales

que devenían una nueva forma, entre otras, de compromiso político. Por otro, una nueva generación de lectores que elaboraba su experiencia militante en el presente de la mano de lecturas que circulaban entre los referentes entrevistados del activismo juvenil. Uno de ellos recuerda los debates que se producían en el exilio argentino en México, que *Controversia* plasmaba, y que contribuyeron a su estructuración política: «me abrió mucho la cabeza digamos, me desobligó de pensar de la revolución marxista-leninista». Se trataba, así, de elaboraciones que propiciaban – como sostienen Reano y Smola – una reapropiación teórica y política del concepto de democracia, sin abandonar la idea de «transformación» propia del pensamiento de izquierda, pero amalgamado a la idea de «participación»: «el desafío consistía en recuperar la relación entre “lo político” y “lo público” como forma de reconstrucción del espacio de “lo común”» (Reano y Smola 2014, pág. 114).

Otra de las características de este emergente *ethos* militante se encarnó en la renovación de formas expresivas de lo político, búsquedas creativas y, con todo, celebratorias, por el fin de la dictadura. Las peñas, los recitales de rock, las fiestas en locales partidarios, fueron también escenarios de militancia para los y las jóvenes que, con distintas intensidades, participaban de las transformaciones del espacio político y público. «En el local nuestro de la juventud hacíamos peñas de centenares de maestras, cosa que hoy no soy capaz de juntar y lo digo con toda sinceridad», recuerda una militante trostkista del entonces PST, «y hacíamos esfuerzos increíbles de decoración de los locales: para una fiesta lo habíamos decorado como una piscina, porque el local era celeste. Entonces habíamos puesto peces y ahí colgamos peces del techo». El clima festivo, la posibilidad de reunión, eran más que una actividad organizada para otra cosa: tenía una finalidad en sí misma. Como sigue la entrevistada mencionada: «una fiesta en ese momento significaba mucho: había mucha alegría porque era la posdictadura, tenía la posibilidad de expresarse más socialmente. Siempre terminábamos con fiesta».

La juventud comunista, por su parte, tuvo por impronta lo que un ex militante de la FJC refiere como «la cosa cultural» (el festival «Arte y parte» que se realizaba anualmente en el barrio porteño de Palermo, o la «Ferifesta» en el parque Sarmiento), rasgo este distintivo por la capacidad de movilizar artistas por entonces identificados con el Partido Comunista, como Mercedes Sosa, Víctor

Heredia, el Cuarteto Zupay o León Gieco. Mientras que estos músicos y grupos convocaban a grandes multitudes atraídas por la celebración cultural con dimensión política en un gesto también de articulación entre generaciones, la cultura propiamente juvenil parecía ir adquiriendo otros referentes: Sumo, Soda Stereo, Los Twist, Los Abuelos de la Nada, Virus o el por entonces recientemente solista Charly García. Tal como lo señaló Vila (1989), el revitalizado movimiento del rock nacional de los tempranos años ochenta puede ser concebido como un espacio político, que a su vez contribuyó a la visibilización de los y las jóvenes como sujetos legitimados en el espacio público, pero que parecía encontrar – como retomaremos al final del capítulo – algunas resistencias por parte del activismo juvenil para ser apropiado en su dimensión política. De un modo más general, las búsquedas expresivas y artísticas que configuran la dimensión estética del emergente *ethos* militante se expresaron también en la experiencia de los denominados *siluetazos* que impulsó el Frente por los derechos humanos entre diciembre de 1983 y marzo de 1984 en el Obelisco, como forma de apoyar la lucha por los derechos humanos y los reclamos de las Madres de Plaza de Mayo (P. Vommaro y Cozachcow 2015).

Como una tercera característica de este *ethos* podemos mencionar la renovación de las prácticas en viejos espacios: nos referimos a la *forma-partido* que adquiere la militancia y a la especificidad del activismo militante en la universidad. La afiliación se configuró como una de las formas predominantes de asumir el compromiso de la participación política, en el que el valor simbólico de adscribir la militancia a un partido excede su dimensión burocrática. En este sentido, la demostración de la adhesión conllevaba marcas de prestigio: «ser militante político te daba un prestigio en la sociedad, entre tus pares, en tu familia», rememora un dirigente de la Juventud Radical durante los primeros años de la recuperación democrática. Un miembro de la FJC recuerda que un tercio de sus compañeros de aula se afiliaron a *la Fede*: «muchos no tenían la más puta idea de *El Manifiesto Comunista*, ni les importaba; era bueno, “llegó la democracia y puedo ser comunista, o puedo ser radical o puedo ser del PI”». Afirmaciones como estas permiten comprobar la amplia legitimidad que tenían los partidos políticos en los primeros años de democracia.

Como parte de las denominadas buenas prácticas de la naciente democracia, el proceso de afiliación constituía para unos un signo

deseado de bautismo político. Mientras tanto, el hecho de «llenar fichas» contrastaba con la experiencia de quienes tenían una trayectoria militante en los setenta y veían en este encuadre partidario de la militancia un signo de burocratización, que un entrevistado descubre en su retorno del exilio, y al que caracteriza como «partidocrático»:

«Nosotros no sabíamos qué era eso, la ficha de afiliación a los partidos, los punteros políticos, yo nunca había vivido eso, cuando llegué acá me impresionó porque todo el mundo se estaba afiliando. Yo seguía con mi cassette, “bueno, acá hay que organizar, organizar a la juventud peronista”. Vos pensá que nosotros habíamos tenido cantidades de compañeros desaparecidos, había una necesidad de reivindicar, de representar una generación que había sido masacrada, diezmada».^[11]

Así, esta militancia juvenil configurada en partidos implicó, para muchos y como experiencia inédita, habitar la «vida de partido». La adhesión a un espacio político se marcaba en el habla cotidiana y en las prácticas militantes: «nosotros en la facultad decíamos *soy militante de*». La escena de las asambleas en la universidad permite graficar claramente esta forma de organización de lo político: «cuando te ponías a hablar preguntaban “¿de qué organización sos?”, recuerda un militante radical de entonces», «te decían “¿vos por quién hablás?”, “por el MAS” por ejemplo, entonces ya otro del MAS no podía hablar. Siempre nos presentábamos como militantes y siempre hubo esa diferenciación por lo menos después del 84».

A su vez, en la universidad comenzaban a producirse formas específicas de intervención, que implicaban una mayor atención a las especificidades que la vida universitaria, a sus lógicas, demandas específicas y a la experiencia estudiantil como esfera de politización (Blanco 2014a, 2016b; Picotto y P. Vommaro 2010), en parte debido a la rápida mutación de las universidades públicas luego de la dictadura pero también a la llegada de nuevos estudiantes. Los planes de estudio, los cuerpos docentes, las formas de organización y la agenda nacional, pero también los apuntes y fotocopias o las condiciones edilicias van a ser parte de demandas y causas militantes en un escenario masificado. En efecto, la universidad se fue

[11] Entrevista a un ex militante del Partido Justicialista que comenzó su militancia en la escuela secundaria en los años setenta e integró en los ochenta el MOJUPO.

tornando un escenario particular de militancia gracias a la rápida masificación que experimentó, apertura debida en gran parte a la modificación en las políticas de ingreso que permitió la llegada de nuevos estudiantes. Según Buchbinder y Marquina, si bien el ingreso se hizo irrestricto desde 1983, al año siguiente las universidades comenzaron distintas formas de restricciones y mecanismos de selección y nivelación, con o sin cupos. Sin embargo, las cifras del crecimiento de la matrícula son elocuentes. «En 1983 había 416 mil estudiantes universitarios, en 1984 llegaron a casi 500 mil. En 1986 superaban los 700 mil» (Buchbinder y Marquina 2008, pág. 28). Este aumento se dio principalmente en el sistema público universitario, mientras que – siguiendo a estos autores – en el privado la matrícula se redujo en un 9 % entre 1983 y 1986. En el caso de la UBA, «el número de estudiantes pasó de un poco más de 100 mil en 1982 a casi 162 mil en 1987» (Buchbinder y Marquina 2008, pág. 29), implementación del Ciclo Básico Común (CBC) mediante en el año 1985.

Este crecimiento de la matrícula fue acompañado con algunas transformaciones institucionales, con énfasis en las humanidades y ciencias sociales: en la UBA nacen nuevas facultades (como Ciencias Sociales, Psicología), carreras (Ciencia Política, Comunicación, Relaciones del Trabajo, las carreras de diseño), y numerosos posgrados, y se visibilizan nuevas disciplinas y campos de conocimiento (los estudios de género, los estudios culturales, el auge del pos-estructuralismo y el impacto de Foucault) (Blanco 2016a). Estas transformaciones movilizan nuevos debates en las aulas, ya que en parte expresaron la incorporación de grupos y espacios de discusión y activismo creados por fuera de la universidad en los últimos años de la dictadura y los primeros de democracia. De modo que el regreso de docentes exiliados, cesanteados o autoexiliados durante la dictadura, sumado al crecimiento de la matrícula estudiantil y los espacios intelectuales y políticos que emergieron, configuraron un clima universitario de mayor heterogeneidad que impactó en las formas de militancia que antes denominamos situadas, como una de las transformaciones en los escenarios de militancia durante los años ochenta que va a colaborar en la conformación del *ethos* militante al que referimos.

Por su rápido crecimiento, la Juventud de Partido Intransigente (JI) pareció capturar ese nuevo clima de época, y a la vez fue un efecto de este: cuando el desencanto sobrevino hacia el final de la

década, también mermó su capacidad para representar al nuevo estudiantado. Decimos que la JI parecía encarnar cierto *ideal regulatorio* de la nueva militancia ya que se trataba de un espacio legitimado que, en la mirada de un entrevistado radical, amalgamaba las dosis de compromiso y especificidad o relativa distancia que va a adquirir la experiencia militante en la universidad: «Lo más divertido era ser el PI, era más como lo que había que ser»: a la vez que representaba a numerosos jóvenes, no cargaba con el peso de ser la juventud oficialista, de un gobierno que conforme avanza la década comienza a enfrentar diversos cuestionamientos. En efecto, en los cinco años comprendidos entre 1982, cuando gana dos centros de estudiantes de la UBA y pelea cabeza a cabeza otros y 1987, la Juventud Intransigente supo atraer a las nuevas generaciones de militantes y organizar gran parte de la actividad política en las universidades junto con la Franja Morada, principal fuerza universitaria por entonces.

Distintas expresiones de la Juventud Radical canalizaban las experiencias militantes fuera y dentro de la universidad. No se trataba de espacios monolíticos sino que las líneas internas, con pugnas, tradiciones distintas y posicionamientos ante determinadas medidas del Poder Ejecutivo y del liderazgo de Alfonsín, lo que tensaba sus dinámicas y llevó a particiones y al distanciamiento de buena parte de su militancia hacia el final de la década. Su núcleo más visible en aquellos años, la Junta Coordinadora Nacional (conocida simplemente como «la Coordinadora»), analizaba en la época Carlos Altamirano, posibilitó «un proceso de renovación generacional de cuadro militantes que dotó a la UCR de nuevos recursos políticos y organizativos, así como amplió su inserción en el tejido social, sobre todo en el campo de los movimientos juveniles» (Altamirano 1987, pág. 328). «El discurso de la Coordinadora era la eficiencia, la libertad, “somos la vida, somos la paz”, nunca haber hecho una alianza con el peronismo, nosotros sí», recuerda un ex militante de la Corriente Nacional y Popular, enfrentada con el oficialismo de la JR. Así y todo, aunque con matices respecto a las políticas del poder central, las juventudes radicales representaban al partido de gobierno y, si bien disputaban con la JI los votos en el escenario universitario, al mismo tiempo mantenía con esta una estrecha convivencia institucional debido a la participación en el cogobierno universitario y en el ámbito de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA). Con otras organizaciones como

la JUP o los grupos juveniles y universitarios del Movimiento al Socialismo (MAS) las relaciones eran, en cambio, más tensas y los diálogos menos fluidos.

Por último, y como parte del emergente *ethos*, si la democracia era asimilada como «un valor en sí», el cuidado de la institucionalidad implicaba una responsabilidad y el debate, como forma democrática de disenso, una herramienta para fortalecerla. Por ello, el trabajo en el cogobierno universitario constituyó un aprendizaje político que involucró entender el funcionamiento institucional de las facultades, ya no solo atendiendo a la herencia de cursos, programas y docentes que habían sedimentado desde la última dictadura y que imponía planificar una dinámica institucional democrática y plural. Implicaba también el vínculo con nuevos actores: las diversas agrupaciones con representación política, las decisiones del gobierno central, las asociaciones y colegios profesionales, las y los investigadores y docentes que volvían del exilio o bien habían trabajado por fuera de la vida universitaria durante el período dictatorial. Surgían, también por entonces, nuevos actores como las agrupaciones autodenominadas «independientes» que, en el recuerdo de un dirigente de la JR, eran las que «te decían que a la universidad no se iba a hacer política, que se iba a mejorar la calidad de la educación universitaria y de la vida del estudiante». Esto inauguró un derrotero de la política estudiantil universitaria independiente o bien de los partidos políticos, o bien de los partidos en el gobierno (como lo fue el caso de la UPAU, ligado a la centro derechista UCeDé),^[12] que se va a transformar entre los ochenta y los noventa, y va a ir adquiriendo distintos significados según los momentos históricos (Blanco 2016b; C. Cortés y Kandel 2002; Picotto y P. Vommaro 2010). En los ochenta estos grupos parecían concentrarse – dicho en un vocabulario actual – más en la *gestión* que en el *gobierno*. «Más cursadas, mejores apuntes, más tóner en las fotocopadoras, pero independiente del proyecto nacional» recuerda otro dirigente juvenil radical de entonces.

En el renovado espacio universitario la contienda electoral implicaba durante los primeros años de la recuperación democrática

[12] Unión de Centro Democrática, fundada por Álvaro Alsogaray. Su rama universitaria, la Unión para la Apertura Universitaria (UPAU) se formó en 1983 y tuvo su pico de crecimiento en el año 1987.

no sólo el ejercicio del sufragio, sino también el despliegue de plataformas y su discusión. Como señala **Toer (1988, vol. 2)**, luego de la regularización de la FUA y FUBA a fines de 1983, con una participación encuadrada en identidades político partidarias, la militancia del movimiento estudiantil estuvo enfocada ya no tanto en «los grandes acontecimientos de la vida nacional» sino en el cogobierno universitario, trabajo sobre el que la mayoría de las agrupaciones no tiene una sostenida experiencia previa, habida cuenta de las sucesivas intervenciones militares en las universidades públicas. Esto requirió entonces la elaboración de estrategias y la producción de prácticas hasta entonces usualmente inéditas. En este proceso de aprendizaje militante basado en los requerimientos que iban surgiendo en el trabajo político cotidiano, la atención a las realidades de las facultades, las carreras y las materias, constituía parte fundamental de la tarea militante. Un ex militante del PI que cursó en los ochenta la carrera de Sociología recuerda que:

«los compañeros se encerraban y había que ver cuál era la bibliografía que estaba prohibida en sociología durante la dictadura, cuál había que traer, cuál seguía siendo pertinente, cómo reformar el plan de estudios, cómo pautar las condiciones de cursada, de inscripción, y todas esas cosas se discutían muy al detalle, se ponían por escrito. Los compañeros de las agrupaciones de ciencias de la salud, Odontología, Farmacia, Medicina, habían agarrado la plataforma del PI de 1973 y habían hecho una reelaboración del Sistema Nacional Integrado de Salud, entonces iban a las elecciones del centro de estudiantes postulando que había que terminar con las obras sociales, que había que unificar todo un sistema de medicina socializada al estilo británico».^[13]

Así, el espacio universitario, si bien politizado y partidizado, construyó su especificidad en las tareas de la militancia juvenil en una difícil tensión entre la singularidad de una institución encargada de la transmisión de conocimiento y su inscripción en la vida política y cultural que la modula. Si interesa señalar esta cualidad es debido a que progresivamente, y con algunas excepciones como las de las agrupaciones independientes de fines de los años noventa y comienzos de la siguiente década (**Picotto y P. Vommaro 2010**), se irá perdiendo en los años posteriores por cierta sobredeterminación de las agendas externas y las lógicas partidarias, como señalan

[13] Entrevista a un militante del PI durante el período.

Blanco (2014a, 2016b) y Carli (2012), en un fenómeno que Krotsch (2014, pág. 162) denomina como de «debilitamiento de una cultura específicamente universitaria» de las agrupaciones estudiantiles.

Los límites de la experiencia militante, las derivas biográficas y las nuevas figuras del compromiso

El último rasgo de la transformación de los espacios y prácticas de militancia juvenil en el que nos detenemos refiere a cambios que, avanzados los años ochenta, podemos mencionar de una relativa retirada de los partidos y la política estudiantil universitaria como espacios de militancia hacia otros escenarios: proyectos culturales, nuevos partidos minoritarios, la producción de conocimiento en la academia y la intervención intelectual, o, simplemente, el alejamiento de cualquier otra experiencia militante. A partir del año 1985 podemos identificar en las entrevistas realizadas diferentes puntos de inflexión en las trayectorias militantes debido a una multiplicidad de acontecimientos disruptivos que aparecen refiriendo tanto a la realidad nacional (como la sanción de las «leyes de impunidad» o la implementación del Plan Austral) como así también otros en clave biográfica. Sabemos que, a partir de ese año, el gobierno radical va a comenzar a experimentar dificultades económicas, sociales y políticas que se van a ir agudizando hasta la finalización anticipada del mandato cuatro años más tarde.

Una serie de acontecimientos van a producir una relativa escisión entre los y las militantes y las experiencias partidarias que caracterizaron las formas de activismo desde los inicios de la década. Entre la juventud del propio partido de gobierno la crisis se sintió con fuerza. «Las leyes de impunidad, toda la política de ajuste, el cambio de [el ministro de Economía] Bernardo Grinspun», enumera un ex referente de la JR, erosionó parte de la movilización a su favor que tenía el gobierno. De hecho, entre los años 1986 y 1987 se produce una ruptura en la Franja Morada, la que – no obstante – va a mantener la hegemonía dentro de la Federación Universitaria a nivel nacional hasta el presente y de Buenos Aires hasta 2001. «Nosotros no queríamos ni punto final ni obediencia debida, ni blanqueo de capitales. O sea para nosotros el quiebre es

con Felices Pascuas»,^[14] recuerda un ex militante que por entonces decidió alejarse de la Unión Cívica Radical.

Si la vida de partido había constituido una marca en las biografías de los y las entrevistados en el primer lustro de los años ochenta, hacia la segunda mitad de la década esta ya comienza a ser interpretada de otro modo: como un tránsito desde la institucionalidad, que le confería la creencia de la democracia como valor en sí, hacia la «partidocracia», que parecía marcar los límites del modelo representativo instaurado en 1983. Las internas partidarias, con sus procesos de afiliación masiva, a la vez que la ausencia de vías de participación directa de los afiliados en los partidos o, la distancia entre los dirigentes y las bases, comenzaron a erosionar la adhesión de algunos militantes con sus espacios. Un referente de la Juventud Intransigente recuerda,

«además de las luchas por las afiliaciones, los lugares de reunión, mucha gente que se había acercado porque ese era un espacio de poder nacional y popular y democrático y porque quería participar en una comisión y decía “mira yo tengo un proyecto – qué sé yo de violencia de género – ...”, pero para hablarle a un diputado tenés que decirle que estás en la línea interna de él y si no, no, por el colorado y por los marrones. Eso pudo mucho la vida interna de la gente».^[15]

En la militancia universitaria también se experimentaron transformaciones ligadas al crecimiento del aparato de poder del radicalismo en ese ámbito y a la complejización de la vida académica e institucional que comenzó a presentarse como poco compatible con la lógica del partido. La «repartija», en la voz de un ex militante radical cercano a la Coordinadora, de los dineros provenientes de la comercialización de los apuntes usados por los estudiantes y «el clima de negocios» empezó a imperar en *la Franja* a partir del manejo

[14] «¡Felices Pascuas! La casa está en orden», fueron las palabras que el presidente Raúl Alfonsín pronunció el 19 de abril de 1987 (coincidente con la Semana Santa de ese año) desde el balcón de la Casa Rosada ante una multitud que llenaba la Plaza de Mayo desde hacía muchas horas, anunciando la derrota de un levantamiento militar de un grupo militar sedicioso conocido como «carapintadas». Si bien esta frase fue celebrada en el momento, poco tiempo después fue interpretada como claudicación y voluntad de apaciguamiento del fervor popular que apoyaba al gobierno contra los militares alzados.

[15] Entrevista a un referente de la Juventud Universitaria Intransigente en el período.

de «el negocio de las fotocopias». El fenómeno de la denominada militancia rentada – personas que perciben remuneración por sus actividades militantes – y de «los créditos hipotecarios, que se mezclaban con el laburo y la militancia» fueron permeando diversas capas de la organización y configurando un tipo de militancia universitaria que unía la conquista de espacios institucionales con el manejo de recursos del presupuesto estatal y de los centros de estudiantes. Esta forma de militancia universitaria se mantuvo, no sin conflictos y oposiciones, al menos hasta 2001.

En algunos casos, el agotamiento de la política ligada al partido y las instituciones del sistema político permitió que resurgieran proyectos personales antes relegados por las prácticas políticas que quedaban recortadas por el *ethos* militante, por la articulación entre creencias, valores, ideologías, prácticas y repertorios de acción, que hasta entonces se había consolidado. Al distanciarse de la actividad partidaria aparecen en los relatos otras aristas de la vida cotidiana menos presentes en la experiencia anterior, que coinciden no solo con el deterioro progresivo de la situación económica durante los últimos años del gobierno de Raúl Alfonsín, sino también con nuevos horizontes en las trayectorias biográficas: retomar los estudios o la profesión, considerar como centrales las relaciones afectivas, e incluso empezar psicoanálisis, algo que hasta entonces aparecía como un desvío de los asuntos prioritarios caracterizado como pequeño burgués.

Así, la crisis de la militancia juvenil ligada al partido comienza a articularse con la biografía de los militantes, que, aún veinteañeros, comienzan a pensar otros horizontes. Un entrevistado que participó durante esta década activamente de la Juventud Universitaria Intransigente evoca un viaje como punto de articulación entre la crisis política y la biográfica. Durante el Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes que se llevó a cabo en Moscú en 1985 bajo la consigna «¡Por la solidaridad antiimperialista, la paz y la amistad!» viajó junto a distintas organizaciones juveniles locales, incluyendo a partidarios comunistas, intransigentes y radicales; el entrevistado recuerda que había concurrido

«a varias charlas sobre movimiento estudiantil y hablan de Polonia y de Hungría y de Francia y de Surd África y de Chile y todos decían lo mismo. Decían (*poniendo voz de recitado*): “la juventud es el sector más sensible a la radicalización política porque tiene un papel específico en la producción

y entonces es necesario activar los medios, las reivindicaciones sociales y democráticas para promover el crecimiento de las fuerzas de la izquierda, cosa que se ve a través del crecimiento de organizaciones sociales y de la prensa partidaria” y yo a la décima vez que escuché eso dije, “una de dos: o en todos los lugares pasa lo mismo o estos tipos todos están mirando mal”, y ahí fue cuando dije “yo me vuelvo a estudiar sociología”». ^[16]

La escena permite situar, en el desencuentro entre el recitado homogéneo de un programa y la singularidad de quien ya no se identifica o reconoce allí, la distancia creciente entre la experiencia activista y la biográfica. Bernard Pudal en el estudio crítico que realiza sobre los modelos analíticos de militancia en Francia, caracteriza la figura del *militante total* para dar cuenta del compromiso «total y duradero de quienes se entregan a su causa» en forma heroica, y la del *militante distanciado* para referir a la forma que adopta el compromiso puntual, «dispuesto a pasar de una causa a otra, y respecto del cual los individuos “distanciados” se negarían, por lo demás, a sacrificar su vida privada e identidad personal» (Pudal 2011, pág. 29). Sin lograr capturar las experiencias militantes a las que referimos, la tensión entre ambas figuras permite comprender los sentidos y prácticas del activismo que, en algunos casos, comienzan a amalgamar lo que será la diversificación de formas de militancia. En el caso que nos ocupa, la salida de la militancia en el partido y la universidad se orienta a una reubicación en el espacio académico, pero ahora desde el trabajo en las revigorizadas ciencias sociales, en un clima de refundación de instituciones (universidades, institutos de investigación, el CONICET), cátedras, grupos de estudio y revistas intelectuales, lo que va a ir dando forma, entre otros procesos, a la incipiente figura del *académico*, efecto del proceso de profesionalización creciente del trabajo intelectual en la posdictadura. Así, comienzan a visualizarse en los relatos formas de activismo, de intervención, de producción de lo político, no necesariamente ligadas a las formas políticas instituidas por entonces.

De un modo más general, podemos avizorar que este proceso de profesionalización, por entonces incipiente, iba tomando cuerpo en otras esferas en el período. Referimos en otros pasajes de este

[16] Entrevista a un referente de la Juventud Universitaria Intransigente en el período.

capítulo la importancia que cobró en la militancia política la dimensión de la administración del gobierno, de la participación en cargos en la función pública, de la complejización y diferenciación de tareas entre ámbitos de activismo que, aunque no nos detendremos acá, vale decir que poco a poco irán trazando sus contornos distintivos: la militancia en partidos políticos, diferente a la militancia en organismos de derechos humanos o a la militancia gremial. Así, la militancia *social* va a ser otra figura que comenzará a tomar forma, diferenciada de la política. Si la democracia había sido el organizador de prácticas militantes diversas en la década ligada a la forma-partido, las limitaciones que empezaron a evidenciarse hacia 1987 y las promesas incumplidas en el transcurrir de los años van a producir la corrosión progresiva de la legitimidad militante ligada a las instituciones políticas y la representación. La consolidación de este proceso es estudiado para los años noventa por Frederic, quien señala que en ese momento se produjo una transformación en las formas de legitimación y consenso militante (Frederic 2004). La autora enfoca este cambio desde las propuestas de la economía política moral, que consolidan la figura del militante social – expresado por el vecino y anclado en el barrio – por sobre la del militante político – vinculado a las instituciones políticas locales – .

Como dijimos, avanzando en la segunda mitad de la década de los años ochenta comienza en algunos casos el alejamiento de las juventudes de los grandes partidos (peronista, radical, intransigente, comunista) hacia otros espacios de organización o hacia formas de activismo no necesariamente identificadas con la política institucionalizada. Un militante de la FJC recuerda que su militancia prosiguió pero ya no en el partido, sino en la causa por la comunicación alternativa, en la acción comunitaria y el trabajo de base, «primero asociado a un barrio después a otro, después una cosa más movimentista, incluso con otras radios armamos redes». Tomando 1989 como año bisagra en el que el quiebre se agudiza (P. Vommaro 2012), vemos que en el cambio de década se despliega una transformación en las formas políticas generacionales en al menos dos sentidos. Por un lado, una revitalización de la militancia territorial, pervivencia de años anteriores con continuidades que fueron poco visibles en los ochenta. Por el otro, la emergencia de configuraciones políticas con inflexiones generacionales que se alejan de las prácticas institucionalizadas consagradas en los ochenta, para desplegar modalidades participativas basadas en la acción

directa y la discusión de jerarquías o verticalismos. Tanto en los ámbitos educativos secundario y universitario – con el resurgir de los grupos independientes de nuevo tipo, muchos de los cuales se denominan autónomos – como en los barrios con la constitución de organizaciones que construyen sus proyectos desde el territorio ocupando el espacio público. Estas modalidades políticas crecerán con fuerza en la década siguiente.

Por último, y como parte de la reflexividad en el presente respecto de la experiencia militante en el pasado, los y las entrevistadas ubican las limitaciones que los sentidos de democracia adquirirían a la luz de las transformaciones entre los órdenes público, privado e íntimo. Si, como señala [Pecheny \(2010\)](#), en los primeros años de gobierno de Alfonsín se produjeron numerosos cambios en torno a las libertades individuales tales como la derogación de restricciones legales al acceso a anticonceptivos, patria potestad compartida, igualdad entre hijos/as matrimoniales y extramatrimoniales, la aprobación del divorcio, y las primeras políticas locales y provinciales en salud reproductiva, en cambio la democratizaciones de los roles de género, la apertura a las agendas de la mujer o la diversidad sexual, no formaban parte del repertorio de prácticas y discursos de las experiencias militantes. «La cuestión de las mujeres era “déjame de romper las pelotas”. No se hablaba de género, no existía la palabra género», «en la militancia no había putos», y otras expresiones son referidas en algunos testimonios contrastan con las demandas por visibilidad y reconocimiento que, ya en los años ochenta, comenzaron a realizar grupos organizados de mujeres y de homosexuales, en numerosos casos provenientes de experiencia de militancia universitaria anteriores ([Bellucci 2014](#)). Como refiere un cuadro de entonces de la JUI: «la cultura militante estaba menos actualizada en relación con cuestiones de diversidad, de género, de pluralismo y de consumo cultural que la población con la cual trabajaba o por lo menos no se permitía mostrar esa actualización». Si bien con excepciones, y especialmente en el arco de los partidos de izquierda de tradición internacionalista, lo cierto es que sobre el final de la década, la creciente movilización y visibilización de colectivos de mujeres, homosexuales, lesbianas y travestis, se producirá relativamente escindida de las prácticas y causas militantes que se habían conformado en la recuperación democrática, dando lugar a figuras diferentes de *militancia* (partidaria) y *activismo* (feminista, homosexual, gay-lésbico, travesti), y que, en el presente en

el que fueron realizadas las entrevistas, encontraron luego de nuevas transformaciones jurídico-legales y del lazo social formas más sedimentadas de articulación en el presente siglo (Blanco 2014b; Hiller 2010).

Así, la democracia republicana, exitosa en instrumentar formas más o menos estables de política institucional, no logró extenderse a en sus dimensiones económicas, sociales y «personalísimas», lo cual, sumado a medidas impopulares del gobierno radical, erosionó su consenso. La militancia partidaria perdió fuerza hacia el final de la década y las formas políticas alternativas fueron ganando terreno. En los años siguientes, diversas agendas, en el sentido de cuestiones, demandas y problemas seleccionados que se han decidido como líneas de acción pero también como los asuntos pendientes que son considerados problemáticos y que, eventualmente, pueden ingresar a esta (Aguilar Villanueva 1993), se nutrieron de aquellos temas que en la recuperación democrática habían sido dejados de lado, y configuraron nuevos escenarios y repertorios de militancia.

Palabras finales

Nos interesó aquí aportar a la reconstrucción de algunos rasgos particulares de las experiencias de militancia cotidiana que se produjeron entre los inicios de los años ochenta y el fin de la década. Interesa remarcar tres procesos que se producen en este período. En primer lugar, un tránsito desde un momento inicial tensionado por la coexistencia de dos generaciones políticas (quienes provenían de las experiencias de los años setenta y quienes se integran a las organizaciones juveniles en los años ochenta) hacia la relativa conformación de un nuevo *ethos* común a ambas. Este se articula en torno a la *democracia* como significante estructurador de las prácticas y repertorios de acción. Los procesos de transmisión entre generaciones políticas, como así también la revisión del pasado reciente que se realizaba, colaboraron en su conformación. Esto fue acompañado y expresó un emergente lenguaje de derechos (Pereyra 2013) que se tradujo en acciones cotidianas: el trabajo en el partido, el cuidado del cogobierno universitario, la conformación de espacios juveniles transversales, entre otros. En segundo lugar, interesa marcar que ese *ethos* se correspondió con escenarios de participación con nuevas reglas y que acá referimos en torno al partido y la universidad. Esto va a suponer una creciente especialización y

diferenciación de formas de militancia. Por último, nos detuvimos en marcar que este rasgo de la militancia va a comenzar a mostrar signos de agotamiento sobre el final de la década y va a dar lugar al surgimiento de otras formas de compromiso, modalidades que van a delimitarse con mayor claridad en la década siguiente.

De esta forma y tomando la palabra de un entrevistado, la búsqueda de «otros caminos» y «otros destinos» que marca el inicio de los años ochenta, es posible ubicarla también sobre el final de la década. Sin embargo, esta nueva búsqueda no se realizará ya con la sombra de la última dictadura como límite sino desde la experiencia en esos años, que con todo, permitieron redefinir, dotar de nuevos contenidos y ensanchar los significados, prácticas y repertorios de acción de la – siempre en redefinición – democracia argentina.

CAPÍTULO 2

Un papel protagónico que cumplir. Las juventudes en las políticas públicas de los ochenta en Argentina

MARIANA LIGUORI Y ANALÍA GARCÍA

Presentación

El artículo se propone explorar y analizar la configuración de lo juvenil como un asunto de política pública en la década de 1980 en la Argentina, a la luz de la creación de los primeros organismos nacionales de juventud. Esta propuesta se enmarca en la revitalización de las instituciones públicas llevada a cabo por el gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989) y permite establecer posibles puntos de contacto y diálogo con las experiencias juveniles que son abordadas en los distintos capítulos que conforman este libro.

Analizar las políticas públicas y el nacimiento de las instituciones de juventud en nuestro país no implica reducirse solamente al abordaje de la letra escrita y las normativas, sino que también supone poder dar cuenta de todo un conjunto de elementos en función de los cuales estas cobran sentido. De acuerdo con ello, y retomando los aportes realizados por el trabajo de [Vázquez \(2015b\)](#), partimos de inscribir nuestro abordaje en un enfoque relacional contemplando el contexto sociopolítico nacional y regional en el cual se da el surgimiento de la Subsecretaría Nacional de Juventud, los debates de los organismos internacionales, las dinámicas institucionales que expresan y los distintos actores que intervienen en la gestión como son los trabajadores intermedios, intelectuales, militantes y expertos.

En tales términos, la relevancia de este trabajo viene dada por comprender la instalación de la cuestión juvenil en la agenda pública de la época a partir de su puesta en relación con la apertura de un proceso de democratización que no solamente dará lugar a la emergencia de nuevas identidades políticas y lógicas que van a cruzar la relación entre el Estado y las juventudes, sino que además va a conjugarse con el impulso de una renovación de la cultura política y con redefiniciones ocurridas en el interior del campo académico de las ciencias sociales que responderán a una reivindicación del ideal democrático (Aboy Carlés 2001; Gargarella 2010). Asimismo, el interrogante acerca de cuál es el interés que representan las juventudes como una temática de intervención estatal nos lleva a poner la atención en los lineamientos propuestos por los organismos internacionales en materia juvenil, los cuales van a determinar en buena medida el trabajo realizado por las instituciones específicas de políticas de juventud en distintos países, como España y México (García y Liguori 2015).

Otro de los procesos que se despliegan con el retorno de la democracia, y que es ineludible considerar en este estudio, tiene que ver con la reafirmación de los canales institucionales como espacios legítimos para concentrar las prácticas políticas y, también, tramitar lo concerniente a lo juvenil. Esto resulta central teniendo en cuenta que se trata de un momento que se distingue justamente por la recuperación del protagonismo de las juventudes en la escena política y por el desarrollo de diversas experiencias de organización y militancia en ámbitos como el estudiantil, territorial, universitario y mayormente en agrupaciones político-partidarias (Berguier *et al.* 1986; Pozzi 1988; Toer 1988).

Desde la articulación entre estas distintas dimensiones, el trabajo busca indagar las condiciones de posibilidad nacionales e internacionales para la aparición histórica de las instituciones de juventud así como reconstruir los principales lineamientos de trabajo y lógicas que se despliegan en torno a la definición de las políticas públicas en este período. En este recorrido el acento es puesto en los vínculos institucionales y los sentidos y saberes que estructuran una mirada particular de lo juvenil en estos años así como el papel que vienen a desempeñar las instituciones de juventud en relación con la participación política juvenil. Por otra parte, la realización de este abordaje desde una perspectiva sociohistórica representa uno

de los aportes del artículo, visto que nos permite realizar un ejercicio reflexivo al presente mostrando cómo muchos de los procesos que se presentan como novedosos en los años de los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015) referidos a la participación política o bien al papel de las juventudes en la gestión estatal, en realidad ya tienen su génesis en la década del ochenta.

El trabajo se organiza en cuatro apartados. En un primer apartado, se realiza un repaso por la historia institucional de las políticas públicas en la Argentina haciendo especial hincapié en los hitos y en los antecedentes que contribuyen a generar las condiciones de posibilidad para la creación de la Subsecretaría Nacional de Juventud (SSNJ) a fines de los años ochenta. En el segundo, se analiza el encuadre institucional de la SSNJ a la luz de las experiencias del Instituto Nacional de Juventud (INJUVE) en España y el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA) en México, en tantos casos paradigmáticos. También se recorren los rasgos que hacen a su funcionamiento y organización interna identificando los logros y pendientes de la gestión durante el gobierno alfonsinista. En el tercer y cuarto apartado, se reflexiona acerca de dos de los principales ejes de acción desarrollados desde una mirada que articula la gestión de las distintas instancias gubernamentales de juventud (Comité, Área de Juventud y Subsecretaría), aspectos que reponen la labor de actores específicos.

En función de estos fines, se recuperan documentos de gestión y un conjunto de materiales bibliográficos compuesto por producciones del campo académico a nivel nacional y regional, y por documentos elaborados por los organismos internacionales durante la década del ochenta. También, se utilizan las entrevistas a funcionarios y a trabajadores intermedios que se desarrollaron – o lo siguen haciendo en algunos casos – desde el nacimiento del área.

El nacimiento de la SSNJ en perspectiva histórica

El surgimiento de la Subsecretaría Nacional de Juventud (SSNJ) constituyó un hito en el devenir de los espacios estatales a nivel nacional dedicados al tratamiento de las juventudes, aunque no puede ser entendido como su punto de partida. En efecto, su conformación es expresión de un largo recorrido que se remonta hacia la década de 1970, en el cual es posible distinguir algunos intentos

preliminares de constitución de espacios institucionales orientados específicamente a atender la cuestión juvenil y, también, la definición de políticas públicas de juventud a escala nacional y provincial como una suerte de antesala de lo que será la experiencia de la SSNJ. En este apartado presentamos un recuento de los principales avances institucionales en materia juvenil en diálogo con los contextos sociopolíticos de cada momento histórico y en el marco de la apertura de un escenario internacional de oportunidad para la instalación de la temática juvenil en la agenda gubernamental.

Durante los años setenta encontramos elementos significativos que se desprenden de dos experiencias de abordaje estatal de las juventudes. En primer lugar, durante el gobierno democrático de Cámpora, uno de los principales dirigentes de la Juventud Peronista, Dante Gullo, fue nombrado como asesor en Asuntos de Juventud de la Presidencia de la Nación.^[1] El cargo se asimilaba al rango de secretario de Estado y en el organigrama dependía directamente del presidente. Este nombramiento buscó sentar las bases para la institucionalización de la promoción de la participación juvenil en relación con la construcción de un proyecto político específico, en el cual las juventudes representaban un rol central en reconocimiento a la importancia de la lucha armada en el regreso de Perón. La actividad significativa en esta etapa fue el denominado «Operativo Dorrego», ya que puede ser leído como una de las formas en que se plasmó el fin de la resistencia peronista inaugurando, al mismo

[1] La presidencia de Héctor Cámpora se extiende entre el 25 de mayo y el 13 de julio de 1973, representando al primer gobierno elegido a través de los comicios desde el golpe de Estado realizado por las fuerzas armadas a Arturo Illia en el año 1966. La victoria de la fórmula electoral de Héctor Cámpora (presidente)-Vicente Solano Lima (vicepresidente) en representación del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) expresó, además, el fin de la proscripción del Partido Justicialista y generó las condiciones para la vuelta al poder de Juan Domingo Perón en septiembre de 1973. En este escenario, se destaca la figura de Dante Gullo quien era un referente de la Juventud Peronista y secretario general de la Regional 1 (Capital Federal, provincia de Buenos Aires y la provincia de La Pampa). Entre sus responsabilidades más significativas para la época, Dante Gullo estuvo a cargo de la organización de la campaña «Lucha y Vuelve» que culminó con el retorno del General Perón al país luego del exilio el 17 de noviembre de 1972, y de la campaña electoral del FREJULI que finalmente gana las elecciones <http://www.dantegullo.com.ar>.

tiempo, algunos de los repertorios de acción que, en períodos posteriores, van a distinguirse como propios de las prácticas juveniles desplegadas en el marco de las instituciones de juventud. Concretamente, el objetivo de esta iniciativa fue la realización de acciones conjuntas entre la Juventud Peronista y las fuerzas armadas bajo el formato del trabajo voluntario en aquellas zonas afectadas por las inundaciones en la provincia de Buenos Aires.^[2] En esta misma línea, luego del mandato de Cámpora y al asumir Raúl Lastiri como presidente provisional, se distingue la creación a través del decreto 1.854/73 de una Secretaría de Juventud bajo la órbita de la Secretaría General de la Presidencia de la Nación. Esta Secretaría tuvo como misión la «formulación de la política de Estado referida a la juventud en línea con los objetivos de fomentar las actividades juveniles, así como la participación de la juventud en el proceso de reconstrucción y liberación nacional, definir planes de acción tendientes a la formación de dirigentes juveniles, y la atención de los problemas y necesidades manifiestas de los jóvenes» (decreto 1.854/73). En relación con estos ejes de acción, lo interesante fue el acento puesto en la promoción desde las instancias institucionales de dirigentes juveniles, y la construcción de una imagen de «juventud» homogénea e integrada desde la política pública en representación de los distintos sectores juveniles, a partir de la configuración de lo juvenil en términos de «problema».

En segundo lugar, ya en el marco del golpe de Estado iniciado el 24 de marzo de 1976 el eje de las políticas públicas se modifica para centrarse fundamentalmente en el alejamiento de los jóvenes de la vida política. Para ello, las estrategias utilizadas fueron la persecución ideológica y la represión de cualquier tipo de expresión política y popular. Como consta en el Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), los y las jóvenes representaron uno de los principales colectivos víctimas de los secuestros, la desaparición forzada y las torturas por parte de las fuerzas armadas.^[3] Asimismo, en este período se identifica

[2] El llamado «Operativo Manuel Dorrego de Reconstrucción Nacional» se llevó adelante entre el 5 y el 23 de octubre de 1973 en tanto iniciativa que representó de algún modo la importancia asignada por la Juventud Peronista al trabajo comunitario (diario *Perfil*, 19 de julio 2016 «Aquel Operativo Dorrego»).

[3] En el Informe de la CONADEP se exponen los datos relevados al año 1985 acerca de las personas desaparecidas en el período 1973-1983. Sobre un total

el desarrollo de iniciativas gubernamentales como fueron la propaganda televisiva o bien la promoción de actividades deportivas y recreativas que tenían como finalidad no solamente realizar un trabajo de «concientización» que refuerce el distanciamiento con las prácticas políticas, sino también la ocupación del tiempo libre de los jóvenes. Todas estas acciones se apoyaron y encontraron legitimidad en una construcción estatal de la figura del joven en tanto «sujeto peligroso y subversivo» que logró ser instalada a partir del miedo y la violencia.

Ahora bien, con la llegada de la década del ochenta es posible vislumbrar una reconfiguración de los significados y sentidos de lo juvenil a la luz del inicio de un proceso de transición democrática (Portantiero 1988). En este contexto, la valorización y visibilización de las juventudes a partir del desarrollo de diversas manifestaciones de «resistencia» al gobierno dictatorial contribuyeron de alguna manera a impulsar años después el reconocimiento de la cuestión juvenil como un objeto de intervención estatal. Entre las experiencias más significativas, hacemos referencia a la masiva participación de los jóvenes en las expresiones culturales como fueron los recitales y conciertos de rock nacional (Vila 1989), y en las movilizaciones públicas y marchas organizadas por las Madres de Plaza de Mayo y la Iglesia Católica, y las realizadas en solidaridad con la guerra de Malvinas (Jelin 1989). En el año 1982 las juventudes también son parte de la llamada «Marcha del Pueblo por la Democracia y la Reconstrucción Nacional» convocada por la Multipartidaria, y que trasciende por su masividad marcando el quiebre definitivo de la dictadura (Suriano y E. Álvarez 2013).

Finalmente, la profundización de las tensiones políticas y sociales así como la pérdida de consenso ciudadano luego de la derrota en la guerra de Malvinas, sumado a otros factores, deja a la coalición militar de gobierno en un estado de debilitamiento y crisis interna obligándola a ensayar una salida a través de la vía democrática. El llamado a elecciones en el año 1983 culmina con la victoria de

de 8.961 desapariciones, la mayor concentración de casos es representada por la franja etaria que va de los 16 a 30 años: 16 y 20 años 10,61%; 21 a 25 años 32,62%; 26 a 30 años 25,90%. Estos porcentajes muestran como los sectores juveniles se constituyeron en el foco de la política estatal de violación sistemática de los derechos humanos.

Raúl Alfonsín, candidato de la Unión Cívica Radical (UCR) dando lugar a la restauración del régimen político de la democracia. El gobierno alfonsinista se caracterizará por impulsar una nueva forma de convivencia e integración social cuyos pilares centrales serán el acuerdo y el procesamiento de las demandas sociales a través de la vía institucional (Gargarella 2010). En efecto, se trata de un momento en el cual se produce una movilización en la esfera pública de debates y discusiones acerca de distintas temáticas que marcan de algún modo la agenda política de la época, entre las que se distingue la libertad de expresión, el aborto, la finalización del servicio militar obligatorio, el divorcio, la patria potestad. En estas condiciones es que tanto la cuestión de la «mujer» como lo «juvenil» emergen como objetos de intervención estatal (García y Liguori 2015).

En el caso de las juventudes específicamente, su configuración como un asunto de política pública debe ser leído en vinculación con la instalación de la temática juvenil en la agenda de los organismos internacionales. En efecto, la declaración por parte de la ONU del «Año Internacional de la Juventud» (AIJ) en 1985 bajo el lema «Participación, Desarrollo y Paz» (resolución 34/151, año 1979), generó una serie de condiciones de posibilidad para la conformación de las primeras instancias gubernamentales de juventud en distintos países, tal como fue el caso del Instituto Nacional de Juventud en España (INJUVE) y las instituciones de juventud a nivel nacional (Cozachcow *et al.* 2015). El objetivo principal de esta celebración no solo se orientó a fomentar la organización de áreas estatales dedicadas a atender la situación de las juventudes, sino que también dio lugar al desarrollo de distintas actividades de manera preparatoria al AIJ, cuyo eje fue el abordaje de temáticas específicas concebidas como propias de las juventudes. Principalmente se otorgó importancia al conocimiento de las problemáticas que afectaban al «ser joven» y la generación de instancias reales de participación política y social de las juventudes en pos del desarrollo. Estos lineamientos fueron llevados adelante por la UNESCO^[4] y particularmente en

[4] La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) es una de las agencias de la ONU. En su misión, incorpora a la cuestión juvenil como una temática de especial interés. De hecho, desde 1955 cuenta con un Programa y una División de Juventud con la finalidad de «promover la participación de los jóvenes en el conjunto de las actividades de la Organización». Un ejemplo ilustrativo de estas

América Latina por el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (CEPAL), en articulación con otras redes regionales como el Centro Latinoamericano de Juventud (CELAJU).

Fue en este marco que hacia 1984 se creó el «Comité Nacional de Coordinación para el Año Internacional de la Juventud» dirigido por el doctor Ángel Bruno, bajo la dependencia de la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia del Ministerio de Salud y Acción Social.^[5] Este Comité se propuso elaborar un Plan de Medidas y Actividades tendientes a acompañar la celebración del AIJ a partir de impulsar iniciativas para la participación de los jóvenes, y la constitución de instancias de juventud a nivel provincial y municipal. El Comité fue integrado por distintas áreas estatales nacionales y por representantes de las ya conformadas áreas de juventud de las provincias de Catamarca, Córdoba y La Rioja, por el Centro de Información de las Naciones Unidas, un equipo técnico y 21 organizaciones juveniles de distintos colores políticos.^[6] La relevancia de esta primera experiencia estuvo dada por la realización de acciones y actividades orientadas a la población joven que no solamente cumplieron con las exigencias internacionales, sino además posibilitaron la convergencia y puesta en contacto de un amplio abanico de juventudes organizadas en distintos espacios políticos y comunitarios ofreciendo un sólido mensaje de unidad. También, se registró la formación en el plano local de organismos estatales de juventud en la ciudad de Buenos Aires, Neuquén y Mendoza, que en el corto plazo adquirieron un mayor poder político que las instancias nacionales. En este sentido, a partir de los testimonios de

intervenciones, es la organización en el año 1982 de la «Mesa Redonda sobre los Jóvenes en el Decenio de 1980» como una forma de cierre de un conjunto de encuentros regionales realizados anteriormente.

- [5] Hasta el año 1988 la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia estuvo a cargo de Enrique De Vedia de inscripción política demócrata cristiana, quien renuncia en 1988 según consta en el decreto 1.460/88 y se designa en su lugar como nuevo secretario al doctor Juan Carlos O'Donnell hasta el final del gobierno alfonsinista.
- [6] En el Comité participaron el Movimiento de las Juventudes Políticas (MOJUPO), la Juventud Radical, la Juventud Peronista, la Federación Juvenil Comunista, la Federación Universitaria Argentina, la Juventud Trabajadora de los Gremios, la Juventud de la Pastoral, y jóvenes representantes de organizaciones eclesíásticas como fue la Acción Católica Argentina, la Asociación Cristiana, los *scouts*, y también de la Federación Agraria Argentina y de Cooperativas Agrarias.

los equipos que formaron el Comité, puede notarse que su accionar y funcionamiento fue un verdadero instrumento político para dar visibilidad y poner al descubierto aquellos discursos acerca de lo juvenil heredados de la dictadura militar, y que primaban hasta ese momento.

«Este Comité para el Año Internacional de la Juventud, es un instrumento fundamental en el sentido de la convocatoria y la puesta en claro de los discursos con los que se venía después de 8 años, de 7 años de dictadura...; por lo tanto, era de lejos, de cerca, desde las construcciones de poderes, como se dio que llegamos de lo político».^[7]

Luego de la finalización del AIJ, se produjo la desarticulación del Comité dejando al descubierto algunas tensiones entre las juventudes políticas que formaban parte de las reuniones periódicas del mismo, sobre todo en torno a la posibilidad de generar consensos y definir un posicionamiento compartido acerca de temáticas claves para el clima de época, como la cuestión de los derechos humanos. El Comité fue sucedido por la constitución de un Área de Juventud bajo la misma dependencia estatal, integrada por el mismo equipo de trabajo que funcionó durante todo el año 1986 sin ningún tipo de dirigencia y cuya dinámica quedó más bien ligada a las iniciativas promovidas por los propios trabajadores que a lineamientos políticos definidos para el área.

Finalmente, el 26 de febrero de 1987 se produjo la formalización de la «Subsecretaría Nacional de Juventud» (decreto 280/87) en tanto organismo fundado en base a principios democráticos que, con sus redefiniciones y cambios institucionales, continua vigente aún en la actualidad como principal promotor de las políticas públicas juveniles. El nacimiento de la SSNJ fue un hecho significativo en relación a la reconstrucción de las instituciones públicas, y la apertura del espacio estatal a la sociedad que el alfonsinismo impulsó en la búsqueda de dotarlos nuevamente de credibilidad. Tal como queda ilustrado a partir del relato de uno de sus funcionarios:

«En los orígenes – los años ochenta – crear áreas desde el Gobierno, desde el Estado para atender los casos juveniles no era tanto una cuestión basada en la noción de políticas públicas sino en reivindicación. Vivíamos en un

[7] Entrevista a trabajadora intermedia de la institución de juventud, realizada el día 10/04/2015 por investigadoras del EPOJU.

momento donde la sociedad como conjunto buscaba apropiarse de los espacios públicos, buscaba referenciarse en diferentes efectores estatales para tener y para reconocer un Estado que cambiaba de estar al servicio de las minorías y para reprimir a las mayorías, a un Estado que tenía que tender incipientemente, por supuesto, a ser más inclusivo (...). La juventud hasta ese momento y a pesar de todo el año de la juventud, no era sujeto de las políticas».^[8]

Las lógicas inauguradas por esta institución estatal así como su funcionamiento y papel en el devenir del gobierno alfonsinista y en relación a las juventudes será el eje central de análisis en los próximos apartados.

«Buscar cómo hacer». La puesta en funcionamiento de la SSNJ

La conformación de la SSNJ respondió a un contexto institucional, social y político particular tanto a nivel nacional como internacional. Tanto es así que su emergencia constituyó una respuesta y límite a las pujas políticas entre las organizaciones juveniles, algunas de ellas arrastradas desde la experiencia del Comité y que tenían que ver con la disputa de liderazgo entre las organizaciones más tradicionales – como las clericales – y Movimiento de las Juventudes Políticas (MOJUPO); otras, registradas al interior del movimiento radical entre la Franja Morada, la Juventud Radical y la Coordinadora.^[9] La constitución del área y la designación del doctor Victorino Pugliese, hijo de una figura relevante dentro del radicalismo en las provincias, buscó terminar con los conflictos de

[8] Fragmentos de la exposición de Alejandro Tullio en el Encuentro 30 años de la Democracia: Juventud y Política de Juventud en tres décadas, FLACSO.

[9] En el interior de la Unión Cívica Radical era posible distinguir la existencia de tres colectivos que agrupan a las juventudes que postulaban una autonomía de decisión y definición de sus orientaciones políticas: la Juventud Radical, la Junta Coordinadora Nacional y la Franja Morada. La Juventud Radical representaba a la rama juvenil de la Unión Cívica Radical y se inscribía en el radicalismo; la Junta Coordinadora Nacional era una organización constituida por los jóvenes radicales en el año 1968 y que, a pesar de sus redefiniciones internas, continuaba adquiriendo un papel clave tanto durante la transición democrática – a través de la movilización masiva de las juventudes – como en el gobierno alfonsinista ocupando muchos de sus dirigentes puestos públicos de relevancia; por último, la Franja Morada era la organización universitaria del radicalismo que conduce ininterrumpidamente desde 1983 la Federación Universitaria Argentina (FUA).

intereses entre las agrupaciones radicales y dar cuenta de la decisión política de abordar institucionalmente asuntos considerados relevantes en el ámbito nacional y en el internacional.

El enfoque y estructura que adoptó la SSNJ se basó en las recomendaciones técnicas de agencias y experiencias de gestión internacionales, como la CEPAL, el INJUVE y el CREA. En efecto, con la finalización del AIJ, se destacaron dos líneas de trabajo principales: la temática de la *mujer* y la de *juventud*, que buscaron articular sus acciones en la órbita del Ministerio de Salud y Acción Social, lo cual quedó expresado en la aparición primero de la Subsecretaría de la Mujer y luego de la SSNJ. La Subsecretaría de la Mujer, además, se distinguió por el importante ingreso a la gestión, a través de concursos, de militantes feministas, lo cual permitió que las demandas de estos colectivos permearan y marcaran el rumbo de la gestión pública a diferencia de la SSNJ.

En el caso de la SSNJ, los funcionarios que encabezaron esta gestión compartían el rasgo de tener entre 26 y 35 años, con formación profesional en derecho, y militantes y dirigentes de la UCR. El área se conformó así de autoridades, personal técnico y administrativo joven, sin experiencia previa en el desarrollo de políticas públicas juveniles (salvo en un caso particular). De acuerdo con los testimonios, esto marcó un punto de distanciamiento con respecto a las políticas de mujer, ya que no había demandas específicas desde las agrupaciones juveniles sobre el curso de acción que debía seguir un área pública orientada a abordar la temática.

«Me parece que en los 80... en el 87... de repente era importante, digamos, en términos... no solo electorales, pero sí era importante... mirar hacia un sector de la población..., fueron las mujeres en otra época con el voto, digo, hay un poco de esto también, ¿no?, de tener algún tipo de adhesión, entonces bueno, empieza a ver cómo ciertas políticas..., no hay un movimiento juvenil que esté pidiendo políticas públicas. Nunca lo hubo (...). En una cuestión de género, uno puede pedir violencia, puede pedir salud reproductiva, sexual..., hay como cuestiones muy propias... y aparte qué sé yo, sos mujer toda la vida. Pero los jóvenes... dos; tres años, cuatro años... Yo creo que hay un tema de... esto, de instalación en agenda... de una cuestión... eh... desde los gobiernos».^[10]

[10] Trabajadora intermedia de la institución de juventud, entrevista realizada 10/04/2015 por investigadoras del EPOJU.

Esta falta de una agenda para la política pública desde los espacios de participación juvenil generó, al mismo tiempo, la ausencia de un enfoque propio, lo que hizo de la SSNJ un organismo nuevo no solo en términos de su estructura estatal sino también en lo respectivo a la definición de prioridades de intervención. Más aún, la composición joven de sus directivos y del equipo de trabajo requirió de la realización de convenios con organismos internacionales para su capacitación técnica. Esto permitió que parte de quienes conformaban estos equipos participaran de distintos encuentros de intercambio y formación en el exterior, especialmente orientados a brindarles conocimientos y herramientas acerca de la implementación del modelo propuesto desde INJUVE.

Es así que los objetivos y principales funciones del organismo fueron tomados de las experiencias que tuvieron lugar en el ámbito internacional y también, de las recomendaciones realizadas por los expertos, como veremos más adelante. En este sentido, lo interesante a destacar es la concepción y presentación oficial de la SSNJ no como un «órgano necesariamente ejecutor de programas de juventud» sino quien «a partir de un conjunto de oferta estatal para este sector etario de la sociedad enlace, ordene, coordine y defina objetivos frente a los jóvenes» (Documento de gestión, 1987, pág. 29). En lo que respecta a los objetivos, en los documentos de gestión se señaló como «misión principal» el conocimiento y atención de la «problemática juvenil»; la coordinación de tareas con distintas áreas estatales, organizaciones sociales y organismos internacionales, y la promoción de espacios a través de los cuales «los jóvenes participen del gobierno y sean protagonistas», especialmente a nivel provincial y local. En este marco, se definieron una serie de lineamientos generales entre los que contaron: desarrollo de una política integral de juventud (coordinación entre áreas de gobierno); constitución de una política de participación (relacionado con la búsqueda del protagonismo y asociacionismo juvenil); implementación de una política de servicios (mediante acciones específicas según cada territorio); y establecimiento de una política nacional (propiciar un alcance nacional y federal, favoreciendo también la cooperación internacional).

Estos propósitos se plasmaron en términos organizativos en una estructura administrativa que replicó en buena medida el formato español, compuesta hasta el fin del alfonsinismo por dos direcciones: la Dirección Nacional de Promoción y Participación Juvenil

– a cargo de Atilio Richieri – y la Dirección Nacional de Estudios, Proyectos y Cooperación – cuyo responsable fue Alejandro Tullio –. También se tomó el carácter descentralizado del accionar del organismo, al propiciar la conformación de áreas de juventud provinciales. Otro aspecto central, que en el caso de Argentina adquiere especial importancia, fue la adopción de una política de registro, documentación y recopilación de información para el conocimiento y diagnóstico de la situación de los y las jóvenes que llevó a cabo el Centro Nacional de Información y Documentación de la Juventud (CENID), dentro de la Dirección Nacional de Estudios, Proyectos y Cooperación.

Es aquí donde puede encontrarse otro aporte relevante en la constitución de la SSNJ: el INJUVE de España y la experiencia del CREA en México. Las políticas públicas de juventud españolas emergieron en la recuperación democrática del posfranquismo en el gobierno del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), a partir de 1982. En este contexto, el tratamiento de la cuestión juvenil se estructuró en torno a la creación de instancias en el plano local y municipal que permitieron dar respuesta a los «problemas y realidades de los jóvenes», con el objetivo principal de «evitar su expulsión de la sociedad» y lograr su integración (Documento de gestión INJUVE, 1999). En cuanto a su organización administrativa, en el año 1983 se creó el Consejo Nacional de la Juventud de España integrado por los Consejos de Juventud de las comunidades autónomas y por organizaciones juveniles, con la finalidad principal de alentar la *participación juvenil* en el desarrollo del Estado. Más tarde, en el año 1985 y en medio de las celebraciones del AIJ se conformó el INJUVE en el ámbito del Ministerio de Cultura en tanto organismo nacional encargado del tratamiento de la cuestión juvenil. El mismo contó con un «Centro Nacional de Información y Documentación de la Juventud» (CENID) orientado a la recopilación de información y construcción de un banco de datos, la difusión de las actividades realizadas para jóvenes, y el establecimiento de espacios de intercambio internacional, nacional y municipal.

Por otro lado, la participación en la conformación de la SSNJ de intelectuales y profesionales argentinos que se habían exiliado en México durante la última dictadura permitió la recuperación de aspectos significativos de la experiencia del CREA, en lo que respecta a la promoción de la articulación entre lo institucional y el campo académico como uno de los ejes centrales de las políticas de

juventud. El eje central de sus acciones giró centralmente en torno al conocimiento de la situación y expectativas de las y los jóvenes.

Así, la experiencia argentina del CENID, como profundizaremos más adelante, se nutrió de estos antecedentes, asumiendo la construcción de conocimiento como herramienta central para la implementación de políticas juveniles y la apertura de la gestión a la participación de intelectuales, consultores de organismos internacionales y especialistas en la temática juvenil.

Ahora bien, el devenir de las distintas áreas que compusieron la SSNJ durante los últimos años del gobierno de Alfonsín, llevó a que se desarrollen pocos vectores de los propuestos en el diseño del organismo. Siguiendo los testimonios, la SSNJ impulsó programas juveniles como fue la Tarjeta Joven,^[11] puso en funcionamiento al CENID, con fuerte influencia del ámbito académico, y pudo desarrollar una escueta agenda de eventos multitudinarios orientados específicamente a la Juventud Radical.

«El problema estaba, en cómo articular, después de semejante destrucción de los lazos sociales, habidos y por haber..., en cualquier sociedad como fue la dictadura; es decir, ¿qué tema de la minoridad...?, pero nosotros trabajábamos con jóvenes activos (...). El área como tal, hizo pequeñas cosas, algunas cosas que quedaron enganchadas y derivadas del Año Internacional de la Juventud. No había..., es decir..., y eso sí es parte mía, buscar cómo hacer».^[12]

De alguna manera, la puesta en marcha de los propósitos dispuestos para la SSNJ no parecieron contar con el respaldo suficiente para alcanzar el carácter federal e integral propuesto en su diseño inicial, especialmente considerando que no contó con presupuesto anual, lo que podría haber permitido planificar y potenciar su accionar. La SSNJ parece posponer, entonces, la implementación de acciones que buscaran avances significativos en el desarrollo de las

[11] La Tarjeta Joven fue la iniciativa principal impulsada como parte de la política de servicios a nivel nacional que se proponía llevar adelante la SSNJ. Esta Tarjeta era entregada de manera gratuita y buscaba que los jóvenes pudieran acceder a beneficios y a tarifas diferenciales en transporte, en libros escolares, en comercios, etcétera. Este mismo programa con posterioridad ha sido replicado por los organismos de juventud en otros países de la región, como en Colombia.

[12] Trabajadora intermedia de la institución de juventud, entrevista realizada los días 04/07/2015 y 21/07/2015 por investigadoras del EPOJU.

oportunidades de participación y protagonismo de los y las jóvenes, cayendo en una función más de tipo diagnóstica y de promoción solo de los propios espacios partidarios de participación.

La ampliación de los espacios de participación juvenil para lograr un mayor protagonismo, el incentivo al asociativismo, la federalización y descentralización de las áreas de juventud quedaron relegados. De alguna manera, parece tener lugar lo que alerta **Oszlak (1980)** sobre los diseños de políticas públicas realizados solo desde su dimensión técnica que pueden encontrar limitantes en su implementación a partir del choque con lógicas políticas de gestión que tienen prioridades y mecanismos propios. La creación de la SSNJ sobre la base de experiencias ajenas, de acuerdo a las disposiciones internacionales, encontró dificultades en su desarrollo ante la ausencia de respaldo político suficiente para impulsar políticas públicas desde el enfoque propuesto y ajustadas al escenario local.

Fueron los actores involucrados en la gestión de la SSNJ quienes marcaron el pulso de la agenda desarrollada por el área: por un lado, la participación política ligada a la militancia partidaria oficialista; por el otro, el involucramiento creciente de académicos y expertos en las actividades de investigación y diagnóstico que desarrolló el área.

La participación «pública» juvenil

Uno de los ejes de indagación centrales para comprender la gestión estatal de juventud refiere a la relación establecida con el auge de la participación política que tuvo lugar durante el gobierno alfonsinista, y que llevó a un número importante de jóvenes a protagonizar distintas experiencias de movilización y militancia política. En lo que sigue mostraremos los principales modos en que las prácticas políticas juveniles encontraron su canalización en las instituciones nacionales de juventud, así como los rasgos que expresó este proceso, especialmente de manifiesto en dos sentidos.

Por un lado, los organismos de juventud en sus distintas gestiones promovieron la realización de un conjunto de actividades en las cuales fue posible distinguir una importante participación de juventudes organizadas en diversos espacios políticos. Estas iniciativas se presentaron como un medio para afianzar la comunicación entre el Estado y las organizaciones juveniles, y además, fueron

expresión del cumplimiento de algunos de los iniciales lineamientos de trabajo que se plantearon estas instituciones, tales como su constitución en un *ámbito propio de los jóvenes en el gobierno y la promoción del protagonismo juvenil*.^[13]

En este sentido, la primera experiencia a referir es el «Primer Congreso Nacional y Multisectorial de la Juventud Argentina», realizado en el año 1985 en la ciudad de Córdoba por parte del Comité Nacional de Coordinación para el AIJ. Este congreso representó a la actividad impulsada por las primeras instancias gubernamentales de juventud y consensuada por los dirigentes de las principales organizaciones sociales y políticas de las juventudes, para responder a los lineamientos del AIJ.^[14] El congreso reunió cerca de 1.200 jóvenes, provenientes de las distintas provincias del país y de sectores con inscripciones y adhesiones político-ideológicas y religiosas diferentes, con la finalidad de debatir acerca de cuestiones que se presentaban como relevantes en este contexto de restauración de la democracia. La temática central en torno a la cual giraron los debates e intercambios más fuertes fue, sin duda, los derechos humanos. Entre las organizaciones juveniles asistentes a este encuentro se destacó la Junta Coordinadora Nacional, la Juventud Radical, el MOJUPO y las juventudes tanto de la Pastoral Católica como de la Federación Agraria. Estos aspectos son mostrados en los siguientes testimonios:

«Al Congreso Nacional y Multisectorial de la Juventud fueron los cuadros más importantes de todas las organizaciones políticas. Hubo una fuerte militancia y hasta una fuerte tensión. 1985, juicio a las Juntas. 20 comisiones

[13] Documento de gestión SSNJ, 1987, pág. 5.

[14] Se trató de un evento de suma importancia para la época, que contó con auspicio oficial y fue acompañado en su inauguración con la trasmisión de algunas palabras pronunciadas por el propio Raúl Alfonsín en las cuales se le asigna a los jóvenes un lugar central en el proceso de reconstrucción de la democracia: «La juventud argentina tiene en esta hora de la democracia, un papel protagónico que cumplir. En su pluralidad militante y en su presencia protagónica en los más diversos ámbitos de la vida argentina mucho es lo que depende de ella. Viene de una historia de sospechas, violencias, y frustraciones. Es depositaria de un mensaje de paz que puede y debe construir con su participación activa». Fragmento del discurso del presidente Raúl Alfonsín en ocasión de la ceremonia de apertura del I Congreso Nacional y Multisectorial de la Juventud Argentina, Ciudad Universitaria de Córdoba, año 1985.

desde políticas de inserción laboral de los jóvenes hasta derechos humanos. La discusión más fuerte, por supuesto, era la política de derechos humanos».^[15]

«Córdoba es la primer manifestación visible de todo lo que estaba por delante, la forma de trabajo era por consenso, todas las reuniones esas que hacíamos previas, y el trabajo en comisiones era para llegar a definir alguna articulación conjunta. Era algo difícil, porque el trabajo por consenso, llevaba mucha discusión porque había que resolver y no te permite aceptar diferencias. El tema que produce mayor presión, sobre todo para la Coordinadora, era la mesa de derechos humanos que termino a las 4:00hs de la mañana... porque no lograban ponerse de acuerdo. En esa mesa estaban los representantes de las distintas organizaciones y jóvenes de distintos lugares del país y de distintos orígenes».^[16]

Este encuentro fue el acontecimiento que inauguró una de las orientaciones principales de las políticas públicas en cuanto a la participación juvenil y que cristalizó la necesidad de abrir vías institucionales como condición necesaria para lograr el apoyo de las agrupaciones políticas y sociales al gobierno alfonsinista.

Hacia el año 1987, también se distingue la organización por parte de la SSNJ de una actividad trascendente en términos políticos por encuadrarse en el llamado «Proyecto de Patagonia y Capital» (1986) impulsado por el propio Raúl Alfonsín, que buscó lograr el traslado de la capital del país al complejo de ciudades compuesto por Viedma, Carmen de Patagones y Guardia Mitre. En esta coyuntura particular, se llevó adelante el «Encuentro juvenil Fundemos una República Nueva» realizado en coordinación con la Secretaría General de la Gobernación de Río Negro, el cual fue esencialmente una reunión de la militancia del radicalismo con la finalidad de intercambiar acerca de los alcances y transformaciones que implicaba este cambio de la Capital y el modo en que en este marco podría ser desarrollada la descentralización. En sí, el Encuentro contó con la participación de muchas de las organizaciones que acompañaban al alfonsinismo provenientes de la militancia social y católica, y principalmente de los responsables de los organismos

[15] Fragmento de la exposición de Alejandro Tullio en el Encuentro 30 años de la Democracia: Juventud y Política de Juventud en tres décadas. FLACSO.

[16] Entrevista a trabajadora intermedia de la institución de juventud, entrevista realizada el día 04/07/2015 y 21/07/2015 por investigadoras del EPOJU.

nacionales y provinciales de juventud, funcionarios públicos de distintas zonas y jóvenes militantes y dirigentes de la Coordinadora, la Franja Morada y la Juventud Radical. En el cuadernillo publicado por la SSNJ, también, se destaca el rol de los estudiantes secundarios para hacer llegar las discusiones a sus respectivos centros de estudiantes. Una iniciativa, por tanto, que no solamente marcó la importancia política que para el alfonsinismo representaban específicamente las agrupaciones oficialistas, sino también la funcionalidad de los organismos públicos de juventud en tanto espacios de convergencia de esta militancia. En suma, estas actividades emblemáticas impulsadas por las instituciones de juventud primero en el marco del «Comité de Coordinación para el AIJ» y luego por la SSNJ, evidencian la paulatina pérdida de adhesión plural de las juventudes políticas al alfonsinismo, y la consiguiente centralización del respaldo político sobre todo en las agrupaciones partidarias radicales.

En paralelo con esta redefinición del arco político, es posible observar la consolidación de una extensión de la militancia partidaria oficialista hacia el Estado como una forma de legitimar de alguna manera los sentidos de la participación política construidos con el alfonsinismo, basados principalmente en la acción pacífica y en la adhesión a las vías institucionales de representación (Aboy Carlés 2010). En efecto, durante estos años muchos de los jóvenes militantes de las agrupaciones político-partidarios – como la Juventud Radical y Franja Morada – ingresaron al Estado a través de la ocupación de distintas funciones públicas, como lo ejemplifican los casos de Jesús Rodríguez electo diputado nacional (entre 1983-1987) y posteriormente ministro de Economía (mayo a julio 1989), y el de Enrique Nosiglia al frente del Ministerio del Interior (1987-1989).

Este proceso también tuvo su traducción en el ámbito de las instituciones de juventud y puede ser visto con mayor claridad en el caso de la SSNJ, cuya dirección se conformó de jóvenes funcionarios públicos militantes de la UCR. Hacemos referencia concretamente

al Subsecretario de Juventud Victorino Pugliese^[17] y al director Alejandro Tullio.^[18] De acuerdo con ello, estos organismos públicos parecieran constituirse en espacios tanto de formación de cuadros políticos como de inicio de una carrera militante ascendente y exitosa. La participación de militantes radicales jóvenes como autoridades de la SSNJ puede ser interpretada en este sentido, más aún si se tiene en cuenta que esta composición partidaria en los puestos jerárquicos no se dio en las instancias más intermedias, cuyos trabajadores ingresaron al organismo debido a un interés en la temática juvenil y a contactos, y no por su pertenencia política meramente. Así, este rasgo parecía responder a la posibilidad de iniciar una carrera político-institucional ascendente, más que a la oportunidad de viabilizar demandas del sector juvenil del radicalismo en el desarrollo de políticas públicas desde la SSNJ.

En resumidas cuentas, la participación juvenil vista a la luz de las actividades promovidas por los organismos públicos y de la militancia de los jóvenes radicales en la gestión estatal, nos permiten componer de una manera más acabada el escenario y los matices que adopta la organización política de las juventudes en el devenir del gobierno alfonsinista, así como visibilizar la articulación existente entre la militancia, las juventudes y el Estado que muchas veces suele ser ubicada como producto de una coyuntura más actual, pero que tiene su origen en la década de ochenta.

Los saberes en la gestión

Como señalamos anteriormente, el análisis de las instituciones de juventud cobra sentido al fijar la atención en aquellos actores que la habitan y forman parte de esta institución. En línea con ello analizamos en el apartado anterior la influencia y el rol de quienes provenían de la militancia partidaria juvenil, a lo que sumaremos ahora la importancia asumida por los intelectuales y expertos en

[17] Director del Consejo Deliberante de la ciudad de Tandil. Dirigente de la UCR, de familia histórica militante de la UCR de Tandil. Hijo de Juan Carlos Pugliese, quien fue presidente de la Cámara de Diputados en el Gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989) y ministro de Economía (1989).

[18] Abogado y docente Universitario. Entre el 2001-2015 estuvo a cargo de la Dirección Nacional Electoral del Ministerio de Interior. En los orígenes de su carrera política, fue dirigente y militante de la UCR y formó parte de la Juventud Radical. Años más tarde, se desafilió de la UCR y posteriormente se reconoció como «kirchnerista».

la gestión. Un aspecto que conllevó a la constitución del saber académico y el saber experto como componentes ineludibles para la concepción de las políticas públicas de juventud del período.

Este rasgo debe ser comprendido en relación a dos procesos que tienen lugar con el advenimiento de la democracia y que representan sus condiciones de posibilidad. En primer lugar, la apertura provocada por la crisis del gobierno dictatorial y el impacto de la derrota de la guerra de Malvinas, lo que impulsó en nuestro país una serie de resignificaciones en el campo intelectual de la época que se consolidaron durante el gobierno alfonsinista. Centralmente, en esos años se produjo una reformulación de las tradiciones político-ideológicas de izquierda que se sustentó en la crisis del marxismo y sobre todo, en la revaloración de la democracia en distintos países de América Latina. De modo que la «democracia representativa y liberal» se configuró de modo creciente como un ideal reivindicativo para estos intelectuales, que veían en ella la posibilidad de formular un nuevo modelo de transformación de la sociedad ya no desde la práctica revolucionaria, sino antes bien desde el fortalecimiento de las propias instituciones públicas (Altamirano 2006; Baldoni 2008; Patiño 1997). En línea con ello, con el retorno del exilio de muchos investigadores y docentes, es posible ver cómo las universidades volvieron a constituirse en sus espacios de inserción, y también, el propio Estado comenzó a presentarse como un lugar de privilegio y una alternativa para el desarrollo de la actividad de un grupo de intelectuales de izquierda (Plotkin y Leandri González 2000). Tal vez la experiencia más ilustrativa, fue la representada por el llamado «Grupo Esmeralda» conformado por intelectuales como Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola, quienes se desempeñaron como asesores personales del presidente Raúl Alfonsín. En su quehacer como «intelectuales de Estado» (Altamirano 2006) este grupo se encargó de la escritura del emblemático discurso pronunciado por el presidente en Parque Norte en el año 1985. Otra de las transformaciones centrales a señalar fue la creación de ámbitos de reflexión y debate como fue el Club de Cultura Socialista, conformado por reconocidos intelectuales como José Aricó y Carlos Altamirano (M. Cortés 2013), y la legitimación de aquellos circuitos regionales e internacionales en los cuales muchos científicos sociales se desempeñaron profesionalmente durante y después de la dictadura militar. Hablamos, por ejemplo, de los

centros privados de investigación, las universidades regionales como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y los organismos internacionales como la CEPAL y UNESCO. Esto dio lugar a la emergencia de la figura de los «intelectuales especialistas» o «expertos» que adoptaron rasgos diferenciales respecto de la figura clásica de los intelectuales y que se inscribieron en un campo con lógicas propias como el de la *expertise*^[19] (Casco 2008; Morresi y G. Vommaro 2011).

En segundo lugar, y retrotrayéndonos a lo abordado en el primer apartado de este capítulo, la declaración del «Año Internacional de la Juventud» sentó las bases para la construcción de un campo de estudios específicos acerca de la cuestión juvenil (Guemureman y Macri 2013). En efecto, en el año 1986 se distingue la organización por parte de FLACSO del «Primer Seminario sobre Estudios de la Juventud» coordinado por Rene Bendit, y también, se publica el trabajo pionero de Braslavsky (1986). En este nuevo dominio académico, las problematizaciones se orientaron especialmente a dar cuenta de las características y aspectos particulares que hacen al «ser joven» en este contexto, y a discutir las interpretaciones dominantes de la época que pensaban a los jóvenes como un grupo homogéneo (Blanco *et al.* 2014; E. Rodríguez 2015). También, aquí se registra el surgimiento de los expertos en las temáticas juveniles, quienes se van a desempeñar en los ámbitos regionales e internacionales.

Ahora bien, el contacto de los intelectuales y los expertos con el Estado, así como la articulación con el campo de estudios de las juventudes específicamente, estuvo dado a partir de la definición de un lineamiento de acción principal basado en *tomar conocimiento de la situación y de la problemática de las juventudes*. En efecto, en las distintas instituciones de juventud (Comité Nacional de Coordinación para el AIJ, Área de Juventud y SSNJ) se desarrollaron

[19] Por «expertos» entendemos a aquellos actores que cuentan con la misma formación y credenciales que los intelectuales pero que se distinguen por ser portadores de *saberes especializados y técnicos* en determinadas disciplinas científicas, los cuales son ponderados en la práctica a partir de su utilidad para resolver problemáticas particulares (Camou 1999; Plotkin y Neiburg 2004). Generalmente, en su quehacer profesional estos expertos se mueven por distintos ámbitos extra-académicos como son el Estado, las ONGs, las instituciones privadas de investigación nacionales e internacionales y los organismos internacionales, entre otros.

iniciativas que permiten observar algunas de las modalidades en que se produjo esta incorporación de los saberes expertos e intelectuales en la gestión.

En cuanto a los expertos, la relación establecida con la gestión sobre todo se encuadró en la adhesión y acompañamiento de las instituciones de juventud a los lineamientos que eran definidos en materia juvenil por los organismos internacionales (ONU, UNESCO, CEPAL). En este sentido, una experiencia a distinguir es la organización por parte del Comité Nacional de Coordinación AIJ en el año 1985 del «Encuentro sobre Políticas y Estrategias para la Participación Juvenil», el cual no solamente tuvo como objetivo realizar un diagnóstico de la situación de la juventud a nivel nacional y regional, sino también formular recomendaciones a los gobiernos. En este encuentro participaron funcionarios públicos, trabajadores intermedios, asesores técnicos, organizaciones políticas como el MOJUPO y la Juventud Radical, y también, expertos regionales en calidad de consultores de la CEPAL. En los intercambios, diagnósticos de situación y propuestas realizadas, se destacó el rol de los expertos en la definición tanto de un modo legítimo de tematizar a las juventudes sobre todo en relación al acceso a la educación y al trabajo, como de las orientaciones adoptadas por las políticas públicas para abordar estas cuestiones. Asimismo, este desempeño como consultores se conjugó con las colaboraciones técnicas realizadas por los expertos directamente con las áreas estatales nacionales en lo respectivo al armado de muchos programas de gestión, y a la evaluación y seguimiento de proyectos financiados por los organismos internacionales.^[20]

Este vínculo con los expertos debe ser entendido, además, en el marco de las relaciones internacionales y de cooperación entabladas por las gestiones de las instituciones de juventud. Como lo muestra uno de los testimonios de los entrevistados:

«La CEPAL fue el eje para tomar contacto con la bajada de las Naciones Unidas para el AIJ, y había Encuentros donde traían a expertos internacionales, y por supuesto Argentina y todo lo que era Cono Sur (Argentina,

[20] Hacemos referencia, por ejemplo, al proyecto sobre «Promoción de la Participación de la Juventud Argentina en el Desarrollo Sociocultural» (1988) financiado por la UNESCO y realizado por Ernesto Rodríguez, basado en el seguimiento y evaluación del primer año de gestión de la SSNJ.

Uruguay) era muy importante porque venían de las dictaduras. Eran encuentros teóricos donde participaban los técnicos de la CEPAL que estaban alineados con las teorías de arrastre del desarrollismo, y uno de los *popes* de eso era [Fernando Henrique] Cardoso que también participa de estos encuentros. La participación se daba más como política de estado, asistían los funcionarios públicos, y no tanto las agrupaciones políticas. Eran encuentros de 100 personas donde se juntaban técnicos, representantes de las universidades, funcionarios públicos». [21]

También, se distingue la participación de los organismos nacionales de juventud en las sucesivas reuniones del Consejo Directivo y de la Región Cono Sur de la OIJ, y de las distintas conferencias intergubernamentales sobre políticas de juventud en Iberoamérica (Balardini 2004; Balardini y Hermo 1996), lo cual además marca la articulación con otras experiencias de gestión juvenil llevadas a cabo en América Latina como fueron los casos de Chile y Uruguay. En efecto, en el año 1987 la recientemente creada SSNJ es parte de la Primera Conferencia Iberoamericana de Juventud realizada en Madrid en la cual se realiza un diagnóstico inicial de la «juventud iberoamericana» y se postula la importancia y necesidad de la «participación de jóvenes en el proceso de desarrollo político, social y económico». Un año después, en 1988 la SSNJ asume un papel más activo organizando y coordinando junto con el INJUVE la Segunda Conferencia Iberoamericana de Juventud realizada en Buenos Aires, en la que se resuelve la «definición de políticas integrales» como la vía para resolver las problemáticas formuladas en el anterior encuentro. Finalmente, la SSNJ participa de la Tercera Conferencia en San José de Costa Rica donde el rol de los organismos internacionales nombrados se acentúa aún más, y ello queda plasmado en las resoluciones pronunciadas por esta Conferencia.

Por otro lado, uno pilares centrales que compartieron tanto el Área de Juventud como la SSNJ, fue la vinculación con el campo intelectual en general y el campo de estudios de juventud en particular, a partir de la promoción de una serie de actividades en el ámbito universitario. Estas iniciativas fueron leídas por Guemureman y Macri (2013) como instancias de mutuo fortalecimiento de los organismos estatales de juventud y de la universidad en el marco de la revitalización de las instituciones públicas impulsada

[21] Entrevista a trabajador intermedio de la institución de juventud realizada el día 21/07/2015 por investigadoras del EPOJU.

por el gobierno alfonsinista. Entre ellas, se encuentra el «Primer Seminario-Taller. La juventud en Argentina y su problemática actual», llevado a cabo en el año 1986 en coordinación con la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Buenos Aires, y el «Segundo Seminario-Taller. La juventud en la Argentina» en el año 1987, concebido como una continuidad y cierre del trabajo iniciado entre ambas instituciones. En sí, se trató de propuestas a partir de las cuales la gestión buscó promover espacios de encuentro y de intercambio amplios abriendo la participación a actores con distintas pertenencias académicas, y que posibilitaran la puesta en común de lo que se venía haciendo desde el ámbito privado y público en materia juvenil, ya sea en cuanto a experiencias de investigación, prestaciones de servicios, acciones puntuales o continuas cuyos protagonistas sean los y las jóvenes.

Por último, en torno específicamente a la gestión de la SSNJ, el impulso del «Programa de Diagnóstico, Investigación y Estudios sobre la Juventud» y la constitución del «Centro Nacional de Información y Documentación Juvenil (CENID)», implicaron un fluido contacto con académicos y académicas interesados en la temática de las juventudes. Tanto es así que tuvo lugar la incorporación en la gestión de algunos intelectuales, encargados de tareas ligadas a la recolección de información, documentación y realización de diagnósticos de las juventudes, hasta la divulgación de la oferta de servicios, programas e iniciativas dirigidas hacia las juventudes.

Este acercamiento desde la exploración de los saberes en la gestión permite mostrar el modo en que se definió y abordó a las juventudes como «objeto de diagnóstico» desde un trabajo conjunto entre el Estado, los organismos internacionales, el campo intelectual y los expertos en materia juvenil desde el ámbito de las políticas públicas. Esto tuvo lugar a partir de una concepción que asumió a las juventudes como actor a redescubrir y tematizar en este nuevo contexto de restauración de la democracia, desde un enfoque centrado en sus problemáticas y factores de riesgo.

A modo de cierre

En el recorrido realizado a lo largo de este capítulo pudimos dar cuenta del proceso político e institucional atravesado hasta la formalización de una institución nacional de juventud en el año 1987, así como también mostrar la definición de distintas lógicas que

fueron cruzando la relación entre el Estado, la militancia política juvenil, el campo intelectual, y el campo de la expertise. En este marco, un primer aspecto a señalar es el rol que representaron respectivamente las gestiones del Comité Nacional de Coordinación para el AIJ (1984-1985), el Área de Juventud (1986) y la Subsecretaría Nacional de Juventud (1987), en tanto que cristalizaron algunos de principales rasgos que caracterizaron al gobierno alfonsinista y cuyas particularidades pueden ser vistas a partir de la identificación de distintas etapas.

Durante los primeros años del gobierno, destacados por el impulso de un proceso de recuperación de las instituciones públicas basado en una diferenciación con el pasado inmediato y anclado en el liderazgo de la figura de Raúl Alfonsín (*Aboy Carlés 2001*), la creación del Comité Nacional de Coordinación para el AIJ bajo la órbita de la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia da cuenta del modo en que la reconstrucción del régimen político es concebido en términos de pluralidad apelando en el ámbito de la gestión a la integración de espacios y actores con diversas inscripciones políticas. Esto puede ser visto a partir de la legitimación en puestos de dirigencia de jóvenes militantes provenientes de la democracia cristiana y que habían acompañado la campaña presidencial desde la Multipartidaria, como era el caso de Ángel Bruno en tanto coordinador del Comité; y también, en relación a la apertura de la esfera estatal a la participación de las juventudes de distintos colores políticos. Lo interesante a referir, por tanto, es como la democracia se convierte en una causa colectiva y generacional compartida por las juventudes en general, mas allá de las distintas posiciones de responsabilidad ocupada, y en torno a la cual se van a agrupar sus compromisos políticos dejando en un segundo plano las diferencias.

Esta experiencia también resulta significativa para comenzar visibilizar el papel primordial que vienen a desempeñar los organismos internacionales no solamente en la definición de los lineamientos de trabajo con las juventudes en materia de política pública, sino también en el impulso brindado a la constitución de organismos encargados específicamente a atender lo juvenil.

Recuperando estos aspectos, es que el año 1985 puede ser entendido como un punto de inflexión tanto para la gestión del gobierno alfonsinista como para la cuestión juvenil. Una lectura que cobra sentido al ser puesta en diálogo con la importancia adquirida por

el Juicio a las Juntas Militares, en tanto acontecimiento que simboliza la fuerza adquirida por el discurso alfonsinista de ruptura definitiva con el terrorismo de Estado, a la vez que representa el consenso ciudadano acumulado en torno a su proyecto oficial, y a la declaración del «Año Internacional de la Juventud» marca la constitución de la cuestión juvenil como una problemática factible de ser abordada a través de la vía institucional. Ambos hitos históricos tienen efectos significativos en la agenda política nacional en general y en la juvenil en especial.

Luego, identificamos la creación de la SSNJ en el año 1987 en medio de un momento caracterizado por una pérdida de consenso por parte del gobierno nacional y un desencantamiento provocado tanto por la intensificación de las presiones de distintos sectores sociales (las fuerzas armadas, la oposición y los sindicatos), como por las repercusiones negativas de las leyes de Punto Final (1986) y Obediencia Debida (1987). Incluso algunas lecturas identifican en el año 1987 la apertura de la denominada «crisis de Semana Santa» a partir del primer levantamiento carapintada (Bayer *et al.* 2011), al mismo tiempo, que otros trabajos señalan a los años finales del gobierno alfonsinista como el cierre del ciclo de activismo juvenil (Quiroga 2005; P. Vommaro y Cozachcow 2015). La traducción que estos procesos encuentran en la gestión de la SSNJ, será una suerte de repliegue del radicalismo sobre sus propias filas partidarias y en la estructura del Estado, buscando desde allí fortalecer su posición de gobierno. Asimismo, la gestión de la SSNJ puede ser entendida como fundacional en lo que refiere a la orientación, reproducida hasta el presente, de que los organismos de juventud estén a cargo y sean concebidos como espacios de concentración de la militancia juvenil oficialista compartiendo el proyecto político de gobierno. Desde aquí es posible interpretar la disolución del Comité y el desplazamiento de los jóvenes dirigentes representantes de la democracia cristiana que participaban en este, siendo que el nombramiento de la SSNJ queda a cargo de jóvenes militantes radicales.

Otra de las cuestiones que buscó explorar el artículo, tiene que ver con la funcionalidad que desempeñan las instituciones de juventud en este contexto de restauración de la democracia. En este sentido, pudimos ver que los organismos se presentan como espacios en los cuales convergen distintas lógicas que se ponen en juego

en torno a la definición de las políticas juveniles, y que a la vez, contribuyen a generar adhesiones al gobierno de Alfonsín: se legitiman cargos partidarios, permiten reforzar los canales institucionales así como impulsar redes de trabajo con los organismos internacionales y, también, consolidar al conocimiento como una herramienta para tomar contacto e intervenir sobre las problemáticas juveniles.

En relación a esta última cuestión, además, la gestión de estos primeros organismos de juventud se distingue por su apelación a los saberes intelectuales y saberes expertos en tanto elementos claves para concebir a las políticas públicas juvenil. Un rasgo de época que muestra la relevancia que adquiere la articulación entre la gestión y lo académico, bajo distintas modalidades, para el tratamiento estatal de las juventudes.

Por otra parte, la instalación de la temática juvenil en la agenda pública da lugar a la producción estatal de las juventudes realizadas desde las políticas públicas, iniciativas y distintas actividades promovidas por las instituciones de juventud. En efecto, más allá de que los esfuerzos de estas instituciones este más bien centrado en su constitución como interlocutor válido en materia juvenil, sus lineamientos de trabajo dan cuenta de la construcción de distintos sentidos y significados de las juventudes en los años ochenta. En sí, podemos identificar la convivencia entre distintas configuraciones de juventud que contribuyen a entenderla como un actor político y social clave para la reconstrucción democrática: *juventud maravillosa, juventud como objeto de diagnóstico, juventud como problema y juventud como factor de riesgo*, como hemos trabajado anteriormente (García y Liguori 2015).

Por último, en este recorrido realizado por la gestión de las instituciones de juventud y su vinculación con el devenir del gobierno radical, surgen dos cuestiones centrales que dejaremos planteadas para futuros abordajes y reflexiones. En primer lugar, un rasgo a destacar es que el surgimiento de la SSNJ se produce en los últimos años del gobierno y en un contexto que se presenta menos favorable políticamente en comparación con la primera etapa de su gestión. En línea con ello, si se considera a la ley de Promoción de las Juventudes impulsada por el gobierno kirchnerista en septiembre de 2015, producto de un largo proceso de discusión por parte de distintos colectivos juveniles, nuevamente vemos que se trata de una iniciativa orientada a la institucionalización de las políticas juveniles promovida en los últimos meses de la gestión de gobierno.

En este sentido, nos interesa dejar el interrogante sobre qué promesa política representa la instalación tardía de la cuestión juvenil en la agenda pública y la estructura del Estado.

Las distintas experiencias y ejes de trabajo analizados nos muestran una constante valorización de un sentido de la «democracia» como sinónimo de paz, libertad y derechos en el cual se apoya la interpelación a la participación de las juventudes desde la gestión estatal y la construcción de sus adhesiones políticas al gobierno. Pero ¿puede la mera reivindicación del ideal democrático sostener en sí misma el accionar de los organismos de juventud y garantizar el protagonismo de las juventudes en el desarrollo de políticas públicas? Este es un interrogante que debemos explorar en perspectiva histórica a la luz del desarrollo de las instituciones de juventud, y especialmente en el marco de los cambios en los lineamientos de las políticas juveniles incorporados en la reciente gestión macrista.

CAPÍTULO 3

Un llamado a la unidad. La experiencia del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO) en la transición a la democracia

MARINA LARRONDO y ALEJANDRO COZACHCOW

Presentación

Durante los últimos años de la dictadura militar iniciada en 1976, el activismo en torno a la recuperación de la democracia posibilitó un conjunto de articulaciones entre diversas organizaciones e identidades políticas, como fueron la Multipartidaria, instancia fundada en 1981 que aglutinó a la mayoría de los partidos políticos existentes, o los organismos de derechos humanos. La unidad en torno a este objetivo trascendente emerge como un aglutinante clave que se extendió en los primeros años de la transición en diversos ámbitos de participación política juvenil. En la política partidaria, esta se materializó en el Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO), expresión de las representaciones juveniles de los partidos políticos, que funcionó bajo esta denominación aproximadamente entre los años 1983 y 1987. Aun así, su origen debe remontarse hacia el año 1981, cuando comienzan los primeros contactos entre dirigentes juveniles.

El presente capítulo se propone reconstruir esta experiencia y dar cuenta, por un lado, de aquellos elementos que permiten ahondar en las condiciones de posibilidad que permitieron un tipo particular de confluencia entre dirigentes juveniles de diferentes partidos políticos a nivel nacional que no se repitió nuevamente a lo largo del actual período democrático. Por otro lado, buscamos

indagar en ciertas especificidades de la participación política de las y los jóvenes en el ámbito político partidario a partir de una experiencia compartida que se comprende a la luz de su carácter generacional. Para ello, recuperamos un conjunto de entrevistas realizadas a referentes que formaron parte del núcleo que impulsó el MOJUPO durante la transición democrática, así como de fuentes periodísticas de la época y otros documentos que facilitaron los propios entrevistados. Consideramos que la inclusión de este caso para analizar resulta significativo porque condensa algunos rasgos centrales de la participación política juvenil en esos años: la importancia de la militancia partidaria; el «aprendizaje» en base a ensayo y error de las reglas del juego democráticas para conformar un espacio y tomar decisiones (cuestión que se daba en diversos ámbitos políticos y societales), y la construcción de espacios institucionales donde participaban de modo conjunto distintas identidades políticas nucleadas en objetivos más amplios que trascendían (pero no dejaban de lado) los intereses particulares. Asimismo, en el MOJUPO aparece – al igual que en otros ámbitos de participación política – una práctica basada en la revisión crítica de las formas de militancia de la década precedente y esto le da un rasgo constitutivo.

Es importante destacar que aquí trabajamos sobre una experiencia que ha sido poco estudiada y ello imprime ciertos desafíos a la hora de avanzar en una interpretación del MOJUPO en el marco del período. A partir de su caracterización como espacio de encuentro, interacción y articulación entre distintas juventudes políticas intentaremos abordar los siguientes interrogantes apelando al material empírico recolectado: ¿cuáles fueron las condiciones de posibilidad que permitieron su fundación y funcionamiento? ¿Qué tipo de diálogos y acuerdos podían formarse y cuáles no? ¿En torno a qué causas y temas se conformaron estos acuerdos y desacuerdos? ¿Qué aportes hacía cada espacio político partidario en la conformación de una instancia colectiva más abarcativa? ¿Cuáles eran sus dinámicas organizativas y cómo se vinculaban o no a los espacios de poder político partidario más amplio? En ese sentido, intentaremos ofrecer un acercamiento que nos permita analizar y ponderar el valor del MOJUPO como espacio de participación política de las juventudes y su contribución específica en tanto actor político.

El trabajo se organiza en cuatro apartados. En el primero, de carácter más bien descriptivo, daremos cuenta de su conformación, funcionamiento y lógicas de participación, como así también de

cómo fue su proceso de disolución. En el segundo, indagaremos en los vínculos que se produjeron entre el espacio y los partidos políticos, caracterizados por un lado por las estrategias propias de cada partido político y por el otro, por un significativo rol de los propios sujetos participantes en impulsar efectivamente el espacio. En el tercer apartado, analizaremos el proceso de construcción de causas públicas y marcos de acción colectiva, haciendo hincapié en la síntesis político ideológica que lo construyeron e hicieron posible, pero también, de los límites que impidieron cierta continuidad. En el cuarto apartado, ofrecemos una lectura generacional de la experiencia política del MOJUPO en tanto confluencia de un conjunto de dirigentes juveniles de partidos políticos que compartían ciertas características en común, no solo en torno a su edad, sino al pasado reciente vivido. Finalmente, en las conclusiones, proponemos hipótesis interpretativas en función de cómo ponderar esta experiencia política protagonizada por jóvenes en el contexto de la transición a la democracia.

El Movimiento de Juventudes Políticas: conformación, objetivos y lógicas de participación

La movilización política juvenil durante la reconstrucción democrática de la década del ochenta reconoce algunos hitos que permiten establecer cierta periodización que va desde los últimos dos años de la dictadura militar hasta el «desencanto»^[1] con el gobierno que se produce, aproximadamente, hacia 1987.

Ya en 1981, la dictadura comienza a mostrar un debilitamiento de sus aspectos represivos, lo cual genera una incipiente apertura de la movilización política en oposición al régimen. En este contexto, se conforma la Multipartidaria,^[2] en la cual confluyen las dirigencias de los principales partidos políticos argentinos para presionar hacia una salida democrática del régimen dictatorial. Finalizada la guerra de Malvinas a mediados de 1982 las movilizaciones en contra de

[1] El «desencantamiento» comienza a producirse hacia el año 1987 junto con la crisis económica, los levantamientos carapintadas y las leyes de Obediencia Debida y Punto Final sancionadas ese año y el anterior.

[2] La denominada Multipartidaria fue una instancia fundada en julio de 1981 por la Unión Cívica Radical, el Partido Justicialista, el Movimiento de Integración y Desarrollo, el Partido Intransigente y la Democracia Cristiana, con la intención de promover una salida al régimen dictatorial.

la dictadura se incrementan. De acuerdo con **Suriano y E. Álvarez (2013)**, así como con nuestras fuentes inicialmente consultadas, resultan muy importantes algunas convocatorias con tinte opositor al régimen cuyo acto emblemático fue la Marcha por la Democracia realizada en diciembre de 1982 – convocada por la Multipartidaria – en la que participaron activamente diversos grupos juveniles.

En ese contexto de movilización política contra la dictadura militar y de presión por la pronta recuperación de la institucionalidad democrática, y como resultado de diversas reuniones entre militantes y dirigentes juveniles, se produce la conformación del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO). Aunque en algunos testimonios aparece como constitutiva una primera reunión acontecida hacia fines de 1982 en el contexto de la marcha de la Multipartidaria antes mencionada (**Beltrán 2013**),^[3] el MOJUPO se lanza formalmente meses más tarde,^[4] en junio de 1983.^[5] El grupo se integra por las ramas juveniles de los principales partidos políticos: Juventud Radical, Juventud Peronista, Juventud Intransigente, Juventud Demócrata Cristiana, Juventud del Movimiento de Integración y Desarrollo, Federación Juvenil Comunista, Juventud del Partido Socialista Popular, Juventud Socialista Auténtica, Juventud Socialista Unificada y Juventud Confederación Socialista.^[6] Su composición incluyó juventudes partidarias a la vez que dos vertientes ideológicas quedaron explícitamente fuera: las del liberalismo de derecha y el trotskismo. El Movimiento de Juventudes Políticas funcionará como tal, de acuerdo con algunos de los entrevistados, hasta 1986, y de acuerdo con otros, hasta 1987, años signados por

-
- [3] «Militancia juvenil: de la Coordinadora a La Cámpora» en diario *Perfil* del 13-10-2013. <http://www.perfil.com/elobservador/Militancia-juvenil-de-la-Coordinadora-a-La-Campora-20131013-0096.html>.
- [4] «Las juventudes políticas convocan a la unidad», revista *Aquí y ahora la juventud*, segunda época, n.º 17 del 2 al 15/6/1983.
- [5] El MOJUPO tiene como antecedente la conformación de las «Juventudes Políticas Argentinas» organizadas en los años 1973 y 1974. Queda pendiente para futuras ampliaciones el análisis de esta experiencia en la que también confluyeron referentes de las ramas juveniles de las principales organizaciones políticas argentinas, motorizadas por el rechazo al golpe de Estado en Chile de 1973.
- [6] A fines prácticos, a lo largo del trabajo referiremos por la sigla a algunas agrupaciones que aparecen nombradas de modo frecuente: JR (Juventud Radical), JP (Juventud Peronista), JI (Juventud Intransigente); FJC (Federación Juvenil Comunista).

un descontento generalizado con las «promesas incumplidas» de la democracia, en los cuales las tensiones en torno a la política económica del gobierno de Alfonsín y las leyes de Punto Final y Obediencia Debida^[7] no podrán ser resueltas entre los dirigentes juveniles. Asimismo, también cabe considerar que el desarrollo de la lógica de competencia electoral brindó incentivos adicionales para que la «unidad juvenil» dejara de ser una prioridad aglutinante para los propios partidos.

El primer aspecto a analizar de esta experiencia remite a sus objetivos iniciales, a las formas y lógicas de participación impulsadas en pos de sus metas y al lugar que ocupó en la escena política nacional. El MOJUPO, según sus propios protagonistas, tuvo como objetivo primordial y fundante impulsar y acelerar la salida democrática, es decir, el llamado a elecciones, aunque también es posible identificar otros objetivos que se fueron sumando en el desarrollo de las coyunturas. Se trataba, en primer lugar, de afianzar y defender sin concesiones el régimen democrático – muy débil – de sus factores amenazantes, principalmente, el militar. En segundo término, la defensa de los derechos humanos, la reivindicación y el impulso de la justicia frente a los crímenes de la dictadura – expresada en el apoyo al Juicio a las Juntas Militares que tuvo lugar en 1985 – se constituyó rápidamente como otra de sus causas principales. En tercer lugar, se propuso fijar posición de las juventudes políticas – en tanto colectivo con voz propia – sobre una serie de problemáticas comunes relativas a la política nacional y la coyuntura internacional, principalmente regional.

En este sentido, un análisis inicial de sus primeras intervenciones públicas nos muestra sus preocupaciones y demandas. En el documento elaborado de modo conjunto en la convocatoria inaugural, denuncian «la posibilidad de que se produzca un golpe antes del 30 de octubre» y realizan un llamamiento a la unidad con los trabajadores (CGT) para defender la democracia y «evitar un golpe

[7] La ley 23.492 de Punto Final, sancionada en 1986, determinó plazos que limitaron el inicio de causas por crímenes ocurridos durante el terrorismo de Estado, mientras que la ley 23.521 de Obediencia Debida, determinaba que los imputados por crímenes de lesa humanidad habían actuado bajo coerción en virtud de órdenes superiores.

de Estado».^[8] Pocos días después, el 14 de Junio de 1983, en coincidencia con el aniversario de la rendición en Puerto Argentino, el MOJUPO se pronuncia haciendo un balance de la guerra de Malvinas, calificándola como una «aventura irresponsable»,^[9] pidiendo una investigación a fondo de lo ocurrido^[10] y fijando posición sobre el conflicto limítrofe con Chile. El 2 de julio, en la «Marcha por la Paz y la Democracia», convocada y organizada directamente por el MOJUPO – y replicada en distintas ciudades del país – se reitera el pedido por la garantía del llamado a elecciones y la solución pacífica del conflicto con Chile. El documento leído llevó el título de «Compromiso juvenil por la paz y la democracia».^[11] Así, el grupo cobró enseguida visibilidad pública y legitimidad como «voz de las juventudes políticas». Esto se expresó no solo en la participación multitudinaria de jóvenes en estos actos y marchas, sino también en la difusión dada por la prensa nacional. En esta dirección, no es un dato menor que el propio presidente Raúl Alfonsín, luego del triunfo electoral, los convocara y se fotografiara con estos jóvenes dirigentes en una de sus primeras apariciones públicas, otorgando un peso simbólico indudable al MOJUPO.

En cuanto a las formas y lógicas de participación que se vehicularon, en tanto colectivo que buscaba representar en el espacio público una voz de las juventudes políticas, el MOJUPO impulsó ciertas acciones concretas las cuales se pueden agrupar en dos períodos específicos que a su vez remiten a dos lógicas de participación, las cuales van a entrar en tensión a medida que avanzan los años en el gobierno democrático. Estas son, por un lado, una lógica que remite a la convocatoria a la movilización en marchas multitudinarias – fundamentalmente hasta el año 1985 – y por el otro la lógica mediática que imperó en la difusión del espacio desde ese mismo año. Esta última lógica será la que terminará hegemonizando los modos de actuar en el período final de esta experiencia, principalmente en los intentos de «diálogo político» de las reuniones de los dirigentes juveniles, en algunos casos fallidos. Esto resultó así

[8] «Se reunieron las juventudes de 11 partidos» (s/fecha, posiblemente *Tiempo Argentino*). Recorte facilitado por Alejandro Barthe.

[9] «Fue una aventura irresponsable» diario *La Voz*, 14/06/1983.

[10] «Fue una aventura irresponsable» diario *La Voz*, 14/06/1983.

[11] El documento con el texto completo, un recorte de diario que no contiene ni la fecha ni el nombre de la publicación periodística, fue facilitado por Alejandro Barthe.

dado que ya para los años 1986/1987 se harían más fuertes algunas tensiones, fundamentalmente con la Juventud Radical, ocasionadas por la toma de posición frente a las políticas gubernamentales.

De este modo, en los primeros años y por lo menos hasta 1985, ante el advenimiento de la democracia y de las elecciones de 1983, primará la lógica del acuerdo y trabajo en conjunto entre los dirigentes en lo que refiere a la elaboración de causas, consignas y organización de movilizaciones comunes. Paralelamente, a partir de las fuentes documentales rastreadas, es posible encontrar que la estrategia de elaboración de declaraciones (como las que referimos más arriba) para difundir en los medios de comunicación, firmadas por todos los y las representantes, fue muy importante y complementaria a la lógica de la movilización política. Como menciona Gabriel Puricelli, entonces estudiante secundario militante de la Juventud Intransigente, las marchas del MOJUPO eran percibidas como impactantes y significativas: «la gran marcha de MOJUPO fue contra la deuda externa, contra la dependencia (...) contra el FMI o cosas por el estilo. Fue un momento de movilización en democracia muy poderoso». Esta marcha que menciona el entrevistado refiere a la que el MOJUPO convocó durante ese año en contra del pago de la deuda externa y de la injerencia del FMI. En la medida en que el gobierno tuvo que acordar algunas cuestiones con los organismos multilaterales de crédito y propugnó ciertas políticas de ajuste, se fueron produciendo rispideces con la Juventud Radical en torno a este tema, tensión que recorrerá el vínculo entre los distintos miembros del espacio. Esto nos lleva a otro rasgo que era posible encontrar y que de algún modo también caracteriza a la participación: en las movilizaciones, a pesar de que los dirigentes se esforzaban por promover una nueva cultura democrática, era muy común que se produjera algún cruce violento entre jóvenes de diferentes partidos y que los dirigentes juveniles mediaran para «poner frenos». En síntesis, en cuanto a masividad y participación, la lógica de la movilización resultaba exitosa.

En cambio, la lógica de «acuerdos de cúpula» parece tener preeminencia en el segundo momento que inicia aproximadamente para el año 1985 y se extiende hasta 1987. Ya por entonces, las desavenencias con la Juventud Radical serán un foco de conflicto con el resto de las organizaciones políticas juveniles, debido a las tensiones en torno a la autonomía de las juventudes partidarias en relación con las políticas del gobierno nacional. Se suma a ello el esperable desacuerdo

entre los dos principales partidos: el radicalismo – llamado a «apoyar» al gobierno aún en situaciones críticas – y el peronismo que ya comenzaba a recuperarse de la derrota electoral de 1983 y en el cual tenía lugar la llamada «renovación». En definitiva, esta lógica más vinculada a lo mediático y menos a las movilizaciones callejeras, así como a cierta puesta en escena que intentaba promover el acuerdo pero en la que de hecho primaba el desacuerdo, se da además en el contexto de un desencantamiento con la marcha del proceso democrático y con el gobierno de Alfonsín. Así, el resquebrajamiento del espacio debido a las diferencias dadas por las distintas pertenencias políticas se hace evidente.

El MOJUPO y los partidos políticos: acerca de sus vínculos y tensiones

Esta experiencia de confluencia de dirigentes juveniles de la mayoría de los partidos políticos nos lleva a preguntarnos por los vínculos entre el MOJUPO y los partidos políticos. Es de destacar que todos los entrevistados señalaron que los partidos a los que pertenecían en ese momento apoyaron la participación de sus ramas juveniles en el MOJUPO, aunque como producto de estrategias diversas vinculadas con los reacomodamientos en relación al nuevo contexto. Sobre este punto, cabe señalar, por un lado, que existían en algunos partidos, como el PC, la UCR, el PI, diversas estrategias en torno a sus ramas juveniles que incluían la noción del diálogo político expresado a través de la Multipartidaria. En el caso de la FJC, la «unidad en la acción» era parte de su propia cosmovisión ideológica. No solo por el papel relevante que otorgaba a la juventud y a la conquista de espacios juveniles, sino por la valoración estratégica de la «unidad» en sí. Esto se veía claramente en otros ámbitos, como por ejemplo el movimiento estudiantil secundario. Para el radicalismo, por su parte, la JR era protagonista principalísima en la renovación del partido y en su ascenso al poder y fue prácticamente la gran impulsora del espacio. En el caso del peronismo, si bien existía esta idea del diálogo y necesidad de incipiente reorganización de sus juventudes, el MOJUPO funcionó como un ámbito en el cual algunos de estos sectores juveniles, que luego estuvieron vinculados a la renovación peronista, pudieron desarrollar su participación en una clave y con un estilo diferente a la Juventud Peronista de raigambre más bien sindical, o incluso a la JP de los años setenta.

Pero también, resulta interesante mencionar quienes y por qué quedaron fuera de esta experiencia, es decir, dar cuenta de los límites de la amplitud y el pluralismo que este movimiento representaba, o bien, era capaz de admitir de hecho. Por un lado, señala Alejandro Barthe (secretario general de la JI), en los inicios del MOJUPO había un consenso tácito en relación a no incluir a los espacios juveniles del trotskismo (MAS), aunque como se observará más adelante, el cambio de posicionamiento del PC promoverá para fines de la década de los ochenta acercamientos entre la FJC y el MAS.^[12] Ese mismo consenso tácito se sostuvo en relación a los jóvenes de la UCeDE. Por otro lado, la juventud del MID fue expulsada del MOJUPO, con el argumento de que el partido se encontraba vinculado a sectores golpistas.

Ahora bien, si tomamos otra perspectiva, es decir, si miramos el protagonismo de las ramas juveniles de cada partido en el interior del MOJUPO y su rol, es claro que ello debe entenderse en relación con las dinámicas del sistema de partidos en recomposición. Todas las personas entrevistadas señalaron que la Juventud Radical, por un lado, era la que más adhesiones movilizaba, y por el otro, que al convertirse en la juventud oficialista (tras las elecciones de 1983), era la que más peso tenía en la legitimación del MOJUPO – hacia afuera – y en la toma de decisiones del espacio – hacia adentro –. Los posicionamientos de y en relación con la JR también fueron, como vimos, las disputas centrales que contribuyeron fuertemente a la disolución de la experiencia. En relación con las demás juventudes políticas presentes en el MOJUPO, para la JI fue un ámbito significativo de participación juvenil, ya que además representaba la tercera fuerza política que planteaba disputar el bipartidismo (Partido Intransigente) y contaba con una importante cantidad de jóvenes entre sus filas. En el MOJUPO, la JI ocupó un rol significativo apostando al impulso del espacio a partir de la actuación de Alejandro Barthe que, de acuerdo con las entrevistas, tenía un rol clave en la mediación entre la JR y fundamentalmente con las juventudes del peronismo. Por su parte, la JP (o mejor dicho, los dirigentes del «amplio espacio» de la Juventud Peronista), le aportaba al MOJUPO representatividad en torno a esta importante identidad política. A su vez, los dirigentes de la JP apostaban a la participación

[12] Esto explica la presencia de sectores juveniles del MAS en reuniones del MOJUPO del año 1986.

en el MOJUPO en tanto esta les permitía una legitimación en el interior del movimiento peronista. Por su parte, la FJC también ocupaba un rol significativo, no tanto por su capacidad de convocatoria y movilización, sino por el aporte que representaban al MOJUPO en tanto cuadros políticos formados y valorados por sus pares de otros espacios juveniles partidarios. Como mencionamos, para la FJC, impulsar el MOJUPO y otros espacios de actuación común era una estrategia central, con lo cual había una dedicación muy importante para el espacio. En menor medida se encontraban representadas las distintas vertientes del socialismo (popular, unificado, auténtico), y el MID (hasta su expulsión). Por último, también es importante señalar que la relevancia del MOJUPO tuvo su epicentro en la ciudad de Buenos Aires. Si bien hubo algunos intentos de replicar la experiencia en otras provincias, como el caso de Córdoba, las decisiones se tomaban con una lógica centralista.

Frente a cierto rol de subordinación y de permeabilidad de las lógicas del mundo partidario adulto en el mundo partidario juvenil, es necesario señalar que las y los entrevistados coinciden en que si bien recibieron apoyo, la motivación y el impulso principal en el sostenimiento de esta experiencia se debió fundamentalmente al accionar de dirigentes jóvenes. Como cuenta Alberto Dasso, representante por el Partido Socialista Popular:

«Claramente fue una iniciativa de acuerdos de dirigencia política. Lo que sustentaba era una convivencia política. Y todo lo que nos unía en cuanto a la crítica y a las luchas en la época de la dictadura, empezamos a transitarla, previo al 83, en alguna manera de convivencia política. Y esto se sustentó porque había un interés personal de llevar adelante estas cosas, más allá de la decisión partidaria. Entre los representantes de las juventudes, nos hablábamos seguido, participábamos previamente para ir a acuerdos. Nosotros oficiábamos muchas veces de puente de esto, que de alguna manera nos adjudicaban los distintos sectores, cuando el MOJUPO produjo cuatro o cinco documentos, en los cuales eran expresiones de acuerdos políticos y donde hacíamos un borrador, y comenzábamos a intercambiar opiniones con cada uno de ellos y naturalmente ellos nos depositaban a nosotros como puente para cuando arribábamos a una reunión».

Este testimonio nos permite observar también la presencia de prácticas que se vinculaban con la búsqueda de acuerdos, como la participación de reuniones muchas veces extensas que tenían lugar en diferentes locales partidarios y el compartir en conjunto la

organización y preparación de las movilizaciones masivas durante los meses previos a las elecciones de 1983.

En contraste con esto, el proceso de disolución nos muestra que el contexto de oportunidades políticas que había generado las condiciones de posibilidad para este tipo de articulación, ya había cambiado. En febrero de 1986, una reunión convocada en la confitería Casablanca del barrio de Congreso finalizó con una división en dos fracciones, que inclusive terminó a los golpes, según relatan las fuentes periodísticas.^[13] El foco de conflicto era principalmente en torno a la postura que el MOJUPO debería tener en relación al gobierno radical. Un aspecto importante a señalar es que – de acuerdo con el material periodístico consultado – las divisiones se dieron entre la JR, el PI, el socialismo popular, la democracia cristiana y un sector del peronismo juvenil liderado por Dante Gullo – más moderados en cuanto a las críticas al gobierno nacional – y por otro lado, la FJC, la juventud del MAS^[14] y sectores del peronismo liderados por Pablo Unamuno y una de las representantes femeninas, más radicalizados. Si bien los entrevistados realizaron muy pocas referencias a estos hechos, todos reconocieron que hubo una disolución de la experiencia para esos años. Algunos señalan que el grupo ya no le era funcional a la Juventud Radical, fuerte impulsora del espacio (y mayoritaria en cuanto a fuerza política), otros a la imposición de las lógicas de la competencia electoral, en donde primó la estrategia de cada partido por sobre la búsqueda de una estrategia común.

Luego de este proceso de disolución, se producen algunos intentos de revitalización de la confluencia de las militancias juveniles, principalmente durante los levantamientos carapintadas del año 1987, aunque de acuerdo con lo señalado por las y los entrevistados, las diferencias políticas ya eran insalvables. Instalada la democracia, y tras un proceso de desencantamiento con esta, el contexto de oportunidades políticas para la *unidad* se había vuelto más difuso. En este sentido, Alejandro Mosquera, militante de la FJC, señala

[13] «Una tumultuosa división en dos bloques protagonizaron ayer los dirigentes del MOJUPO», *Tiempo Argentino*, 12/2/1986. «El MOJUPO anduvo a golpes», *Crónica* 12/2/1986.

[14] Cabe señalar que en las entrevistas realizadas no hay referencias a cómo y por qué se produce la inclusión de las juventudes del Movimiento al Socialismo, de tendencia trotskista

que también hubo un intento de recuperar la unidad en las movilizaciones contra los indultos a principios de los años noventa. Al respecto, sostiene: «las juventudes políticas ya no éramos las que éramos. Los que pudimos acordar hicimos un festival gigantesco contra el indulto». En dicho festival, que contó con la participación de reconocidos artistas del rock nacional, participaron las juventudes de la FJC, el MAS, y algunos sectores de la Juventud Peronista. Pero efectivamente, como menciona el entrevistado, las lógicas de participación eran otras: las organizaciones juveniles no habían sido en sí mismas convocantes, sino la consigna y los artistas. En ese contexto, la confluencia de todos los sectores políticos juveniles ya no era posible, y a su vez, los partidos habían perdido capacidad de movilización.

Llegados a este punto, y retomando lo dicho hasta aquí, es posible entonces reconocer y sintetizar ciertas características que configuran las prácticas políticas juveniles en este espacio, a saber:

- 1) una primera tensión entre dos lógicas, por un lado, la que promovía la movilización en las calles y por el otro la búsqueda de acuerdos de cúpulas en reuniones cuyos resultados se dan a conocer por los medios masivos;
- 2) una segunda tensión que oscila entre la búsqueda de acuerdos/consensos o la competencia política;
- 3) un consenso en torno a ciertas cuestiones, pero que excluye tácitamente a los que los partidos miembros ubicaban desde su perspectiva en los extremos ideológicos (tanto por izquierda como por derecha);
- 4) derivado de lo anterior, una preeminencia de las decisiones de los líderes que convocan de arriba hacia abajo antes que una construcción participativa y/o con tendencia a ampliar las bases de participación;
- 5) en relación con ello, su ubicación en la ciudad de Buenos Aires.

Por último si bien no es una característica que configure a la experiencia, el MOJUPO pareció ser un espacio donde se expresaron ciertos criterios de legitimación en el interior de las organizaciones partidarias que permitirán ascensos de muchos de estos dirigentes

juveniles en las jerarquías partidarias al finalizar sus responsabilidades. Cabe señalar que prácticamente todas las personas entrevistadas, a excepción de Alberto Dasso, se dedican actualmente a la actividad política profesional.

La construcción de causas colectivas

En esta sección nos interesa analizar en mayor profundidad cómo el MOJUPO construyó sus causas, a partir de qué lecturas político ideológicas lo hizo, qué marcos de acción colectiva (Hunt *et al.* 1994) elaboró en un contexto de diferencias ideológicas, históricas y programáticas fuertes entre sus distintos integrantes. Si bien resulta problemática la enunciación de un concepto que englobe las confluencias programáticas en un grupo tan heterogéneo como el MOJUPO – como por ejemplo el término socialdemocracia, utilizado en varias oportunidades en las entrevistas – en el grupo había cuestiones en común que iban más allá del objetivo central vinculado al impulso del régimen democrático.

El primer aspecto a señalar en cuanto a las confluencias es que estas intentaron otorgar ciertos sentidos y orientaciones a la causa aglutinadora de la democracia. El análisis del material empírico nos permite observar la construcción de ciertas cosmovisiones comunes en torno a la situación de los trabajadores, la soberanía, el antiimperialismo y la *liberación*. Así, en la declaración «Compromiso juvenil por la paz y la democracia» – del año 1983 – se sostiene una crítica a la dictadura, la cual era entendida como «proyecto de sectores minoritarios representativos de los sectores del privilegio, la oligarquía y el imperialismo». En el documento se repudian las medidas de autoamnistía dispuesta por la junta militar y se insta a encontrar una solución pacífica al conflicto del Beagle, a no pelear «contra un país hermano» puesto que el único beneficiado de tal disputa es «el imperialismo y las multinacionales». Asimismo, el documento aboga por la apertura democrática en Argentina, Chile y en toda América Latina, dado que las dictaduras «son consustanciales a los conflictos bélicos»:

«Nosotros que pertenecemos a una generación que sufrió la exclusión política y la marginación social, condenamos tanto el terrorismo de Estado con su secuela de muertos, desaparecidos y encarcelados como la violencia contra la voluntad popular. Como consecuencia de esa violencia hay una larga lista de jóvenes que hoy no están, a la que se suman los caídos en la

lucha contra el colonialismo inglés. Este sacrificio no puede ser en vano. Nuestra generación asume el compromiso de no volver al pasado, de no caer en la trampa de la desunión y el enfrentamiento que nos tiende el enemigo. Es hora de imponer la democracia a toda costa, construir un país donde seamos los argentinos los dueños de nuestra nación y de nuestro futuro, soberanos de nuestras riquezas y nuestra economía, donde impere la libertad, el pluralismo y la justicia social».

Compromiso juvenil por la paz y la democracia, MOJUPO, 1983

La cuestión de la soberanía, el antiimperialismo y la autonomía de los modelos de desarrollo reaparecen en las consignas y documentos elaborados en la «Marcha contra la Dependencia», el 22 de junio de 1984.^[15] Esa marcha se replicó en distintos puntos del país y contó con la presencia de 70.000 personas. El documento resultante^[16] era firmado por las juventudes políticas en rechazo de «las presiones del FMI y los pregoneros de la usura internacional para hacer recaer la crisis sobre las espaldas de los pueblos de América Latina. La deuda externa debe ser pagada solo en su parte legítima y ello debe hacerlo la patria financiera, la oligarquía y las multinacionales». Pero además el «imperialismo, la oligarquía y la patria financiera» eran identificados como los actores responsables de la debilidad de la democracia, como agentes responsables de la inestabilidad y las amenazas. Es decir, la responsabilidad por la situación económica tenía que ver con los actores económicos dominantes, solidarios con el aparato represivo de la dictadura. El documento elaborado en noviembre de 1984 en el marco de una nueva marcha en contra del FMI continúa esta línea de diagnóstico y llamamiento. Allí, las distintas agrupaciones consensuan seis puntos:

- 1) defensa irrestricta de la democracia;
- 2) defensa irrestricta de la vida;
- 3) justicia social;
- 4) liberación nacional y social;
- 5) unidad nacional para la liberación;
- 6) unidad latinoamericana.

[15] «Numerosa asistencia de juventudes políticas en el acto por la deuda», *Clarín* 23/06/1984. Recorte facilitado por Alejandro Barthe.

[16] «Documento de rechazo a presiones extranjeras». *Clarín*, 23/06/1984. Recorte periodístico facilitado por Alejandro Barthe.

Se incluyen también «la defensa del salario real y la lucha contra la oligarquía y la patria financiera, el compromiso para luchar contra los enemigos de la democracia como así también el compromiso de luchar contra la dependencia de América Latina y en favor de la democracia en todos sus países».

Como se puede observar, no solo por sus demandas y la construcción de ciertos marcos de acción colectiva (Hunt *et al.* 1994) sino también por las propias biografías de la mayoría de sus miembros, es posible sostener que desde distintas posiciones, los integrantes de MOJUPO coincidían en una perspectiva de izquierda nacional popular en términos amplios, incluyendo a la Juventud Radical, específicamente la Junta Coordinadora^[17] (Altamirano 1987). Será justamente en relación a este tema que el grupo empezará a mostrar sus disidencias. Retomaremos este punto más adelante.

En segundo lugar, y en relación con esta pertenencia de izquierda, los integrantes del MOJUPO, sea como miembros de sus agrupaciones o del propio espacio, tenían vinculaciones de distinto tipo y definiciones en relación con el denominado bloque socialista. Esto era «natural» dado el contexto de la época y teniendo en cuenta que, como sostienen varios ex militantes, estos países tenían como interlocutor a las juventudes y las interpelaban. Como explica Fernando Melillo, de la Juventud Peronista:

«Todavía en ese momento la Unión Soviética no había desaparecido; el Partido Comunista como interlocutor del bloque soviético de los países socialistas, acá tenía un poder importante y los jóvenes les dábamos bola. Entonces teníamos una relación con el bloque socialista, en ese momento nadie sabía que terminaba y siempre se había dado una política hacia las juventudes; o sea de hecho muchos viajamos al exterior. En el marco de las juventudes políticas una de las cosas que sucedía es que viajábamos, estuvo el Festival Mundial de la Juventud en el 85, yo viajé a este festival, pero antes otros compañeros iban a otros lados. O sea antes de la caída del Muro y de la desaparición de la Unión Soviética, todavía el mundo

[17] La Junta Coordinadora Nacional surge en el ámbito estudiantil hacia fines de la década de los sesenta, y su trayectoria y pasaje a la política partidaria dentro del radicalismo, llevará a sus miembros a ocupar lugares prominentes en el oficialismo alfonsinista, debido a su inserción inicial en el partido en el marco del Movimiento de Renovación y Cambio, línea interna fundada por Alfonsín en 1972. Sus principales referentes serán Nosiglia, Cáceres y Storani, y ocuparán un rol clave en el liderazgo de la Juventud Radical durante la transición.

socialista, obviamente existente, tenía un impacto directo a través de Cuba, la Revolución Sandinista, y en las juventudes esto pesabas más».

De este modo, pueden vislumbrarse dos participaciones muy concretas de las juventudes políticas en este sentido. Una fue la participación de sus miembros (impulsado en primer término por la Federación Juvenil Comunista) en las Brigadas del café, es decir, grupos de jóvenes que viajaban a Nicaragua a cosechar café para colaborar con la Revolución Sandinista. Siguiendo a **Fernández Hellmund (2010)** las brigadas comenzaron a viajar a Nicaragua a partir de 1985. A principios de 1987 participa una brigada denominada «Malvinas Argentinas», que representaba al Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO) y estaba integrada por veintiún personas representantes de varias fuerzas políticas.^[18] Asimismo, el formato «brigada» se replicará como «misiones» solidarias al interior del país. La otra acción en este sentido que emprendió el MOJUPO fue la participación en el Festival de la Juventud y los estudiantes en Moscú en el año 1985, un evento «tradicional» organizado por el bloque socialista en el marco del Año Internacional de la Juventud. De él también participaron miembros de la Federación de Estudiantes Secundarios, FUA, y otros espacios juveniles.

En tercer lugar, otro grupo de coincidencias se expresó en un conjunto de movilizaciones importantes que congregaron a las juventudes, como las marchas en apoyo del Juicio a las Juntas y de defensa de la institucionalidad democrática y los derechos humanos.^[19] Luego del proceso electoral en sí, el compromiso con el régimen democrático se expresa en el apoyo al gobierno de Alfonsín frente a las presiones de sectores militares (legales y no legales) y amenazas de golpe de Estado,^[20] especialmente en el marco del Juicio a las Juntas. Cabe destacar que, aún con ciertas diferencias internas, el MOJUPO en tanto colectivo acompañó la entrega del informe de la CONADEP el 20 de septiembre de 1984. En noviembre de ese mismo año, la dirigencia juvenil vuelve a pronunciarse

[18] Federación Juvenil Comunista, Partido de la Liberación, Partido Demócrata Cristiano, Juventud Radical-Corriente Nacional de Liberación, Movimiento Peronista 26 de Julio, Juventud Intransigente, Peronismo Revolucionario y Juventud Peronista de Capital Federal.

[19] Tal es el caso de la marcha multisectorial y multipartidaria que acompañó la entrega del informe de la CONADEP.

[20] «Compromiso Juvenil: agilizan la convergencia interpartidaria». *Clarín*, 02/11/1984.

con el objetivo de intensificar el apoyo a la democracia ante nuevos rumores y amenazas de sectores militares. Para ello, elaboraron un nuevo documento llamado «Compromiso democrático de la juventud argentina» y colocaron una mesa en la calle Florida para que el público en general pudiera adherirse con su firma.

Ahora bien, si en la sección anterior analizábamos el proceso de disolución del MOJUPO desde el punto de vista de los acuerdos y desacuerdos entre dirigentes y a partir de las posturas tomadas por los mismos, en esta sección analizaremos como estos desacuerdos se plasmaron, de modo concreto, en imposibilidades para seguir sosteniendo ciertas causas y construir marcos de acción colectiva, lo cual conlleva – al menos – algún tipo de acuerdo en la lectura de la situación, los problemas, los responsables. Como dijimos, las disidencias aparecieron especialmente a partir del cambio de rumbo de la política económica de 1985. La Juventud Radical, siendo la juventud «oficialista», empieza a cuestionar los marcos de determinados actos y proclamas y deja de participar. Ello se da más específicamente en las marchas contra el FMI, donde sin duda termina quedando en una posición incómoda frente a las otras juventudes partidarias. Como veíamos, el diagnóstico que el MOJUPO realizaba acerca de los obstáculos y dificultades del país se vinculaba a la crítica a los poderes económicos caracterizados por los documentos del colectivo como oligárquicos, a la «patria financiera» y a la banca internacional. Es importante recordar que el gobierno de Alfonsín intentó, con su primer ministro de Economía, Bernardo Grinspun, negociar ciertos términos de pago de la deuda externa, y a la vez lograr acuerdos con países deudores a fin de presionar conjuntamente por determinadas condiciones de pago. Dicha estrategia no dio resultado. El 27 de abril de 1985, en una marcha multitudinaria convocada en defensa de la democracia en contra de los golpistas, el presidente anuncia la «economía de guerra», que implicó un conjunto de fuertes medidas de ajuste y la adopción del plan Austral. Esto fue interpretado por la mayoría de quienes integraban el MOJUPO como adhesión a las condiciones de los organismos internacionales en detrimento de los trabajadores y sectores populares. Los miembros no radicales del MOJUPO se retiran de la plaza y luego comienza a haber «grescas» con la Juventud Radical en el interior del espacio. Esta división se materializa claramente en un acto en el estadio de Atlanta que se realiza en diciembre de 1985,

donde participa el MOJUPO – aunque sin la presencia de la Juventud Radical – organismos de derechos humanos y la CGT. Según relatan las personas entrevistadas y los medios de comunicación de la época, el clima fue tenso. La proclama leída en el acto incluía términos duros para con el gobierno, lo cual generó malestar en algunas agrupaciones y «guerras de consignas». Asimismo, en el documento se lamentó la ausencia de jóvenes radicales por considerar que el acto no era anti radical sino antiimperialista, aunque desde la convocatoria, consignas y cánticos, la postura crítica hacia el gobierno resultaba clara.

Luego de este giro, el MOJUPO actuaba unido en la cuestión de defensa de los derechos humanos, y la Juventud Radical – según diversos testimonios – no adhería o no participaba en la protesta de corte económico, o bien, lo hacía en algunos casos y con «distancia». Como dábamos cuenta en secciones anteriores el MOJUPO atraviesa un proceso de disolución y no pudo lograrse un relanzamiento en el marco de la visita de David Rockefeller al país. En definitiva, los desacuerdos tuvieron que ver no con desacuerdos puramente ideológicos sino con cómo estas cuestiones iban siendo vehiculizadas por el gobierno y las fuertes críticas que emprendía no solo la Juventud Peronista, sino, por ejemplo, la FJC. La reivindicación de los derechos humanos y el apoyo a la democracia, en cambio, estaban fuera de discusión.^[21]

En síntesis, al haber sido una experiencia conformada en dictadura, por representantes de espacios partidarios, la victoria de Raúl Alfonsín y el pronto ascenso y crecimiento de la Juventud Radical (especialmente de la Junta Coordinadora Nacional), llevará al colectivo a una situación clara: uno de sus miembros no solo es un fenómeno «masivo» o «estrella» de la militancia juvenil (y este diferencial de «poder» se expresa en el espacio) sino que además pasa a ser parte del oficialismo. Las tensiones que esa nueva situación que atravesaba la principal fuerza en términos de ser gestión,

[21] Muestra de ello es que en el año 1987 el grupo se convoca para apoyar a Alfonsín en la rebelión carapintada de Semana Santa. Como relata un miembro de la FJC, se le ofreció «en privado» al presidente apoyo «logístico» militar en caso de ser necesario, dado que muchos de sus miembros habían participado en operaciones militares en Nicaragua y contaban con entrenamiento.

y por lo tanto tener que apoyar y defender al gobierno nacional, imposibilitaron la construcción de acuerdos más amplios en materia de política económica.

¿Qué «juventudes» políticas?: el MOJUPO en clave generacional

Hasta aquí hemos mostrado cómo un colectivo logra conformarse en tanto actor con presencia relevante en el contexto de la transición, buscando fijar una posición pública y definida y poniendo al actor «juventud» en la escena pública y política. A la vez hemos mostrado cómo ser joven, participativo y hacer política comportaba, por entonces, determinadas preocupaciones: democracia, soberanía, solidaridad entre «pueblos hermanos», autonomía y defensa de los derechos humanos en un determinado contexto sociohistórico. En este sentido, creemos que también leer en clave generacional la dinámica del MOJUPO es una lectura fructífera, es decir, comprender esta experiencia como una que fue protagonizada por dirigentes jóvenes, que dedicaban gran parte de su vida a la militancia, que pertenecen a una generación política determinada y en cuyas acciones se condensan ciertos rasgos propios de una época, que a la vez la hicieron posible. Teniendo en cuenta que lo generacional no solo se define por una edad cronológica sino por compartir un conjunto de experiencias que definen un tiempo «social», creemos que hay varios elementos que nos permiten articular una caracterización e interpretación en esta clave. A partir de las entrevistas pudimos identificar en primer lugar, que estos dirigentes son jóvenes de una edad cronológica «avanzada» (el promedio de edad es entre los 26 a 35 años) y la mayoría ya tenía familias o parejas conformadas. A su vez, en términos de sus propios partidos estaban cerca de dejar de pertenecer a las ramas juveniles. En segundo lugar, comparten la experiencia en común de haber transcurrido el período de la dictadura viviendo su militancia desde el riesgo y/o la persecución siendo jóvenes, aunque lo atravesaran de maneras diversas.

Al recuperar las experiencias biográficas, por un lado encontramos situaciones de exilio, migración forzosa o cárcel. Otras militancias se desarrollaron con extremo cuidado, de modo oculto o clandestino. Así, Alejandro Mosquera, de la FJC, mantuvo su militancia en la Facultad de Derecho de la UBA y realizó el

Servicio Militar Obligatorio – al igual que otros de los entrevistados – donde también impulsaba algunas acciones militantes de modo muy solapado. Alejandro Barthe, del PI, canalizó parte de su militancia en los espacios juveniles de la APDH, los cuales son mencionados en tanto antecedente de experiencias de confluencia juvenil durante los años de la represión. Los dirigentes juveniles del radicalismo también continuaron su activismo partidario con extrema cautela, como el caso de Jesús Rodríguez, quien participó de acciones militantes (como volanteadas o pintadas) realizadas de modo «relámpago» y también se dedicó a organizar actividades que intentaron nuclear a jóvenes profesionales sin un rótulo «político». Asimismo, todos tuvieron la experiencia directa de la pérdida de familiares, amigos, compañeros o referentes políticos. En síntesis, sea porque tuvieron algún tipo de participación en la lucha armada o militancia clandestina, o vieron afectados los espacios y estilos de militancia por la persecución en el marco del terrorismo de Estado, todos comparten, además de una edad similar, una experiencia en común que ha forjado sus subjetividades y sus biografías.

Una vez desgastada y finalizada la dictadura, lo que se observa, en primer lugar, es una revisión de las formas de hacer política previas por parte del conjunto de agrupaciones políticas, pero también, en toda la sociedad. La recuperación democrática requería practicar la democracia en los más diversos ámbitos sociales y con unas formas y reglas específicas. La propia experiencia era un espacio propicio para el aprendizaje y el ejercicio de la «política profesional» y de la negociación la persuasión y la puesta en práctica de «reglas» en el contexto democrático. A esto se refiere una integrante de la Juventud Peronista que participó en el MOJUPO, quien menciona, por ejemplo, que para «su generación» hacer política significaba una actividad más bien «burocrática» como la elección de diputados o concejales. Es decir, actividades lejanas y distintas a la actividad barrial y/o combativa que era llamada «militancia» que realizaban las juventudes del peronismo. En estos términos, 1983 significará para un conjunto de jóvenes «abandonar la militancia e ir hacia la política». Relacionado con esto, el otro rasgo que aparece de forma contundente en los testimonios es una suerte de revisión crítica sobre las formas de militancia directamente vinculadas al uso de la violencia. Si bien la mayoría de las y los entrevistados menciona haber tenido contacto o participado en la lucha armada (lo cual se puede ver en sus declaraciones y en sus acciones) la

participación en el MOJUPO expresa – o evidencia – no solo el abandono de aquellas formas de lucha, sino también una resignificación o relectura de las mismas. Esta resignificación está dada a partir de sostener ciertas causas y principios que continuarán siendo reivindicadas y por las cuales «se continuará luchando» pero con otros métodos, *los métodos de y en la democracia*.^[22] Esto se ve a modo de ejemplo en el caso de la Juventud Intransigente. Esta agrupación continúa sosteniendo la liberación nacional como causa, pero considera que el medio para alcanzarla es la democracia, a la vez que ella se constituye como causa en sí misma. Este cambio de métodos y de concepción de la lucha es referido en el testimonio de Alejandro Barthe, en ese momento secretario general de la Juventud Intransigente:

«en el caso nuestro el eje era, primero, llegar a la democracia y después en qué condiciones se llegaba a la democracia. Hay una consigna que dice: *nuestro compromiso con el pueblo, nuestro camino la democracia, nuestro destino la liberación*; este tema de “nuestro camino es la democracia” era muy fuerte porque para los setenta la democracia era una democracia burguesa, era la etapa de transición hacia la revolución: el fenómeno de Cuba, Vietnam (...) se le llamaba determinismo histórico, era casi inevitable la revolución general en la Argentina. Entonces en aquel momento lo que se plantean, que lo tienen en el documento constitutivo, se plantea el tema de en qué condiciones y cómo se llega a la democracia».

En definitiva, tanto aquellos que reconocen su paso por la lucha armada como los que no, señalan dos cuestiones que van juntas: por un lado, «un dejar atrás» la lucha armada como método para este tiempo «nuevo» a partir de una mirada crítica sobre ese tipo de acciones. Pero por otro lado, aparece una reivindicación positiva de hacer política a través de ciertas formas antes consideradas por la mayoría como puramente «burocráticas», «burguesas» o «formales».^[23] En suma, el análisis de la dinámica del MOJUPO

[22] Para un desarrollo más amplio de este punto véase el capítulo. «Otros caminos, otros destinos. Transformaciones en los espacios y prácticas cotidianas de participación juvenil en los años ochenta», de Blanco y Vommaro, en este volumen.

[23] Los únicos que plantearán un matiz en este aspecto serán los jóvenes de la FJC, quienes mantendrán cierto grado de formación militar aunque puesta en práctica en el exterior, principalmente en Centroamérica, como hemos mencionado anteriormente.

nos permite abonar la hipótesis que nos lleva a entender, como un rasgo de esta generación política, que las *juventudes de los años setenta aparecen en cierta medida como un ideal regulatorio de las experiencias políticas de los ochenta*, lo cual hemos planteado en otros trabajos presentados en el marco del equipo de investigación que da origen a este libro (Larrondo y Vázquez 2015; P. Vommaro y Cozachcow 2015). Ideal regulatorio que define, obviamente, qué formas de militancia y política ya no son legítimas y no pueden ser reivindicadas ni recuperadas. En ellos hemos encontrado que en distintos espacios políticos las y los jóvenes que participaron en la transición buscaron diferenciar fuertemente sus formas de compromiso político de aquellas prevalecientes en las décadas del sesenta y setenta, marcando más sus rupturas que continuidades. A la vez, esta crítica no significó que abandonaran del todo sus referentes simbólicos, discusiones y «objetivos», como bien dejan en claro las palabras de Barthe antes citadas. En síntesis, este posicionamiento en relación con las formas de hacer política previas a la dictadura y en democracia, esa discusión y ese pasaje define para nosotros un rasgo generacional que se expresa en el MOJUPO.

Otro de los aspectos clave para abordar la experiencia de modo generacional refiere a la propia caracterización de estos militantes en tanto jóvenes en términos biográficos y políticos. Estos dirigentes ocupan estos espacios porque tenían una experiencia política y cierta legitimidad dada por su activismo previo, a la vez que participar en el MOJUPO les permite relegitimarse en sus partidos a partir de cierta demostración de liderazgos en su capacidad de actuación al interior del grupo. Como señala una representante de la Juventud Peronista^[24] en este espacio:

«Terminé de lograr el liderazgo de la JP el día que hicimos el acto contra el FMI, que estábamos enfrente del congreso y la JP, de odio, porque había ganado Alfonsín, estaba a los palazos contra la JR. Y los jóvenes radicales eran más pendejitos y acá había una mezcla de jóvenes universitarios y muchos marginales, o pibes con bronca, y entraron a tirarle palos y palos a la JR que estaban todos al lado. Entonces estaba hablando Pablo Unamuno en ese momento y el tipo no se estaba dando cuenta de que la JP estaba matando a los radicales, además eran todos pendejos de la secundaria y todos de clase media, y no se esperaban eso. Entonces yo agarré el

[24] La ex militante del MOJUPO solicitó no publicar su nombre completo.

micrófono y empecé a hablar, le saqué el micrófono a Pablo Unamuno y empecé a hablar. Les dije que esa no era la conducta, que nosotros teníamos que mostrar el ejemplo, que estábamos en democracia, que éramos una juventud que teníamos que respetar la democracia. No me acuerdo... y que había que aceptar que habían ganado, y la JP de golpe empezó como a correrse, a largar los palos y se tranquilizó. A los dos minutos, yo tenía al peronismo conmigo. Y me dicen ¿vos quién sos, de dónde saliste, cómo lograste esto?».

Ahora bien, también es preciso considerar a esta dirigencia en transición hacia otra posición generacional que implica la *salida* de la juventud, tanto a nivel partidario como a nivel de sus experiencias biográficas. En ese sentido, la consideración en tanto jóvenes presenta tensiones para el caso de estos militantes. Es decir, se trata de un grupo de personas que se definen como jóvenes en un momento bisagra y con una edad biológica y cronológica más afín a lo que comúnmente se considera adultez: alrededor de treinta años, algunos siendo padres, trabajadores, con militancia previa. En relación con este punto, observamos que el MOJUPO retoma la definición rígida acerca de la edad que manejaban algunos partidos políticos: se era miembro de la juventud partidaria hasta los treinta años en unos casos, treinta y cinco en otros. Lo cierto es que la edad cronológica institucionalmente definida funcionó como una categoría válida para ellos y actuaron en tanto jóvenes según esas fronteras. Llegados a ese momento, saldrán de los espacios juveniles de los partidos y se incorporarán a las estructuras partidarias como adultos.

Pero además, esta dirigencia queda atravesada por un conjunto de expectativas en torno a la naciente democracia. La democracia recuperada necesitaba jóvenes, la juventud era una categoría política necesaria; y el MOJUPO – entre otros actores – tomó esa bandera y se hizo cargo de ello. Como puede observarse en las fuentes periodísticas y en trabajos sobre las formas de participación juvenil de la época (Enrique 2011; Larrondo 2015), la juventud aparece resignificada no ya como grupo *problema* sino como una categoría sobre la cual se depositan numerosas expectativas. Este discurso «de esperanza», de «paz» fuertemente enarbolado por el gobierno de Alfonsín y que es a la vez esencialista,^[25] fue también tomado y

[25] Lo consideramos como discurso esencialista, dado que presupone que la juventud tiene cualidades (en este caso positivas) *per se*, en detrimento de

apropiado por los militantes de casi todos los partidos. Por ejemplo, en el documento leído por el MOJUPO en la ya mencionada manifestación realizada en relación al conflicto con Chile, se destaca el compromiso con la democracia expresado *generacionalmente*. En 1984, en la marcha contra la dependencia^[26] sostenían:

«Apoyamos y apoyaremos todas las medidas que tiendan a garantizar una Argentina en libertad, soberana y plena de justicia social: una Argentina en democracia para la liberación contra la dependencia. Los jóvenes argentinos sabemos que no hay presente ni futuro de realización, al margen de la lucha y el compromiso social».

En síntesis, la generación que participó en tanto jóvenes de la reconstrucción democrática asumió generacionalmente una tarea, fue capaz de transformar y aprender nuevas formas de hacer política y a la vez depositó sus propias expectativas en un nuevo tiempo lejos de la muerte, la persecución y la imposibilidad.

Palabras finales

En el presente capítulo, como mencionamos al principio, hemos intentado analizar una experiencia que ha sido poco abordada. Es por eso que la reconstrucción realizada presenta un componente descriptivo importante en base a los testimonios de los entrevistados y las fuentes consultadas y además abre muchos interrogantes para ser indagados en mayor profundidad. Creemos que el valor de la experiencia del MOJUPO nos permite dar cuenta de ciertas características de la movilización política en el contexto de la transición democrática, así como de ciertas especificidades en las que se ancló la participación política juvenil en relación al mundo partidario.

En primer lugar, hemos podido observar cómo esta experiencia se constituyó más bien como una confluencia de diversas organizaciones políticas en torno al ideal de la democracia, desde una lógica más bien anclada en lo coyuntural antes que en la construcción de una institucionalidad de las juventudes políticas con vistas al mediano o largo plazo. Esta confluencia que se presentaba bajo

una mirada que concibe a la juventud como una construcción histórico social.

[26] «Documento de rechazo a presiones extranjeras». *Clarín*, 23/06/1984. Recorte facilitado por Alejandro Barthe.

la idea de «unidad», construyó sus propios límites en cuanto al aspecto ideológico: la apelación desde lo discursivo al antiimperialismo, la justicia social, la democracia, la crítica al terrorismo de Estado. Esto nos permitiría pensar que se construyó en torno a un eje ideológico anclado en un reformismo nacional, progresista y liberal, que dejó por fuera a algunos sectores como las juventudes liberales de derecha y las juventudes de la izquierda trotskista, y decidió expulsar a aquellos jóvenes que se nuclearon en partidos que mantenían ciertos vínculos con militares golpistas. A la vez, esta cosmovisión ideológica fue produciendo marcos de acción colectiva que redundaron en incompatibilidades con la juventud oficialista una vez que el gobierno enfrentaba sus propios límites en cuanto a lo económico y lo político.

En segundo lugar, hemos podido identificar ciertas lógicas que orientaron las formas de participación política juvenil en esta experiencia: por un lado la lógica de la movilización en las calles, durante el primer período de la transición, que podríamos identificar entre 1982 y 1985, con importantes marchas en las cuales la unidad era puesta en práctica. En ese sentido, la oposición a la dictadura se constituyó en una de las principales condiciones de posibilidad que permitió articular esta experiencia, en tanto coyuntura en la que la posibilidad de un nuevo golpe militar se encontraba latente. Por el otro, una lógica del «acuerdo entre cúpulas» que terminan en fuertes desacuerdos, que fue la que prevaleció en los años 1986 y 1987, en los que la experiencia se diluye. Estas lógicas se acompañan también de una fuerte participación (a través de la movilización callejera, de modo exclusivo) de jóvenes y «bases» y una falta de participación a partir de decisiones que se toman solamente entre los dirigentes principales. No han aparecido ni es posible encontrar formas en que las juventudes que no eran miembros de estas cúpulas pudieran expresarse, canalizar o manifestar su voz en otros espacios más allá de la participación en marchas y festivales. Es decir, el MOJUPO se trató de una experiencia de arriba hacia abajo y muy centralizada en Buenos Aires. Creemos que esta organización fue importante y funcionó en el proceso de legitimación y apoyo a la democracia y al Juicio a las Juntas, pero que agotó su capacidad como espacio de construcción de política juvenil.

En tercer lugar, en cuanto a la hipótesis que sostiene que las juventudes de los años setenta funcionaron como suerte de ideal regulatorio de las experiencias políticas de los años ochenta, hemos

observado lo siguiente. Por un lado, parece haber una resignificación de las experiencias de militancia durante los setenta a partir de una mirada crítica sobre la lucha armada como método de participación política. Esto se refleja no solo en los marcos de acción colectiva construidos, sino en las biografías de los dirigentes juveniles: sus trayectorias recorren experiencias diversas de activismo político durante los setenta y ellas son reconvertidas en el contexto democrático en los ochenta. La crítica a la lucha armada, la lucha por la democracia y la búsqueda de la unidad en la acción, también aparecerían como un elemento de legitimación de carreras políticas en las trayectorias posteriores de estos jóvenes dirigentes. Su participación en el MOJUPO aparece tanto como una experiencia generacional compartida, así como en un momento refundacional de sus carreras políticas personales en el nuevo sistema democrático.

Por último, esta experiencia nos muestra las posibilidades que brindó la época para la construcción conjunta de una voz de las juventudes políticas que a la vez recogiera su pluralidad. En cambio, sus limitaciones evidencian – a nuestro entender – rispideces y tensiones que creemos atravesarán la política nacional durante los treinta años subsiguientes.

CAPÍTULO 4

Carreras, retratos y relatos militantes. La transición democrática desde una mirada biográfica

MELINA VÁZQUEZ Y MARINA LARRONDO

Introducción

El presente capítulo propone analizar los vínculos entre juventud y política durante la etapa de la recuperación de la democracia, esto es, el período final de la última dictadura militar (1976-1983) y la gestión de gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989), cuando se restablecieron las instituciones formales de la política. Este tema es objeto de análisis en otros capítulos del presente libro. Sin embargo, nos concentramos aquí en el análisis de las carreras militantes (Agrikoliansky 2001; Fillieule 2001; Fillieule y Mayer 2001) de un conjunto de jóvenes activistas, con el propósito de explorar las formas y propiedades del compromiso político en el mencionado contexto. Concretamente, y retomando los aportes de la sociología francesa del compromiso militante, proponemos reconstruir las carreras militantes de activistas con distintos perfiles sociales, modos de inserción militante y momentos de ingreso al activismo. Nos interesa explorar, centralmente, cómo se empieza a militar en el período así como también de qué modo se produce una readaptación por parte de los activistas con experiencias militantes anteriores.

El estudio se realiza, además, desde una perspectiva biográfica (Arfuch 2002; James 2004; Sautu 2004) por medio de la cual sostenemos que es posible comprender desde un nuevo punto de vista la militancia en el período. Más allá de los datos fácticos sobre lo

acontecido en la vida de las personas y en los grupos de los que son parte, los testimonios permiten comprender – muchas veces con omisiones, errores o mitos – la manera en que es vivido e interpretado el compromiso político, así como también las razones que hacen que tras la finalización de la dictadura militar más cruenta de la historia argentina, se renueven los compromisos militantes. Los hitos específicos en la vida de cada uno de los entrevistados revelan elementos personales (el exilio, la prisión, los recuerdos de una infancia clandestina o dar a luz un hijo en la clandestinidad), que permiten entender cómo es vivida la militancia más allá del análisis de los grupos y de las posiciones políticas por aquellos sustentadas. Desde esta perspectiva, se abre la comprensión respecto de cómo y por qué se produce una revalorización de la democracia en la etapa final de la dictadura, más concretamente a partir de 1982. Así, militantes de espacios heterogéneos en términos político-ideológicos, algunos de los cuales impugnan la democracia formal, no solo atraviesan una revalorización de esta sino además de un nuevo contexto de oportunidad política para la construcción de nuevos regímenes de compromiso. El trabajo muestra las diferentes maneras en que los activistas se reinventan o construyen razones para militar *en y por* la democracia.

El presente capítulo analiza cuatro relatos de jóvenes militantes, seleccionados entre una variedad de entrevistados incluidos en el trabajo de campo realizado en el marco del proyecto de investigación que da origen a este libro. Los criterios que orientan esta selección tienen que ver, en primer lugar, con que se trata de activistas que forman parte de espacios diversos desde el punto de vista político-ideológico (el Movimiento al Socialismo, el Partido Intransigente, el Partido Justicialista y la Unión Cívica Radical), aunque todos estos grupos poseen relevancia para el estudio del período.^[1] Así, y de modo coherente con el enfoque escogido, el trabajo nos permite encontrar puntos de contacto y diferencias entre los modos de militar y de dar sentido a la militancia que, analizados desde una sociología de los grupos o una sociología política, resultarían incomprensibles.

[1] Este criterio amplio en términos ideológicos obedece menos a la búsqueda por incluir casos que ilustren o «representen» la militancia en el respectivo espacio partidario, que a la intención de tomar la militancia como objeto de indagación y análisis.

En segundo término, se trata de activistas cuya inserción militante tiene lugar en diferentes ámbitos: estudiantil, gremial, político-partidario propiamente dicho y, en uno de los casos, en un ámbito de militancia juvenil por medio de la cual se produce la inserción en el Estado, como funcionario de la gestión de gobierno de Raúl Alfonsín. Es decir que nos abre un amplio espectro de militancias en un mismo momento histórico.

Finalmente, incluimos en este trabajo el testimonio de quienes eran militantes antes de la transición democrática y también quienes comienzan a militar luego de la misma, en un clima de época muy particular que movilizó y activó compromisos militantes en general y juveniles en particular. En este sentido, nos interesa mostrar las principales propiedades que proponen unas y otras carreras militantes, identificando los principales contrastes entre los modos de compromiso construidos por parte de cada una. En esta línea, es importante mencionar que, además, algunos continúan sus recorridos militantes hasta el presente, mientras que otros, como veremos oportunamente, se definen como *ex militantes*. En consonancia con esto, en las secciones siguientes introducimos cada uno de los relatos y proponemos un análisis de sus aspectos más relevantes para, finalmente, hacer una lectura global de lo que nos sugieren y aquello que nos aporta este trabajo para comprender el período.

Empezar y terminar de militar: reinversiones del compromiso político en democracia

Luciano Perel^[2] comienza a militar a los 18 años, en plena transición democrática, en el Partido Intransigente (PI).^[3] La historia de su vida, en general, y la infancia en particular, configuran elementos

[2] El nombre del entrevistado como así también varios de sus datos biográficos fueron parcialmente cambiados para preservar la identidad del mismo. Sin embargo, ninguno de los datos modificados altera la relevancia de su testimonio.

[3] El PI fue creado en el año 1972 por Oscar Alende, principal líder del mismo que encabezó la fórmula presidencial del partido en octubre de 1983, y quedando en tercer lugar, tras la UCR triunfante con la fórmula Alfonsín-Martínez y detrás del PJ, con la fórmula Lúder-Bittel. El momento de máximo apogeo y crecimiento militante del PI, referenciado como espacio de militancia de izquierda popular, tiene lugar en la década de 1980. En las elecciones de legislativas del año 1985, tuvo su mejor actuación electoral, obteniendo cinco bancas para diputados.

centrales para comprender la lectura ambivalente que realiza sobre la militancia. Es hijo de uno de los principales dirigentes de una organización de orientación comunista perteneciente a la nueva izquierda, que se crea a mediados de la década del sesenta. La vida de niño como hijo de una familia militante, el paulatino alejamiento del Partido por parte de su madre al momento del golpe en 1976 y la desaparición forzada de su padre en 1978, son elementos que nutren una profunda crítica hacia la militancia familiar y hacia un modelo férreo de compromisos asociado con lo que él define como característica de la *izquierda clásica*. Al mismo tiempo, habilita – en plena transición democrática – la construcción de una experiencia militante en un partido de formación reciente, en el que se inserta desde el frente universitario, cuando estudia una carrera humanística en la Universidad de Buenos Aires.

Perel nace en Buenos Aires en el seno de una familia de clase media universitaria. En su relato se hace alusión a la figura de un abuelo paterno dueño de un sanatorio privado y ex funcionario municipal de un importante partido del Conurbano bonaerense, que vivía en una gran casa de la localidad más residencial de aquel partido. La figura de su abuelo es traída en diferentes momentos del relato para marcar el contraste entre el mundo social de procedencia y aquello que sucede durante sus primeros años de vida, más concretamente en 1967, cuando con cinco años edad se muda a una provincia del interior del país debido a la incorporación de sus padres como militantes en la guerrilla rural. Es allí cuando tiene lugar su primera *proletarización*. Tras dos años, y luego de una reorientación política del espacio de militancia de sus padres, la familia vuelve a mudarse. Esta vez a Rosario, provincia de Santa Fe, donde se integran a la guerrilla urbana. Tras el «Rosariazo» – protesta que tiene lugar entre mayo y septiembre de 1969 contra el gobierno dictatorial de Juan Carlos Onganía (1966-1970) – se mudan nuevamente a un barrio popular de la provincia de Santiago del Estero, donde viven hasta 1976. Allí asiste a una escuela pública en la que encuentra y comienza a tejer lazos de amistad con hijos de otros militantes que estaban en una situación similar a la suya. La escuela aparece como un refugio para Perel, porque es el único elemento de permanencia y continuidad, sobre todo entre 1974 y 1976, cuando «no dormíamos ni dos noches en la misma casa».

El relato de militancia está plagado de anécdotas y recuerdos que pintan una infancia en la cual, se convierte en parte del proyecto

militante de sus padres. En efecto, incorpora hábitos tales como el uso de su propio «nombre de guerra». Asimismo, hace suyo el punto de vista militante de sus padres por medio de un conjunto de reglas morales en las que se había socializado, como por ejemplo, cuando le explicaban que no debía llevar demasiados juguetes en las mudanzas de un sitio a otro, porque «los hijos de los obreros no tienen tanto juguetes». En este sentido, destaca que de chico era un *pionero* y tenía plena «conciencia de qué estaba bien y qué estaba mal desde el punto de vista de esa educación».

Es su madre la que comienza a poner en crisis algunas de las visiones asociadas al espacio de militancia, así como también a los modos de tramitar los compromisos militantes tal como los habían desarrollado. En el relato, la crisis de su madre aparece relacionada tanto con poner en tensión la socialización militante de la que ella misma era resultado, así como también con percibir que «había arruinado su trayectoria como miembro de la clase media, cuando al final de toda esa gira (en alusión al desclasamiento) se da cuenta que está lejos de todo». Esta crítica se termina de exacerbar en el momento en el que su padre y su tío son detenidos y desaparecidos. Perel refiere a esa coyuntura como un momento en el cual entraron en duda «todas las formas de categorización política anteriormente sostenidas en el proyecto militante».

Los primeros años de la dictadura aparecen como un momento personal y familiar en el cual se elabora un discurso profundamente crítico del modo de compromiso de sus padres, a la vez que – paradójicamente, dada la coyuntura política más general – comienza a sentirse liberado de algunas de las estructuras de pensamiento y de sentimiento en las que había sido socializado.

El año 1982 es descripto como un momento central en término tanto personales como colectivos. Se trata de un año en el que se registra un proceso de politización general, en el cual comienza a tener una creciente participación. En el marco de campañas masivas de afiliación por parte de diferentes partidos, Perel y su madre se afilian al PI. Asimismo, empieza a participar inorgánicamente de protestas y acciones de diverso tipo, las cuales crecen vertiginosamente con el fin de la guerra de Malvinas.

El ingreso al PI se produce en lo que puede leerse como una experiencia generacional de crítica a la izquierda que encuentra condiciones de posibilidad en un partido como aquel, en el que confluyen ex militantes de un amplio abanico de organizaciones y

grupos. Al mismo tiempo, el inicio de la militancia en el frente universitario del PI representa una experiencia próxima en términos socioculturales, en la que – en contraposición con la proletarianización durante su infancia – se encuentra con otros jóvenes parecidos a él. Afirma, en este sentido, que...

«... el 40 % éramos de la colectividad judía y éramos los suficientemente de izquierda como para no ser radicales y lo suficientemente informados para no... para no querer tener nada con el Partido Comunista. Y éramos también lo suficientemente gorilas como para no aproximarnos mucho al peronismo».

La caracterización sociológica que realiza evidencia una identificación social con su nuevo universo de relaciones militantes así como también reconoce en el PI un ámbito de militancia en el cual las condiciones de ingreso y permanencia se vuelven más accesibles.

Tras su afiliación al partido, desarrolla una vertiginosa participación militante al interior de la universidad, en donde llega a ser presidente del centro de estudiantes de su facultad, que forma parte de la Juventud Universitaria Intransigente (JUI). Una de las interesantes anécdotas a las que recurre Perel tiene lugar a fines de 1984 cuando se organiza una acción muy frecuente en el período: un boicot al examen de ingreso a la carrera. Dicho boicot consistió en convocar a los estudiantes a no rendir el examen, acción que resultó fallida y por la cual fue acusado y denostado por otros integrantes del PI, al considerar que había puesto en juego el capital político del partido entre los estudiantes en la facultad. Perel cuenta que decidió recorrer cada uno de los cursos durante dos semanas para explicar lo sucedido y hacerse cargo del error político de esta acción. En esos recorridos realizaba una autocrítica cara a cara con los estudiantes desde un discurso que tenía que ver con reivindicar el valor de la democracia y sus reglas. Aunque el argumento fue desautorizado por otros militantes y dirigentes – por considerarlo parte de un discurso *de derecha* – supo interpelar a los estudiantes

«... fue una gesta heroica de correr por derecha y ganar por... O sea ganar por derecha épicamente una posición. Porque el tipo iba curso por curso y decía “la democracia, las reglas, el voto, las asambleas tienen que ser representativas”, porque aparte el boicot se decidió en una asamblea no representativa entonces yo hice todo un balance del conflicto y uno de los

puntos era ese: ahora en más no es así, nosotros no lo vamos a hacer más así y les pedimos perdón».

Es interesante el modo en que Perel pone en juego un repertorio de argumentos y de razones que eran ajenos para quienes estaban familiarizados con una visión de la democracia como conjunto de reglas artificiales y formales. La capacidad de generar adhesiones entre los ingresantes a la carrera aparece como un elemento novedoso que expresa la capacidad de interpelar del discurso democrático en el período y, sobre todo, entre las nuevas generaciones de estudiantes. Así, por un lado, la anécdota es ilustrativa de un proceso de movilización de las adhesiones al interior de la vida universitaria en el cual se evidencia el peso de la democracia como valor y como causa por la que militar. Por otro lado, da cuenta del modo en que los partidos políticos reconfiguran sus identidades políticas, en el sentido de la importancia que pasan a dar al hecho de ser democráticos. En efecto, el rol protagónico que cobró en dicho acontecimiento, le permitió relegitimarse dentro del Partido, así como también construir un liderazgo estudiantil que propició que la JUI ganara el centro de estudiantes de la facultad y lo retuviera hasta el año 1987.

Su corta edad contrasta, desde la perspectiva de Perel, con el rol que cobró como dirigente estudiantil y como militante del Partido. En efecto, militantes universitarios de otros partidos, como el MAS o el PC, ironizaban sobre sus 18 jóvenes años. Por ejemplo, en un cántico que solían entonar: «Borum bum bum, burum bum bum, el presidente toma Nestum». Vemos así cómo dentro de lo que podemos llamar – de modo amplio – las *militancias juveniles*, se van configurando principios de diferenciación en los cuales se replica, siguiendo a [Elías \(2003\)](#) la lógica de los establecidos y los recién llegados. Concretamente, en la militancia universitaria, la edad aparece como expresión de la posesión diferencial de capitales militantes. Así, el momento de inicio del activismo y los recorridos militantes de los dirigentes estudiantiles configuran principios de diferenciación que pueden leerse en clave generacional. En este caso en particular, es indudable que aquello de lo que es acusado (por su corta edad), contrasta con un capital de prestigio y de conocimiento aportado por un conjunto de saberes que se desprenden de la política familiar.

Ahora bien, el impacto movilizador del discurso democrático, así como su corta edad pueden leerse, además, en relación con el cambio del perfil del estudiantado. En otros términos, estos aparecen como elementos valorados por una nueva generación de estudiantes que se integra a la universidad en el nuevo clima democrático y que contrasta con las características de los estudiantes que estaban finalizando sus carreras universitarias, entre los cuales una gran mayoría son militan radicales, peronistas, comunistas o trotskistas cuyas edades estaban más cerca de los 30 años.

En su balance sobre aquella experiencia militante, el motor de su compromiso termina estando más asociado a la dinámica estudiantil propiamente dicha que al Partido. En este sentido, su tránsito por el espacio universitario y estudiantil lo fue acercando a una manera de comprender y razonar que reconocía como cada vez más distante de la mirada partidaria y cada vez más próxima a una lectura sociológica de la realidad. Pese a las características específicas del PI, que lo diferencian de otros partidos más clásicos de la izquierda, Perel destaca la persistencia de un conjunto de visiones y prácticas moralizantes propias de lo que denomina *experiencias militantes homogeneizantes*.^[4]

«más de lo que uno creería, si vos lo comparás con una organización leninista de los setenta, era juventud anarco plural argentina comparado con eso, sí, y se cagaban de risa. Pero al mismo tiempo, las organizaciones militantes tenían una distancia... había equipos que estaban medio disociados en esos puntos... Por ejemplo era tal el único de nosotros que podía escuchar en esa época Soda Stéreo y Virus o de los primeros en escuchar eso...».

¿Un gusto *burgués*?

«Sí, de derecha, individualista, por ahí nadie habría dicho que eso era *burgués*, habrían dicho que... alguien dijo que el un [sic] compañero que se suicidó era un pequeño *burgués* o la homosexualidad era una desviación

[4] Un elemento interesante en su relato tiene que ver con el viaje que realiza en 1985 – antes del alejamiento del PI, pero en relación con ese proceso de salida – a la URSS. Viajaban con él, un conjunto de militantes juveniles de partidos políticos de un amplio espectro político ideológico. Ese viaje aparece como un punto de no retorno en relación con la evaluación crítica de la militancia política, punto que es retomado en el primer capítulo de este libro.

pequeño burguesa. En el ochenta y pico a (Fernando) Nadra le hacen un reportaje en *El Porteño*, el del PC, y le preguntan qué prefiere “que su hijo sea homosexual o policía” y él dice “policía”».

La cita ilustra dos modelos de militancias contrapuestos al mismo tiempo que la manera en que entra en crisis la figura del militante *total* (Pudal 2011). Ahora bien, esta puesta en crisis es descrita desde una lectura retrospectiva, en la cual identifica el modo en que perviven y se recrean imperativos y regulaciones morales en la producción social de las militancias, asociadas a gustos musicales, prácticas y maneras de tramitar las relaciones sociales definidas como legítimas, frente a otras que son objeto de acusaciones.

Perel participa de un espacio de intercambio entre estudiantes provenientes de su carrera y de la carrera de Sociología que militaban en el PI. Allí, desarrolla un vínculo incipiente con algunos autores y revistas de circulación en la época. En efecto, la sociología se le presenta como una perspectiva de análisis cada vez más productiva en comparación con aquella que tenía disponible en relación con los principios partidarios, incluso al interior de un partido como el PI. Tal es así que el mencionado grupo de estudiantes se aleja, entre 1987 y 1988, del PI. Esta fue, según Perel «la última gran distancia de la política». La salida de la JUI aparece así como el momento final de una paulatina puesta en crisis del compromiso militante en la cual se hacía eco de la crisis familiar pero también de la propia experiencia en un partido en el cual, a su manera y de acuerdo con los nuevos parámetros democráticos, persisten un conjunto de regulaciones morales. Como describe Luciano Perel:

«... después todos nos dimos cuenta que nos gustaban Los Redondos, que nos gustaban, Soda Stéreo, que nos gustaba Virus, que nos gustaba Charly García. Yo me acuerdo que mi hermano... cuando él dejó al Frente Secundario Intransigente, que es más o menos la misma época en que yo dejaba la Juventud Universitaria Intransigente, él decía que quería hacer una fiesta y empezar la fiesta así la canción de Charly que decía: “yo tenía tres libros y una foto del *Ché*, ahora tengo mil años...” y ahí empezar con las luces».

Vemos así cómo la renovación cultural y estética que aparece como hija del proceso de vuelta a la democracia encuentra, desde la perspectiva de Perel, un límite dentro de los proyectos militantes

partidarios, en los cuales persiste la construcción de una cultura (de la) política más rígida.

La continuidad de la carrera lo lleva a tener nuevos espacios de inserción y debate político, como en el grupo de la revista *La Ciudad Futura*, fundada en 1986 por Juan Carlos Portantiero, José Arico y Jorge Tula. La revista, más asociada a un ejercicio de reflexión política de tipo sociológico, aparece como una ruptura con la militancia al mismo tiempo que como una continuidad en otro sentido puesto que en dicho grupo asume como objetivo de su proyecto político cultural repensar el socialismo a la luz del fracaso de la izquierda revolucionaria en Argentina y en América Latina (Montaña 2014). Los vínculos con uno de los integrantes de este espacio le permiten, además, tener una inserción en una cátedra como docente, y esto propicia un ingreso al mundo académico en general. Por ello, aunque fue y sigue siendo parte de múltiples debates públicos y políticos, desde el alejamiento de su experiencia en el PI se autodefine como un *ex militante*.

Este testimonio resulta paradigmático en varios sentidos. En primer lugar, los inicios de la militancia en la transición democrática a partir de una de tipo universitaria que se nutre fuertemente de nuevos activistas en el período. Asimismo, el hecho de que lo hace en un ámbito singular dentro de la izquierda en el que se cristaliza un proceso más amplio de la puesta en crisis de modelos de militancia que ceden lugar frente a un modelo de militancia, siguiendo a Pudal (2011), más distanciada. Es por ello que el pasaje es, al mismo tiempo, personal, familiar y social. Finalmente, su experiencia resulta interesante porque nos muestra qué hay más allá de lo que muchas veces la literatura académica analizó como la *derrota* de los proyectos militantes de los años setenta. Aquí, la crítica a la militancia setentista y la vivencia más cruda de los efectos de la represión movilizan otras adhesiones y, en todo caso, es el propio desencanto en democracia el que lo lleva a tomar distancia con el activismo político.

De la juventud *socialista* a la juventud *democrática*: retratos de una militante del MAS

El relato de Laura Marrone, cuya militancia se desarrolla también en la izquierda, nos invita a pensar cómo se retoman y reconstruyen los compromisos militantes tras experiencias tales como la

cárcel, el exilio y la vuelta al país en el período de la transición democrática. A diferencia del caso de Perel, su inicio en la militancia es anterior a la transición y a la vez – aún siendo joven – se encuentra en otro momento de su ciclo de vida. Perteneció a uno de los grupos de izquierda que en la nueva coyuntura modifican, en parte, sus formatos, métodos, consignas y paradigmas de compromiso militante. Como mostraremos, militar en democracia configura un nuevo horizonte de expectativas y de sentidos.

Marrone nació en Córdoba, es maestra y licenciada en Ciencias de la Educación. Es militante de Izquierda Socialista y hasta el año 2015 fue legisladora porteña por el Frente de Izquierda de los Trabajadores (FIT).^[5] Proviene de una familia católica no practicante, de clase media y en la que no hay un alto grado de politización. Ella y sus dos hermanas son las únicas militantes del entorno familiar inmediato, aunque menciona un tío comunista y una prima dirigente montonera, asesinada durante la última dictadura militar. La actividad militante es un tema de severos conflictos con su padre, los cuales la llevan a abandonar su hogar familiar a los 19 años de edad.

Los inicios de su militancia se remontan a fines de la década del sesenta, cuando participa en un movimiento juvenil católico vinculado a la iglesia terciarista. Era catequista, realizaba actividades de apoyo escolar y otras tareas de militancia barrial. La describe como una militancia *divertida* («hacíamos campamentos, cantábamos mucho, hacíamos fogones») de la que formaban sus pares del mismo barrio. Tiempo después toma conocimiento que diferentes integrantes de este grupo se convierten en dirigentes Montoneros.

Pese a este antecedente, es el «Cordobazo» (Córdoba, 1969) el hecho que imprime una primera ruptura con su militancia anterior. Aunque esta protesta marca un antes y un después en los procesos de movilización política (Bonvillani *et al.* 2008, 2010), Marrone relata dicho episodio como una inflexión personal. En efecto, describe minuciosamente la mirada de una chica de clase media de 15 años que ve pasar frente a su casa – ubicada en parque barrio Vélez Sarsfield, barrio de clase media-alta de Córdoba – a una masa de trabajadores de la empresa IKA Renault que se dirigían al centro

[5] Coalición de partidos trotskistas de izquierda, integrado por el Partido Obrero, el Partido de los Trabajadores Socialistas e Izquierda Socialista.

de la ciudad. Marrone se detiene en la descripción de lo que veía desde su casa, ubicada en un punto alto de la ciudad, como el humo de las barricadas o los tiros que lograba escuchar a lo lejos. Este episodio se anuda, en la lectura retrospectiva, con su ingreso a la Facultad de Arquitectura, en la que comienza a desarrollar una militancia en la Federación Universitaria de Córdoba, que organizaba protestas contra el examen de ingreso a la universidad que había creado Onganía durante su primer año de gobierno. Las reuniones se hacían en locales los Sindicatos de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) y de Luz y Fuerza.^[6] Además, como parte de la formación académica, fue parte de la experiencia denominada «Taller Total», materia que reemplazaba a Diseño y en la que aprendían, durante el primer año, a hacer una casa, en el segundo año un hospital y en el último año, un barrio. El barrio que diseñaron, ella y sus compañeros de la Facultad, se encuentra en las afueras de la fábrica automotriz Fiat, en la que en ese momento se desarrollaba la experiencia de los sindicatos SITRAC-SITRAM. Es así como en el marco de una experiencia universitaria (educativa y militante, en relación con la Corriente Morenista) conoce y se aproxima a un mundo social en el cual el sindicalismo clasista tenía un fuerte desarrollo.

Su rápida independencia del hogar la lleva a trabajar como docente (habilitada por su título secundario de maestra normal) y dejar la universidad. En relación con la docencia, desarrolla una carrera militante en el Sindicato Unión de Educadores de la provincia de Córdoba (UEPC), vinculado al clasismo. Los años 1974 y 1975 son descriptos como años desarticulares de la experiencia gremial y militante debido a la creciente represión impulsada durante el gobierno de Isabel Perón (1974-1976).

Por medio de estas primeras experiencias es como Laura se aproxima a la Corriente Morenista del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), que a principios de los años setenta pasa a denominarse Partido Socialista de los Trabajadores (PST). Destaca el atractivo que tenía entonces, según ella «para cualquier militante»,

[6] El reclamo contra el examen de ingreso es una de las cuestiones que sostienen como demanda los estudiantes vinculados al «Cordobazo». Al mismo tiempo que los vínculos entre los militantes universitarios y los sindicatos mencionados (cuyo rol fue central en la protesta) expresan las alianzas entre estudiantes y trabajadores que fueron características de este hecho político de la historia argentina.

la guerrilla. Sin embargo, nunca formó parte de un espacio político con esas características y en todo su relato marca contrastes con el modo de pensar y de actuar en los respectivos espacios de militancia y en estos otros que escogen la vía armada.

EL PST fue proscrito durante la dictadura militar y al comienzo de la misma Marrone es detenida durante tres años. Primero, en la cárcel del Buen Pastor de Córdoba^[7] y, luego, en la de Devoto de Buenos Aires. Todos esos años permanece a disposición del Poder Ejecutivo, sin causa judicial ni proceso. Gracias a los conocimientos que comparte con una abogada militante detenida también en Devoto, ella y varias detenidas presentan simultáneamente cientos de *hábeas corpus*. Es allí cuando, en lugar de darle la libertad de la prisión, se le otorga la posibilidad de salir del país. En mayo de 1979 parte rumbo a Italia gracias a que tenía doble ciudadanía y a vínculos construidos en torno a su militancia internacionalista en el PST. Es recibida en Roma un primero de mayo por un grupo de compañeros de militancia a los que no conocía. Al poco tiempo se va a España, lugar en el cual había más militantes de su partido en un contexto políticamente productivo debido a la salida del régimen franquista. Allí, milita en una comisión obrera de un barrio de las afueras de Madrid y participa de una brigada de solidaridad organizada por la Corriente Morenista con la Revolución Nicaragüense. Por sus actividades militantes es detenida y luego expulsada de España. A causa de ello se va a París, donde vive y milita el resto del exilio. Allí participa en el Movimiento de Inmigrantes Sin Papeles. Es interesante advertir que en este caso, el exilio está lejos de simbolizar el alejamiento de la militancia. No solo no deja de militar sino que, además, es el propio activismo el que hace inteligibles los desplazamientos de un país a otro durante su exilio en Europa.^[8]

[7] Para profundizar sobre este edificio, creado para la orden de las hermanas de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor de Angers y destinado a ser un centro correccional de mujeres y menores que funcionó cogestionado con el Servicio Penitenciario de Córdoba, que funcionó como lugar de reclusión de detenidas políticas durante la última dictadura militar, véase **Tello Weis (2010)**.

[8] Es de destacar que los movimientos y actividades militantes de Laura se organizan centralmente por la condición internacionalista del espacio del que forma parte. Así, su participación en España y en Francia aparece más asociada con los temas de agenda de los respectivos espacios a nivel nacional que, por ejemplo, con movimientos de exiliados.

En septiembre de 1982, bajo el impulso de Nahuel Moreno, se crea el MAS. Este partido posee una marcada relevancia durante los primeros años de democracia y se registra entonces una importante afluencia de militantes. Es dable observar que hay un conjunto de elementos que construyen condiciones de posibilidad para la reconstrucción de una experiencia de izquierda en la transición democrática. Concretamente, siguiendo a [Osuna \(2013\)](#), mientras que el PST había estado ubicado ideológicamente en el campo del *socialismo revolucionario*, cuando se crea el MAS se observa un desplazamiento en la adhesión partidaria a un *socialismo democrático*.^[9] En este mismo sentido, se reconoce un desplazamiento discursivo y práctico en la centralidad de la figura del obrero fabril a la del vecino de los barrios populares,^[10] que se habían convertido en epicentro de importantes protestas, como por ejemplo aquellas que se conocen como los *vecinazos*.^[11]

Dicho desplazamiento también se reconoce en las actividades militantes de Marrone, quien regresa el 30 de diciembre de 1983 a la Argentina, con 31 años de edad, y se integra orgánicamente al partido. Se muda a una casa en el sur de la ciudad de Buenos Aires: el barrio de Pompeya. Este barrio es elegido porque es donde se reinserta en sus actividades militantes en el marco del nuevo partido. Centralmente realiza «volanteadas» en la puerta de las fábricas de la zona durante las madrugadas, al momento de ingreso de los trabajadores. Esta labor es acompañada por un trabajo de

-
- [9] Parte de estos desplazamientos se ponen en juego en las caracterizaciones realizadas por parte de Moreno en esa época. Según este, en 1982 la dictadura ya había caído y se iniciaba una revolución democrática. Por eso, el nuevo tema de la agenda militante debía ser enfrentar al imperialismo resistiendo el pago de la deuda externa. Como afirma Laura, «en la campaña (electoral) del 83 éramos los locos del no-pago, por eso nos llamaban *los locos del no-pago*».
- [10] Estos cambios, en relación con el período democrático, no son exclusivos de la corriente morenista, por el contrario, se registran en experiencias tan distantes ideológica y políticamente como el radicalismo, el PI y el Partido Comunista.
- [11] Los *vecinazos* fueron un conjunto de manifestaciones vecinales que surgieron en el Conurbano bonaerense entre los años 1982 y 1983 y tenían como objetivo protestar contra un aumento de las tasas municipales. Este conjunto de protestas resultaban inesperadas y novedosas porque mostraban, la presencia de la organización local, la emergencia de estos actores urbanos, la disminución del gasto público macro y, además, se desarrollaban en un contexto aún represivo ([González Bombal 1988](#)).

militancia a nivel barrial, vinculado con el impulso de un local ubicado en el barrio. Esto, siguiendo a Osuna (2013), da cuenta de las mencionadas transformaciones por cuanto ya no se trata solamente de acercarse a los obreros industriales de grandes fábricas (como lo había hecho Laura en los sesenta y, en algunos casos, redundaba en la *proletarización* de los militantes), sino más bien de abrir locales en centros urbanos en los cuales, además de trabajadores, desarrollan actividades militantes con una población desocupada, precaria e informal.

En 1982, la guerra de Malvinas no solo representa un contexto de oportunidad política para la movilización política (Aboy Carlés 2001; Pereyra 2013): al igual que el «Cordobazo» en el propio recorrido de Marrone, el fin del conflicto bélico constituye un momento de nuevos ingresos militantes. En el MAS, específicamente, se configura una nueva generación de activistas que evidencia profundas diferencias con los que venían de militar en los años setenta: más jóvenes de edad, que ingresan a la militancia ávidos de una vida política prácticamente anulada en la dictadura, pero sin experiencias ni formación. En parte es ese reverdecer militante el que explica, a su modo de ver, el crecimiento del MAS en los ochenta. Según Marrone, en los setenta la juventud era políticamente socialista, radicalizada en los métodos y dispuesta a ingresar a la lucha armada. En cambio, – siguiendo su perspectiva – la de los años ochenta es caracterizada como una juventud *democrática*, es decir, ya socializada en otra manera de entender la política y la militancia.

Este crecimiento es registrado por Marrone en la cantidad de locales que se abren, en las revistas que venden y en la inserción en espacios como el educativo, más concretamente, en la militancia en las escuelas y universidades. Hacia fines de la década de ochenta comienzan a producirse varias tensiones: la coyuntura internacional pos caída del Muro de Berlín; los clivajes internos entre dos maneras de tramitar los compromisos entre los viejos y los nuevos militantes (que redundan en una ruptura por parte del espacio juvenil) y, finalmente, con la muerte del principal impulsor del partido, Nahuel Moreno, en 1987. Así, según la entrevistada, el MAS se encuentra en un contexto ambivalente en el que se registran masivos ingresos militantes, sobre todo juveniles, durante la primavera alfonsinista pero «sin tradición y sin conducción política». A estas cuestiones, se suman, entre fines de los ochenta y comienzos de los noventa, aquello que ella caracteriza como *las derrotas*, esto

es, derrotas en protestas y huelgas emblemáticas (como la de los telefónicos y ferroviarios) tras las cuales se inician los procesos de privatizaciones. En relación con dicha coyuntura describe el inicio de un proceso de declive del partido.

Somos la vida: experiencias militantes en y para la democracia desde la Junta Coordinadora Nacional (JCN)

Los testimonios anteriores muestran dos experiencias distintas de militancia en la izquierda. Aunque iniciadas en momentos diferentes, ambas son definidas como militancias *juveniles*. A continuación se analiza un relato que contrasta con los ya presentados. En primer lugar, porque tiene lugar al interior de la Unión Cívica Radical, partido político que fue el gran protagonista de la transición y de la vuelta a la democracia. En segundo lugar, porque nos muestra un recorrido marcado por paradigmas y consignas que en los años parecían ser marginales, pero que cobran vigor y nuevos sentidos al oficializarse en la recuperación democrática.

Jesús Rodríguez nace en 1955 en el seno de una familia de inmigrantes españoles. Sus padres llegan a Buenos Aires en el año 1948. Se cría en el barrio porteño de Boedo, junto con su hermano mayor y sus padres, que son comerciantes. Si bien no proviene de una familia con militancia, en su testimonio aparecen múltiples elementos en relación con el rechazo familiar al franquismo, así como también la persecución de su abuelo materno durante la Guerra Civil Española. Una primera marca que aparece en su relato tiene que ver con la impresión que le deja haber visto «corridos de militantes calzados»^[12] y los conflictos ocasionados en un aniversario del 17 de octubre durante la resistencia peronista.

Su primera aproximación a la vida militante tiene lugar cuando es estudiante de la Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini, a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta. Fue su profesor de Historia, de orientación radical, quien le «abre la cabeza» y lo introduce en lecturas y debates políticos que destaca como desafiantes intelectualmente y pluralistas. Llega a ser delegado de su curso, participa de una agrupación estudiantil independiente conformada por militantes comunistas, guevaristas y peronistas que terminarían confluyendo, tiempo después, en el radicalismo.

[12] La expresión *calzados* refiere a la portación de armas de fuego.

De acuerdo con su mirada retrospectiva, uno de los elementos que lo hizo comulgar con las ideas del radicalismo tuvo que ver con la oposición a la violencia y la lucha armada como modo de intervención política en la época. Por medio del debate en torno a la democracia formal y real en las décadas de 1960 y 1970, tanto el peronismo como las izquierdas, aparecen para el entrevistado como grupos que subestimaban el valor de la democracia. Por el contrario, en su espacio militante – sostiene – tendían a destacar el valor de las libertades y de los valores republicanos. Es por ello que eran vistos – y se sentían – como «bichos raros» en relación con otras de las militancias juveniles del período.

Aún como estudiante secundario, conoce a Alfonsín y queda fuertemente identificado con esta figura y con el proyecto que este expresaba dentro del radicalismo.^[13] En 1973, ya en la Universidad, participa de charlas que hacen los militantes de la Franja Morada (FM)^[14] en la Facultad de Ciencias Económicas y, tiempo después, se integra a dicha agrupación. Es interesante la caracterización que hace del ámbito militante y universitario en ese momento, en el cual se había producido el triunfo de Héctor Cámpora y se vivía una suerte de primavera democrática. Con la asunción de Rodolfo Puiggrós^[15] como rector de la Universidad de Buenos Aires (entre

[13] El Movimiento de Renovación y Cambio fue una línea interna del partido radical liderada por Raúl Alfonsín, surgida en el año 1972. La misma buscaba modernizar al viejo partido y propugnaba ideas socialdemócratas. En su creación, participaron también Franja Morada y la Junta Coordinadora Nacional, acordes ideológicamente. Renovación y Cambio compitió en las elecciones internas de 1973, donde se enfrentó con la denominada «línea nacional» liderada por Ricardo Balbín, la cual resultó victoriosa y compitió en las elecciones presidenciales. Para profundizar sus postulados ideológicos, véase «Manifiesto del movimiento renovador nacional».

[14] La Franja Morada es una agrupación universitaria que surge oficialmente en 1967 en la ciudad de Rosario ligada a las ideas reformistas y socialdemócratas. Compuesta por una mayoría de jóvenes radicales y socialistas, quedará ligada al partido radical en tanto espacio de militancia estudiantil (Beltrán 2013; Campero 2007). La JCN, fundada en la misma época, comparte con Franja Morada su orientación socialdemócrata, de centroizquierda, nacional y popular pero se integra como línea partidaria.

[15] Destacado intelectual proveniente del comunismo que se incorpora tempranamente al peronismo. En 1973 es nombrado rector de la Universidad de Buenos Aires por Héctor Cámpora e integra la rama de profesionales, intelectuales y artistas del grupo Montoneros.

junio y septiembre de 1973) y el triunfo de la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la impronta peronista se profundiza entre estudiantes y profesores, por lo que militar en el radicalismo en la UBA era, según Rodríguez, algo fuera de lo común.^[16] Tras la intervención de la Universidad por parte de Alberto Ottalagano en 1974, su militancia universitaria se combina con actividades co-organizadas con el Colegio de Graduados de Ciencias Económicas, una suerte de refugio para muchos radicales quienes canalizan allí su militancia política de modo «no político». En esos años, y en el marco de reafirmar la participación activa del radicalismo pero desde su impronta, destaca la participación de la columna radical en la protesta en contra del golpe militar en Chile y las denuncias en contra de las autoridades peronistas de la facultad, por su marcado autoritarismo.

Durante la dictadura, en su entorno cercano comienzan a producirse las detenciones y secuestros. En parte por esto, las acciones militantes tienen que ver, básicamente, con lo que «se podía hacer», es decir: reuniones, volanteadas «sorpresivas» y pintadas en contra de la dictadura. En 1979 se recibe y su militancia se orienta centralmente a las actividades en el mencionado Colegio de Graduados y en la actividad partidaria, más precisamente en la JCN^[17] de la que pasa a ser dirigente con el cambio de autoridades que se produce en 1981, cuando se da la salida de Luis Alberto «Changuí» Cáceres. Ya en este momento, comienzos de la década de 1980, destaca tres hitos fundamentales para la militancia juvenil en el radicalismo: la muerte de Balbín (presidente de la UCR) en 1981 y el acto que se

[16] Para profundizar en la movilización estudiantil en la UBA durante el recatorado de Puiggrós en 1973, véase Millán (2015).

[17] La JCN surge hacia fines de los años sesenta en el ámbito universitario y conforma su anexión al partido radical (a través del apoyo a Raúl Alfonsín y su movimiento interno, Renovación y Cambio) hacia 1972. Esta agrupación propugna un nuevo estilo de militancia al interior de la UCR. Los «coordinadores» impulsan una movilización de masas, una militancia en la calle y el ensanchamiento de las bases sociales del radicalismo; es decir, un estilo abiertamente diferente a la vieja militancia del partido representada por los caudillos de los comités parroquiales. La movilización de masas fue un rasgo central no solo en el período de la campaña que llevó al triunfo de Alfonsín sino que además se trata de un elemento fundamental para acompañar y reforzar la figura presidencial, sobre todo en momentos críticos (Altamirano 1987, pág. 319).

realiza en el cementerio de La Plata; la organización de la Multipartidaria en 1982 y, tras la guerra de Malvinas, el acto multitudinario que organiza la JCN en la Federación de Box, que es vivido como un desafío a la veda política que todavía existía en el período y en el cual Marcelo Stubrin y Raúl Alfonsín son los principales oradores.

De la mano de Alfonsín, la JCN se convierte en un espacio de participación masivo y novedoso en cuanto la propuesta identitaria y de militancia que se ofrecía a las juventudes (Altamirano 1987; Palermo 1987). Rodríguez superpone el momento más destacado de su militancia política con el período más destacado entre los militantes de la JR: los «quince meses cruciales» que van de octubre de 1982 a diciembre de 1983. En efecto, podríamos decir que su relato como militante reconoce aquí un nuevo origen. Él se siente absolutamente parte y describe – por momentos con ribetes épicos – ese proceso de intensa actividad partidaria que llevó a Alfonsín al triunfo en las internas partidarias hasta la Presidencia de la Nación, de la mano del movimiento Renovación y Cambio y la JCN. Para lograr esta victoria, relata, los jóvenes de la Coordinadora – de los que todos sus referentes eran varones – emprendieron la ardua tarea de *modernizar* a la UCR utilizando estrategias novedosas: principalmente la movilización callejera – con una amplia convocatoria a la juventud – y el impulso de afiliaciones masivas. En sus propias palabras:

«En esos quince meses (octubre de 1982 a diciembre de 1983) pasamos como partido, y te hago un razonamiento institucional, a una organización que tuvo que reafiliarse, aprobar sus estatutos, armar padrones, elegir autoridades; elegir candidatos, sancionar una plataforma, llevar una campaña electoral y treinta días después asumir en el gobierno. Si lo pensás es una cosa increíble, esa etapa está luego de la Federación de Box y de un inicio de reorganización partidaria, y yo como venía de la Juventud me encargo de todo eso. Y por eso soy elegido presidente del Comité Capital de la Juventud Radical en el año 1983».

Pero no se trata solo de una cuestión organizativa, interna al partido. Según Palermo (1987), el triunfo electoral y el «éxito» del mensaje de la JCN en la juventud tuvo que ver con su capacidad para diferenciarse claramente de un pasado vivido como violento y conflictivo, valiéndose de la famosa consigna «somos la vida». En el relato de Jesús Rodríguez, esta consigna aparece como un

hallazgo en el marco de estas reuniones partidarias acontecidas durante aquella vorágine militante:

«Yo me ocupaba de la reorganización de la Juventud Radical básicamente en la capital. Y entonces todas las semanas hacíamos una reunión los sábados con un tipo de cada uno de los locales, nos rotábamos en toda capital, esto antes de las elecciones partidarias. Entonces estábamos en una reunión de esas y la JP pinta “somos la rabia”, esa era la consigna (...). Y entonces un pibe de Mataderos con estudios secundarios completos y nada más, propone que si ellos son la rabia, nosotros somos la vida; y así nació esa consigna (...). Es la síntesis perfecta, tenía que ver con todo, tenía que ver con la campaña, con el mensaje de Alfonsín, tenía que ver con el momento, tenía que ver con la respuesta al otro, no había nada que explicar».

Volviendo a su rol como secretario general de la Juventud Radical,^[18] cargo que ocupa hasta 1985, otra de sus responsabilidades es organizar el Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO). Este, es leído como producto de un esfuerzo de militancia personal y de la Juventud Radical, de la que es parte, antes que como una confluencia de militantes de distintos partidos.

Otro de los momentos que Rodríguez destaca del itinerario militante tiene lugar tras la victoria electoral de Alfonsín, cuando asume como diputado nacional siendo uno de los más jóvenes de la bancada. El rol en estos años es descrito como crucial en y para el desarrollo de su carrera política, centralmente su vinculación con el proceso de debate y de discusión en representación de un espacio que es parte del gobierno. A modo de ejemplo, describe el impacto que tuvo para él el momento en el cual, a raíz del deceso de Rubén Rabanal en enero de 1985^[19] le toca presidir la comisión de presupuesto en su reemplazo. En este sentido, menciona el desafío

[18] La Juventud Radical es la rama específicamente juvenil del partido radical y tiene una conducción independiente del partido. En tanto tal, allí confluyen y/o se enfrentan distintas líneas internas del radicalismo. Durante la transición democrática, la conducción estuvo en manos de los jóvenes de la Junta Coordinadora Nacional. No obstante, había otras agrupaciones internas que disputaban en la JR: «Convergencia Nacional», «JR-Renovación y Cambio (los históricos)», «Lealtad y lucha» (cfr. «Juventud Radical: ¿La JP de Alfonsín», *Somos*, 23/03/1984).

[19] Dirigente de la UCR, hijo del histórico dirigente Francisco Rabanal y perteneciente al movimiento interno «intransigencia popular». Es senador entre 1963 y 1966 y diputado entre 1973 y 1976 y con el retorno a la democracia

político y profesional que implica tener que discutir «mano a mano» con figuras como Álvaro Alsogaray, Guido Di Tella o Antonio Cafiero. En 1987 es reelecto diputado y hacia fines del mandato de Alfonsín (ya en las últimas semanas de su presidencia), es nombrado ministro de Economía, cargo al que vincula no solo con su formación de economista sino dada su experiencia en la comisión de presupuesto. Posteriormente al cambio de gobierno pasa a tener un rol opositor. Fue reelecto varias veces diputado por su partido (y luego por la Alianza) hasta el año 2003 y fue convencional constituyente en 1994. Hasta el día de hoy continúa siendo militante radical en el distrito de la ciudad de Buenos Aires.

De acuerdo con lo dicho, la trayectoria de militancia de Jesús Rodríguez contrasta con la de los demás militantes en varios sentidos. En primer lugar, porque forma parte de una experiencia en la que se construyen críticas a la lucha armada en un clima de época en el que – como ilustra Marrone – esta representa no solo una posibilidad dentro del universo militante, sino que además constituye una forma de activismo especialmente valorada y legitimada. Ahora bien, en el contexto de la recuperación democrática, la crítica a la lucha armada y la construcción de una manera de entender la democracia propició la construcción de un discurso público legitimado desde el radicalismo (Aboy Carlés 2001), en general y desde las juventudes en particular. Volviendo sobre la trayectoria propiamente dicha, vemos que los hitos en su itinerario militante – a diferencia de Laura Marrone y de Silvia López Herrera, trayectoria que analizaremos a continuación – no son puestos en relación con hechos o acontecimientos (personales o colectivos) acontecidos en las décadas de 1960 y 1970, sino más bien en la etapa final de la última dictadura, en el marco de la transición democrática y, fundamentalmente, a partir de la gestión de Alfonsín como presidente. Esto, así como el perfil del grupo del que es parte, hace inteligibles los espacios por los que transita como militante, que comparten un carácter fuertemente institucionalizado: el Colegio de Graduados, el partido político, el Congreso Nacional y el Ministerio de Economía, en el período considerado para este trabajo. En definitiva, este recorrido permite ver, además, el perfil de una militancia profesionalizada

es electo nuevamente como diputado nacional, presidiendo la comisión de presupuesto de la cámara hasta su muerte en enero de 1985

casi desde sus orígenes, cuestión que reconoce contrastes con los otros relatos.

Reinventar el peronismo en democracia: una experiencia militante tras la última dictadura militar

El siguiente relato encuentra puntos de contacto con los de aquellos que comienzan su militancia antes de la dictadura. Este itinerario militante, sin embargo, se origina en la Juventud Peronista, agrupación que posee un lugar destacado en la militancia juvenil de la década de los años setenta^[20] pero que, a principios de los años ochenta, es objeto de múltiples cuestionamientos. Así, la historia de Silvia López Herrera^[21] nos permite comprender cómo se reelaboran los compromisos militantes luego de la dictadura militar y en un contexto en el que los espacios legitimados para participar parecen ser otros.

López Herrera pertenece a una familia de clase alta. Hija de un padre conservador, médico, sin experiencia política y de una madre de origen radical en cuya familia se registra alguna militancia. Aunque por diferentes razones, tanto la rama materna como la paterna eran antiperonista. Antepasados directos de Silvia López Herrera poseen cargos destacados, como ministros, cancilleres o intendentes de la ciudad de Buenos Aires. La política aparece como algo cotidiano y ella recuerda que desde la secundaria soñaba con ser diputada, ministra o, incluso, presidenta. Sin embargo, es la

[20] Uno de los fenómenos más importantes de politización juvenil de la Argentina se produjo a partir de la incorporación masiva de jóvenes a las ramas revolucionarias del peronismo en los primeros años de 1970 y, más fuertemente, durante la asunción de Héctor Cámpora como presidente de la Nación (Manzano 2009). Al interior de estas agrupaciones, se destaca la agrupación peronista Montoneros, la cual llegó a ser la guerrilla urbana más grande de América Latina (Gillespie 2008). Durante la actuación de la Triple A en el gobierno de María E. Martínez de Perón y en el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), la agrupación fue violentamente reprimida y desarticulada. Tras la dictadura, el peronismo intenta rearticular sus numerosas ramas: sindical, partidaria y los miembros de la tendencia revolucionaria, quienes sobrevivieron a la represión y/o retornaron de su exilio en aquellos años.

[21] El nombre de la entrevistada fue modificado para preservar su identidad. Sin embargo, este cambio no altera la relevancia ni los aportes de su testimonio.

única de su entorno que se dedica de forma sostenida a actividades políticas.

Sus padres se separan durante su infancia y el peso de las redes familiares recae centralmente en la familia de su madre. Asiste a un colegio de clase alta, el Bayard, creado a mediados de la década de 1950 en el tradicional barrio de Recoleta.

La presencia de militantes en la casa materna es un elemento destacado en el relato de Silvia López Herrera y muestra el modo en que se aproxima a ese universo. La amistad que une a su madre con Diego Muñiz Barreto,^[22] hace que el hogar se convierta en un espacio de circulación de líderes y referentes políticos, centralmente asociados al peronismo, que marcan muy fuertemente la historia de su juventud y dan tono a la narración de su propia biografía. En el relato aparece plagado de alusiones a estos personajes intersectados con la vida familiar, entre los que menciona a Abal Medina, Cámpora y Galimberti.

El padre de Silvia acusaba a la madre de haber propiciado su ingreso a la militancia y el de su hermana Mariela, quien terminó siendo pareja de un alto dirigente de Montoneros. En 1972 Mariela se vincula al peronismo revolucionario y, tiempo después, lo hace Silvia, cuando – a sus 16 años – se acerca a la Juventud Peronista (JP)^[23] y comienza su militancia en una unidad básica del barrio Abasto.

Desde el año 1972 su cuñado, quien ya estaba clandestino, comienza a tener una presencia constante en el hogar materno. 1973 es un año bisagra, a partir del cual su madre comienza a mostrar cierta resistencia al hecho de que sus hijas desarrollen actividades militantes. Los temores se fundan en lo que se comienza a percibir como un cambio en el repertorio de las acciones militantes y que obedece, como sostiene López Herrera, a visualizar que la política ya no era «la del comité» (en relación a la militancia radical de la familia) sino más bien «con la acción concreta, y ya no les gustó. Les daba miedo».

[22] Militante y dirigente del peronismo revolucionario, detenido y desaparecido en el año 1977.

[23] La JP fue uno de los espacios que nutrió a la militancia montonera. Desde el año 1972, se observa una creciente revitalización de la JP, que crece al compás del liderazgo de Rodolfo Galimberti, quien impulsaba la Juventud Argentina por la Emancipación Nacional. La JP se configura más que como un grupo, como un espacio de alianzas entre grupos juveniles.

Inicialmente sus actividades militantes tienen que ver con la campaña electoral de Cámpora y, luego, durante su breve presidencia con una militancia barrial. De modo simultáneo, estudia sociología en la UBA, hasta su intervención en 1974, y comienza sus estudios en derecho en la Universidad de Belgrano. Sin embargo, su militancia nunca estuvo articulada con la vida universitaria puesto que, como señala, para ella en ese momento la militancia estudiantil era «de burgués».^[24] En la mirada retrospectiva, reconstruye el significado que daba a una militancia en un barrio como era entonces el de Abasto, al mismo tiempo que destaca el contraste sociocultural con los vecinos. Tal es así, que destaca las diferentes maneras de aproximarse al peronismo, entre aquellos que «teníamos un peronismo intelectual, no de sentimiento», esto es, quienes pertenecían a una clase media o alta, eran jóvenes y estudiantes y adherían al peronismo como parte de un ejercicio político o «intelectual» y aquellos otros que vivían en el barrio de Abasto, para los cuales el peronismo tenía que ver con cambios concretos, materiales y simbólicos.

En esta unidad básica había militantes de la JP así como también de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). En efecto, se pone en pareja con uno de ellos, el cual es detenido y desaparecido tiempo después. La descripción de su militancia se enfoca en la unidad básica, aunque ella misma destaca que su rol y el manejo de cierta información aparecía fuertemente condicionado por su relación de familiaridad con su cuñado, cuadro de Montoneros.

Así, López Herrera describe un compromiso compenetrado con un conjunto de ideas y doctrinas sobre las cuales realiza, en la relectura del pasado, algunas críticas y objeciones (« ramos sectarios, duros»), centralmente por el carácter esquemático de algunas ideas y razonamientos. En particular, da cuenta de la subestimación de la que era objeto la democracia, la cual no solamente no era percibida como un valor, sino además como un «escollo».

[24] Pese a la descalificación que realiza López Herrera a la militancia juvenil universitaria, es importante destacar la centralidad de un conjunto de grupos de activistas vinculados al peronismo revolucionario en el ámbito estudiantil. Como por ejemplo la Juventud Universitaria Peronista (JUP), el Frente Estudiantil Nacional (FEN), la Unión Nacional de Estudiantes UNE) e, incluso, la Juventud Argentina por la Emancipación Nacional (JAEN), creada en 1967 por Galimberti.

Resulta interesante el balance que realiza de algunas de esas caracterizaciones a la luz de una historia personal atravesada por la militancia, el exilio y sucesivas detenciones. En enero de 1975, siendo todavía menor de edad, López Herrera cae presa por primera vez y permanece en prisión durante un período de seis meses. En ese entonces, ser detenida aparecía como una posibilidad más dentro de las acciones militantes y era vivido, en cierta medida, como «parte de la lucha que estábamos dando». A la salida de la cárcel comienza a militar en Villa Martelli, en la zona norte del Gran Buenos Aires. En ese período describe un clima enrarecido, que preanunciaba el golpe de Estado de 1976 en la marcada presencia paramilitar en las calles y detenciones. Por esa razón decide abandonar la casa familiar entrando en una etapa que define como de «pre clandestinidad», en el que «ya no le podías decir a tu vieja donde vivías». Hacia fines de 1976 se exilia a Brasil conjuntamente con su hermana Mariela y su cuñado y, luego, va a México.

Respecto de ese momento particular, sostiene que tanto ella como sus compañeros de militancia no tenían idea de lo que significaría el inicio de la dictadura militar. En efecto, ella vuelve a estar detenida en los años 1979 y 1982, años en los que regresa a Buenos Aires. La primera vez lo hace en el marco del Primer Operativo Retorno,^[25] conjuntamente con su pareja, también militante. Ambos ingresan al país con documentación falsa. En ese momento estaba embarazada y da a luz a su primer hijo estando clandestina, es decir que el nombre de su hijo recién nacido también era falso. Sin embargo, meses después deciden volver a Brasil. Tras la guerra de Malvinas, también se pone en marcha un operativo retorno por medio del cual ella, junto con otros militantes, vuelven a la Argentina. Esta vez ingresa al país con su documento y se instala a vivir en la casa de militantes vinculados a los movimientos de

[25] Aunque las diferencias entre la conducción de Montoneros y la Columna Norte se reconocen, al menos, desde el año 1976 (Gillespie 2008), en 1979 se profundiza y formaliza la ruptura. El grupo al que pertenecía López Herrera (nucleado en torno a Galimberti y a Juan Gelman) rompe con Montoneros en el momento en el que entran en la llamada *contraofensiva*. El viaje de Silvia y de su pareja, tiene que ver con difundir y dar a conocer el documento de la ruptura, con los escritos críticos de Rodolfo Walsh a la conducción de Montoneros, así como también con imprimir la revista *Jotapé*. Estas son propuestas impulsadas como acciones más *políticas*, de revinculación, que las de la *contraofensiva* de Montoneros, que son calificadas como *más militaristas*.

derechos humanos. Es invitada a un Congreso en Ginebra sobre la redemocratización en Argentina y, para evitar su paso por Ezeiza, intenta hacerlo en una embarcación con la que pretendía llegar a Montevideo y, desde allí, tomar un avión a Ginebra. Sin embargo, es detenida nuevamente. Durante la detención, uno de los comisarios notificó a un juez. La defensa estuvo a cargo de Alicia Oliveira y Augusto Conte.^[26] El juez sugirió que saliera del país a la brevedad puesto que no tenía garantías. Al día siguiente fue liberada y su padre la llevó, en auto, a la frontera en Foz de Iguazú, donde logró cruzar y llegar, una vez más, a Brasil.

Independientemente de la lectura realizada desde la JP y Montoneros, espacios de los que forma parte, la revisión de su propia biografía la lleva a hacer una reinterpretación de aquellas definiciones político-ideológicas de la democracia. Concretamente, en las sucesivas detenciones, destaca el modo en que va construyendo un sentido sobre la importancia del Estado de derecho, incluso para poder estar detenida en una cárcel, reconocida como presa y con un juez a cargo de la detención.

Al igual que en el caso de Laura Marrone, el exilio aparece como una situación que tiene que ver con la necesidad de irse de Argentina, pero en el marco de relaciones militantes. Concretamente, los destinos que toma (Brasil, México y España) son lugares con sentido para el espacio de militancia.^[27] Por ejemplo, como destacan **Larraquy y Caballero (2011)**, Brasil fue uno de los lugares de reunión de los militantes de la Columna Norte de Montoneros, liderada por Galimberti y a la que se incorpora López Herrera luego de su paso por la unidad básica de Abasto. Asimismo, México es un lugar de reunión de la Conducción Nacional de aquella organización. Finalmente, España es el destino en el cual – a principios de 1978 – se reúnen para armar a la Juventud Peronista en el exilio. El punto a destacar es que, pese a las diferencias con una militancia internacionalista como la de Marrone, los lugares a los que van estas mujeres siguen teniendo que ver con la militancia. No solamente porque se mueven en círculos y redes vinculadas con sus espacios de activismo, sino además porque esa militancia continúa en el exilio. Parte de las actividades tenían que ver con la denuncia de lo que

[26] Abogados militantes por los derechos humanos.

[27] Para profundizar sobre el quehacer militante de los militantes y dirigentes de Montoneros en el exilio, véase **Gillespie (2008)**.

estaba sucediendo en Argentina, así como también con la asistencia a congresos y actividades de jóvenes en Europa (vinculadas con las juventudes socialistas) y en América Latina, como el Congreso Mundial de la Juventud y los Estudiantes en Cuba.

El retorno a la democracia, tras el regreso de su último exilio en Brasil, la encuentra con una realidad cambiada en relación con las formas de movilización y organización interna dentro de la JP. El peso y la consagración de otro punto de vista, que no era el que habían sostenido anteriormente los militantes de esta organización, se muestra importante. En efecto, al interior mismo de la JP, asociada a otros liderazgos más bien sindicales, ellos mismos eran acusados de *subversivos*. El punto a mencionar es la JP, desde la perspectiva de sus líderes y militantes, que aparecía como «otra cosa». Al mismo tiempo – como relata López Herrera – percibían la imposibilidad de volver al peronismo revolucionario, tomando distancia de las posturas nostálgicas con un proceso que ya no tenía condiciones de posibilidad y el cual afirma que era preciso revisar críticamente. Tal es así que ella misma señala el peso de las lecturas acusatorias hacia las organizaciones que habían sido parte de la lucha armada y la importancia que fue cobrando en ese período la denominada «teoría de los dos demonios». El elemento a considerar es que durante el proceso de transición y de restauración democrática, López Herrera describe su situación bajo una sensación de extrañamiento frente a la realidad: «yo me sentía como sapo de otro pozo». Cuestión que no se desprende solamente del cambio de las condiciones de posibilidad y modalidades para (re)construir los compromisos militantes, sino además del hecho de regresar del exilio y ver la realidad con nuevos ojos. Así, la proximidad con experiencias como la de Brasil y España en el retorno a la democracia aparecen como referencias, pero también muestran la indefinición respecto, por un lado, de cómo se iba a reubicar la izquierda en el nuevo contexto democrático. Y, por otro lado, cómo reorientar una militancia en el peronismo. Esto último obedece, en parte, a las propias tensiones dentro del peronismo luego de perder las elecciones nacionales frente a Raúl Alfonsín, así como también a los propios debates y reacomodamientos internos.

En su regreso, las actividades que impulsa tienen que ver con la conformación, a fines de 1982, del Movimiento de las Juventudes

Políticas (MOJUPO).^[28] Ella es la única mujer con fuerte peso y visibilidad pública, junto otros dirigentes peronistas, como Dante Gullo y Pablo Unamuno; así como también de otras fuerzas políticas, como la Federación Juvenil Comunista, la Juventud Radical, la Juventud Intransigente y del Movimiento de Integración y Desarrollo. Lo interesante en relación con esta experiencia es cómo la militancia juvenil de diferentes espacios políticos y partidarios se reúne con el fin de impugnar la dictadura y acompañar el proceso de reconstrucción de la democracia.^[29] Además, la experiencia tiene importancia en la medida en que se había elaborado una idea de construcción de las juventudes políticas que implicara un grado de autonomía de los respectivos partidos, cosa que – de acuerdo con López Herrera – fracasó.

Según López Herrera, el rol de la JP en el MOJUPO era un desafío para sus militantes dado que en ese momento la principal fuerza era la Juventud Radical. Como sostiene: «lo lógico era ser de la Juventud Radical, ¡mirá si ibas a ser de la JP! como en el 73 lo lógico era ser de la JP, lo lógico en ese momento era ser de la JR». Como menciona **Palermo (1987)**, la JP como otros grupos de izquierda eran señalados por el «fracaso» del proyecto revolucionario, así como también por el uso de metodologías de lucha que comenzaron a ser objeto de cuestionamientos. En este marco, la juventud peronista tenía un doble desafío: reorganizarse^[30] y demostrar su capacidad de readaptación a las reglas democráticas.

[28] Para profundizar sobre el MOJUPO, véase «La experiencia del Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO)» de Larrondo y Cozachcow (pág. 59, en este volumen).

[29] Un día antes de la asunción de Raúl Alfonsín, este recibe a los dirigentes del MOJUPO, entre los que estaba Silvia López Herrera, y allí le hacen llegar su apoyo en el proceso de reconstrucción de la democrática. Como sostiene ella, «si había un punto que nos unía a todos, era realmente querer afianzar la democracia. Y en tal sentido trabajamos bastante tiempo juntos, por lo menos hasta 1986».

[30] La reorganización de la JP se produce en un acto en el Luna Park. Sin embargo, hacia dentro se evidencian tensiones que se manifiestan entre la línea de Galimberti y López Herrera, con un discurso más apegado a la ortodoxia peronista, que era crítico de Alfonsín y la línea de Dante Gullo, quien buscaba consensos con los integrantes de la Junta Coordinadora vinculados al nuevo gobierno. En el medio, estaba lo que quedaba de la agrupación Montoneros que buscaba constituir a Unamuno como principal líder (**Larraquy y Caballero 2011**).

En la primera mitad de la década de los años ochenta, los proyectos militantes de López Herrera aparecen entrelazados, centralmente, con la construcción de la juventud, vinculada a un mundo que se describe en paralelo a la reorganización partidaria:

«... no teníamos muy claro como entrar al partido. Yo creo que quizás no preguntarnos eso, fue un problema. Era como que nosotros seguíamos en un mundo de movilizaciones, de hacer nuestras cosas y como que ya el mundo venía por otro lado. Venía por el Congreso».

En este sentido, la reorganización de la JP aparece, para López Herrera, como algo autónomo de su inserción partidaria. Sin embargo, esta postura genera algunas tensiones a nivel partidario, en el que se esperaba encuadrarla orgánicamente a su interior. El proceso de autocrítica de quienes eran señalados como responsables de la derrota electoral del peronismo, propicia el impulso nuevos liderazgos – como el de Carlos Grosso, José Manuel De la Sota y José Octavio Bordón – y la juventud se recrea como fuerza que responde a los líderes de la llamada *renovación peronista*.^[31] Es así como, pese a la oposición de López Herrera, se produce la integración de la juventud al partido. Esto la lleva a distanciarse de su rol anterior en la JP y la encuentra en el impulso de un trabajo partidario propiamente dicho. Dicho desplazamiento pone en juego aquello que la entrevistada define como el pasaje de la *militancia* a la *política*, la cual comienza a ser vista como una actividad profesional. Su nuevo rol y el nuevo modo de vincularse con la actividad política termina de consolidarse al momento de su ingreso a la Cámara de Diputados por la Capital Federal, en el año 1993 hasta 1997. Dicho cargo es mencionado como un momento de cambio en su recorrido militante.

La épica que utiliza para narrar los períodos anteriores, construida a partir de diferentes causas y en torno a diversas razones militantes, encuentra aquí un punto de cambio sustantivo. La *entrega*, la *creencia*, las acciones calificadas como *locuras* en la mirada retrospectiva ceden terreno frente a un ejercicio profesionalizado

[31] La misma se funda en diciembre de 1985, tras la elección legislativa en la que se consolida internamente el liderazgo de los dirigentes renovadores, frente a los dirigentes más ortodoxos. La conformación de la renovación se da a conocer por medio de un escrito denominado «Documento Fundacional de la Renovación Peronista».

de la política en el cual no solamente percibe una rutinización de la actividad militante, sino además cómo aparecen la *rosca*, la *coima*. Como afirma López Herrera:

«[en los setenta] Teníamos una concepción fundada en la pura militancia, en nuestra entrega. Sí se discutía si tenías que dedicar toda tu vida a eso si podías hacer otras cosa, si tenía sentido estudiar (...). Pero no era una concepción tradicional de la actividad política. No me acuerdo de ningún compañero de mi unidad básica o de todo el núcleo donde yo trabajaba, que alguna vez discutiera sobre si había que ser concejal o diputado o algo así. Nuestro trabajo era de base (...). No teníamos nada que ver con el Partido. No aspirábamos a esa clase de política que llevaba a ser diputado. Ese tipo de aspiración se desarrolló y creció en la década del ochenta, al comenzar la democracia, con la idea de una carrera política».

El ingreso al Partido en la etapa posterior al proceso de la renovación peronista es interpretado como expresión de una reconversión socialdemócrata, que la separa de aquel pasado de sospechas y acusaciones, al mismo tiempo que modifica el quehacer a su interior a partir de una «visión de la política muy desapasionada» orientada, centralmente, a la disputa interna de posiciones y jerarquías. Así, hacia fines de los años ochenta, participa de la campaña apoyando a Antonio Cafiero, en la disputa interna por la candidatura de presidencial, que pierde contra Carlos Menem. En 1993, asume por primera vez una función pública como diputada por Capital Federal en el Congreso.

En el balance biográfico de su carrera militante, el pasaje de la *militancia* a la *política* pone en juego el desarrollo de una carrera política profesional, que la llevó a ocupar legislativos y ejecutivos en diferentes gobiernos. Este recorrido es presentado como un capital, el cual es contrapuesto con otros compromisos que describe como efímeros, así como también a la mera adaptación a las reglas del sistema político.

«Yo sigo, seguí (...) tenía una vocación de seguir que no era solamente la coyuntura que en 1973, cuando ser de la JP era ser *cool*, era lo que había que ser. Segundo tema, descubrir que la política no era el mundo en el que yo había vivido en 1970 o 1973. Ni era por las armas, ni eran todos los buenos y los malos. Que había muchos grises. Que las conductas políticas y las conductas sociales eran distintas a lo que uno pensaba, o que podía llevar a toda la gente a la revolución, al cambio, yo veía que la

gente actuaba de otras maneras. Descubrí la política en una dimensión más terrenal, no tan ideal. Después descubrir que la política tiene mucho de más continuismo que cambio. En el sentido que las personas que entran de una determinada manera a una institución, como los jóvenes que entraban al peronismo o al Concejo Deliberante con ansias de cambio, terminaban amoldándose. Que las instituciones te amoldan, y que ser disruptivo en ese amoldamiento».

Los inicios de la década del 1990 expresan, así, la reinención de una carrera política profesional en las ambivalencias que la cita anterior sintetiza.

Palabras finales

La reconstrucción del inicio y desarrollo de las carreras militantes, que aquí se realiza poniendo atención en el proceso que tiene lugar entre fines de la última dictadura militar y la vuelta a la democracia, nos permite mostrar cómo son vividos los cambios que esta nueva coyuntura pone en juego, más allá de las lecturas o interpretaciones que se realizan desde los grupos de pertenencia de cada uno de los entrevistados. Las situaciones personales, biográficas y familiares hacen comprensible el sentido que da cada uno de los y las militantes al inicio o reinención del activismo en espacios vinculados con partidos políticos de diverso tipo y orientación ideológica.

Un elemento central para este análisis es mostrar al compromiso como proceso dinámico que no puede ser explicado o comprendido meramente como un conjunto de decisiones y preferencias individuales. Por ello, los testimonios componen historias en plural, entrelazadas con lógicas sociales, que permiten reconstruir desde la particularidad de cada relato, una trama de sentidos y acciones en torno a qué significa ser militante.

De acuerdo con lo anterior, los testimonios nos iluminan sobre el peso de las relaciones de proximidad (familia y amigos) como modo de ingreso y aproximación a la militancia, al mismo tiempo que la relevancia de los ámbitos educativos (como la escuela y la universidad) para vehiculizar esas primeras vinculaciones. En los relatos, se evidencian elementos que reenvían también a la socialización en una clase, en relación con la cual se tiene acceso a determinados capitales simbólicos, sociales, educativos y culturales. En el caso de López Herrera y Perel, la política (aunque de distintas maneras) es

parte del mundo familiar primario e inmediato. Es decir que «empieza en casa», incluso cuando se construyen diferencias políticas, ideológicas o militantes con miembros de la familia. En el caso de Jesús Rodríguez y Laura Marrone, son también ámbitos de la vida cotidiana aquellos que reponen en la construcción de sus narrativas militantes, como la escuela, la universidad o la Iglesia, en el caso específico de Marrone. El punto a destacar es que la política aparece en las vidas y forma parte de una experiencia socializadora que se entrelaza con otras y se integra a paisajes cotidianos y familiares.

La perspectiva biográfica adoptada para la presentación de los relatos militantes, propone un interesante desafío en cuanto a intentar explicar y comprender un conjunto de recorridos e itinerarios personales en dinámicas que los engloban. Esto es, en el marco de un clima de época entre los últimos años de la dictadura y el retorno a la democracia, en el cual esta última aparece como un lugar a habitar y desde el que construir las estrategias de diferentes partidos políticos, así como también la apuesta por la democracia como modo y vía para la construcción política como a la revitalización de los proyectos militantes en diferentes espacios y grupos de los que los y las entrevistados son parte.

En este sentido, como hemos intentado mostrar, hay experiencias comunes, transversales, a los diferentes relatos. Una de ellas es que el ingreso a la militancia se produce en la juventud y en espacios que son vividos como *juveniles* en distintos sentidos. Al margen de que el comienzo de las carreras militantes sea antes o después de la dictadura (lo cual delinea distintas condiciones para este ingreso y el desarrollo de las carreras), la militancia en democracia configura una suerte de experiencia generacional común en relación con la cual se dan formas de militancia.

Más allá de los debates acerca de qué es la democracia, que alimentan discusiones y posiciones heterogéneas entre los grupos de adscripción, entre los militantes la democracia es vista como un nuevo horizonte para la construcción de sus prácticas políticas y, de acuerdo con la condición biográficamente situada, es resignificada por cada uno de los y las entrevistados. Para Jesús Rodríguez, la vuelta al régimen democrático representa la posibilidad de legitimar una lectura marginal o minoritaria en los setenta; para Silvia López Herrera significa «aprender» a hacer política de otro modo, además de un proceso de aprendizaje personal que supone reubicarse en el espacio político del que era parte, construir un nuevo liderazgo que

la posiciona en torno a hechos y debates relevantes en el período (dentro y fuera del peronismo). Democracia es para Laura Marrone la posibilidad de seguir militando en una tradición política de izquierda pero asociada ahora a un nuevo escenario político, con nuevas causas y grupos al interior del MAS. Para Perel, expresa las condiciones de posibilidad para reinventar compromisos políticos y militantes pero más claramente entrelazados con su condición social y de clase.

Asimismo, cada relato deja ver el modo en que son interpretadas, revisadas o resignificadas las militancias de las décadas anteriores. Poniendo el foco en la mirada sobre los años ochenta,^[32] los entrevistados recuperan la fuerte crítica de la que es objeto la violencia como elemento constitutivo de la política en la década anterior. En este sentido, entre quienes más próximos estuvieron – personal o colectivamente – con la lucha armada, se observa un intento por construir una distancia y mostrar el modo en que es preciso aprender a militar en democracia. Esto, lejos de ser visto o interpretado como una derrota de los proyectos militantes, abona la construcción de un nuevo entusiasmo militante, en relación con el cual se participa de la reconstrucción de las experiencias partidarias y de los modelos de militancia. Como se observa en todos los casos, a la luz del proyecto de López Herrera, vinculado con reconstruir la militancia peronista en el nuevo contexto; en la vinculación de Marrone con el proceso de creación de nuevos espacios partidarios de izquierda, como el MAS o en la reelaboración de causas militantes, como se observa en el PI con Perel

En función de lo dicho, el capítulo propuso estudiar el período atendiendo a las razones que propiciaron la construcción de nuevos compromisos militantes, cuestión que suele desestimarse desde aquellas lecturas que interpretan en términos de derrota la militancia de los años setenta. En este sentido, creemos que el trabajo realiza un aporte al análisis de la emergencia de nuevos compromisos en los inicios de la democracia, nuevas formas de militancia que revisan los métodos anteriores de lucha política a partir de efectuar

[32] No podemos dejar de mencionar que estas lecturas hablan de tres tiempos simultáneos: el presente (desde el cual esas experiencias pasadas son revisitadas), el de la transición democrática (a la luz de la cual son sopesadas las formas de militancia anteriores) y el activismo de los sesenta y setenta propiamente dicho.

una crítica y de «aprender» a construir reglas de juego diferentes y, en cierto sentido, poco habituales hasta entonces. Ahora bien, esto no significa que debamos tomar nota solamente del encanto inicial que se observa en los relatos militantes durante la primavera democrática, sino también atender a las propias tensiones que atraviesa esta militancia, así como también varias de las formas en que se tramitaron algunos desencantos en la nueva coyuntura. Esto nos conduce a desentrañar la crisis de algunos de los espacios partidarios, como la que describe Marrone en las tensiones generacionales al interior del MAS; a comprender la reorientación de intereses que surgen en relación con prácticas militantes pero que son reorientados en actividades laborales y profesionales, como en el caso de Perel en relación con el mundo académico o, en el caso de López Herrera y de Rodríguez, con una profesionalización asociada al desarrollo de una carrera política. En definitiva, estas tensiones y reconversiones abonan esta idea: antes que derrota, lo que vemos – desde la perspectiva de los y las militantes – son carreras capaces de mutar y resignificarse.

Así, las militancias permiten reconstruir desde una nueva óptica contextos políticos más amplios; a la vez que atender a las razones personales, subjetivas o vividas a partir de las cuales los compromisos y la crisis militantes encuentran condiciones de posibilidad entre las personas de carne y hueso.

Parte 2

Miradas en perspectiva

CAPÍTULO 5

Jóvenes en territorio. Política y espacialidad colectiva en barrios del sur del Gran Buenos Aires entre los años ochenta y la actualidad

PABLO VOMMARO y ARLEY GIOVANNY DAZA

El espacio es balizado, explorado, conocido y reconocido en una escala colosal. Crecen continuamente las posibilidades de ocuparlo, llenarlo, poblarlo y transformarlo de arriba abajo: es decir, de producir el espacio, cuya naturaleza ya no sería sino la de una materia prima gradualmente destruida por las técnicas de producción.

Lefebvre (2013)

Arderá la memoria hasta que todo sea como lo soñamos.

Colectivo juvenil
«Hagamos lo imposible» (2015)

Presentación

El territorio toma relevancia en tanto elemento material que expresa construcciones simbólicas con fuerte incidencia social; puede ser construido, reproducido y modificado en una relación de doble vía que deviene en la producción de lo otro mediado por la espacialidad, sus formas y potencialidades. En este sentido también es

productor, reproductor y agente modificador de diversas configuraciones de la política entre las que destacamos la generacional, que abordaremos en este capítulo. La dimensión territorial ha tomado tal protagonismo en los modos de ser sociales que algunos autores coinciden en que desde el siglo XIX las sociedades occidentales comenzaron a experimentar un cambio sustancial yendo desde el reinado del plano temporal hacia una dimensión espacial-territorial en la que el mundo se experimenta menos como una gran vida que se despliega en *extensidades* a través del tiempo, que como una red de *intensidades* espaciales que articula puntos y se entrama (Foucault 1984; Soja 2011).

Esta transformación desplegada con fuerza en las últimas décadas focalizó los análisis en un elemento que, hasta entonces, no había sido tomado en cuenta con la suficiente relevancia: la *espacialización* de la política y su singularidad práctica tanto en el espacio vivido, inmediato, tangible, como así también en el espacio social más abarcativo y simbólico.

En este capítulo nos proponemos analizar en clave juvenil y desde una perspectiva diacrónica las dinámicas espaciales de la participación política que podemos considerar no institucionales. Entendemos esta producción de la participación con perspectiva generacional como un proceso en el que se despliegan disputas territoriales, prácticas políticas que continúan y otras que emergen, a la vez que múltiples construcciones y tensiones político comunitarias de dimensión local y más general.

Consideramos que los procesos de politización de la vida social abordados desde la perspectiva expuesta generan una transformación en las relaciones entre la política y el espacio en el cual esta es producida. El espacio socialmente producido, concebido como un entramado de relaciones político-sociales dinámicas, deviene territorio. Se configura así, un proceso ambivalente de territorialización de la política y de politización del territorio (P. Vommaro 2015).

Sostenemos entonces que durante las últimas décadas en la Argentina se produjo un proceso de politización del espacio que territorializó las prácticas políticas. Esto puede ser interpretado desde las configuraciones generacionales que potenciaron su despliegue, a la vez que desde una perspectiva diacrónica que contribuye a la comprensión integral del proceso. Si bien estos rasgos comenzaron a gestarse a fines de los años sesenta, es en los tempranos ochenta

cuando se consolidan y emergen tramando la política territorialmente situada. En este sentido, las formas políticas producidas por las juventudes en décadas posteriores estarían signadas por pervivencias que, actualizadas y reconfiguradas, contienen muchos de las principales características de la politización espacial del período en el que comenzamos nuestro análisis.

En este capítulo, realizaremos un acercamiento a las formas territoriales de producir política en clave generacional a partir de tres experiencias de participación y trayectorias territoriales de militancia juvenil desplegadas en las últimas décadas en la zona sur del Gran Buenos Aires, específicamente en el partido de Quilmes, ubicado en el sudeste del Conurbano bonaerense, a 17 kilómetros de la capital argentina.

Los habitantes de Quilmes poseen algunos elementos que subrayan una singularidad significativa respecto a otras zonas del mismo cordón urbano en cuanto a densidad organizativa, desarrollo productivo y conflictividad política sostenida en el tiempo. Según **Di Tomaso et al. (2008)** un 75,6 % de la población de este distrito tenía en el año 2008 «algún grado de vinculación o participación» en organizaciones y/o instituciones barriales. Además, dicen los autores, las relaciones sociales solidarias y de confianza entre los habitantes de la zona son particularmente fuertes y persistentes. Los vecinos de Quilmes presentan una «alta participación» sostenida en las redes de organización territoriales; las «relaciones de confianza y el alto sentido de asimilación territorial» dan lugar a «relaciones solidarias» entre ellos, sobre todo en los barrios más pobres del municipio. Este «sentido de pertenencia territorial» se potencia aún más con la valoración que detectan los autores citados de «las organizaciones formales e informales» que existen en los barrios destacando los «fuertes lazos de amistad» entre los vecinos, lo que configura «una arquitectura social y de amistad» reforzada por los «lazos de solidaridad y ayuda mutua», especialmente sólidos y extendidos en la zona (**Di Tomaso et al. 2008**, pág. 132).

Asumiendo estos puntos de partida, en este capítulo pondremos en discusión tres nociones transversales a las décadas abordadas. Estas son: la *autonomía* configurada en el proceso de institución del territorio, la *producción* en el territorio y la *diversidad* que emerge desde el territorio. Consideramos estas dimensiones como constitutivas de la acción política con capacidad de reconfigurarse al

ser producidas por las lógicas surgidas desde las comunidades y su multiespacialidad.

Así, entre fines de los años setenta y comienzos de la década del ochenta, durante la dictadura militar, las experiencias organizativas profundizaron su nivel de autonomía, constituyéndose ya no en oposición, sino como alternativa, en paralelo o en fuga respecto al Estado. En los años noventa las organizaciones ahondaron sus propuestas productivas, ensayando lógicas distintas de organizar la producción y el trabajo e instituyendo espacios de autogestión, autoorganización y autovaloración de la fuerza de trabajo. Por último, luego de la denominada crisis de 2001 se desplegaron procesos espaciales que expresaron la visibilización de prácticas colectivas emergentes y diversas multiplicando los sentidos de la dinámica territorial.

En primer lugar para la década del ochenta tomaremos experiencias de jóvenes militantes que condensan distintas formas de participación y práctica política como parte del proceso de tomas de tierras y construcción de asentamientos, y del accionar de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) en la zona de Quilmes. Abordaremos formas militantes juveniles que nos permitirán entender cómo las experiencias de participación política se entrelazan alimentando entramados organizativos anclados a nivel territorial que dinamizan las configuraciones políticas con perspectiva generacional. La construcción de formas políticas tendientes a la autonomía y la producción de territorios en tanto ocupación y politización del espacio guiarán el análisis.

En segundo lugar, trabajaremos los años noventa a partir de las formas de participación producidas por los jóvenes organizados en los denominados Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD), específicamente con el MTD de Solano, enfocados en sus espacios de producción y en las prácticas cotidianas. En este sentido, estudiaremos los denominados talleres productivos de esta organización y las dinámicas que se producían en las diversas acciones de ocupación del espacio público. La producción situada en el territorio – que en la época se resumió en la frase «la nueva fábrica es el barrio» – ^[1] orientará el estudio de este momento.

[1] Esta frase fue popularizada por la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) en los años noventa como una forma de dar cuenta de los cambios sociales y económicos de esa década y el creciente trabajo territorial de esa

Por último, para el período pos 2001 analizaremos dos experiencias: por un lado la del Frente de Organizaciones en Lucha (FOL), un colectivo político-cultural que agrupa a diferentes organizaciones con el objetivo de militar de manera articulada desde el barrio para «reconstruir los lazos sociales rotos por el Estado desde décadas anteriores».^[2] Por otro, la de una agrupamiento juvenil indígena cuyas formas de participación y militancia comunitarias aportan elementos singulares, alteridades y estrategias diversificadas de expresión y visibilización comunitarias desde la diferencia. Se trata del colectivo juvenil de la comunidad indígena *toba-qom yapé* en Bernal Este, también en el partido de Quilmes. Aquí nos proponemos identificar el proceso por el cual la memoria se convierte en una herramienta política y territorial al igual que los modos en que memoria, etnicidad, acción política y espacialidad se articulan para configurar las acciones colectivas de las juventudes indígenas en contexto urbano.

En definitiva, lo que trataremos de hacer es explorar las capas superpuestas en el espacio políticamente construido (Lefebvre, 2013) a lo largo de tres décadas que configuran la territorialidad presente.^[3]

Los ochenta: producción de territorio y política de la autonomía

Años antes de la recuperación de la democracia en diciembre de 1983 las juventudes comenzaron a movilizarse a partir del malestar creciente contra el gobierno dictatorial y los efectos de las políticas

organización que se volcó al barrio como espacio productivo que había cobrado relevancia política.

- [2] FOL (2016). «Qué es y qué hace el Frente de Organizaciones en Lucha». Buenos Aires, FOL.
- [3] Estudiaremos las tres experiencias a partir de una metodología de carácter cualitativo basada en entrevistas, observaciones y análisis de documentos producidos por los espacios políticos seleccionados. Utilizaremos tanto entrevistas propias – en profundidad, en algunos casos de tipo historia de vida – que fueron realizadas a partir de aproximaciones etnográficas al campo, como así también otras tomadas de estudios acerca de las experiencias analizadas. En algunos casos las personas entrevistadas son citadas con su nombre completo real – cuando consideramos que su identificación contribuye a la comprensión del momento y recibimos su autorización para hacerlo – mientras que en otros casos utilizamos nombres ficticios con el objeto de resguardar la identidad de la persona informante.

represivas que se descargaron especialmente sobre los y las jóvenes, más aun si eran trabajadores, estudiantes o militantes.^[4] Esta movilización se desplegó, centralmente, desde formas de participación locales, moleculares, que buscaban ensanchar los intersticios existentes en el régimen militar. Así, existen estudios que muestran cómo muchos jóvenes trabajadores habían protagonizado las principales formas de resistencia molecular a la dictadura en los lugares de trabajo (Falcón 1996; Gresores 2002; Pozzi 1988); las huelgas convocadas por la denominada CGT Brasil – ex «Comisión de los 25» – a partir de 1979, las iniciativas impulsadas por la Iglesia Católica, como la llamada Marcha «Paz, Pan y Trabajo» en noviembre de 1981, y las Comunidades Eclesiales de Base que impulsaron las tomas de tierras y los asentamientos de 1981 en la zona sur del Gran Buenos Aires (Fara 1989; P. Vommaro 2006, 2010). En esta última experiencia nos centramos en este apartado.

En relación con la militancia juvenil estudiantil, los colectivos universitarios comenzaron a reagruparse en el invierno de 1982 en el marco de las comisiones en solidaridad con la guerra de Malvinas y, poco después, en el marco de las «comisiones reorganizadoras» de los centros de estudiantes (Blanco *et al.* 2014). La regularización de la Federación Universitaria Argentina (FUA) y Federación Universitaria Buenos Aires (FUBA) llegarían hacia fines de 1983, con una participación enmarcada en filiações político partidarias (Toer 1988). Los centros de estudiantes secundarios, también comenzaron a expresarse muy incipientemente hacia fines de 1982 y en 1983, enmarcados asimismo en adscripciones partidarias. En este sentido, es posible observar que el activismo juvenil comenzó a manifestarse en el espacio público en los años previos a 1983, dando forma a las modalidades de participación caracterizadas fundamentalmente por el entusiasmo por la recuperación de la democracia y las maneras de militancia vinculadas a las instituciones republicanas.

Esto es señalado también por Pereyra (2013), quien destaca que

«el fin de la dictadura significó un momento de revitalización de la actividad y la participación política. En primer lugar porque se reactivó la vida en

[4] Esta dimensión generacional del genocidio y la represión militar se apoya en las cifras producidas tanto por la CONADEP como por el Espacio para la Memoria que permiten afirmar que más del 77 % de las personas desaparecidas por la dictadura entre 1976 y 1983 eran menores de 25 años.

los sindicatos y los partidos políticos que habían visto interrumpido su funcionamiento cotidiano durante los años del régimen. Por otro lado, la revitalización política tuvo, además, un fuerte componente de protesta desde el momento en que la legitimidad de la dictadura comenzó a ser severamente cuestionada por distintos actores sociales. Así, desde el año 1982 y hasta la asunción de Alfonsín, la vida política del país estuvo marcada por varios episodios significativos de movilización. En particular, debería llamarnos la atención, el “porteñazo” que se produce el 30 de marzo de 1982 en virtud de la convocatoria a una concentración de la CGT Brasil. Ese episodio, cuyo impacto probablemente fue neutralizado por el inicio de la guerra de Malvinas, representa el inicio de un ciclo de movilización que se extenderá durante la transición democrática. En esa multitudinaria manifestación confluyeron, por un lado, la expresión de importantes internas sindicales en las que se discutía el estilo de conducción de muchos gremios y de la principal central obrera del país y, por otro lado, una amplia participación de las juventudes partidarias aglutinando demandas de las más diversas en el rechazo al régimen vigente y a las estructuras políticas que lo habían sostenido» (Pereyra 2013, pág. 237).

En este marco, los sectores sociales más golpeados por las políticas sociales, económicas y espaciales impuestas por la dictadura^[5] vieron en los inicios del período alfonsinista una posibilidad de mejorar sus condiciones vitales. Esto se expresó en una redistribución espacial hacia las periferias de las áreas metropolitanas, tanto desde las zonas céntricas de las ciudades de las cuales fueron expulsados, como desde las provincias argentinas, sobre todo las del Noreste, Noroeste y Litoral lo cual derivó en un alto índice migratorio interno – campo/ciudad y centro/periferia al interior del espacio urbano – durante la década del ochenta. Asimismo, se produjo un crecimiento de los niveles de desocupación y pobreza como consecuencia de las políticas aplicadas por el gobierno dictatorial, hecho que generó un engrosamiento de los cordones periféricos y sectores periurbanos de las grandes ciudades.

[5] Erradicación compulsiva de villas, indexación de alquileres, nuevo código de planeamiento urbano tanto en la Capital Federal como en la provincia de Buenos Aires, construcción de autopistas y expropiaciones que dejan desprotegidos a los inquilinos, entre otras medidas que profundizaron el aumento de la pobreza por aquellos años (P. Vommaro 2010).

Como parte de este proceso de desplazamiento y segregación espacial a la vez que cristalización de la emergencia de la producción política del territorio, entre los meses de agosto y noviembre de 1981 se produjeron tomas de tierras en los partidos de Quilmes y Almirante Brown que dieron lugar a la organización de seis asentamientos: La Paz, Santa Rosa, Santa Lucía, El Tala, San Martín y Monte de los Curas, actual Barrio 2 de abril. De este proceso, que significó la ocupación de unas doscientas once hectáreas, participaron alrededor de cuatro mil seiscientas familias, es decir unas veinte mil personas aproximadamente, en su gran mayoría menores de 35 años.^[6]

Si bien para algunos autores los procesos organizativos que confluieron en estas tomas y los asentamientos de comienzos de la década del ochenta poseen una impronta sindical y fabril en tanto pervivencia de la década del setenta, desde nuestra lectura y a manera de hipótesis, estos procesos se potenciaron en el acontecimiento mismo de las tomas y se fueron fortaleciendo en las dinámicas comunitarias que allí se expresaron y desplegaron. En este sentido, resultaron claves las experiencias agrarias de los migrantes internos al igual que el aporte de militantes que antes de 1976 participaban en sindicatos y partidos políticos e incluso en organizaciones armadas como Montoneros. Sin embargo, resultó especialmente relevante el acompañamiento de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), las que impulsaron el proceso. Estas surgieron en América Latina como expresión de los cambios que se produjeron en la Iglesia Católica luego de la Segunda Guerra Mundial. Según Magne, las Comunidades eran

«pequeños grupos religiosos casi siempre creados por representantes pastorales – obispos, sacerdotes, monjas – quienes se reunían en iglesias, casas o centros comunitarios dedicando la mayor parte del tiempo al estudio y lectura de la Biblia. En contraste con la parroquia tradicional, acentuaban la participación, la igualdad, el liderazgo seglar, la toma de conciencia y la militancia sociopolítica» (Magne 2004, pág. 40).

[6] Construcción propia a partir de los artículos periodísticos relevados y de los textos de Izaguirre y Aristizábal (1988); Guzmán (1997); Cuenya (1984); Fara (1989) y P. Vommaro (2010).

Así, las CEBs, en tanto espacios vinculados con la Iglesia católica con una impronta barrial importante, constituyeron una forma alternativa de vínculo entre esta y los conflictos sociales que comenzó a consolidarse décadas atrás. Tuvieron la particularidad de permitir un rol protagónico de mujeres y jóvenes ya fuese mediante la aparición de sacerdotes comprometidos con la práctica social y política o de grupos de jóvenes laicos organizados, además de atribuir una especial importancia a lo territorial/barrial en sus modos de acción y participación. Estas lograrían interpretar y potenciar las necesidades organizativas latentes en las comunidades movilizadas tales como la horizontalidad y la discusión de jerarquías, la democracia directa, la acción directa, la creación de tiempos y espacios propios y la dinámica asamblearia.^[7]

En 1980 había entre cincuenta y sesenta CEBs en la diócesis de Quilmes. Eran grupos de entre veinte y treinta jóvenes coordinados por un *animador*, elegido por ellos. Es decir, para ese año había más de mil jóvenes organizados y vinculados a la Iglesia a través de una parroquia, en este caso la de Itatí.^[8] Se reunían para discutir cuestiones relativas al Evangelio y a la tarea evangelizadora, pero tomando como punto de partida la realidad que vivían. Así, se ocuparon de buscar soluciones a conflictos locales, ya fuesen vinculados a cuestiones personales o más generales. Estaban organizados en áreas de trabajo y había un responsable por cada proyecto que se llevaba adelante.^[9] En las comunidades impulsadas por el padre Berardo se promovía la descentralización de los sacramentos – bautismo, comunión – y la catequesis.^[10]

-
- [7] De ninguna manera negamos la influencia que la organización sindical de base o por lugar de trabajo haya tenido en esta experiencia. Pero, por un lado, no la consideramos determinante en última instancia; y por otro, el vínculo puede establecerse más con iniciativas sindicales que se proyectaban al trabajo barrial que con las estructuras organizativas únicamente fabriles (P. Vommaro 2010, 2015).
- [8] Dato construido en base a las entrevistas realizadas y los textos de Cuenya (1984), Zibechi (2003), Izaguirre y Aristizábal (1988) y P. Vommaro (2010). También hay datos acerca de las Comunidades en esa época y su desarrollo posterior en la publicación *Comunidades Eclesiales de Base. Memoria 20 años*. Buenos Aires: Diócesis de Quilmes, 1997, que nos facilitó nuestra entrevistada Inés.
- [9] Para ampliar acerca de la Creación de las Comunidades Eclesiales de Base, véase Berryman (1987).
- [10] Raúl Berardo fue un sacerdote que se destacó entre los impulsores de las tomas y asentamientos de 1981 en Quilmes y Almirante Brown. Estaba al

Las Comunidades estaban organizadas en forma horizontal y participativa y basadas en el trabajo cotidiano a partir de los problemas concretos tanto de sus miembros como de la comunidad de fieles a los cuales se dirigían. A partir del número de Comunidades que existía en Quilmes en el último año de la década del setenta y el primero de los ochenta, podemos afirmar que entre cincuenta y sesenta jóvenes – los *animadores* – asumían trabajos de coordinación y tenían experiencia en dinámica de grupos, ejecución de proyectos y toma de decisiones. Estos constituyeron el Consejo Pastoral de Comunidades que se reunía periódicamente.

«Partíamos bien de las necesidades de este grupo de veinte, y que por ahí integraban en otros cuarenta, en otras hasta cien familias en los cuales... qué sé yo... el problema que tenemos hoy entre los veinte es que tal está enfermo... bueno, vamos todos a verlo, bueno, que tal se le murió no sé quién... bueno vamos a acompañar a la viuda o problemas así muy concretos».^[11]

«Y hace que seas comunidad, donde eh ya el jefe no está más... es... se comparte, cada palabra tiene un valor y en eso valorás cada persona, cada historia».^[12]

En los barrios conformados a partir de las tomas, la manzana se constituyó como la unidad organizativa mínima al menos en cuatro dimensiones: la espacial – distribución de los habitantes en el asentamiento y demarcación de los lotes – la habitacional – construcción de las viviendas en principio unifamiliares en los lotes asignados – la social – como espacio de sociabilidad e integración de nuevos vecinos – y la organizativa propiamente dicha – la asamblea inicial de la que emanaban todas las decisiones se realiza en este ámbito – (P. Vommaro 2010).

Pueden distinguirse tres elementos principales en la experiencia de las tomas y los asentamientos durante la década del ochenta: por un lado, las formas organizativas definidas sobre todo por la horizontalidad, la democracia directa, la acción directa, la creación de tiempos y espacios propios, y la dinámica asamblearia. Por otro,

frente de la parroquia Nuestra Señora de Itatí en esos años y fue uno de los promotores de las Comunidades Eclesiales de Base a partir de 1977 en la zona.

[11] Entrevista a Raúl Berardo, sacerdote de Quilmes a partir de 1977.

[12] Entrevista a Inés, habitante de La Paz en 1981.

las formas políticas que instituyen una politicidad de lo social que configura una militancia político-social (una política desde lo cotidiano) alternativa y a la vez alterativa, respecto de la lógica estatal. En tercer lugar, los procesos de subjetivación que se constituyen a partir de los espacios comunes o comunitarios que se configuran en la experiencia de autoafirmación que estudiamos.

Tanto las CEBs como sus *animadores* constituyeron una red organizativa importante que sostuvo, en gran parte, las tomas y los asentamientos sobre todo en los primeros meses. Numerosos testimonios refieren al padre Berardo como un impulsor de las tomas y los asentamientos. Además, la parroquia Nuestra Señora de Itatí era un referente importante para quienes se acercaban a Solano desde zonas aledañas en busca de tierra. Allí se daban los números a los que correspondía cada lote, se reunían las CEBs y los *animadores*, y, una vez constituidos los asentamientos, el lugar funcionaba también como sede habitual de la comisión coordinadora que articulaba los nuevos barrios con los espacios que apoyaba este proceso.

A partir de nuestra investigación, podemos concebir, además, a las CEBs como espacios en donde se concentran y expresan las principales características de las formas organizativas que adoptaron los nuevos barrios. Sin embargo, es en el proceso de tomas y asentamientos – que en su dinámica de masificación desbordan a las CEBs – en donde estas formas organizativas, la lógica político-social y las nuevas subjetividades se expresan y potencian.

Por otra parte, las Comunidades tenían una doble dimensión. Por un lado, fueron espacios de refugio o contención para militantes de los setenta a los que la dictadura les había cerrado o restringido sus espacios de militancia. El amparo de la Iglesia Católica servía como resguardo para mitigar el peligro de la represión genocida sobre los activistas en la época. Por otro, las CEBs fueron también instancias de formación de nuevos militantes, surgidos en las dinámicas de organización comunitaria y territorial que se instituyeron a partir de los asentamientos.

De esta manera, la participación en ámbitos eclesiales y especialmente en las CEBs, posibilitó, tanto en la Argentina como en muchos de los países de América Latina que vivieron dictaduras de los años setenta, canalizar acciones colectivas de resistencia, protesta y participación político-social ante la clausura de la política

institucionalizada en clave democrática y la represión lanzada contra las organizaciones sociales y políticas. Al mismo tiempo esta participación, al politizar la vida cotidiana en el barrio, se constituyó en expresión del proceso de ruptura de las relaciones políticas basadas en la representación (Levine y Mainwaring 2001; Villareal 1985).

A partir de la experiencia de las CEBs, de las tomas y de los asentamientos, otros procesos barriales relevantes se fueron potenciando. Así, referentes comunitarios emergieron impulsando otros espacios de participación directa y producción comunitaria a través de nuevas tomas, asentamientos y otras iniciativas como los denominados fogones comunitarios. Tal es el caso de Agustín Ramírez, joven que vivía en el barrio La Unión de Solano – lindero con el asentamiento San Martín que surgió de la toma de 1981 – quien creó los fogones como ámbitos de encuentro y participación de los jóvenes a nivel barrial. Su asesinato en junio de 1988, a la edad de 23 años, junto a uno de sus compañeros, Javier Sotelo, estuvo vinculado a su práctica político-social, si bien el crimen nunca se esclareció.^[13] Este asesinato fue tomado por diversos colectivos, grupos y organizaciones sociales como símbolo de represión policial hacia la militancia juvenil y además como suceso articulador de nuevas luchas y demandas sociales a nivel local. Vemos así cómo en muchos casos, el entramado organizativo a nivel territorial y las formas de producción política juveniles pueden condensarse en trayectorias vitales de jóvenes que se convierten en referentes generacionales locales haciendo más intensas las redes sociales de organización e instituyendo temporalidades densas y situadas.

Luego de 1985, y más marcadamente de 1987, el proceso de organización de los asentamientos se modificó y se diluyeron sus espacios más visibles. A su vez, se generalizó un desencantamiento respecto a la política partidaria, que contrasta con el fuerte apoyo que el regreso democrático despertó inicialmente.^[14] Los colectivos

[13] Agustín Ramírez fue asesinado junto a Javier Sotelo el 5 de junio de 1988 en las calles 826 y 898 de San Francisco Solano. Si bien el crimen permanece impune, hubo sospechas y han surgido pruebas que indican que estas muertes fueron responsabilidad de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

[14] El desencanto con el sistema democrático se produjo en un proceso de pocos años, pero que encuentra diversas causalidades entre las cuales mencionaremos dos. Por un lado, la crisis económica y de la deuda que llegaron

territoriales debilitaron su confianza en que la política democrática y delegativa que se pretendió consagrar luego de 1983 era el camino para mejorar las condiciones de vida de la población y se sintieron cada vez más alejados de la lógica que reproducían los partidos políticos. De este proceso de desilusión y expectativas frustradas – que entre otros autores, Rinesi interpreta en su libro *Seducidos y abandonados* (1993) – señalamos dos aspectos. Por un lado, prepara el clima social y político de descontento hacia lo estatal que permite la consolidación de las políticas neoliberales de los años noventa. Por el otro, impulsa la constitución de formas de producción política alternativas a la participación ciudadana mediada por el Estado, que se basan en las modalidades políticas territorialmente situadas producidas en estos años.

Los noventa: producción en el territorio y autogestión

La década de los años noventa – que según la perspectiva que proponemos en este libro se extiende entre 1989 y 2001 – es un momento en el que podemos destacar al menos dos procesos en cuanto a las relaciones entre juventudes, políticas y territorio. Por un lado, el ya señalado desencantamiento con las formas clásicas de la política expresadas en los partidos políticos, sindicatos y las instituciones del sistema político en general. En segundo término, este alejamiento de la política institucional es acompañado por una expansión de espacios alternativos de producción política, en general vinculados al trabajo barrial-territorial, a ámbitos sociales o culturales y a dinámicas que extendieron las aspiraciones hacia la horizontalidad, la autonomía y la participación directa, en discusión con la política estadocéntrica, la representación o delegación y el verticalismo.

a su punto máximo con el proceso hiperinflacionario de 1989 y la entrega adelantada del poder por parte del presidente Raul Alfonsín a Carlos Menem. Por el otro, las implicancias de las leyes Punto Final y Obediencia Debida dictadas en 1986 y 1987 respectivamente, que fueron vividas socialmente como reversión de los denominados Juicios a las Juntas de 1985. Para ampliar esto, consultar el capítulo «Otros caminos, otros destinos. Transformaciones en los espacios y prácticas cotidianas de participación juvenil en los años ochenta» de Blanco y Vommaro en este mismo libro.

En estos rasgos de las formas políticas producidas en los años noventa por los jóvenes organizados en diversos colectivos territoriales pueden rastrearse continuidades respecto a las maneras en las que se desplegó la politización en la década anterior. Aquí proponemos una interpretación que busca visibilizar las pervivencias y actualizaciones más que resaltar las supuestas novedades o discontinuidades en las modalidades de producción de las configuraciones políticas generacionales en el período. De esta manera, discutimos con algunas visiones clásicas que sostienen que lo característico de la década del ochenta era la participación en partidos políticos, sindicatos y centros de estudiantes como espacios legítimos y valorados de inscripción de las prácticas político-ciudadanas, mientras en la década del noventa estas formas organizativas mostraron serios límites para contener a las juventudes y expresar la formas de militancia política en general (Sidicaro y Tenti Fanfani 1998).

La propuesta de Pereyra (2013) abona nuestro análisis. En efecto, el autor sostiene que:

«Hacia fines de los años ochenta, como parte de un proceso general de desmovilización que incluyó también a sindicatos y partidos, era evidente que el único de los temas que había producido un movimiento social de escala nacional con posibilidades de sostenerse en el tiempo era el de los derechos humanos. Éste, por sus características, se consolidó además como un símbolo de participación política que aparecía por fuera de los canales formales e institucionales y que además – y fundamentalmente – constituía una alternativa al modelo clásico de participación partidaria y/o sindical» (Pereyra 2013, pág. 239).

A partir de las investigaciones que aquí presentamos podemos identificar que la lógica de politización en el territorio que se consolida en los años noventa expresa continuidades con las formas territoriales y comunitarias que estudiamos para los años ochenta. Así, modalidades anteriores se reconfiguran potenciando una producción política que tiende más a la participación que a la representación, a la acción directa que a las mediaciones institucionales, a politizar afectos y relaciones cotidianas dinámicas que a acuerdos ideológicos fijos y cristalizados (Zibechi 2003, pág. 50). En otros trabajos denominamos a esta lógica como político-social centrada en los procesos societales y sostuvimos que convive en

el territorio – con tensiones y contradicciones – con la dinámica político-partidaria con componentes más estadocéntricos (P. Vommaro 2010, 2013, 2015).

En este proceso de consolidación de las configuraciones políticas territoriales y comunitarias con protagonismo generacional, la búsqueda de la autonomía aparece como elemento distintivo. Esta autonomía como horizonte de construcción política en tanto no dependencia de partidos políticos, sindicatos o iglesias y no reproducción de sus dinámicas de funcionamiento se potencia con el desarrollo de experiencias de autogestión que visibilizan la dimensión productiva del territorio. Para acercarnos a este tipo de experiencias trabajaremos con las y los jóvenes organizados en el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD), del barrio Solano-Quilmes.

Este Movimiento surgió en el año 1997, aunque como sostuvimos en otros trabajos (P. Vommaro 2010, 2015) su génesis puede rastrearse en las formas de organización comunitaria y territorial que tuvieron lugar desde 1981 y se consolidaron en las tomas y los asentamientos que analizamos en el apartado anterior. De hecho, el MTD surgió en el barrio San Martín que fue producto de la ocupación de 1981. Al acercarnos a las características de los jóvenes que participan en el MTD de Solano estamos distanciándonos, además, de los estudios que enfocan a las y los jóvenes de los barrios pobres del Gran Buenos Aires desde las categorías de exclusión, desafiliación, vulnerabilidad y marginación y los conciben sin capacidades, condenados a la fragilidad y la sobrevivencia.

Si bien la experiencia de participación, organización y producción de las y los jóvenes que se compusieron en el MTD de Solano se produjo en una situación signada por la pobreza, la desigualdad social y el desempleo que se agudizaron por la implementación de las políticas neoliberales predominantes en los años noventa, en nuestro trabajo de campo pudimos descubrir que hay jóvenes que, aun en estos escenarios, son capaces de construir organizaciones sociales que despliegan propuestas alternativas en lo productivo, lo político y lo subjetivo. Es decir, que son protagonistas de procesos instituyentes, afirmativos, disruptivos e innovadores de politización del espacio y producción en el territorio. Dicho esto, podemos avanzar en la interpretación de algunos rasgos característicos de las formas políticas que produjeron las y los jóvenes que se organizaron en el MTD de Solano en la segunda mitad de la década del noventa.

Darío y Maxi

Para hablar de la dimensión generacional del MTD de Solano es oportuno comenzar por analizar las figuras de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki que fueron adoptadas como símbolos de la militancia en las organizaciones de trabajadores desocupados – no solo entre las y los jóvenes, pero fundamentalmente entre ellos – luego de su asesinato en junio de 2002.

Santillán y Kosteki («Darío y Maxi», como los nombraban sus compañeros) fueron asesinados en la represión a una manifestación e intento de corte del puente Pueyrredón, que une la ciudad y la provincia de Buenos Aires, el 26 de junio de 2002 durante la presidencia de Eduardo Duhalde. Darío tenía 21 años y Maxi 22 cuando los mataron. Los episodios que rodearon su muerte se conocieron con el nombre de Masacre de Avellaneda.

Ambos se convirtieron en símbolos y referentes de la militancia territorial, denominada para algunos piquetera. Por ejemplo, el MTD de Guernica, donde militaba Maxi, pasó a llamarse Maximiliano Kosteki luego de la masacre. En 2004 surgió el Frente Popular Darío Santillán, que agrupó a varias organizaciones de desocupados – y también de otro tipo – especialmente de la zona sur del Gran Buenos Aires y La Plata. Por otra parte, en septiembre de 2009 nació la Coordinadora de Colectivos Maximiliano Kosteki, que agrupó a organizaciones territoriales que años atrás se autodenominaban como de trabajadores desocupados. Entre las organizaciones que integraban esta Coordinadora estaba el MTD de Solano.

Dos caracterizaciones pueden servirnos para comprender el tipo de recuperación de las figuras de Darío y Maxi que se produjo entre los Movimientos de Trabajadores Desocupados, incluido el MTD de Solano. Por un lado, el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) decía desde su sitio web acerca de Darío que:

«fue y es un referente muy importante y sintetiza los valores humanos y la conciencia política de las jóvenes generaciones que, desde un compromiso concreto con las reivindicaciones más urgentes de nuestro pueblo, luchan con vocación de impulsar cambios revolucionarios».^[15]

Por su parte, la Coordinadora de Colectivos Maximiliano Kosteki expresaba en la «Semblanza de Maxi» que:

[15] Tomado de FPDS. *¿Qué es el Frente Popular Darío Santillán?* 2007.

«Maximiliano Kosteki era un joven de 22 años que estudiaba el secundario con orientación artística para ingresar a la Facultad de Bellas Artes. Había realizado un curso de escultura y estudiaba pintura, dibujo y piano. También participó de un taller literario en Lomas de Zamora que actualmente lleva su nombre. Vendía flores, cuidaba perros y trabajaba en lo que se presentaba, pero siempre dibujaba, pintaba y escribía. Además hacía malabares, capoeira, tocaba el bajo, la flauta dulce y la armónica. El 1º de mayo de 2002 participó de su primera manifestación en Plaza de Mayo (...). Ese día conoció los proyectos del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Guernica: mantener un comedor, cuidar una huerta, una biblioteca, una panadería, etcétera. Comenzó a ir a las reuniones y participar en las actividades hasta que llegó su primer y último corte de ruta. Dos semanas antes del 26 de junio había expuesto 20 de sus obras y la noche anterior escribió: “miro mucho más de lo visible”. El 26 de junio de 2002 (...) las fuerzas policiales realizaron una gran represión (...) persiguen a dos jóvenes desarmados en la estación de tren de Avellaneda y los asesinan a sangre fría. Ellos son Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. Hoy día sus vidas y sus nombres son retomados por diversas organizaciones como señal de que la muerte no pudo parar el impulso creador de estos jóvenes».^[16]

Vemos en estos dos textos que se recupera una imagen de estos jóvenes vinculada tanto a los valores, la conciencia política y el compromiso – en el primer caso – como a las cuestiones de la vida cotidiana, el acercamiento casi casual a la militancia, la expresión artística, los afectos, la participación política desde lo barrial y concreto, y el impulso creador. Esta recuperación está despojada de conflictos y contradicciones, alimentando una memoria heroica vinculada a resaltar más la politización territorial desde lo cotidiano expresada en jóvenes emblemáticos, que los contrastes propios de estos procesos.

En este punto podemos incluir un elemento que contribuye a la fundamentación de nuestra perspectiva de abordar las configuraciones políticas a nivel generacional en base al trabajo con colectivos juveniles territoriales en el mediano plazo. Nos referimos a las relaciones simbólicas que se establecieron en el MTD Solano entre estos jóvenes asesinados en 2002 y Agustín Ramírez, asesinado en

[16] Tomado de Colectivos Maximiliano Kosteki. *Semblanza de Maxi*. 2009.

julio 1988, como dijimos impulsor de la organización territorial en la zona en los primeros años ochenta.

Esta relación se expresó, por ejemplo, en la realización de un mural pintado en la esquina de la calle 891 en el barrio San Martín – a pocos metros del galpón que servía como sede del MTD de Solano – en que aparecían las caras de Darío y Agustín y, abajo, las fechas de sus asesinatos. Es decir, las luchas del barrio estaban encarnadas por jóvenes que desplegaron su militancia territorial allí mismo o en zonas cercanas y fueron asesinados por la policía a raíz de su participación política. La configuración generacional que tendía puentes y de alguna manera igualaba experiencias separadas por más de diez años se nutría tanto de la militancia situada anclada en procesos cotidianos, como en haber sido muertos por fuerzas policiales mientras desplegaban su práctica. Estos elementos cimentaban la intención multiplicadora de la memoria actualizada y territorializada.

En cuanto a la politización generacional configurada en el MTD de Solano, esta se produjo sobre todo en cuatro ámbitos. En primer lugar, en tres instancias vinculadas al trabajo territorial y las prácticas cotidianas. Estas son: los espacios de formación, los talleres productivos y los grupos de reflexión. En segundo lugar, en la ocupación de los espacios públicos que se produjo con los cortes de calle y la toma de edificios o plazas. En otros trabajos abordamos los sentidos políticos y subjetivos generacionalmente configurados durante estas ocupaciones (P. Vommaro 2015). Nos concentraremos aquí en los tres ámbitos ligados a la militancia territorial enfocando, por razones de espacio, en los talleres productivos como expresión de los procesos autogestivos y de producción en el territorio.

Los talleres productivos

Los talleres productivos eran uno de los espacios más importantes dentro del proyecto del MTD de Solano. No solo por su profundo contenido político y subjetivo, sino también porque desde allí se instituyeron formas productivas que mostraron posibilidades alternativas a la lógica capitalista de la ganancia y la explotación. Dentro de las lógicas productivas que se busca instituir a través de estos espacios podemos incluir a los talleres de formación y educación popular que también funcionaban en base a prácticas horizontales, estimulando la participación directa y la autogestión.

Entre los talleres productivos que funcionaban en el Movimiento destacamos: panadería, trabajo en cuero, herrería, albañilería, granjas y huertas comunitarias. En cada uno de ellos se ponían en juego elementos vinculados a lo que Marx denominó *general intellect* o inteligencia colectiva^[17] y la afectividad comunitaria. Además, estos eran espacios autogestionados, en donde el proceso de trabajo era auto-organizado por los propios productores y productoras, tendiendo a derribar las jerarquías y divisiones propias del proceso de trabajo capitalista. Aparecían entonces las posibilidades de autoafirmación a partir de la autovaloración del trabajo.

Por otra parte, los talleres productivos constituían instancias de encuentro intergeneracional. En efecto, a diferencia de los otros ámbitos mencionados en este apartado, los talleres productivos no eran exclusivamente protagonizados por jóvenes y en algunos casos las personas jóvenes eran una minoría. Sin embargo, la impronta alternativa e innovadora estaba dada muchas veces por el componente juvenil que configuraba los rasgos que permiten interpretar estos espacios en clave generacional.

Cuando nos referimos a estos talleres como espacios de intercambio intergeneracional pensamos en dos dimensiones. Por un lado, muchos saberes productivos – vinculados a técnicas de trabajo y conocimientos específicos de la práctica laboral – eran aportados por los miembros de más edad de la organización – entre los 40 y los 50 años, aunque había algunas personas que superaban esa edad –. Aquellos que habían transitado por el mundo del trabajo – más o menos formal, más o menos fabril – y habían aprendido técnicas profesionales de las que los más jóvenes carecían. Esto era especialmente notorio en talleres como el de herrería o el de albañilería.

Por otro, las personas más jóvenes carecían de esos conocimientos y técnicas, pero estaban embarcados en la búsqueda de nuevos modos de organizar el trabajo y la producción. La experiencia adulta se convertía en este punto en un elemento ambiguo. Por una

[17] Marx denominó *general intellect* o «conocimiento social general» al «estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología» en un momento histórico determinado. Esta noción, utilizada para explicar el proceso de pasaje de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo en el capital condensa también los mecanismos de cooperación social que, aunque activados por el capital para su valorización y reproducción, constituyen la base para su contradicción y agotamiento (Marx 1972).

parte, brindaban las técnicas de trabajo necesarias para poner en marcha el proceso productivo. Por la otra, las formas de organizar el proceso de trabajo – por ejemplo los tiempos, el ritmo – y las relaciones laborales que encarnaban eran las que habían aprendido y estaban relacionadas por los modos dominantes, la reproducción de jerarquías y la explotación. Esto no era lo que el MTD se proponía generar en estos espacios.

De esta manera, mientras las y los adultos aportaban muchos conocimientos y técnicas de trabajo, quienes eran más jóvenes confrontaban los modos de organización del proceso de trabajo que aquellos habían aprendido y buscaban instituir otra lógica productiva, basada en la cooperación, la afectividad y la producción de lo común. Desde ya, que este encuentro generacional no estuvo exento de conflictos y contradicciones. Muchas de las discusiones en los talleres se produjeron por las diferencias que mencionamos antes. Asimismo, la disolución – en muchos casos temporal – de algunos talleres en ciertos barrios también estuvo vinculada – además de con dificultades económicas relacionadas con la compra de insumos o maquinarias – con los conflictos políticos y subjetivos planteados en esta confluencia intergeneracional que se produjo en un ámbito productivo territorializado.

Pos 2001: el estallido del territorio y la multiplicidad de formas generacionales del decir y del hacer

En este apartado abordaremos diferentes aspectos socioespaciales, culturales, históricos, participativos, identitarios y políticos, que se encuentran estrechamente interrelacionados. Es un acercamiento a las expresiones y articulaciones de la diferencia en situaciones de producción de espacialidades. Como momento de eclosión de estos procesos tomamos la crisis de 2001 en tanto fenómeno desbordante de la vida social argentina que, de manera indirecta, derivó en la consolidación, reproducción y emergencia de prácticas de politización comunitaria y territorial.

El barrio se consolidó en esta época como una de las principales unidades territoriales de organización popular desde donde emergieron las acciones colectivas de resistencia. Este hecho favoreció la consolidación de redes solidarias entre sujetos diversos igualados por la experiencia de crisis general. En este contexto los modos de ser y actuar de la población juvenil tuvieron un lugar relevante en

tanto promotores de vías alternativas de producción micropolítica que implicaron también modos alternativos de comprender y vivir las espacialidades singularizadas.

Hacia 1999, por ejemplo, el denominado Colectivo 501, llevó el descontento juvenil hacia la política institucional y el sistema político de la época a un plano de acción territorial evidente: este colectivo comenzó a reunirse para pensar prácticas políticas más allá del voto. Luego de discutir acerca de cómo y cuáles serían las expresiones novedosas de participación política que llevarían a cabo, decidieron hacer uso del Código Electoral Nacional, que exime de la obligación de votar a quienes se encuentren a más de 500 kilómetros de distancia de su domicilio legal al momento del sufragio. Resolvieron entonces producir un tipo de relación con el territorio basada en la fuga, en la sustracción: trasladarse en un tren – juntos, colectivamente – hasta el kilómetro 501, más allá de la obligación de concurrir al acto eleccionario, más allá del voto (Blanco 2016b; Picotto y P. Vommaro 2010; P. Vommaro y Vázquez 2008). La acción del traslado colectivo y coordinado, la construcción de una frontera simbólica tras la cual se interpretaron como sujetos libres de la obligación legal, la producción de espacios móviles desde los cuales expresaron sus subjetividades políticas, la reapropiación del territorio itinerante como dispositivo de delimitación a través de la reinención misma de la acción política, son algunos elementos visibles en esta experiencia que es a la vez politización territorial y territorialización de la política.

De esta manera, subrayamos cómo esta iniciativa de producción política disruptiva en clave generacional es precursora de varios de los rasgos que caracterizarán la crisis política de 2001, a la vez que es emergente de un descontento social hacia la política instituida que sedimentó durante al menos una década y permite la visibilización de formas de politización que hasta ese momento se desplegaban fundamentalmente en el ámbito barrial configurando territorialidades móviles o en tránsito como estrategias de fuga o sustracción a la fijación del poder.

Otras prácticas comunitarias resultaron igual de potentes en términos de creatividad, solidaridad y resistencia, en lo que sería el inicio de una década marcada por la auto-organización diversificada de métodos y estrategias de producción de la acción política directa en clave espacial y comunitaria. En el partido de Quilmes, parte de las nuevas generaciones de jóvenes se agruparon en torno

a procesos anclados en al menos tres temporalidades: la de la crisis de aquel presente, la del pasado inmediato de organización de los noventa y aquella más lejana cuyas afectividades dieron sentido y cohesión a la acción grupal territorializada. El foco de la participación política en este tipo particular de grupos fue la diversificación de su potencia en términos de capacidad de incidencia en y con las comunidades. Así, la práctica política se tornó *poder hacer* en el territorio. Este es el caso del denominado Frente de Organizaciones en Lucha (FOL) que surgió en febrero de 2006 con la intención de aunar en un mismo espacio, múltiples agrupamientos con finalidades sociopolíticas similares, priorizando la participación de trabajadores precarizados, estudiantes, desocupados y jóvenes en general en un lugar común. La multiespacialidad de la organización permite que tengan presencia, además de en diversos barrios de Quilmes, en otras regiones de Buenos Aires y la Argentina configurando redes de comunicación y acción que fortalecen sus propuestas. Su militancia es autodefinida como territorial y es concebida intencionalmente como estrategia de empoderamiento a través de las bases.

Hagamos lo Imposible (HLI) es una de las organizaciones juveniles que componen el FOL. Esta agrupación juvenil buscó desde que fue constituida en 2009 en Quilmes, generar en el territorio intervenido, a través de las comunidades barriales, procesos de construcción de conocimientos críticos a partir del despliegue de acciones con fuerte énfasis en lo pedagógico y lo comunicacional. Al igual que en el FOL, las y los jóvenes organizados en HLI lograron entablar estrechos vínculos afectivos con las comunidades en las que trabajan.

Los procesos de producción y reproducción de memoria juegan un papel muy importante en estas agrupaciones. Tanto el FOL como HLI tienen dentro de sus referentes inmediatos de movilización colectiva experiencias comunitarias de luchas anteriores en la zona tal como las acontecidas en los procesos de tomas de tierras y construcción de asentamientos luego de los cuales, como mencionamos, fue asesinado Agustín Ramírez en San Francisco Solano, además de otros hechos similares – tales como las muertes de otros jóvenes militantes como Darío Santillán, Javier Sotelo o Maximiliano Kosteki – que fortalecieron política y subjetivamente sus modos de ser, decir y hacer en clave territorial. «Arderá la memoria hasta que todo sea como lo soñamos», enuncia una de sus

consignas movilizadoras que busca interpelar a las comunidades a través de lo que podríamos denominar la construcción de una memoria territorial que incide activamente en los procesos, tanto de las organizaciones como de las comunidades en las que despliegan su práctica. Estas organizaciones juveniles conciben el territorio desde una visión estratégica, en tanto el trabajo barrial/comunitario permite el vínculo directo con las comunidades posibilitando intervenir de manera efectiva sin la mediación de instituciones estatales o religiosas. Distan así de otras experiencias, como la que abordaremos a continuación, en la que la relación de los jóvenes militantes con el territorio más que estratégica se reconoce como vital.

Las juventudes indígenas

A partir de la incorporación de la ley Nacional de Educación 26.206 de 2006 en la que se reglamenta la puesta en marcha de la educación intercultural bilingüe en el sistema educativo argentino y de los debates que se dieron en torno a ella tanto antes como después de su implementación, los integrantes de los pueblos originarios volvieron a visibilizarse en la agenda pública argentina como agentes activos de la acción social y política. Sin embargo, los procesos de organización juvenil desarrollados al interior del denominado movimiento indígena, eran prácticamente desconocidos. Pese a ello, los grupos conformados por jóvenes indígenas no solo existen y producen sus propias dinámicas de participación, conocimiento y auto-organización, sino que también estos rasgos a menudo constituyen marcos significativos y valiosos que demandan un análisis singular en el marco de las discusiones académicas y sociales acerca de militancia, política y territorialidad.

Las juventudes indígenas en situación urbana además de elaborar una visión multilocalizada e híbrida de la realidad social, construyen métodos singularizados de militancia, de acción política y de producción territorial desde los cuales las nociones de juventud, política y territorio son reconfiguradas no solo respecto a las prácticas y saberes del «otro» sujeto no indígena sino también respecto a las de sus propios antepasados. La valoración de este tipo de diferencias dentro de la diversidad de los movimientos sociales – tal como lo dijera el teólogo brasilero de la liberación, Leonardo

Boff – implica la aceptación de complementariedades y convergencias construidas a partir de la multiplicidad de cosmovisiones y prácticas otras (Boff citado por Escobar 2003).

En el caso de las y los jóvenes de la comunidad *qom-yapé* del barrio de Bernal en Quilmes, sus prácticas de participación socioterritorial han estado enmarcadas por la transmisión pedagógica de conocimientos dirigidos a promover la puesta en común de su experiencia singular y de los modos propios de adaptación, interacción, permanencia y cambio en contextos urbanos. Este intercambio con los espacios sociales extracomunitarios ha estado mediado por algunas actividades desde las que se promueven la realización de charlas en colegios de Quilmes y alrededores. En ellas se explican a los estudiantes experiencias de lo que significa ser un indígena nacido en la ciudad, y pertenecer al pueblo *toba-qom* particularmente, lo que incluye la puesta en común de ciertos saberes y prácticas autoconsiderados ancestrales y exclusivos de la comunidad en un ejercicio en el que se construyen procesos discursivos en los que se evidencia una nueva etnicidad militante. Habría así una reinención de la etnicidad juvenil que se alimenta, en gran parte, del anclaje al pasado y al territorio del que provienen padres y abuelos pero que se replica, emplaza y emerge en las otras territorialidades configuradas por el espacio urbano.

Las personas, familias o comunidades migradas al Gran Buenos Aires lograron constituir una red que conecta al pueblo indígena *qom* en contexto urbano pero que extiende su alcance multidireccional hasta los territorios desde donde provienen originalmente al igual que hacia otras territorialidades. En cada uno de los nodos de la red, se encuentran comunidades, en cuyos jóvenes se evidencian modos de ser y estar singulares pero con un hilo conductor común que las identifica y moviliza en tanto parte de un grupo social y generacional común. Estas estrategias de ser, estar y aparecer ante y con otros basadas en el espacio dependen de la ligazón al territorio en tanto este, o el imaginario construido sobre este, configura sus prácticas y subjetividades. En Quilmes esto implica la articulación con otras redes y organizaciones comunitarias con las que se han creado tejidos de comunicación y acción permanentes, como por ejemplo el trabajo conjunto con las personas *qom* que habitan en villa Iapi, también en este municipio.

La participación juvenil en la dinámica comunitaria está condicionada por un proceso vital por el que debe pasar todo hijo de

migrante indígena en la ciudad: el llamado auto reconocimiento [indígena] surge como una etapa vital, problemática y no siempre resuelta, que se constituye a partir de la decisión de hacer parte o no del grupo étnico al que pertenecen los parientes de primer y segundo grado. No es un proceso fácil; el auto reconocerse o no como parte de una comunidad indígena conlleva consecuencias en términos de capital sociocultural que las y los niños y jóvenes comprenden y problematizan de manera constante:

«Yo primero no me quería reconocer indígena, no quería saber nada del tema, rechazaba todo... no es por rechazo a mi pueblo sino por miedo a la discriminación, tenía 20 años: una por el miedo de ser y de vivir en un barrio humilde (...) nosotros los pobres ya nacemos con una mochila que es la pobreza por más que no nos guste. “Sabemos manejar ese tema” pero después ser indígena es, para mí lo pensé, otra mochila; como que llevamos dos cargas, dos mochilas pesadas. Yo decía: “si me reconozco va a pasar esta cosa y esta otra, no, no quiero que me discriminen por ser o reconocermé indígena”».^[18]

La relación emocional-territorial emerge como vínculo simbólico entre generaciones: por un lado, los padres que migraron desde el Chaco o Formosa teniendo alrededor de 20 años de edad – en algunos casos mucho más jóvenes – tienen en el territorio abandonado su historia, parientes y rastros de un pasado cercano que los interpela de manera constante al hablar de estos lugares como «su tierra», «su territorio», sintiéndose partícipes activos de las demandas permanentes que sus compañeros – hermanos en la lógica comunitaria indígena – de zonas rurales realizan en términos territoriales. Por otro, las y los jóvenes qom nacidos en contexto de ciudad negocian la relación con el pasado compartido por sus padres, con la historia y con los vínculos filiales y étnicos de una forma distinta pero no por ello menos valedera. El hecho de que su desarrollo y formación se hubiese realizado en contextos urbanos y que conocieran tardíamente aquellos territorios en los que originalmente vivió su pueblo y del que provinieron sus padres – en algunos casos incluso de jóvenes que no han visitado nunca estos lugares – no fue impedimento para que muchos reconocieran, asumieran y adoptaran lo que podemos denominar una etnicidad

[18] Entrevista a Hernán Ávalos, joven qom de Quilmes.

activa, visibilizada y militada como espacio de reafirmación vital, biológica, además de sociocomunitaria.

En el caso de los y las jóvenes qom de la comunidad *yapé*, sus formas de participación desbordan los límites de la pertenencia indígena, si bien la etnicidad es parte constitutiva de sus modos de ser y estar en relación con otros. Al asumir una etnicidad activa los y las jóvenes encarnan también los rasgos constitutivos de la comunidad que los cobija la cual se considera autónoma, cooperativista y solidaria – elementos que comparten con los demás grupos vistos en los otros apartados – por lo que son las maneras de expresar esos modos de ser y estar muy singulares y potentes las que toman relevancia en un contexto de evidente hibridación cultural y despliegue de experiencias micropolíticas relevantes. En este sentido, un elemento que aparece frecuentemente en las comunidades qom en contexto urbano es que sus jóvenes visibilizan sus identidades híbridas y las expresan a través de su estética corporal y de formas del decir y del hacer que no reproducen los modos establecidos. Ejemplo de ello es el grupo de rap MLV Crew, de la ciudad de La Plata, cuyos integrantes, hijos de migrantes qom, adoptaron el estilo *hip hop* para transmitir sus singularidades (Colángelo *et al.* 2013):

*Mis manos fueron hechas
para empuñar un arco y una flecha
entre las líneas estrechas de esta vida
y una cultura casi dada por perdida,
que nunca olvida la herida
y una pesadilla,
golpea la otra mejilla,
pero en el horizonte brilla la esperanza,
alzando mi puño al viento una lanza
en honor a los que en paz descansan,
hoy hablo de mi barrio,
el orgullo de gente por hacer escultura de barro,
pero este es el suelo que piso
porque dios así lo quiso
y sé que la comunidad es mi paraíso.^[19]*

[19] Fragmento del tema musical «A fuerza» de MLV CREW, registrado en la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música (SADAIC) con el número 808.687.

En esta situación de tensiones, continuidades, rupturas e hibridaciones, los y las jóvenes no dejan de construir espacios generando particulares modos de actuación y otras posibilidades de acción expresivas que tienden a consolidarse como acontecimientos. Es decir, como aquellos espacios otros en los que se transitan vías desancladas de la semantización, del «todo significa o debe significar», donde y de manera hipotética, se reinventaría la política como ámbito en el que convergen singularidades que devienen en tipos diversos de sociabilidades y espacialidades (Daza 2008).

En ocasiones también la acción excede a la palabra ocupando espacios que desbordan los significados establecidos y reconfiguran sentidos en un contexto de cruce con diversas multiplicidades. Una de ellas es la estética como expresión y productora de afectividades que superan al plano racional. No se trata solo de la dramatización teatral de algún acontecimiento, sino también de la utilización y apropiación de herramientas espacio-temporales que entran en juego con la puesta en escena de la acción política, constituyéndose en epicentro de múltiples sensibilidades e interpretaciones. La estética, en tanto expresividad, aparece así como una herramienta de sustracción al ejercicio establecido del poder.

En síntesis, los movimientos juveniles que aquí abordamos ven como uno de los motores de sus luchas las disputas por el control, apropiación y reinención del territorio. De allí que sean expresiones significativas de un tipo de relación particular vinculada al lugar, a tal punto de inscribir sus acciones singulares en la memoria territorial de Quilmes. Sea que se trate de jóvenes organizados del FOL, HLI o de la comunidad *qom yapé*, los modos de expresar las subjetividades políticas se condicionan a vínculos afectivos y de memoria inscritos en territorios de la diferencia expresando el comunitarismo por las vías de lo político en clave territorial, comunitaria y generacional.

Palabras finales

Las experiencias organizativas abordadas en este capítulo además de mostrar procesos de juvenilización de ciertas acciones que suelen ser atribuidas al mundo adulto, visibilizan algunas formas de interacción propositiva por parte de sujetos política y espacialmente agenciados. Estas formas de espacialidad se configuran también a partir de tránsitos y devenires que consiguieron reconfigurar las

búsquedas de localización estática superando las fronteras del aquí y el allá, del centro y la periferia, del espacio vivido, el espacio aprendido y el espacio social, dimensiones que se imbrican a través de la construcción tanto simbólica como material del territorio. El lugar recordado – jóvenes de pueblos originarios – tanto como el lugar imaginado – tomas, asentamientos, espacios ocupados y de producción comunitaria – se constituyen así en un eslabón simbólico para las experiencias de organización territoriales vistas, que direccionan sus prácticas y reconstruyen sus cosmovisiones y singularidades en pos de la producción de territorio en temporalidades entramadas en la lógica espacial.

Estos modos de ser juvenil han logrado interpretar y potenciar, con matices diversos, el giro espacial que caracteriza a la época. Por un lado, mediante la puesta en marcha de acciones colectivas que suponen la comprensión de espacialidades devenidas en la posibilidad de otras territorialidades tales como la experiencia de las tomas y los asentamientos promovidos por las CEBs en los setenta y ochenta. Por el otro, a partir de la ocupación de los espacios públicos por parte de los MTDs en los noventa (que implicó la resignificación del barrio como territorio híbrido entre lugar de producción y lugar de reproducción). En tercer término, a través de los modos subjetivos con que se transmite la internalización de espacios otros (jóvenes qom en contextos de ciudad cuyas acciones reflejan la superposición de múltiples capas territoriales que los intervienen y constituyen y que ellos reconfiguran). En estas diversas experiencias pudimos ver como la producción de territorio se constituye como dispositivo político producido y productor de acciones colectivas diversas.

Si bien los casos abordados no permiten realizar generalizaciones, podemos sostener que en las tres décadas analizadas es posible identificar ciertas continuidades y reconfiguraciones en términos organizativos, en capacidad de acción juvenil y en singularidades territoriales ancladas a momentos específicos. Esto nos permite reconstruir un recorrido de las juventudes organizadas en el partido de Quilmes según las décadas, los territorios y las experiencias aquí propuestas.

El cierre de los canales de participación y diálogo institucionalizados que se dio durante la dictadura militar, condujo a que la autonomía emergiese como una de las búsquedas más visibles de las organizaciones sociales en los años ochenta. Las Comunidades

Eclesiales de Base impulsaron la configuración de una organización basada en la participación directa, la discusión de las jerarquías establecidas y la deliberación colectiva, esbozando la mayoría de los elementos que luego permitirán hablar de formas de organización horizontales. Esta aspiración a la horizontalidad y a la participación directa por sobre la representación y la delegación, fueron características que prevalecieron en los Movimientos de Trabajadores Desocupados de los años noventa, aunque con algunas variaciones significativas propias de las singularidades de cada experiencia.

Asimismo, a partir de cambios en la coyuntura política general que se expresan en el territorio, podemos distinguir un proceso de disolución de la organización territorial surgida de las tomas y los asentamientos entre 1985 y 1989. Quizá la experiencia de los fogones comunitarios y la organización territorial que integraba Agustín Ramírez sean una de las últimas expresiones visibles de las organizaciones comunitarias construidas en Quilmes en los primeros años ochenta.

En los años noventa el espacio barrial además de potenciar la aspiración por la autonomía, incorporó a la práctica política procesos productivos desplegados en dimensiones territoriales y comunitarias que avanzaron en la institución de lógicas productivas alternas. El barrio y la forma en que este fue reformulado como lugar de tránsito entre un estado de ocupación y otro de desocupación, implicó de manera más clara la búsqueda de formas alternativas de producción y subsistencia. Se trató de un proceso de resignificación de lo público a través del trabajo comunitario que implicó que los procesos productivos se trasladasen al barrio – producción en el territorio – rasgo que caracterizó de manera marcada las experiencias organizativas y territoriales de esta década.

El énfasis de la organización barrial se mantuvo y potenció en el contexto de la crisis de 2001. La diversificación, la auto-organización y la memoria en clave territorial emergieron en este período como elementos cohesionadores de procesos y prácticas de diferente índole. Esto puede apreciarse, por ejemplo, en el hecho de que las organizaciones de estos años constituyeron como referentes a las y los jóvenes asesinados o perseguidos por el Estado en las décadas anteriores. Asimismo, las tomas, luchas situadas y las prácticas políticas comunitarias y territoriales lograron imponerse al olvido en una disputa por la memoria territorial en la que día a día se

reconstruyen hitos que dan sentido a la acción colectiva y son a su vez reconfigurados por esta.

La memoria se constituyó así como agente productor de subjetividades en resistencia que desplegaron antagonismos en el territorio cuyos límites geográficos tanto, en tiempo como en espacio, fueron excedidos logrando convivir en el aquí y el ahora con espacialidades y temporalidades anteriores vitalizando las experiencias de organización juveniles situadas. El territorio logra así, desbordar la bidimensionalidad estática instituyendo una concepción integral de las espacialidades en la que tanto este, como las capas y cuerpos que lo habitan, requieren relacionarse de forma permanente con otros tal como lo haría un organismo viviente (Echeverri 2004).

La multiespacialidad de las y los militantes es un rasgo común en las tres décadas vistas en tanto sus acciones responden a procesos anclados a lugares en los que se está sin estar por completo – heterotopías en palabras de Foucault (1984) – pero que inciden en las subjetividades y en los modos en que estas se producen y expresan.^[20] En el despliegue de alternativas organizativas como la condensada en el FOL, por ejemplo, puede evidenciarse el carácter heterotópico de las acciones comunitarias en tanto cada unidad que compone al Frente – cada organización singular – representa al Frente mismo, por lo que sus militantes abarcan muchos espacios sin necesidad de estar permanentemente en ellos. Esta itinerancia espacial, lejos de diluir la dimensión territorial, la potencia y diversifica.

Asimismo, la experiencia multiterritorial de las y los jóvenes qom constituye otro ejemplo al respecto en el que además del componente temporal anclado a las memorias construidas, el territorio vivido, el territorio migrado – transitado – el territorio aprendido y el territorio imaginado confluyen en la constitución de prácticas que emergen a esa multiespacialidad. Esto implica buscarse, reconocerse y agruparse también a partir de la reproducción reinterpretada de rituales y creencias que fueron aprehendidos de manera indirecta pero que moldearon los modos de ser generacionales de una comunidad en espacios periurbanos.

[20] Las heterotopías son espacios en los que son reflejados aquellos valores que pueden ser reconocidos en uno mismo pero en el que también se yuxtaponen las relaciones a la vez que se entremezclan, problematizan y emplazan (Foucault 1984).

Al igual que la multiespacialidad, otras singularidades comunes a las experiencias abordadas son: la institución de lo común como elemento condensador de objetivos en los que la autogestión y la reciprocidad son reconfiguradas como herramientas disruptivas, el reconocimiento de las afectividades compartidas entre las y los jóvenes integrantes de los colectivos situados, la auto-organización y búsqueda de autonomía, que no desconoce una relación ambivalente y estratégica con el estado y las instituciones. Resaltamos también la coexistencia en los territorios abordados en Quilmes de una yuxtaposición de capas espaciales diversas ancladas en procesos históricos de larga data (Lefebvre 2013), lo que permite pensar la interculturalidad, el trabajo comunitario y la constitución de redes, desde una perspectiva relacional de composiciones y articulaciones con tiempos y espacios disímiles que, sin embargo, logran pervivir y articularse. Asimismo, tanto la dimensión estética de las prácticas juveniles, como las acciones pedagógicas hacia afuera de los grupos caracterizadas por las herramientas expresivas que las configuraban, fueron un común denominador en las tres décadas estudiadas.

En resumen, en las experiencias históricas de los territorios abordados se condensan diversos procesos político-territoriales singulares que fueron producidos por jóvenes y organizaciones juveniles con una intensidad suficiente como para producir, reconfigurarse, tensionar a lo largo de tres décadas. La ubicación geográfica de Quilmes respecto a la ciudad de Buenos Aires resulta clave en este proceso singular en tanto es una zona del sur del Conurbano con un desarrollo fabril importante desde los años setenta, lo que la convertiría en lugar de establecimiento de los migrantes que no lograron quedarse en la Capital Federal o fueron expulsados por los procesos de segregación espacial que fueron otra constante del período. Además, Quilmes se encuentra ubicada entre las ciudades Buenos Aires y La Plata – capital de la provincia de Buenos Aires – lo que la convierte en lugar de tránsito obligado y fluido.

Encontramos, asimismo, que hay diferentes formas de comunicación entre los barrios en los que se desplegaron las experiencias revisadas aunque hayan acontecido en décadas diferentes. La memoria territorial de Quilmes – desde las tomas y los asentamientos de los años ochenta, los talleres productivos de los noventa y la reinención de la diferencia pos 2001 – puede identificarse en los elementos compartidos por los grupos abordados en este capítulo

quienes, aún hoy conviven en el territorio y comparten procesos de lucha, comunitarismo y reinención de lo político signados por las afectividades politizadas.

Reconstruimos así, una geopolítica de las prácticas políticas generacionalmente situadas, una cartografía de las experiencias comunitarias, un mapeo exploratorio de las espacialidades de la política barrial en Quilmes con perspectiva diacrónica. Lo hicimos con la convicción de que todo espacio políticamente producido es un territorio en el que se despliegan las diferencias y las potencias sociales. A su vez, a partir de nuestro trabajo, sabemos que en los procesos de producción y politización territoriales habitan modalidades de institución de formas políticas con la potencia suficiente como para permear y marcar, capa por capa, los sustratos situados y superpuestos que configuran la persistencia de la organización territorial generacionalmente configurada.

CAPÍTULO 6

Estilos de hacer política en la escuela secundaria: un estudio de la participación juvenil en dos escenas históricas (1982-1987 y 2010-2015)

PEDRO NÚÑEZ, FIRA CHMIEL Y ESTEFANÍA OTERO

Presentación

Este artículo explora las formas de participación política juvenil en la escuela media argentina, enfocando la atención en el movimiento estudiantil secundario como un actor central de los procesos sociopolíticos contemporáneos. En las páginas que siguen estudiamos dos escenas históricas: los primeros años de la denominada transición democrática 1982-1987 y el período 2010-2015. Estos se caracterizan por una reconfiguración del movimiento estudiantil secundario, la sanción de leyes que buscan canalizar su participación por vías no siempre compartidas por las diferentes agrupaciones y la consolidación de diferentes figuras de ciudadanía, que condensan los sentidos sobre la militancia y la participación en la escuela media. Su estudio permite comprender los estilos de hacer política predominantes en cada época así como las continuidades y diferencias entre las etapas.

En cada uno de estos momentos históricos analizamos tres aspectos:

- 1) las causas militantes – rastreando las principales demandas del movimiento – ;
- 2) el repertorio de acciones;

- 3) el lazo con diferentes hechos que funcionan como hitos generacionales y enmarcan la dinámica de las acciones.

Ambos momentos históricos suelen ser leídos como coyunturas donde se habría incrementado la militancia juvenil en distintos espacios. Aun considerando que esa idea sea plausible, creemos que es preciso desentrañar las características que asume la participación en cada período, las demandas que prevalecen, las condiciones del nivel medio, las tensiones al interior del movimiento estudiantil: en definitiva buscamos evitar aquellas miradas que suelen conceptualizar a las y los jóvenes estudiantes como un todo homogéneo. Lejos de una lectura romántica que deposita en la juventud una representación unívoca sobre su destino, nos preguntamos qué lleva a los jóvenes a militar, qué cuestiones los interpelan y qué hitos funcionan como significativos en cada período.

La hipótesis de la que partimos es que así como es posible apreciar que durante la transición democrática prevalecen los intentos de organización gremial y política a través de centros de estudiantes, hacia fines de la década de los dos mil existe un desplazamiento hacia modos de organización que incluyen la elección de delegados, asambleas y la preeminencia de medidas como la *toma de escuelas* y acciones de grupos más reducidos. Estas transformaciones en el espacio escolar dan cuenta de una heterogeneidad de formas de participación y de demandas que expresan la emergencia de diferentes figuras de ciudadanía que condensan las prácticas políticas predominantes en cada época.^[1]

El capítulo está organizado en dos apartados que siguen un orden cronológico. En el primero abordamos el momento de reorganización del movimiento estudiantil secundario durante los primeros años de la década del ochenta. Allí presentamos un recorrido por los hechos significativos del período, las demandas y acciones estudiantiles, así como damos cuenta de las características del sistema educativo. Nos valemos tanto del análisis de fuentes secundarias, principalmente diarios de la época y revistas estudiantiles, como de entrevistas semiestructuradas realizadas con

[1] Para la elaboración de figuras realizamos un ejercicio similar al que emplea Carli (2006) cuando hace referencia a diferentes figuras de la infancia para recuperar las imágenes constituidas por los discursos (de los medios de la pedagogía y de la política) que condensan transformaciones globales y locales.

integrantes de diferentes agrupaciones estudiantiles, recuperando los relatos de quienes protagonizaron el movimiento en aquellos años.

En segunda instancia, indagamos la relación que las juventudes estudiantiles entablan con diferentes ámbitos de militancia y formatos de acción (actos, marchas u otras actividades políticas), así como en sus percepciones sobre los espacios de participación y los centros de estudiantes (de ahora en más CE), sus demandas y formas de organización. En este caso el corpus documental es más amplio ya que lo componen ciento cincuenta encuestas aplicadas a estudiantes del anteúltimo año del secundario (cuarto o quinto año de acuerdo a la jurisdicción) en cinco escuelas secundarias (tres instituciones en la ciudad de Buenos Aires y dos en Rosario) y entrevistas con estudiantes, docentes y directivos, así como observaciones de marchas y acciones protagonizadas por las y los jóvenes realizadas durante fines de 2014 y comienzos de 2015. Los casos fueron seleccionados por tratarse de escuelas singulares. Es decir, que elegimos instituciones que se diferencian por la composición de su matrícula, tradiciones, perfil de los docentes, modalidad y características de su propuesta, pero cuyo estudio enriquece el análisis y las posibilidades de comparar qué ocurre en espacios distintos (McLeod y Yates 2006).^[2] Por último, tomaremos algunos datos producidos a partir del trabajo de campo realizado en el Encuentro Nacional de Centros de Estudiantes que tuvo lugar en noviembre de 2014 en la ciudad de Embalse, Córdoba, organizado por el Programa Nacional de Organización Estudiantil de Centros de Estudiantes de la Dirección Nacional de Políticas Socioeducativas del Ministerio de Educación de la Nación, donde se aplicaron ochenta y un encuestas a jóvenes provenientes de diferentes provincias del país.

[2] En la CABA se escogieron una escuela dependiente de la Universidad, un ex nacional ubicado en una zona de alto poder adquisitivo, pero donde la mayoría de la matrícula proviene de una villa miseria cercana y una EMEM, –instituciones creadas a comienzos de los noventa en zonas con menor cobertura de la matrícula y con modificaciones en sus propuestas respecto de las escuelas tradicionales–. Por su parte, en Rosario también se eligió una escuela dependiente de la universidad y una institución de gestión privada que atiende a jóvenes de sectores populares y se ubica en un barrio en la entrada de la ciudad.

Los años en los que todo parecía posible: la reorganización del movimiento estudiantil secundario (1982-1987)

«Del 83 al 85 fue una temporada donde estaba casi todo bien... ganábamos la libertad primero, ganamos la democracia, iba saliendo la paz con Chile, se resolvieron cosas como muy significativas (...). Pensábamos; vamos a construir el partido, vamos a construir la Argentina, vamos a estudiar, vamos a hacer una carrera, vamos a tener una novia, vamos a ir a los recitales gratuitos en Barrancas de Belgrano, estaba todo ahí... y las cosas conflictivas eran cosas que vos decías bueno, contra esto podemos pelear, era posible. (Gabriel Puricelli, militante del Frente Secundario Intransigente)».^[3]

«La política es divertida, es un mundo de incertidumbre permanente, ningún día es igual a otro. Es una vida mucho más divertida que la de otros compañeros del colegio que no le pasaban esas cosas (...). Era una época que se parecía a la película *Érase una vez en América* de Sergio Leone, de un grupo de chicos judíos que arranca en la mafia de Brooklyn y hace sus iniciaciones. Esa película se me viene a la cabeza, como recuerdo de la sociabilidad de uno, de las expectativas. Éramos chicos nada más (Esteban Schmidt, militante de Franja Morada)».^[4]

Los años que van desde el final de la guerra de Malvinas hasta la elección legislativa de 1985 fueron los momentos en los que todo «era posible», como sostiene Gabriel Puricelli, secretario general del Centro de Estudiantes del colegio Nacional de Buenos Aires – que comenzó a reconstituirse en 1982 – en el testimonio presentado en el epígrafe. Si bien el movimiento estudiantil ya había organizado en agosto de 1981 una primera movilización en demanda del boleto

-
- [3] El Frente Secundario Intransigente era la rama del movimiento estudiantil secundario del Partido Intransigente, partido que lideraba Oscar Alende y se posicionaba como parte del campo de la izquierda nacional. El PI logró ser la tercera fuerza a nivel nacional en la elección de 1983 con notable relevancia en espacios universitarios, pero a partir de 1987 comenzó un lento declive.
- [4] Franja Morada es originariamente una agrupación estudiantil universitaria creada en la década del setenta con ideales reformistas que tiene a cargo hasta la actualidad la conducción de la Federación Universitaria Argentina. Con la llegada de Alfonsín a la presidencia logra expandirse a otros espacios como las escuelas secundarias ocupando conducciones políticas fundamentalmente durante los años noventa. <http://www.franjamorada.org.ar/nuestra-historia>.

estudiantil (Enrique 2011) la mayoría de las personas entrevistadas sitúa hacia el final de la guerra el momento de mayor ebullición en las escuelas.

Entre los años 1981 y 1982, a la par de la disminución en la intensidad de la represión y de la realización de varias protestas callejeras masivas demandando la apertura democrática, comenzaron los primeros intentos de reorganizar los centros de estudiantes, principalmente en las instituciones dependientes de las universidades nacionales así como en los colegios nacionales, las escuelas normales y las escuelas técnicas más emblemáticas, proceso que adquirió una velocidad mayor luego del conflicto bélico. Efectivamente, la derrota funcionó como un momento bisagra, a partir del cual comenzó a resquebrajarse el miedo que hasta entonces había transmutado en la presencia capilar en la sociedad de un *pathos* autoritario (O'Donnell 1997). La etapa que se inicia en los meses previos al conflicto con Gran Bretaña y finaliza en las elecciones legislativas de 1985 se caracteriza por su dinámica vertiginosa, de constante movilización. Se trata del momento en el cual los estudiantes secundarios cobran visibilidad y se convierten en uno de los actores principales del período.

Hasta entonces, los participantes del movimiento estudiantil habían desplegado acciones de resistencia de «baja escala» como la circulación de revistas, panfletos y reuniones semiclandestinas en casas particulares, actividades que, al igual que ocurrió en el caso universitario, facilitaron la reconstitución de un tejido social debilitado por la dictadura (Polak y Gorbier 1994). En este contexto ocupan un lugar prominente las revistas clandestinas que, tal como señala Finocchio (2013) para el caso de *Aristócratas del saber*,^[5] surgen como una forma de romper el aislamiento y el miedo que imponían las autoridades en los colegios. La posibilidad de acceder a ellas no solo permitía que los estudiantes arribaran a la lectura de temas culturales y políticos no abordados públicamente, sino

[5] *Aristócratas del saber* fue una revista clandestina editada entre 1978 y 1986 (se publicaron 25 números) por un grupo de estudiantes de quinto y sexto año del Colegio Nacional de Buenos Aires, que adopta ese título «como parodia de las frases elitistas de las autoridades». Los estudiantes de las diferentes agrupaciones políticas que empezaban a organizarse publicaban sus primeros artículos periodísticos, poesías y cuentos utilizando seudónimos para escapar a los actos persecutorios de las autoridades o las fuerzas de la represión (Garaño y Pertot 2003).

también funcionando como un rito de paso o «bautismo»^[6] en el mundo de la participación política estudiantil. Asimismo, estas iniciativas contribuyeron a tender redes que sirvieron para rearticular los vínculos entre los estudiantes secundarios (Manzano 2011). Uno de los entrevistados, describe las características de esos escritos, que eran una vía de ingreso a un nuevo ámbito de sociabilidad, vinculado a la militancia política:

«No llegaba a ser una revista, era como un papel mimeografiado, que era como decirte dos hojas oficios con texto y dobladas, muy artesanal y se repartía, ni siquiera era una fotocopia, era un papel mimeografiado. Y uno de los pibes que la hacía, que era como un líder bastante importante en el colegio, un día me dice “Che, vamos a tomar un café” y me empieza a hablar, habrá sido allá por Malvinas. Empezamos a hablar, hablar y nos hicimos amigos. Un día me dijo que era de la Juventud Comunista».^[7]

De esta manera, el ingreso a la militancia surge no solo de un compromiso ideológico previo sino también a partir de la red de afinidades y afectos que comienza a consolidarse a la par de la circulación semiclandestina de revistas y la posibilidad de encontrarse en ámbitos preservados de la mirada represiva. Tal como señalamos, la derrota del gobierno militar en la Guerra permitió cierta laxitud de las regulaciones cotidianas en las escuelas, dando lugar a más acciones políticas que estaban por fuera de lo que las mismas autoridades escolares podían prever. Algunos estudiantes se animaron a firmar petitorios e incluso a solicitar entrevistas con los directivos para conseguir un boleto escolar a mitad de precio (Berguier citado en Manzano 2011). Así comenzaron a tener visibilidad y «sus demandas se imbricaron con la renovación de la actividad política que, acelerada tras la derrota militar en la guerra de Malvinas, iba despejando el camino para una “salida democrática”» (Manzano 2011, pág. 47).

Las revistas como práctica y dispositivo político, la participación en las primeras manifestaciones así como los intentos de organización estudiantil aún en dictadura, enmarcan las nuevas tensiones

[6] De esta manera refiere Gabriel Puricelli a la revista que circulaba en el Nacional Buenos Aires: «Eso fue así como un bautismo de fuego digamos, todo el mundo la quería y preguntaba “che ¿cuándo sale la revista?”».

[7] Entrevista a Ernesto Lamas, representante estudiantil de la Federación Juvenil Comunista del colegio Reconquista de la ciudad de Buenos Aires.

que emergen entre los docentes, funcionarios escolares y estudiantes. El Nacional de Buenos Aires – colegio que cuenta con un alto número de estudiantes víctimas del terrorismo de Estado (Garaño y Pertot 2003) – es uno de los ámbitos donde estas muestras de resistencia tienen lugar. Al respecto, Puricelli recuerda un hecho que los estudiantes de dicho colegio realizaron el 7 de julio de 1983, aniversario que recordaba la desaparición de algunos de sus compañeros. Ese día se presentaron con una cinta blanca en su ropa, lo cual constituyó una pequeña transgresión del uniforme escolar que desconcertó a las autoridades, provocando grietas que favorecerán la reorganización del Centro de Estudiantes en este colegio.^[8]

En relación a las causas militantes, aquellas cuestiones que se convirtieron en demandas del movimiento estudiantil, consistieron principalmente en tres aspectos: la organización de los centros, los asuntos académicos relacionados con las escuelas y aquellas relacionadas a reclamos económicos como becas o el boleto estudiantil. Estas tres temáticas se mantuvieron inalterables durante los primeros años de la democracia, aunque fue modificándose el énfasis que se le dio en cada una de ellas. Las iniciativas del movimiento estudiantil para tornar visibles sus planteos oscilaban entre las acciones de resistencia en sus escuelas, producto de una sociabilidad de proximidad y la presencia en el espacio público – en las movilizaciones y actos – que se desarrollaban en un número cada vez mayor. Asimismo, y de manera similar a lo que ocurría en otros ámbitos de militancia juvenil, la mayoría de los militantes estudiantiles participaba activamente de las marchas de organismos de derechos humanos, siendo central la demanda de juicio y castigo a los responsables del terrorismo de Estado.

La convocatoria a elecciones implicó un cambio vertiginoso en la militancia estudiantil. Se adopta entonces una dinámica que incluso es difícil de interpretar para quienes participaban activamente en esos años. Si bien la mayoría mantuvo su militancia en el movimiento estudiantil como principal ámbito de referencia, la reorganización de los partidos políticos y la adhesión que cobraron

[8] Estas acciones son similares a las que Polak y Gorbier (1994) en su trabajo sobre el movimiento estudiantil universitario denominan «relámpago», que consistían en distribuir volantes contra el arancelamiento, interrupciones con aplausos en el bar de alguna facultad y decir alguna frase de manera muy rápida o dejar un grabador con música nacional y consignas de oposición a los aranceles a todo volumen en la biblioteca.

algunos candidatos llevó a que se combinase la participación en distintos espacios de militancia. Este proceso marca el paso a una instancia que fue definida por uno de los entrevistados como «estar politizado», situación que excedía el ámbito educativo:

«Ya no era una cuestión escolar sino que había... No sé cómo fue pero yo al año siguiente en marzo me encontré con una situación de estar politizado pero no recuerdo cuando empecé a ir al comité de Capital, a la Franja secundarios. No sé cuándo empezó. El radicalismo fue por Alfonsín. Alfonsín fue una cosa muy llamativa, era imposible no tomarlo. Era difícil no encarar para el lado de un líder. Ir al comité fue algo normal de la vida».^[9]

Tal como se observa en el fragmento, la identificación con un líder político combinó la militancia en la escuela y en el comité como «algo normal» en la vida de jóvenes de 15, 16 o 17 años. A su vez, la campaña es señalada como una suerte de mojón que reestructura los tiempos de militancia. Los activistas estudiantiles comenzaron a organizarse en sus escuelas a la par que participaban en las acciones de la campaña electoral. De un modo concomitante a lo que ocurría en el ámbito universitario (donde las primeras elecciones en facultades de la Universidad de Buenos Aires tuvieron lugar en 1982 y la gran mayoría al año siguiente, ya con la reorganización de la Federación Universitaria) es plausible señalar que «uno de los rasgos más sobresalientes del activismo durante esos meses es la multiplicación de agrupaciones que asumen públicamente sus respectivas identidades» (Polak y Gorbier 1994).

Ahora bien, ¿qué características tenía el nivel medio en aquellos años? ¿Cuáles fueron las principales políticas implementadas? Conocer estas medidas nos ayuda a situar las posturas del movimiento estudiantil secundario ante las diferentes políticas y coyunturas de la época, reconocer los cambios que acontecen entre los primeros intentos de organización todavía en dictadura y las nuevas demandas que se abren en un campo de oportunidades diferente con el gobierno democrático. Entre las principales cuestiones que el nuevo gobierno democrático debió resolver se encontraban «aquellas vinculadas a la censura y restricciones múltiples de la época dictatorial y las limitaciones al acceso y a la permanencia de los

[9] Entrevista a Esteban Schmidt, responsable de la Franja Morada en el colegio Mariano Acosta de la ciudad de Buenos Aires e integrante de la Mesa Ejecutiva de la FES.

estudiantes, como la vigencia de cupos u otros mecanismos que desalentaban la integración de los jóvenes».^[10] En mayo de 1984 se impulsa el Plan Nacional de Alfabetización y se aprueba el proyecto del Congreso Pedagógico Nacional. Asimismo, como parte de la política democratizadora de la escuela media, se suprime el examen de ingreso en primer año de la secundaria instaurándose en muchas instituciones el sistema de sorteo como modo de ingreso (Dussel 2015, pág. 10).^[11] El gobierno de Alfonsín puso énfasis en el proceso de democratización como política de Estado en el ámbito educativo, en sintonía con el discurso de la civilidad que colocaba en el centro de su política.^[12] De forma paralela, se promovieron otras formas de organización de la disciplina escolar,^[13] dando inicio a las primeras reformas que promovieron la discusión colegiada en relación a las normas escolares (N. Álvarez 2010), tal como se recuerda en una entrevista:

«Los regímenes disciplinarios no eran una boludez ¿eh?: sacar las amonestaciones y reemplazarlas por algunos consejos... no me acuerdo cómo los llamaba, Consejo Educativo con participación del docente, del alumno y donde pueda discutir la problemática disciplinaria en un contexto para

[10] Entrevista a Adolfo Stubrin, quien ocupó el cargo de secretario de Educación (1987-1989), citada en Mónaco y Rosemberg (2015, pág. 13).

[11] El gobierno democrático recibió una estructura educativa en la cual el 83 % de las escuelas medias eran públicas y el 78 % de los estudiantes de primaria y secundario concurría a escuela pública. La obligatoriedad escolar era de 7 años y el porcentaje de adolescentes de 12 a 17 años que asistían a la escuela era de un 68 % (Bottinelli 2015, pág. 4).

[12] Las líneas de acción identificadas por Enrique (2011) que generaron cambios significativos fueron: (1) la promoción de la inclusión social garantizando el acceso, la retención y el egreso de los alumnos, a través de la suspensión de los exámenes de ingreso, el sorteo de vacantes y la creación de nuevas escuelas (Tiramonti y Nosiglia citado en Wanschelbaum 2009); (2) modificaciones curriculares para la transmisión de contenidos democráticos en educación cívica e historia (Tiramonti y Nosiglia citado en Wanschelbaum 2009); (3) la promoción de mecanismos de participación como la apertura de la escuela a la comunidad, talleres de participación y el proyecto de centros de estudiantes que abarcaría tanto a establecimientos estatales como privados.

[13] También se encuentra en los titulares de los diarios del momento: «¿Fin de las expulsiones y amonestaciones en la escuela media?» en *Tiempo Argentino*, jueves 2 de agosto de 1984 (Enrique 2011, pág. 188).

nosotros no represivo determinado por la imposición de la amonestación y donde poder discutir otras cuestiones».^[14]

El triunfo del radicalismo dio continuidad a la efervescencia de la militancia juvenil, profundizándose la expansión de instancias de representación, pero también es el momento en el cual se plasman varias tensiones entre las demandas del movimiento estudiantil y las políticas educativas impulsadas por el alfonsinismo. El partido radical, si bien integró la petición estudiantil a su plataforma programática, cuando fue gobierno promovió la institucionalización de los centros de estudiantes entendidos como «asociaciones estudiantiles que serían auténticos espacios de aprendizaje de la democracia participativa» (Enrique 2011, pág. 160). En estos no se podrían: «desarrollar actividades político-partidarias o sindicales, así como toda acción discriminatoria que perturbe la unidad y armonía de la comunidad escolar» (Enrique 2011, pág. 164). Este conjunto de medidas se debían al principio de «neutralidad» como valor sostenido por el partido de gobierno, entendiendo que la escuela media no debería involucrarse en debates políticos ni religiosos. En paralelo, el movimiento estudiantil secundario se afirmaba en el escenario político ya que se había logrado la conformación de la FES, con una conducción colegiada que reflejaba la diversidad y pluralidad de partidos políticos. Esta búsqueda por garantizar la representación de todas las agrupaciones es un rasgo particular de los primeros años de la democracia que también aparece en el Movimiento de Juventudes Políticas (MOJUPO), tal como señalan Larrondo y Cozachcow en este mismo libro. Uno de los integrantes de la primera Mesa Ejecutiva de la Federación, describe cómo estaban organizados:

«Había un comité de 15 personas, una Mesa Ejecutiva de 5 y cada fuerza ponía uno en la mesa ejecutiva: el PI, el PC, la JP, el radicalismo y los independientes, pero que eran todas agrupaciones vinculadas al PC».^[15]

[14] Entrevista a Ariel, militante estudiantil del Normal 3 de la ciudad de La Plata, UES.

[15] Esteban Schmidt, responsable de la Franja Morada en el colegio Mariano Acosta de la ciudad de Buenos Aires e integrante de la Mesa Ejecutiva de la FES.

La forma planteada para la organización estudiantil desde las normativas se respaldaba en el modelo de democracia representativa y constaba de dos órganos de debate y decisión: la Asamblea de Representantes y la Comisión Directiva y planteaba implícitamente una suerte de misión a la juventud que cristalizaba una representación de la misma como emprendedora, comprometida, solidaria y afín a la democracia, a la vez que no integraba a los apáticos ni a los revolucionarios a imagen de los sesenta y setenta (Larrondo 2015). La normativa establecía una diferencia entre los estudiantes de primeros años y aquellos más grandes, con derecho a tomar decisiones en función de una evaluación expresa de su nivel de madurez, aspecto que fue criticado por los estudiantes quienes demandaron además en contra de las diferencias en cuanto a la participación política entre los estudiantes de secundaria y universitarios que establecía la resolución 3/84 de «Creación de asociaciones estudiantiles en los establecimientos de nivel medio». Esta disparidad habilitaba las sanciones para estudiantes de secundaria que repartían una publicación partidaria, lo que motivó que los jóvenes desplegaran distintas estrategias para enfrentar la censura: «poníamos una hoja blanca para tapar la página censurada con engrudo y después en casa las despegábamos con vapor para desplegarlas y que fuera posible leerlas» como recuerda Jorge, quien militaba en el centro del colegio Mariano Acosta. En un contexto donde persistían amenazas de bomba en muchos establecimientos y en el cual varios estudiantes habían sufrido agresiones, el movimiento estudiantil denunció hechos de persecución en las escuelas, como el caso Pierini que ocurrió en dicho colegio.^[16]

La principal movilización en contra de la normativa tendrá lugar en 1984, cuando se produzca la «Marcha por la libre agremiación»^[17] de los estudiantes de los colegios de la CABA y del Gran

[16] Se trata de un estudiante de quinto año de la escuela Normal 2 Mariano Acosta que fue sancionado por vender la revista *¿Qué Pasa?* del Partido Comunista en la puerta del establecimiento (Enrique 2011, pág. 164). Este episodio conocido como el caso Pierini se difundió en la prensa, tal como se observa en los titulares de los diarios entre fines de julio e inicios de agosto de 1984. «Proselitismo político. Polémica expulsión de un estudiante», *Clarín*, 27/07/1984. «Una expulsión por acción proselitista», *Clarín*, 02/08/1984 (Enrique 2011, pág. 188).

[17] Tal como se observa en los titulares «Malestar oficial por la acción estudiantil», *Clarín*, 07/06/1984. «Los pedidos y las formas», *Clarín*, 13/06/1984 (Enrique 2011, pág. 187).

Buenos Aires. Entre las demandas se incluía el reconocimiento de los centros de estudiantes como órganos de representación gremial, la democratización de las escuelas y otras cuestiones relativas a las condiciones de cursada, el boleto estudiantil y facilidades para adquirir materiales de estudio. Es decir, si bien existían referencias a otras causas militantes que mencionamos anteriormente, la demanda principal se vinculaba a la organización estudiantil que, tal como sostiene Larrondo: «implicaba el reconocimiento de su legitimidad como representantes de un actor específico, gremial, y no un permiso para llevar adelante “emprendimientos”» (Larrondo 2015, pág. 70). Siguiendo con la cronología de movilizaciones estudiantiles, la segunda marcha la realizaron las federaciones de estudiantes secundarios de la CABA y otras federaciones del Conurbano bonaerense el 29 de julio de 1985 y en ella participaron 10.000 estudiantes (Larrondo 2015, pág. 72). En esa movilización los estudiantes también reclamaron por una renovación de la currícula entendiendo que persistían contenidos de la dictadura y que no habían sido *aggiornados* en función de las necesidades nuevas del país, además de la crítica a los métodos pedagógicos de los docentes. Por esos años comienzan las primeras referencias a la «Noche de los Lápices» ya que en el décimo aniversario de esos sucesos ocurridos en 1976 la Federación Juvenil Comunista conformó un Frente con esa denominación (Manzano 2011). Este hecho cobró una dimensión política que funcionó como homenaje a los jóvenes desaparecidos y de ligazón con las experiencias políticas de las generaciones precedentes (Lorenz 2004).

Las movilizaciones abrieron espacio a nuevas oportunidades de intercambio y debate entre centros, pero también a tensiones al interior del movimiento estudiantil. Según los relatos de los entrevistados, en sus inicios el movimiento estudiantil se presentaba unido en pos de su reorganización o la denuncia de agresiones y amenazas a varios de sus integrantes.^[18] Las revistas juveniles de la época, como *Quiero Ser*, son el espacio en cuyas páginas los estudiantes condenan la destrucción en sus colegios de carteles de algunas agrupaciones políticas, difunden actos de repudio a amenazas y denuncian agresiones sufridas por militantes políticos de

[18] Estos sucesos aparecen reflejados en la prensa: «Fue amenazada una estudiante de un colegio secundario», *Clarín*, 19/09/1984. «Nuevas amenazas a alumnos secundarios», *Clarín*, 21/09/1984 (Enrique 2011, pág. 187).

diferentes escuelas, caracterizándolos como «mensajes dirigidos hacia todo aquel que no solamente desea militar en algún partido sino en cualquier otro ámbito que se alimente de ideales participativos».^[19] Sin embargo, con el correr de los años y al calor de las medidas del gobierno en relación a la participación política en el nivel medio surgirán diferentes posicionamientos. Aquellos que participaban en agrupaciones como la FJC recuerdan las disputas con la Franja Morada a partir de lo que su agrupación consideraba desaciertos de la política educativa y su repercusión en el movimiento estudiantil:

«La Coordinadora y la Franja Morada tenían el mito de ser el ala izquierda del alfonsinismo, en realidad eran súper conservadores en lo cotidiano porque les tocaba representar un gobierno. Recibían las puteadas de todos eran contra el gobierno, que no profundizaba tal como esperábamos todos que profundizara. Ellos como organización bancaban sin grietas la línea del gobierno, entonces cualquier tema de debate eran todos contra la Franja».^[20]

Por su parte, quienes se identificaban con el gobierno otorgan otros sentidos a las movilizaciones de la época, vinculándolas más bien a los primeros aprendizajes como portavoces de los estudiantes ante los diputados:

«Hicimos una marcha el 8 de junio de 1985 creo al Ministerio de Educación en la Ciudad, una marcha muy grande, mucha gente, lideraba una banda grande de personas, fue muy lindo porque de ahí nos fuimos al Congreso y nos terminaron recibiendo en la presidencia del Bloque de Diputados radical. Tengo ese recuerdo del hombre recibiéndonos a pibes de 15, 16 años. Recuerdo con mucho cariño, muchos años después, viendo ahora

[19] El número 25 del año 1986 de la revista *Quiero Ser* contiene una columna de opinión de una estudiante del Colegio Carlos Pellegrini denunciando la rotura de afiches de la Franja Morada, la FJC y el FSI, la cobertura de una marcha estudiantil en el parque Rivadavia en repudio a las amenazas sufridas por un integrantes de la Mesa Directiva de la FES y una nota titulada «¿Llover sobre mojado?» que narra diferentes hechos de violencia y amenazas contra estudiantes, donde se encuentra la cita que extrajimos.

[20] Entrevista a Ernesto Lamas, militante de la Federación Juvenil Comunista del Colegio Reconquista de la ciudad de Buenos Aires.

de grande cómo actúan los políticos, qué buena persona, ¿no? Porque la verdad que no hacía falta. Muy lindo».^[21]

En estos dos relatos, más allá de la disímil pertenencia política, hallamos varios puntos en común. De manera similar a lo que plantea Jelin (2015) en su estudio sobre el movimiento de derechos humanos en el período que va de la guerra de Malvinas a los primeros años del gobierno de Alfonsín, creemos que el movimiento estudiantil secundario también se caracterizó por sus nuevas iniciativas y generó y construyó nuevas oportunidades políticas que posibilitaron la reorganización de los Centros de Estudiantes, la realización de actividades políticas, el paso de la sociabilidad acotada a sus escuelas a un espacio público más amplio que les dio visibilidad, la construcción de un arco de solidaridades y pertenencia que permitió que varias de sus demandas fueran consideradas socialmente. Asimismo, el movimiento estudiantil encarnó, posiblemente con mayor énfasis y menores dificultades que otros espacios de militancia, las coordenadas propias del estilo de hacer política de la transición democrática, ese nuevo *ethos* militante al que hacen referencia Vommaro y Blanco en este libro. Allí se analiza cómo la participación en la vida de partido, un renovado clima cultural y la distancia con la idea de «militante total» de la década previa no solo produce nuevas miradas sobre la experiencia de militancia, sino que dota de sentidos novedosos a la noción de democracia.

Este clima de época se plantea como «frontera» (Aboy Carlés 2001) con el pasado y simultáneamente encarna una cultura política diferente a la de los años anteriores. Los integrantes del movimiento estudiantil secundario, mujeres y varones jóvenes que se iniciaban en la militancia política, posiblemente por su edad, no debían reconvertir sus posicionamientos a los propios del período democrático y, de este modo, se erigieron en los actores que expresaban con mayor nitidez los nuevos rasgos que asumía la política.

[21] Entrevista a Esteban Schmidt, responsable de la Franja Morada en el colegio Mariano Acosta de la ciudad de Buenos Aires e integrante de la Mesa Ejecutiva de la FES. En la entrevista hace referencia a la reunión que tuvieron con el entonces presidente del Bloque de Diputados de la Unión Cívica Radical, César «Chacho» Jaroslavsky, quien presidió el mismo desde 1983 hasta 1991.

Luego de un contexto donde el movimiento estudiantil había sido duramente reprimido, existió un recambio generacional protagonizado por jóvenes que se asomaban a la política a partir de una combinación de su interés por actividades culturales, la transmisión familiar y la reconfiguración de una red de sociabilidad que permitió su identificación como estudiantes más allá de filiaciones políticas y escolares. El grupo de jóvenes que protagonizó la refundación del movimiento estudiantil secundario combinó la militancia en sus escuelas, con instancias más amplias como la FES, en marchas contra la dictadura, en acciones simbólicas de resistencia, en el movimiento de derechos humanos, en la continuación en los partidos políticos con los que se referenciaban. Las figuras de ciudadanía emergentes se encontraban alejadas de aquellas más románticas vinculadas al sujeto revolucionario, al militante de los años setenta y quizás, por esa misma razón, esas militancias funcionaban como reguladoras de las formas de participación propias de la transición democrática en tanto definían qué tipos de militancia ya no eran legítimas y no podían ser reivindicadas (Larrondo y Vázquez 2015; P. Vommaro y Cozachcow 2015). Esta toma de distancia de aquel compromiso con las organizaciones político militares de los años setenta transcurre en un momento en el cual muchos de quienes habían participado de esas experiencias también ocultaban, callaban o buscaban resignificarlas en función de los nuevos tiempos de la transición (Ollier 2009). Frente a las normativas que regulaban la participación estudiantil y buscaban encauzarla en referencia a la «civilidad» como etapa no conflictiva de la democracia y respetuosa de las libertades civiles, los estudiantes se movieron en su mayoría en acciones que se aproximaban a una figura de militancia *ideológica*, reivindicando su papel como militantes partidarios, en las escuelas así como en otros ámbitos. Asimismo, esta representación predominante del modelo de militante a tiempo completo desdibujó otras formas en las cuales la política se hacía presente en las escuelas, más vinculadas a la organización de actividades culturales, e invisibilizaba que en 1985 solo treinta colegios de un total de ciento ocho contaban con representantes en la Federación de Estudiantes Secundarios.^[22]

[22] El dato es mencionado por Sergio Borsalino, secretario de Organización de la FES en una entrevista en la revista *Quiero Ser* donde ante la pregunta sobre el supuesto inmovilismo del movimiento estudiantil responde: «Los

Podemos pensar que dada la fuerza de ciertas imágenes y representaciones predominantes de lo que es un militante persiste aún hoy una figura que asocia la militancia estudiantil con aquella que denominamos ideológica, diluyendo la existencia de otros modos de politización juvenil. En el próximo apartado presentaremos el análisis del período 2010-2015, como el momento que permite pensar las diferentes formas que adquiere la política en las escuelas, a partir de otras coordenadas, hitos y causas militantes enarboladas por los estudiantes.

¿El resurgir de la militancia estudiantil? Reclamamos y formas de organización política en el nivel secundario (2010-2015)

El año 2010 en la ciudad de Buenos Aires se caracterizó por la existencia de diferentes conflictos educativos a partir de las tomas de escuelas protagonizadas por el movimiento estudiantil. Estos jóvenes, agrupados en la Coordinadora Unificada de Estudiantes Secundarios (CUES), habían manifestado una demanda central que, como veremos en este apartado, coloca en el centro de la escena aspectos económicos vinculados al presupuesto destinado a la infraestructura escolar. Los mismos conflictos ocurrieron en el año 2011, teniendo a los centros de las escuelas normales como protagonistas. En 2012 los estudiantes de cincuenta escuelas realizaron tomas durante un mes a causa de reformas curriculares que se habían iniciado en las escuelas técnicas. Las escenas de ocupación en instituciones emblemáticas (como el colegio Carbó en Córdoba, el Politécnico de Rosario o el Carlos Pellegrini y el Colegio Nacional de Buenos Aires de la ciudad de Buenos Aires), así como en distintas ciudades, mostraron que los estudiantes desplegaron un repertorio de acciones que priorizaba las sentadas, tomas y asambleas así como la difusión a través de *stencils* y pintadas y el uso de las redes sociales, principalmente Facebook y más recientemente Twitter.

En 2013 la situación se repitió con la toma de otras escuelas porteñas que se sumaron a las preuniversitarias. En estos casos

centros no surgen de la inquietud del conjunto de los estudiantes sino de las minorías que participan, no son por lo tanto absolutamente representativos (...). El año pasado había solo 4 o 5 colegios con representantes elegidos por todos y este año ya son 30 los colegios, sobre un total de 108», *Quiero Ser*, n.º 25, 1986, pág. 6.

el conflicto se debió a los cambios curriculares que el gobierno porteño buscaba implementar para adecuar los contenidos a las resoluciones del Consejo Federal de Educación (CFE).^[23] Como puede observarse, si bien las formas organizativas de los estudiantes pueden resultar similares a la de los años ochenta, es evidente que el paso de los años y las coyunturas políticas fueron transformando las demandas y sus acciones. En un contexto que preveía nuevos modos de acción disponibles para quienes lograran sostener un grado mínimo de organización (Pereyra 2016), el movimiento estudiantil secundario incorporó a la *toma* a la vez que modificaron las exigencias y formas de organización: de reivindicar la democracia a exigir mejoras edilicias, de la primacía de la representación en centros a las realización de asambleas, elección de delegados y la construcción de espacios de mayor horizontalidad.

Esta mayor visibilidad de la juventud estudiantil, en tiempos en que tuvo lugar la construcción de la juventud como valor o causa pública (Vázquez 2013), cobró notoriedad en la escuela secundaria por varias razones que es preciso explicar. En primer lugar, en la actualidad asistimos a una nueva escena escolar en el que la vieja escuela media adquiere otra configuración. Se trata de una escuela en la que si bien persiste una forma escolar constatable en su modo de organización (cantidad de materias, símbolos, organización del tiempo y del espacio, entre otros aspectos) se encuentra habitada por otras generaciones que impregnan las instituciones con nuevas prácticas (expresado mayormente en los estudiantes, pero también en nuevos perfiles docentes).^[24]

En segunda instancia, la escuela secundaria concentra un conjunto de iniciativas de política pública que, de un modo más o menos explícito, pretenden impulsar la participación estudiantil. Esta expansión normativa del horizonte de derechos en la escuela

[23] La principal demanda era que se ejecutara la totalidad del presupuesto destinado a infraestructura, que las refacciones se realizaran ese año y para todos los colegios, con plazos bien establecidos, como puede apreciarse en los siguientes artículos en medios gráficos, véase C. Rodríguez (2010); Arréquez Manozzo (2011) y Anónimo (2012).

[24] Si observamos las tasas netas de escolarización secundaria encontramos cambios significativos, ya que en las últimas décadas aumentó de manera considerable al pasar del 42,2 % en 1980 a 59,3 % en 1991, hasta alcanzar el 71,5 % en 2001 y el 85 % en 2011. DINIECE, 2013. Ministerio de Educación de la Nación.

no se traduce necesariamente en la cotidianidad escolar, pero sí refiere a una escena novedosa en relación al lugar que tenía anteriormente. La ley Nacional de Educación 26.206 aprobada en 2006 no solo estableció la obligatoriedad del nivel secundario sino que en su articulado, así como en las resoluciones del Consejo Federal de Educación (CFE), fomenta la participación de las y los estudiantes y la consolidación de una cultura democrática en las escuelas. Por su parte, los lineamientos plasmados en el Plan Nacional de Educación Obligatoria y Formación Docente aprobado por el CFE reconocen la centralidad de fortalecer «espacios de participación de adolescentes y jóvenes, a partir de iniciativas que promuevan la construcción de ciudadanía y la convivencia en el nivel secundario (centros de estudiantes, voluntariado escolar, parlamentos juveniles y consejos de convivencia)». Asimismo, se sancionaron distintas normativas que fomentan la participación juvenil, como la denominada ley de «voto joven» (ley 26.744/12 de Ciudadanía Argentina que establece el voto desde los dieciséis años de carácter optativo) y en 2013 la ley de Centros de Estudiantes 26.877 que dispone que las escuelas deben reconocer a los Centros de Estudiantes como órganos democráticos de representación estudiantil (Núñez y Fridman 2015).

Este conjunto de leyes y políticas públicas puede interpretarse teniendo en cuenta algunas vertientes pertinentes para el análisis. Por un lado, es factible analizarlas como parte de la toma de decisiones políticas por parte de la clase dirigente en pos de generar políticas inclusivas hacia la juventud. Por otro lado, resulta plausible señalar que las leyes resultaron ser producto de un proceso político que habían protagonizado los estudiantes con la organización de movilizaciones en las escuelas secundarias en diversas ciudades en defensa de la educación pública, contra la reforma de los planes de estudio y por reclamos edilicios. En sintonía con lo dicho, cabe señalar que las leyes pudieron ser parte de una demanda generalizada de la juventud hacia el Estado o, por el contrario, se pretendió canalizar de un modo particular un posible crecimiento de la participación estudiantil. Creemos que es un proceso reciente para extraer conclusiones definitivas sobre su impacto, pero parece más claro que sucedió mediante un proceso de producción socioestatal de la juventud que sembró sentidos vinculados al compromiso político y/o militante de los/as sujetos (Vázquez 2015b). A la vez, de manera concomitante, es preciso resaltar, tal como muestra Pereyra

(2016) para los años posteriores a los noventa, el incremento del peso relativo de las acciones de protesta de actores cuya identidad no se relaciona con el mundo del trabajo, entre ellos, el movimiento estudiantil.

Finalmente, resta señalar quizás el aspecto más relevante: los últimos años fueron escenario de la emergencia de prácticas políticas estudiantiles que, si bien expresaron diversos reclamos, rebasaron el espacio escolar y, a través de esta operación, simultáneamente reconfiguraron el espacio público al tornarse visibles más allá de la escuela. De este modo, en algunos centros urbanos de la Argentina, tuvo lugar una suerte de reencantamiento con lo público, proceso similar al que mencionaron estudios para el caso de los *pingüinos* en Chile (Aguilera 2011). Aunque menos masivas e impactantes, es factible sostener que las prácticas juveniles centradas en las tomas de escuelas dieron lugar a disputas por el espacio público, de modo que permiten ampliar el pensamiento acerca de lo público hacia lo público no estatal, entendido en términos de P. Vommaro (2015). En esta nueva escena escolar donde tienen lugar diferentes procesos de conformación de las identidades políticas, el movimiento estudiantil secundario adquiere una nueva fisonomía; se recrean sentidos sobre los centros de estudiantes, a la vez que emergen formas, espacios y grupos, por ejemplo cuerpo de delegados/as, consejo de aula, asambleas,^[25] que instalan otras demandas más específicas (el estado de abandono de la infraestructura de los establecimientos, la falta de equipos de calefacción y de materiales didácticos, el ausentismo docente, las reformas en los planes de estudio, el reconocimiento de derechos y formas de vivir las sexualidades, la denuncia de la violencia de género, entre otros).

Para complementar el análisis que realizamos, presentaremos los datos recogidos en el Primer Encuentro de Presidentes de Centros de Estudiantes organizado por la Dirección de Políticas Socioeducativas del Ministerio de Educación de la Nación, que tuvo lugar en 2014 en la ciudad de Embalse, provincia de Córdoba, donde

[25] En el relevamiento estadístico sobre clima escolar, violencia y conflicto en escuelas secundarias del Ministerio de Educación de la Nación realizado en el año 2014 en el que se les preguntó a los estudiantes sobre su conocimiento de la existencia de órganos de participación el 33,9 % señaló que conocía el centro de estudiantes mientras que el 57,8 % respondió que había cuerpo de delegados/as. Esto indica que – en efecto – el centro de estudiantes ya no es la única forma de organización estudiantil.

asistieron cuatrocientos estudiantes de distintos lugares del país. Asimismo, compararemos esos resultados con los recogidos con las encuestas y entrevistas realizadas en las cinco escuelas secundarias ya presentadas al inicio. En ambos casos aplicamos el mismo instrumento y en este capítulo consideraremos las mismas preguntas de una encuesta más extensa. En primer lugar, analizaremos si participan en algún tipo de organización, interrogante que nos permite conocer los ámbitos de militancia, tanto de quienes tienen un rol protagónico en los centros como del total de estudiantes de las escuelas. A través de la segunda pregunta, exploraremos en las acciones políticas que desplegaron, si participaron de movilizaciones o protestas de algún tipo, pensando los procesos de politización más allá de los espacios formales de participación estipulados por las instituciones. Finalmente, les consultamos por los sentidos que otorgan a los Centros de Estudiantes, ya que preguntamos por las actividades que creen que los mismos deberían realizar (más allá de cuáles desarrollan realmente).

En relación a los ámbitos de participación, los espacios más mencionados por ambos grupos de estudiantes son los centros y los vinculados a religiones (iglesias o templos); datos congruentes con la Encuesta Nacional de Juventud realizada por el INDEC en 2014.^[26] A continuación, encontramos diferencias en la cantidad de jóvenes que participan en otros espacios de militancia ya que quienes asistieron al Encuentro de Centros de Estudiantes se vinculan en mayor número con agrupaciones políticas y organizaciones barriales y ONGs que los estudiantes de las escuelas, como se observa en el cuadro 6.1.

En relación con la pregunta sobre la participación en protestas o movilizaciones políticas, observamos que el centro continúa siendo la primera instancia de contacto con la vida política, ya que un tercio de los estudiantes de las escuelas sostiene haber participado en sus actividades, incrementándose el número en relación con

[26] La Encuesta Nacional de Jóvenes 2014 realizada por el INDEC muestra que, en el universo de personas conformado por mujeres y varones de 15 a 29 años, el 12,8 % respondió que participó en los últimos doce meses en actividades en una iglesia o templo, un 4,3 % dijo que lo hizo en una agrupación estudiantil y un 3,9 % en una ONG o fundación. Sólo el 3,3 % señaló que participó en partidos o agrupaciones políticas y el 1,6 % en sindicatos. Fuente: http://www.indec.gov.ar/ftp/cuadros/poblacion/resultados_enj_2014.pdf.

	Escuelas	Embalse
Centros de estudiantes	12,2	100
Iglesia-templo	11	37
Partido-agrupación política	4,3	29,6
Organización barrial y ONG	3,6	24,7
Género, feminista o diversidad sexual	3,6	3,7

Cuadro 6.1. Espacios donde participan.

quienes se consideran efectivamente parte del espacio, mientras que en Embalse el porcentaje asciende a tres tercios de los encuestados/as. Los mayores porcentajes de participación en actividades del centro ocurren en las instituciones educativas dependientes de la Universidad, tanto en CABA como en Rosario. Los estudiantes de estas escuelas también señalaron que concurren a la marcha que se organiza cada año en conmemoración del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, hito que en la actualidad continúa siendo símbolo de politización para los jóvenes. Por el contrario, son menores las referencias a la presencia en actos políticos.^[27]

Finalmente, indagamos en los sentidos que construyen acerca de estas instancias formales de participación política juvenil en las escuelas preguntándoles por las actividades que los centros deberían organizar. Los datos nuevamente trazan diferencias de acuerdo a los perfiles institucionales. Aquellas medidas de reclamo de base económica como las becas y aspectos como «organizar actividades para arreglar la escuela» y «mediar en los conflictos entre estudiantes» son mencionadas en instituciones cuya matrícula está conformada predominantemente por jóvenes de sectores populares mientras que la defensa de los derechos de los jóvenes reúne un porcentaje

[27] Se trataba de una pregunta de respuesta múltiple, donde podían mencionar todas las protestas o movilizaciones en las que hubieran participado. Las opciones eran las siguientes: marcha del 24 de marzo, marcha del orgullo, actos de partidos políticos, protestas por planes sociales/trabajo, marchas o actos del centro, marchas o actos de ONGs, presupuesto participativo joven, participé pero no me acuerdo de qué era, nunca participé de alguna protesta o movilización, otro tipo de protesta o movilización que no está en esta lista.

considerable en las escuelas dependientes de las universidades.^[28] Estos sentidos estructurados en torno a funciones del centro más vinculadas a los derechos y la participación en marchas y menos a cuestiones cotidianas como el apoyo escolar o las ausencias de los profesores también se encuentran presentes en los jóvenes que participaron del Encuentro de Embalse. La demanda de organizar actividades culturales y los reclamos por la infraestructura aparecen de manera transversal en todas las escuelas. En este punto es plausible sostener la pregnancia de sentidos más propios de la transición democrática en cuanto a la defensa de los derechos que persisten en las instituciones de mayor tradición política y en estudiantes de diferentes establecimientos involucrados en programas de política políticas que promueven la participación estudiantil.

A partir del recorrido realizado, el trabajo de campo, y en particular, durante las entrevistas realizadas en las escuelas, encontramos en las posturas juveniles una heterogeneidad de formas de participación y de demandas. A partir de sus relatos construimos *figuras* de ciudadanía emergentes en la escuela secundaria en la actualidad, que entendemos reflejan la diversidad de prácticas políticas presentes. De manera tentativa, proponemos seis figuras: militante ideológico, una figura de militancia instrumental, la participación periférica, estudiantes distanciados/as de los procesos políticos, otra de componentes afectivos y los/as activistas. Las construimos en tanto tipos ideales, por lo que no son excluyentes entre sí sino que buscamos dar cuenta de los rasgos más visibles de cada una de ellas. También es preciso destacar que si bien un joven puede caracterizarse por un perfil esto no implica que no presente rasgos de otras figuras en simultáneo o no pueda desplazarse en el futuro hacia una de ellas. Entendemos que cristalizan la aparición de estilos de hacer política en la escuela, en tanto conjunción de diferentes cuestiones que se presentan en el espacio escolar de manera desarticulada.

[28] Era una pregunta de respuesta múltiple, donde podían mencionar hasta tres opciones entre referencias a actividades culturales, defensa de derechos, participación en marchas, mediación en los conflictos intra e intergeneracionales, apoyo escolar, becas estudiantiles, arreglar la escuela, demandas por la infraestructura, actividades solidarias y regular las inasistencias de los docentes.

La primera figura tiene que ver con el militante del centro de estudiantes, dentro de la cual aparecen dos modelos: un militante más comprometido ideológicamente y otro que denominamos *instrumental*, preocupado por resolver «aspectos concretos» de la situación de sus escuelas. El primer caso se trata de la persistencia de sentidos militantes propios de otras décadas o, para decirlo en otras palabras, similares a los existentes en otros momentos históricos – como a principios de la década del ochenta en la denominada transición democrática –. Hemos denominado a esta figura *militante ideológico*. En una entrevista realizada en Rosario en 2014, una estudiante responde cuáles cree que son los derechos de los jóvenes:

«Los que permiten que un joven se pueda involucrar en la participación política porque yo creo que el régimen en el que estamos es un régimen que no puede dar ninguna respuesta a los intereses ni de los jóvenes ni de los trabajadores entonces lo que hay que hacer es cambiarlo, ese es mi planteo (estudiante mujer de 4to año)».^[29]

Por lo general, estos jóvenes participan en espacios por fuera de la escuela, más allá de cómo se presenten en las listas del centro. Varios de los entrevistados militan en juventudes de partidos políticos o en organizaciones sociales, sindicales y participan en representación del Centro o en ámbitos como el Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes conformados en algunas localidades. En estas escuelas las listas pueden presentarse identificadas con números o nombres ficticios (Pi14, Spiderman, El Eternauta, Lista 39, Octubre, La Creciente), aunque muchos conocen la pertenencia partidaria de los candidatos, mientras que en otras oportunidades la identificación es más explícita y los nombres se vinculan a vertientes del kirchnerismo/peronismo (Unidos y Organizados o con Nuevo Encuentro), las juventudes socialistas o con el Partido Obrero y el Frente de Izquierda. Esta figura de militante está más extendida también en instituciones donde los y las estudiantes organizan el acto del 16 de septiembre. En muchos casos, como ocurrió en 2014 en la escuela dependiente de la Universidad en Rosario, se suceden sentadas, marchas, ocupación del establecimiento en

[29] Entrevista realizada a la presidenta del centro de una escuela dependiente de la Universidad en Rosario. La joven es además militante del Partido Obrero.

relación también con los conflictos docentes y los debates ocupan la atención de la agenda pública, tanto en los diarios locales como en los foros virtuales de discusión y en redes sociales como Facebook y Twitter.

Ahora bien, no todos los que participan de los centros otorgan esa construcción de sentidos a la labor del militante o las acciones que dichas instancias tendrían que realizar. Tal como vimos en los resultados de la encuesta también aparecen otras figuras que denominamos *militante instrumental*. En estos casos las y los jóvenes plantean algunas demandas relacionadas a tornar más habitable el espacio escolar. Las mismas parecieran corresponder a un nuevo conjunto de cuestiones que ingresan en el espacio escolar: la incertidumbre ante el futuro – tanto en lo relativo a qué estudios seguir como a los aprendizajes laborales mediante pasantías – la preocupación por la inseguridad – la demanda de «porteros para cuidar las bicis» – las necesidades económicas formuladas en el reclamos por «un kiosco más económico» y becas así como la preocupación porque la escuela cumpla sus funciones más básicas, expresada en la demanda ante las reiteradas ausencias de los docentes.

Esta figura en algunas oportunidades se asemeja a otra que denominamos *participante periférico o marginal*, encarnada en un perfil de joven que posiblemente vota en las elecciones de su escuela y se sume a alguna actividad específica organizada por el centro, en el caso de que hubiera, pero que no tiene una presencia activa. Es una figura más visible en escuelas que atraviesan un proceso de cambio en su perfil institucional, fundamentalmente por el ingreso de jóvenes de sectores socioeconómicos diferentes a los que tradicionalmente estudiaron en esos establecimientos, dotando de mayor heterogeneidad social a la matrícula. En la entrevista que mantuvimos con una estudiante sin militancia política de un ex colegio nacional ubicado en la CABA, la joven describe diferentes demandas y cómo se encuentran organizados, planteando una suerte de *rol mediador* de quienes son delegados/as tanto como cierta desazón ante lo infructuoso del pedido:

«En mi curso reclamamos para cambiar los pizarrones, le dijimos a las dos chicas que venían antes. Lo hablaron entre los delegados, creo que le dijeron a la vice, pero el pizarrón sigue igual» (estudiante mujer de 4to año).

Asimismo, en el trabajo de campo fue factible observar un perfil de estudiante alejado de los procesos políticos que tienen lugar en la escuela. Definimos a esta figura como la de un *estudiante distanciado*, bien por falta de interés, bien porque no coincide con las acciones organizadas por el centro. Varios estudiantes cuando se refieren a este hablan de «los que participan en el centro», como si se tratara de un grupo diferente, de manera tal que establecen implícitamente una distinción nosotros-ellos. Una distancia de la que dio cuenta Blanco (Blanco 2014b) entre las agrupaciones políticas del ámbito universitario y muchos estudiantes que expresan ironía o dudas sobre la pertinencia de muchos de los temas que esos colectivos buscan acercarlos. Este tipo de actitud también es observable en algunas instituciones que son tomadas por un grupo de estudiantes, pero con la oposición de un número considerable de jóvenes que votan en contra de la toma o no se suman a la misma. Estos jóvenes suelen oscilar entre la participación circunstancial, el interés por alguna temática (por lo general vinculada a derechos sexuales y reproductivos) y el alejamiento de quienes se vinculan con el centro. También constatamos la presencia en las escuelas de una cuarta figura, quizás emergente y novedosa, que denominamos *participante afectivo*. Se trata de un tipo de involucramiento consolidado al calor de dos hechos que confluyeron en los últimos años: la posibilidad de disfrutar del espacio escolar como ámbito de sociabilidad juvenil y mayor presencia de diferentes estilos juveniles y los procesos de tomas de escuelas. Tal como señalaron algunos estudios, para el caso de las tomas de escuelas en Córdoba esas acciones implicaron distintos tipos de participación (más organizadores y militantes o por vinculación afectiva, es decir, acompañando a amigos/as, novios/as o personas afines) (Arce Castillo *et al.* 2014). En nuestra investigación también hallamos que la toma funciona como un espacio de sociabilidad entre los estudiantes, donde «gente que capaz ni conocías termina siendo tu amigo, eso está muy bueno», como sostiene un estudiante de una escuela que fue tomada por sus alumnos durante 2012.

Finamente, quizás la figura donde se observan mayores diferencias con la de la militancia ideológica es la que posiblemente esté más cercana en su atracción por la política. Se trata de quienes tienen un alto interés en los procesos políticos, se involucran y participan activamente, pero no tienen un lazo de participación con un partido político, sino que sus acciones se asemejan a las

de los activistas referidos por Svampa (2005). Una estudiante de una escuela de la ciudad de Buenos Aires, delegada de su curso, señalaba la diversidad de espacios y actividades que recorrió, dando cuenta de una militancia que pareciera dar cuenta de un proceso de individuación de la política:

«Una vez fui a un acto por Mariano Ferreyra. Estuve en varias tomas de colegios. Reclamando el Polo Educativo en Saavedra. Pero no milito en un partido. Es mucho más importante militar por las cosas personales, por los derechos, los estudiantes, los derechos de gays y lesbianas» (estudiante mujer de 4to año).^[30]

El breve recorrido que realizamos muestra los desplazamientos en las causas militantes y el repertorio de acciones del movimiento estudiantil secundario en la última década, lo que posibilita la emergencia de nuevas figuras de ciudadanía. Las mismas permiten observar la heterogeneidad de formas de participación así como la existencia de diversas causas militantes. En efecto, a partir de fines de la década del 2000 el movimiento estudiantil secundario atravesó por un proceso de reconfiguración. La cuestión de la infraestructura cobró primacía de manera tal que, durante las ocupaciones ocurridas en la CABA en 2010, los estudiantes construyeron una definición amplia de la identidad política a partir de esa demanda, considerada «legítima» por amplios sectores (Enrique y Scarfó 2010). Algo ocurrió de manera similar en el caso cordobés, que combinaba las demandas por la infraestructura con la intención de incidir en el debate por la ley de educación que sancionaría la provincia (Falconi y Beltrán 2011).

A diferencia de lo que ocurrió en la «transición democrática», y sin negar el efecto que pudo haber tenido en la división del movimiento estudiantil la toma de posición frente a los gobiernos kirchneristas, consideramos que entre los hitos que interpelan a la generación más reciente de estudiantes secundarios se encuentran los sucesos ocurridos en Cromagnon^[31] en 2004, hecho que

[30] Entrevista realizada a la delegada del curso que estudia el 4to año en una EMEM en la ciudad de Buenos Aires.

[31] En diciembre de 2004, durante el recital de una banda de rock se produjo un incendio en la discoteca *República de Cromagnon*, lo que provocó la muerte de 194 personas, en su mayoría jóvenes. La tragedia motivó una serie de movilizaciones en reclamo de justicia y colocó en la agenda la

pareciera haber interpelado a los jóvenes estudiantes como colectivo, más que cualquier otro acontecimiento de los últimos años (Núñez 2013). Meses después de la tragedia, grupos de jóvenes de escuelas de la CABA se movilizaron demandando mejoras en las condiciones edilicias en sus establecimientos. Los y las estudiantes de las escuelas porteñas – algunas que contaban con centros de estudiantes, muchas otras que no – cortaron calles, organizaron marchas, sentadas y tomas de escuelas y elevaron petitorios a las autoridades solicitando espacios adecuados donde cursar. En algunos establecimientos el reclamo era para solicitar la finalización de las obras, en otros por la falta de gas, en varios debido a la rotura de techos.

En 2008 el protagonismo juvenil fue aún mayor, ya que a las demandas señaladas se sumaron una sucesión de marchas y reclamos ante el recorte de becas estudiantiles impuesto por el nuevo gobierno de la CABA. Estos antecedentes funcionaron como ligazón de experiencias entre estudiantes de las escuelas y son los que, a nuestro entender, explican la reemergencia del movimiento estudiantil a partir de las tomas de escuelas de 2010; ya con otra configuración y con disputas entre las diferentes organizaciones de escala intermedia (la CUES conformada inicialmente por todo el arco de las agrupaciones políticas hasta 2011 que quedó compuesta solamente por las organizaciones de izquierda al conformarse la FES de origen kirchnerista). Finalmente, también es posible observar que existen otras cuestiones que interpelan a las juventudes, aunque pareciera ser tal la diversidad que no se logran consensos amplios sobre las demandas a presentar. Por un lado, en muchas escuelas ocupadas existieron tensiones entre los estudiantes en relación a si la toma era la medida correcta a desplegar. Pero por otro, y aquí posiblemente como expresión de cambios culturales y la sanción de leyes que transforman el *status quo* y habilitan otras formas de habitar la escuelas, emergen cuestiones sobre derechos y orientaciones sexuales en varias instituciones; haciendo hincapié en lo personal como político, tal como históricamente lo plantearon los movimientos feministas pero ahora posiblemente con mayores

discusión sobre las condiciones de infraestructura de distintos espacios, entre otros, los escolares. En algunas escuelas, particularmente de la ciudad de Buenos Aires, la demanda por las condiciones edilicias fue una cuestión que motorizó los reclamos políticos de estudiantes y docentes.

grados de autonomía. Entendemos que hay aquí elementos para pensar que los conflictos parecieran también organizarse a partir de una lógica que vincula individuación y lenguaje de derechos (Pereyra 2016) y considerar, tal como lo propone Pudal (2011), los efectos de procesos históricos de «individuación» (y no de individualismo) sobre las prácticas militantes que se encuentran en relación con las transformaciones de los sistemas de enseñanza.

Palabras finales

En este capítulo analizamos las acciones políticas estudiantiles en la escuela media presentando las cuestiones militantes, principales demandas y los repertorios a los que recurrieron los estudiantes en dos escenas históricas diferentes dando cuenta de experiencias juveniles. Ambos momentos se caracterizan por una creciente presencia pública del movimiento estudiantil secundario así como por transformaciones en cuanto a la currícula escolar en relación a la formación de la ciudadanía, las características del nivel medio, cambios en la matrícula y en las normativas que promueven y/o regulan la participación de los estudiantes.

En relación a la etapa pos dictadura pudimos observar que con la derrota en la guerra de Malvinas se inicia un período que, aún en la atmósfera represiva de los primeros años ochenta, facilita la reorganización del movimiento estudiantil tanto a partir de la extensión de acciones semiclandestinas de proximidad como de la conformación de centros de estudiantes y la federación que los aglutinó. Por esos años prevalecen los intentos de conformación de centros de estudiantes así como las marchas ante las medidas del gobierno radical que son juzgadas como incompletas o desfavorables a la organización estudiantil. Allí se origina, a nuestro entender, la ambigüedad con la cual suele pensarse la política en el nivel secundario, ya que oscila entre el intento de promover la participación estudiantil y el temor a la «partidización». Asimismo, es el momento en el que el movimiento estudiantil secundario ocupa un lugar relevante en la escena política del país.

La nueva generación de protagonistas del movimiento estudiantil secundario aprendió las formas legítimas del hacer política propias a la reparación democrática en el mismo momento en el que todo sucedía, de allí que encarnasen como ningún otro espacio de militancia dichas prácticas, lo que lo convirtió en un laboratorio

donde se expresaron las tensiones y acuerdos sobre la democracia y su institucionalización. Se trata de un ámbito que, aún con sus altibajos, se mantuvo como actor relevante durante todos estos años y quienes allí militaron tuvieron una trayectoria militante en otros ámbitos como la universidad, pasaron por distintos partidos políticos o se vincularon con diversas organizaciones, ocupando en muchos casos posiciones de referencia en diferentes lugares de la vida política.

El último apartado muestra que hacia mediados de la década del dos mil, a la par del proceso de masificación del nivel medio, pero también como parte de cuestiones coyunturales que interpelaron a la juventud como el caso de Cromagnon, existe un desplazamiento hacia otras formas de organización como la «toma de escuelas», la elección de delegados o acciones de grupos más reducidos. Son tiempos de cambios en los sentidos otorgados a la participación en espacios como los centros así como de persistencia de este tipo de instancias en las instituciones más emblemáticas. Por su parte, las cuestiones que cobran preeminencia en las demandas del movimiento estudiantil, que aparece más ecléctico y difuso entre sus integrantes, hacen referencia a las cuestiones de infraestructura como temática principal que legitima las acciones.

El recorrido realizado en este capítulo permite aventurar algunas ideas finales a modo de interrogantes que pueden abrir nuevas investigaciones. La primera es la importancia del contexto en que se aprenden las coordenadas sobre el *hacer política* en tanto estos estilos que impregnan la conformación de ciudadanía de las y los jóvenes con notables diferencias en sus experiencias de acuerdo al tipo de establecimiento en el que estudian. La segunda es la constatación de ciertas continuidades en las causas militantes, en particular la centralidad que adquirieron los derechos humanos en la transición y cómo se convierte, particularmente a partir de la conmemoración en el año 2006 de los treinta años del golpe militar, en una causa que cuenta con amplia legitimidad en el movimiento secundario, lo que se vincula con la persistencia de la defensa de los derechos como función esencial de los centros de estudiantes. En tercer lugar, constatamos el peso de las tradiciones políticas en las instituciones, en tanto en las últimas marchas protagonizadas por el movimiento estudiantil secundario es posible apreciar la fuerte presencia de las organizaciones de centros de estudiantes que, identificados por sus banderas y estandartes, son prácticamente

de las mismas instituciones que resultaban visibles a comienzos de la década de los ochenta (el Otto Krause, el Falcón, los colegios universitarios, la Politécnica Manuel Belgrano, el Esnaola, el Dorego, la Escuela de Cerámica, el Acosta, Lengüitas, Liceo 9, entre otros). Finalmente, los datos trabajados en este artículo muestran que existen diferentes modalidades que adquieren los centros de estudiantes, en donde son visibles modos no previstos e inciertos de expresión política juvenil (Southwell 2012). Hay aquí elementos para pensar en la construcción de un mandato adultocéntrico sobre las formas de participación política en la escuela media consideradas *correctas* así como en los grados de autonomía de las y los jóvenes. Si nuestra intención es estudiar los procesos de politización en la escuela secundaria precisamos explorar en la arena donde se entrecruzan lo que enuncian las normativas, las propuestas de la política pública, las posturas de los actores escolares y las acciones políticas de los jóvenes en sus escuelas; un ámbito donde se expresan tensiones, negociaciones y conflictos y donde las prácticas políticas juveniles son en algunos casos innovadoras, en muchos rebasan las estipuladas por las normativas y en otros reproducen formas tradicionales.

Sin lugar a dudas quedan por delante muchas cuestiones a considerar. Entre ellas, ampliar el análisis más allá de la ciudad de Buenos Aires y de algunas instituciones emblemáticas en la misma. Si bien buscamos considerar experiencias en Rosario y La Plata, el trabajo conserva un tinte excesivamente localista, que aunque situado, puede sesgar el análisis. De esta manera, entendemos que los estudios situados permiten dar cuenta de la forma que adquirieron las experiencias de militancia juvenil en cada momento histórico en algunas ciudades del país, y representan un desafío para pensar las dinámicas que estas cobraron en otros lugares, lo que permitiría generar estudios comparativos a fin de observar las similitudes así como las particularidades en cada ámbito.

Si estamos en lo cierto, y las transformaciones en el espacio escolar dan cuenta de una heterogeneidad de formas de participación y de demandas que ilustran la emergencia de diferentes figuras de ciudadanía vinculadas con las juventudes, precisamos de nuevas investigaciones en otros lugares para reflexionar sobre las particularidades de la cultura política local, las relaciones que se establecen entre las causas militantes a nivel nacional y local y los repertorios de acción predominantes, para así dar cuenta de la diversidad de

modos de ser joven y de maneras de vivir y practicar la política que se despliegan en el ámbito de la escuela secundaria y el movimiento estudiantil.

Parte 3

Retratos del presente

CAPÍTULO 7

Fotografías de las juventudes militantes en Argentina. Un análisis de los compromisos políticos juveniles en el Movimiento Evita, el Partido Socialista y el PRO entre 2013 y 2015

MELINA VÁZQUEZ, DOLORES ROCCA RIVAROLA
y ALEJANDRO COZACHCOW

Presentación

El presente trabajo se propone abordar un fenómeno que cobró una notoria visibilidad en los últimos años en la Argentina: la participación juvenil en partidos políticos. Como se advierte en otros capítulos de este libro, esta participación difícilmente puede ser pensada como un fenómeno exclusivo del período actual. Sin embargo, nos interesa abordar las propiedades de ese activismo con el propósito de construir fotografías de la militancia en un contexto que se destaca en la medida en que la *juventud* es construida como una causa pública que promueve adhesiones e impulsa la participación política (Vázquez 2013). Para ello – y sin asumir que todo el activismo en general, y juvenil en particular, se resume en la militancia asociada a partidos políticos – el artículo analiza quiénes son y cómo militan los activistas de los espacios juveniles vinculados con Propuesta Republicana (PRO), el Partido Socialista (PS) y el Movimiento Evita (ME) en el período 2013-2015.

El análisis que aquí presentamos parte de algunas hipótesis de trabajo. En primer lugar, asumimos que con posterioridad a la crisis de representación política cuya máxima visibilidad tiene lugar a fines del año 2001, se configura un contexto de oportunidad política para *entrar a la política* (Offerlé 1998) por parte de un conjunto de activistas en espacios juveniles. Concretamente, se producen un conjunto de hitos específicos que son enmarcados colectivamente y propician el ingreso a la militancia, como se ve – a modo de ejemplo – durante la llamada *crisis del campo* en el año 2008, con el asesinato del militante Mariano Ferreyra y con la muerte de Néstor Kirchner en 2010. Estos constituyen, indudablemente, algunos de esos puntos de inflexión y abonan a la construcción de un ciclo de movilización política juvenil. Lejos de circunscribirse al espacio político kirchnerista, el reverdecer del activismo juvenil vinculado a espacios partidarios se observa en una multiplicidad de partidos y organizaciones pertenecientes a un heterogéneo espectro político-ideológico, los cuales también interpelan y son receptores de esta militancia.

En segundo lugar, esta reactivación del activismo juvenil que se canaliza por espacios partidarios o político-electorales se reconoce en la creación – o revitalización – de espacios juveniles propiamente dichos, al mismo tiempo en el reposicionamiento de dirigentes jóvenes como candidatos en lugares expectantes de las listas electorales y en posiciones de poder. Vemos así cómo la militancia partidaria participa de la producción de la *juventud* como principio de identificación y legitimación que moviliza adhesiones militantes (Vázquez 2013). Aunque, como sostiene Chaves (2009), estos procesos no han sido suficientemente estudiados, son varios los trabajos que analizan las formas de participación juvenil en relación con partidos políticos durante los últimos años (Cozachcow 2015; Grandinetti 2015; Molinari 2010; Mutuverría 2011; Nelson 2013; Núñez y Cozachcow 2016; Núñez et al. 2015; Vázquez y Cozachcow 2015), así como también los que abordan las características de las agrupaciones con fuerte presencia juvenil, en particular en aquellas identificadas con el kirchnerismo (Campos y Segura 2012; Tomassini 2013; Vázquez 2013; Vázquez y P. Vommaro 2012).

Finalmente, postulamos las experiencias militantes en las que se registran vínculos directos con gestiones de gobierno (locales, provinciales o nacionales), se observan rasgos particulares de la

militancia juvenil que tienen que ver con socializarse en un activismo en el cual se producen relaciones directas entre el compromiso político e inserción militante en el Estado, centralmente en el Poder Ejecutivo. En este sentido, hay elementos comunes en las experiencias militantes en espacios políticos que son diferentes en términos políticos pero comparten formas de socialización militante de sus juventudes en específicas vinculaciones con el Estado.

Es posible que la mención de los tres espacios incluidos en el trabajo alerte a los lectores debido a las significativas diferencias que presentan en cuanto a sus orígenes, trayectorias y al tipo de vinculaciones que cada espacio juvenil posee con los respectivos ámbitos partidarios. El grupo más disonante en este sentido posiblemente sea el ME, que no está organizado como partido político y cuya historia nos conduce a los Movimientos de Trabajadores Desocupados creados desde mediados de la década del noventa.^[1] Con todo, creemos que los casos son susceptibles de ser comparados. Por un lado, debido a la perspectiva teórica que sigue este trabajo: el análisis de la *militancia* partidaria antes que los *partidos políticos* desde una sociología del compromiso militante (Agrikoliansky 2001; Fillieule 2001; Fillieule y Mayer 2001; Pudal 2011; Sawicki y Siméant 2011; Willemez 2004) facilita la identificación de elementos comunes en las formas de militar en espacios que son ideológica y organizativamente muy diferentes entre sí. Esto último no quiere decir que desestimemos la naturaleza específica de cada uno de los espacios en cuestión.

Por otro lado, tomando como inspiración las reflexiones que realiza Sawicki (2011) cuando propone comprender el proceso de construcción social de las organizaciones políticas más allá de las fronteras formales de las mismas, proponemos reflexionar sobre la militancia política juvenil asociada a lo que denominaremos, de modo genérico, como *espacios partidarios*; asumiendo y retomando cuando sea oportuno, algunas de las principales diferencias entre los mismos. Desde este lugar, el análisis de las actividades militantes

[1] Además del ME, son varias las organizaciones kirchneristas que crecieron y se estructuraron al margen del Partido Justicialista, al mismo que tiempo – al menos hasta la campaña presidencial de 2015 – no instaron a sus miembros a afiliarse a este o a otro partido. Es decir que las relaciones con el espacio partidario han resultado ambiguas, oscilantes y complejas, pero en ningún caso implica una partidización, por decirlo de algún modo (Rocca Rivarola 2015).

en los grupos se vuelve significativa en tanto nos permite reconocer una participación de la vida partidaria por medio de un repertorio de acciones que, más allá de las diferencias en los tres espacios, tienen en común militar campañas electorales, incorporar candidatos en listas electorales e incluso, como veremos en este trabajo, con la construcción de expectativas en torno a la posibilidad de ingresar – como parte del espacio partidario – a trabajar en el Estado, ya sea en el Poder Legislativo o en el Ejecutivo. Estas acciones no necesariamente agotan el sentido de la militancia pero constituyen elementos centrales de la misma, a la vez que contrastan con los proyectos y las maneras de participar en los grupos que se reconocen por fuera del activismo partidario.

Así, más allá de las diferencias formales, organizativas, ideológicas, programáticas, etcétera, entre los partidos, el enfoque escogido nos permite explorar la militancia juvenil en *espacios político partidarios* con el fin de identificar diferencias y similitudes – entre y al interior de – los diferentes grupos.

El análisis que presentamos recoge resultados de un trabajo de campo realizado por el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EpoJu, IIGG-UBA). Concretamente, nos centramos en el análisis de 228 encuestas realizadas a militantes jóvenes del Movimiento Evita, el Partido Socialista y el PRO, entre los años 2013 y 2015. De modo complementario, se recuperan entrevistas en profundidad hechas a militantes y dirigentes, notas de campo de observaciones en eventos y documentos. Las encuestas se aplicaron en instancias específicas de reunión o interacción de las juventudes del PRO,^[2] del Partido Socialista^[3] y del Movimiento Evita,^[4] con el objetivo de evitar el uso de definición normativa de las juventudes que delimitara, de modo previo al trabajo de campo, quiénes se definen

-
- [2] Se aplicaron 58 encuestas en el marco de la campaña electoral legislativa de la CABA del 2013, es decir, con militantes del distrito.
- [3] La encuesta fue aplicada durante el 26° Campamento Nacional de Juventudes Socialistas, realizado en enero de 2015 en la ciudad de Mar del Plata. En esa ocasión, se realizaron 89 encuestas a militantes jóvenes de todo el país.
- [4] Las encuestas fueron aplicadas en dos momentos diferentes. Primero, en un plenario de la JP Evita de la ciudad de Buenos Aires realizado en noviembre de 2014 (13 encuestas, dado que se trató de un encuentro muy pequeño). El trabajo de campo continuó durante el Tercer Encuentro de la Campaña Nacional contra la Violencia Institucional, que tuvo lugar en el Congreso de la Nación en mayo de 2015, donde se aplicaron 68 encuestas más.

como jóvenes dentro cada uno de los espacios partidarios y respetar el modo en que desde los mismos espacios la militancia juvenil es construida. Como veremos, en ocasiones dicha militancia es asociada con ámbitos definidos formalmente como juveniles – como los Jóvenes PRO (JPRO), la Juventud Peronista (JP) Evita y las Juventudes Socialistas (JS) – mientras que en otros casos son vistos por los propios actores como ámbitos de militancia juvenil en los espacios partidarios, aún cuando no tengan reconocimiento formal ni estén formalizados en la estructura orgánica.^[5] Así, la exploración de la militancia juvenil nos llevó a tomar nota de la militancia en agrupaciones juveniles internas del PRO, en el Movimiento Nacional Reformista (MNR) en relación con el PS y en el Movimiento Universitario Evita (MUE).

Cabe mencionar que se introdujeron algunos cambios en los cuestionarios utilizados con los diferentes espacios partidarios, por lo cual algunas preguntas no permiten establecer comparaciones entre las tres agrupaciones. En los casos en que el trabajo de campo complementario no es suficiente para saldar ese déficit, se aclara debidamente cuáles de las organizaciones están siendo comparadas. Además, es importante mencionar que dado que las encuestas se aplicaron en eventos específicos a los que las personas asistían, no podemos afirmar que se trata de muestras representativas en términos estadísticos. Sí constituyen, en cambio, imágenes ricas para pensar estas organizaciones diversas, en tanto fotografías de la militancia juvenil en Argentina en el período reciente. Con todo, las encuestas se aplicaron sobre asistentes a los eventos de juventud que mostraron disposición a responder las preguntas, procurando que dentro de este grupo apareciera representada la diversidad de género, edad y lugar de procedencia que se podía advertir entre los y las asistentes a los encuentros. Aunque creemos que estas cuestiones no invalidan el trabajo, es importante explicitarlas e

[5] La posibilidad de identificar los modos en que los propios activistas reconocen el quehacer militante de las juventudes en sus espacios partidarios es resultado de un trabajo de investigación más amplio. Esto ilustra la importancia de evitar definiciones *a priori* en el trabajo con los espacios juveniles. Concretamente, tomar nota de que más allá de su formalización, hay ámbitos de la militancia a los que los actores atribuyen sentidos y se asocian con un conjunto de acciones militantes juveniles que no son evidentes por fuera de ese universo de relaciones.

intentar introducir matices y reparos en la medida en que los temas que abordamos a continuación así lo requieran.

A continuación se introduce una descripción general del origen y la trayectoria de las tres organizaciones políticas mencionadas. Puesto que no se analizan *organizaciones*, sino el *activismo* o la participación política juvenil en aquellas, el foco no estará puesto en cada uno de los espacios como objeto de la exploración en sí, sino más bien como el ámbito en el cual tienen lugar las prácticas y los recorridos militantes que analizamos en los subsiguientes apartados. Luego, en el tercer apartado, se presenta una caracterización sociodemográfica de los activistas, de su situación laboral y nivel educativo. En el cuarto apartado abordamos las carreras e itinerarios de militancia. En el quinto apartado, se sistematizan las formas en que los y las jóvenes militan, mostrando qué hacen y cuánto tiempo dedican a la militancia. En el sexto apartado, introducimos algunos argumentos sobre concepciones de militancia en articulación con las gestiones de gobierno con las cuales estos espacios partidarios se encuentran relacionados, para concluir, luego, con una síntesis de los hallazgos y algunas reflexiones acerca de la inflexión que representó el inicio de la segunda década del siglo XXI en la militancia política juvenil.

Las organizaciones políticas: Movimiento Evita, Partido Socialista y Propuesta Republicana

El estallido social que tiene máxima visibilidad en las jornadas del 19 y 20 diciembre de 2001 exhibe una profunda crisis de representación política, la cual se manifiesta en una de las principales consignas de aquellas protestas («Que se vayan todos, que no quede ni uno solo») así como en la emergencia de formas organizativas – como las asambleas barriales y las fábricas recuperadas (Fernández *et al.* 2006; Svampa 2005; P. Vommaro y Vázquez 2008) – que ponen en tensión aspectos centrales de la representación y tienden a ensayar modos organizativos en los que se valora la horizontalidad, la participación y la toma colectiva de decisiones. La construcción de un *ethos* o una narrativa autonomista (Svampa 2005, 2011) es fuertemente impulsada por los efectos de aquellas protestas y abona la construcción – o profundización – de un espacio de movilización y

de organizaciones colectivas (como colectivos barriales, movimientos de desocupados, colectivos estudiantiles, etcétera) que hacen de la autonomía (política) una bandera política.

Tras esta crisis, se observa un proceso de reconstrucción progresiva de la política formal e institucional, una *vuelta a la normalidad* (Svampa 2011), que pone en juego y revitaliza aspectos del escenario político anteriormente desprestigiados. Los tres ámbitos partidarios evidencian, de diferentes maneras, una revitalización de la política asociada a la vida partidaria, así como también de sus juventudes como elemento central de la militancia. A continuación se presenta una caracterización de los respectivos espacios en cuanto a sus orígenes y trayectoria partidaria, y también en relación a la conformación del ámbito de militancia juvenil.

Sociogénesis y trayectorias partidarias

El PRO, espacio de creación reciente, y el PS, de tradición centenaria, pueden ser caracterizados como dos organizaciones típicamente partidarias. Principalmente, porque cumplen con los requisitos formales de la legislación argentina para su conformación partidaria, concretamente en cuanto a la existencia de un padrón de afiliados, una carta orgánica, autoridades partidarias, entre otros aspectos. En cambio, el ME constituye una organización política que – si bien ha creado una estructura orgánica, cuenta con representantes en cargos legislativos y hasta impulsó un precandidato a presidente para 2015 – no está constituida formalmente en tanto partido político.^[6] Su origen se remonta a un movimiento territorial de desocupados – el MTD Evita – surgido en 2002 en el Conurbano bonaerense, en el marco de la crisis social y política que se visibiliza a fines de 2001, y que, con el kirchnerismo, fue ampliándose hasta refundarse en 2005 como Movimiento Evita.

En cuanto al aspecto ideológico, el PRO presenta una concepción pragmática de la política que se postula *más allá de izquierdas y derechas* y es definido públicamente como opción superadora de las identidades políticas tradicionales. Por su parte, tanto el PS como el ME, se definen en relación con dos corrientes centrales de

[6] Por lo menos así nos fue señalada esta cuestión en entrevistas realizadas durante 2015 a referentes del espacio, lo que no quita que la conformación de un partido político pueda ser un horizonte en la estrategia del Movimiento Evita.

la política en el siglo XX: el socialismo en su variante reformista y el peronismo de izquierda,^[7] respectivamente.

El caso del PRO resulta interesante porque expresa uno de los modos en que se manifiesta la crisis de representación política antes mencionada al interior del espectro político partidario pero por fuera del peronismo. En el año 2002 se articula en torno a la figura de Mauricio Macri un grupo de personas que forman parte de la Fundación Creer y Crecer, creada por Francisco De Narváez. Un año después, se conforma Compromiso para el Cambio (CPC), el cual se fusiona en 2005 con el partido Recrear para el Crecimiento^[8] dando lugar a Propuesta Republicana (PRO). El PRO gobierna desde el año 2007 la ciudad de Buenos Aires^[9] y por medio de una alianza con el radicalismo (CAMBIEMOS), gobierna desde diciembre de 2015 la Nación, la provincia de Buenos Aires y es parte de coaliciones de gobiernos provinciales.

El año 2001 es postulado por los militantes del PRO como hito fundacional: la crisis de representación política favorece el ingreso a la política por parte de un conjunto de personas desvinculadas de la misma, siendo precisamente esta marca de origen aquello en torno a lo cual se construye el capital político de sus dirigentes. Como lo han mostrado algunas investigaciones (P. Vommaro *et al.* 2015), «el PRO es un partido de la época crítica de los partidos, que se presenta como la fuerza de aquellos que se meten en política,

[7] Se puede adelantar aquí un dato sobre la autoidentificación de los propios militantes juveniles. Entre los encuestados del ME, el 51,9 % declara ser «de izquierda», el 13,6 % «de centro-izquierda» y el 18,5 % afirma que no es «ni de izquierda ni de derecha». Sólo el 7,4 % se define como «de derecha» y de «centro-derecha», mientras que un significativo 8,6 % no responde la pregunta. La heterogeneidad de respuestas en el ME puede mostrarnos que el clivaje izquierda-derecha no constituye un clivaje central ni un principio de identificación política entre los militantes. Esto puede asociarse con el rechazo que tradicionalmente ha tenido el uso de dichas categorías desde el peronismo, puesto que son vistas como ajenas a las propiedades específicas de este movimiento. Sin embargo, hay una importante tradición del autodenominado *peronismo revolucionario* (al que se adscriben y del que provienen varios dirigentes del ME y figuras legislativas afines al ME) que se define como una opción de izquierda dentro del peronismo.

[8] Fuerza que había sido fundada en 2002 a partir del desprendimiento de un sector del radicalismo liderado por Ricardo López Murphy.

[9] En 2007, con la fórmula Mauricio Macri-Gabriela Michetti; desde 2011 con la fórmula Macri-María Eugenia Vidal; y, desde 2015, con el binomio Horacio Rodríguez Larreta-Diego Santilli.

aunque la mitad de sus cuadros proviene de familias politizadas y cuenta con una historia de militancia previa» (P. Vommaro *et al.* 2015, pág. 18). En este sentido, la figura de Macri y de otros dirigentes como *outsiders* de la política, es puesta desde la narrativa del partido como símbolo de una vocación de servicio y de entrega por parte de aquellos, a la vez que recuperada bajo la idea de que vienen a sanear una práctica considerada sucia e impura (P. Vommaro *et al.* 2015). Es decir que el PRO reconoce una trayectoria cuyo origen remite a la pos crisis del 2001, aunque experimenta un proceso de expansión y consolidación partidaria a partir de su acceso a la Jefatura de Gobierno de la CABA en 2007.

El PS forma parte de una tradición del socialismo de orientación reformista, que se impulsa con el liderazgo de Juan B. Justo y con la fundación del Partido en 1896. El partido sufre un conjunto de rupturas y reagrupamientos entre diversas facciones hasta la actualidad. Actualmente el PS es resultado de la reunificación (en el año 2002) del Partido Socialista Democrático (PSD)^[10] y el Partido Socialista Popular (PSP).^[11] El momento y modo en que se produce la reunificación permite pensar dicho proceso en relación con los efectos de la crisis de 2001.^[12] El PS, como principal partido de una coalición denominada Frente Progresista Cívico y Social, gobierna la ciudad de Rosario desde 1989 – en ese entonces como PSP – y la provincia de Santa Fe desde el año 2007, en alianza con el radicalismo y otros partidos. A diferencia del PRO, en el PS reconoce una trayectoria importante en la vida universitaria. En efecto, la mayor parte de sus líderes ha ingresado por medio de un movimiento estudiantil: el MNR. Asimismo, el caso es rico para observar las mutaciones y tensiones que se producen al interior de una organización política que surge por fuera del Estado (aunque con intenciones de acceder a posiciones en el mismo), con un ideal de militancia que, desde la sociología política francesa, se ha caracterizado como «total» (Pudal 2011). Pensar esa militancia ante la

[10] En 1958, sucede el primer gran cisma que sufre el socialismo argentino, entre el Partido Socialista Argentino y el Partido Socialista Democrático.

[11] Creado en 1972, bajo el liderazgo de Guillermo Estévez Boero, quien preside la Federación Universitaria Argentina (FUA) en 1959 y funda en 1960 el MNR.

[12] Aunque también cabe señalar que durante el kirchnerismo el PS sufre desagregaciones internas de acuerdo con los posicionamientos frente al gobierno nacional.

circunstancia de su desenvolvimiento en el marco de una gestión de gobierno (y ya no solamente en nombre de ideas políticas) se convierte en una cuestión distintiva.

La trayectoria del ME, por su parte, se va gestando al calor de la estrategia de construcción política con algunos de los movimientos sociales protagonistas durante 2001 y 2002 en el contexto político que se abre durante la primera gestión kirchnerista (2003-2007). En el año 2005, ya en el marco de la vinculación con el gobierno nacional, el MTD Evita se refunda como Movimiento Evita en un acto masivo en el estadio Luna Park de la ciudad de Buenos Aires. Así, se produce una articulación con diferentes actores (ex militantes del justicialismo, de organizaciones armadas de la década del setenta, organizaciones territoriales como Quebracho, entre otros) con los que se confluye en un mismo espacio político-electoral. *El Evita* gesta, así, su vínculo con el gobierno nacional en el marco de un espacio piquetero diversificado dentro del cual algunas organizaciones interpretan el proceso abierto en 2003 como una suerte de cambio de rumbo o punto de inflexión e incluso, para aquellos que se referencian dentro del peronismo, como *regreso a las fuentes históricas del justicialismo*.^[13] En sus primeros años, la forma de construcción política y territorial y las dinámicas internas de funcionamiento del ME parecen estar descentralizadas entre las distintas ramas regionales y con un modo de acumulación organizativa que, según testimonios de sus activistas y de acuerdo con los hallazgos de otras investigaciones (Natalucci 2012; Rocca Rivarola 2009), no tiene pautas del todo claras. Aunque el ME no gobierna en forma directa y excluyente ningún distrito, su presencia dentro del Estado nacional durante los gobiernos kirchneristas (y del Estado provincial, en la gobernación de Felipe Solá 2002-2007) se incrementa – aunque con oscilaciones – junto con la de otras organizaciones afines al kirchnerismo, no solo dentro de las estructuras del Poder Ejecutivo, sino también en la llegada a legislaturas y a cámaras provinciales. En este caso, nos encontramos frente a una organización que surge en el ámbito de la sociedad civil, en un contexto de una crisis de representación política y que, luego de la recomposición política de dicha crisis, va articulando con las

[13] Para acceder a un análisis de las relaciones entre el kirchnerismo y las organizaciones sociales, véase Rocca Rivarola (2009).

fuerzas políticas gobernantes y construyendo sus identificaciones políticas en torno al peronismo de izquierda y al kirchnerismo.

Juventudes políticas y las ramas juveniles partidarias

Los ámbitos de militancia juvenil en los tres espacios estudiados aquí se configuran y son concebidos por la propia militancia de distintas maneras, pero reconocen un contexto común: el escenario de politización abierto a fines de la primera década del siglo XXI.

La militancia juvenil en el ME no es reconocida orgánicamente, tal como se observa en el PS y el PRO. Sin embargo, entre fines de 2010 y mediados del 2011, se conforma un ámbito diferenciado de participación juvenil al interior del ME, que da lugar a la organización de la Juventud Peronista (JP) Evita a nivel nacional para el año 2012. Según testimonios de los referentes, en esos años se comienza a organizar más claramente el espacio, con la definición de un referente por distrito a nivel provincial, una Mesa Federal y un responsable nacional. El ámbito de la militancia juvenil en el Evita, que excede a la JP, es caracterizado como un Frente de Masas; en el cual se desarrollan tareas en diversos ámbitos, como el universitario o el territorial, que a su vez tienen un correlato en la construcción política electoral. En efecto, a fines de 2014, el ME anunció la precandidatura presidencial de Jorge Taiana, la cual finalmente no pudo sostenerse, acompañando posteriormente la candidatura de Daniel Scioli desde el Frente para la Victoria.

La Juventud del PRO (JPRO) es la agrupación juvenil del partido, formalizada a nivel nacional en la carta orgánica, así como también en cada distrito provincial. En la ciudad de Buenos Aires, sobre la que ponemos el foco en este capítulo, JPRO constituye solo uno de los espacios de juventud a nivel partidario, puesto que al interior del partido emergen otras agrupaciones juveniles referenciadas en dirigentes y/o funcionarios del PRO (ministros, legisladores, diputados), que entran y salen de la orgánica juvenil. Entre estas agrupaciones se construyen principios de disputa y de diferenciación de acuerdo con el perfil de sus activistas y las concepciones específicas de militancia que sostienen, vinculadas ya sea a la gestión, al trabajo territorial o fundaciones y *think tanks* (P. Vommaro *et al.* 2015). Entre los encuestados hay jóvenes de las diferentes agrupaciones, lo cual permite dar cuenta de la heterogeneidad interna

del partido, así como también de sus juventudes. Asimismo, la situación descripta permite comprender que la agrupación juvenil formal presenta una limitada capacidad para contener al grueso de los activistas juveniles.

En el PS son dos los espacios juveniles reconocidos por la carta orgánica del partido: la Juventud Socialista (JS) y el Movimiento Nacional Reformista (MNR), ambos de carácter federal y con una instancia común de formación política en el marco de los campeonatos nacionales, que se realizan de modo ininterrumpido desde 1989 pero que se revitalizan desde la llegada al Gobierno Provincial de Santa Fe en el año 2007. En contraste con el PRO, y de modo similar al ME, no se observan organizaciones juveniles diferenciadas, sino que la participación se da en el marco de los dos ámbitos institucionalizados. Esto no quiere decir que no existan alineamientos de la militancia juvenil en relación a los liderazgos adultos del Partido, sino todo lo contrario. Lo significativo en el caso del PS, así como también en el ME, radica en que las líneas internas en el seno de la militancia juvenil aparecen, en cierta medida, invisibilizadas.

De acuerdo con la especificidades de los tres espacios, a continuación realizamos una descripción de la militancia juvenil intentando señalar quiénes son estos jóvenes, cómo se acercan a la militancia, cuáles son sus ámbitos de socialización y cómo tramitan su activismo (en diferentes espacios, tareas y dedicaciones).

Perfiles militantes: los y las jóvenes activistas

Las diferencias existentes entre la historia y las tradiciones en las que se reconoce cada espacio político, las definiciones políticas que sustentan, los modos de intervenir en la vida pública, etcétera, no necesariamente permiten entender el perfil sociológico de sus jóvenes activistas. Por ello, a continuación, realizamos una caracterización general de los mismos en base a los resultados de las encuestas realizadas, identificando rasgos y propiedades comunes, al mismo tiempo que singularidades.

En relación con el género, los y las militantes juveniles del ME y del PS presentan proporciones similares en lo que hace a la representación de varones y mujeres (el 52 % son mujeres y 48 % varones en el primer caso, 57 % mujeres y 43 % varones en el segundo). El

contraste es mayor en el caso del PRO, en el cual el 70 % son varones.^[14]

El promedio de edad de la militancia juvenil del PS y del PRO es de 24 años, mientras que el del ME es un poco menor: de 22 años. Si observamos cuál es la franja etaria más numerosa dentro de cada organización, notamos que tanto en el PRO como en el Movimiento Evita, más de la mitad de sus encuestados tienen entre 19 y 24 años, y de manera inversa, en el PS el 55 % tiene más de 25 años.

En lo que hace a la situación educativa de los y las activistas, se advierte una similitud puesto que en los tres espacios la proporción de jóvenes que estudian (en alguno de los niveles educativos) es muy alta: el 81 % en el PRO, el 79 % en el PS y el 83 % en el Evita. En los dos primeros casos, se trata mayoritariamente de estudiantes de nivel universitario, y en el Evita, uno de cada tres activistas es estudiante pero de nivel medio o terciario, cuestión que puede leerse en relación con el promedio de edad más bajo que se reconoce en esta organización. Más allá de la condición estudiantil de sus activistas, el PS es el espacio más fuertemente entrelazado con una militancia universitaria, como veremos más adelante.

Los graduados universitarios son el 9 % de los activistas jóvenes del socialismo, número que contrasta con el 1 % de graduados del Evita.^[15] Esto nos permite reconocer la disminución de la presencia de graduados frente a los estudiantes en ambos espacios. Ahora bien, al tomar como foco del estudio a los militantes definidos por la propia organización como *juveniles*, la menor presencia de graduados no significa que las personas que se gradúan se alejen del espacio partidario, en general, sino más bien que se producen reconfiguraciones en las carreras militantes una vez que los jóvenes estudiantes se gradúan. En definitiva, lo interesante es mostrar la impronta que poseen los estudiantes de nivel medio y universitario (o terciario, en el caso del ME) en esta militancia juvenil partidaria,

[14] Vale la pena aclarar que estas proporciones no necesariamente reflejan la distribución de roles dentro de la organización entre los jóvenes que integran las capas dirigenciales de los espacios partidarios. En efecto, si nos concentramos en los líderes de los grupos, la presencia de mujeres tiende a disminuir abruptamente en todos los casos.

[15] No incluimos aquí el dato correspondiente a los militantes del PRO puesto que en aquel cuestionario solamente se preguntaba por la condición de estudiantes, no así de graduados.

así como también la correlación entre el ámbito escolar y universitario con la forma de construcción de espacios juveniles en los partidos. Vemos así que la condición *estudiantil* aparece, en el PS y en el ME, como un atributo coincidente con la condición *juvenil* de los activistas

Pese a las diferencias en cada uno de los grupos, se constata una elevada proporción de militantes que estudian y trabajan: el 60 % de los jóvenes del PRO, el 53 % de los jóvenes socialistas y el 46 % de los integrantes del ME (véase figura 7.1).

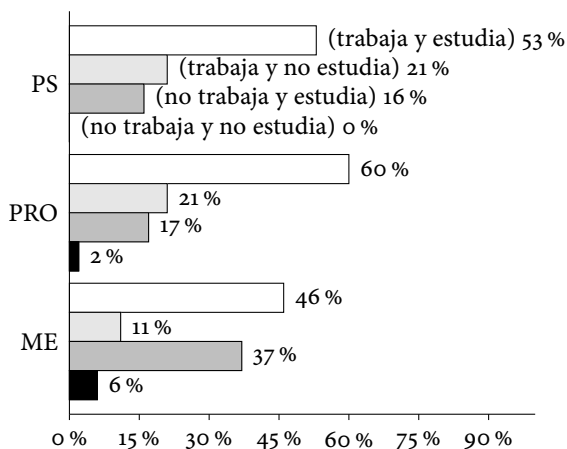


Figura 7.1. Distribución por estudio y trabajo según espacio partidario. Movimiento Evita (N=81), Partido Socialista (N=89) y PRO (N=58). Datos en porcentajes. Fuente: elaboración propia.

Como se desprende de los datos y se ilustra en el gráfico, al menos la mitad de los activistas en cada una de las organizaciones estudia y trabaja. Este dato es relevante en dos sentidos. Primero, porque permite establecer un contrapunto con la literatura sobre activismo que sostiene que hay una relación entre militancia y disponibilidad biográfica. En otros términos, con aquellos que sostienen que la militancia es más factible entre quienes disponen de tiempo libre y carecen de obligaciones familiares y laborales (Agrikoliansky 2001; Gobilie y Agrikoliansky 2011). Segundo, porque nos permite aproximarnos a algunas de las propiedades específicas de estas formas de militancia en espacios político-partidarios. La condición de estudiantes y trabajadores de los activistas no solamente no limita el compromiso sino que, además, configura una

manera específica de militancia en la cual los capitales laborales, políticos y educativos o profesionales son valorados y susceptibles de ser reconvertidos. Esta cuestión se puede observar al analizar un elemento significativo del perfil laboral de los militantes, puesto que aproximadamente la mitad de los encuestados que trabajan, lo hacen en el ámbito público: un 46 % en el PRO (principalmente en el Ejecutivo porteño, pero también en el Legislativo, las comunas y el Poder Judicial), un 47 % en el PS (como empleados en relación de dependencia o con contrato en el ámbito público) y un 50 % en el ME (como empleados en relación de dependencia, con contrato o en negro, en el ámbito público). Este dato debe ser tenido a la luz del análisis que realizamos en el sexto apartado, en el cual observaremos algunas especificidades en relación al modo en que se anuda el trabajo en el Estado y la militancia en las tres organizaciones. En tercer lugar, las ideas presentadas nos permiten discutir algunas interpretaciones de sentido común acerca del perfil social de los activistas. Por un lado, en relación con los militantes jóvenes del PRO, generalmente pensados como jóvenes estudiantes de sectores medios y altos que no trabajan. Por otro lado, en relación con la militancia en el Evita, interpretada en base a un perfil de joven perteneciente a sectores sociales medios o bajos, sin formación o estudios universitarios.^[16]

Carreras e itinerarios militantes

En este apartado proponemos analizar algunos de los elementos relativos al desarrollo de las carreras militantes de los jóvenes activistas. Concretamente, abordamos los modos de ingreso, el momento en el que se inicia su carrera militante y/o su inserción al espacio partidario y por medio de qué redes de reclutamiento.

Modos de ingreso y primeras experiencias militantes

Uno de los elementos que permite analizar la encuesta es cuándo empezaron a militar los y las jóvenes. Ahora bien, para reconstruir este dato, primero hay que diferenciar entre quienes inician una carrera militante en el espacio partidario actual y quienes poseen

[16] La presencia de estudiantes universitarios es importante en los tres grupos. Es en el PRO donde posee mayor incidencia (85 %), seguido por el socialismo (57 %) y, en último lugar, por los militantes del ME (48 %).

recorridos militantes previos, dentro o fuera de los ámbitos político-partidarios. En la figura 7.2 (véase pág. 203) se grafica el momento de ingreso al ámbito de militancia actual entre quienes carecen experiencias previas.

Como podemos ver, el año 2011 es en el cual se reconoce el mayor reclutamiento militante juvenil, tanto en el PRO como en el PS (con el 31 % y el 22 %, respectivamente); mientras que en el caso del ME la mayor cantidad de ingresos de militantes juveniles se registra en 2013, cuando se incorpora el 24 % de los jóvenes sin experiencias militantes previas.^[17] Esta información es interesante porque permite mostrar las diferencias entre el reclutamiento militante al interior del ME y de otras organizaciones juveniles kirchneristas, como La Cámpora, en las cuales – como se desprende de los hallazgos de otras investigaciones – es el año 2008 el que marca un hito en cuanto al ingreso de nuevos activistas (Vázquez y P. Vommario 2012).

Los datos aquí ofrecidos nos muestran, por un lado, cómo se configura ese ciclo de ingreso al activismo con posterioridad al año 2010. Por otro lado, que la profusión de nuevos militantes políticos juveniles en ese período está lejos de acotarse al espacio kirchnerista. Como lo han mostrado trabajos anteriores (Nique Franz 2015; Vázquez 2013), los datos de la encuesta permiten confirmar que el alcance de la movilización juvenil se refleja incluso más en otros partidos y organizaciones que se ubican en diferentes posiciones del arco político-ideológico. A modo de ejemplo, si analizamos el año 2011, notamos que el ingreso a la militancia juvenil en el PRO es cinco veces mayor que en el ME.^[18]

[17] Es importante mencionar que el gráfico contiene información hasta el año 2013 por ser este el último año del que disponemos información para los tres espacios partidarios. Ahora bien, la encuesta aplicada en el ME, permite ver que el año 2014 es un año en el que tiene lugar un número de ingresos similar, con el 21 % de los jóvenes sin experiencias militantes previas. en el caso del socialismo, cuyas encuestas fueron aplicadas en enero de 2015, podemos ver que el año 2014 comenzaron a militar el 18 % de los encuestados sin trayectorias militantes, dato que podría ser comprendido en el contexto de la campaña electoral por la candidatura presidencial de Hermes Binner.

[18] No podemos dejar de mencionar que esta agrupación no agota la totalidad del universo militante juvenil afín al kirchnerismo. De modo que si se adicionara el ingreso al activismo juvenil en todas las agrupaciones

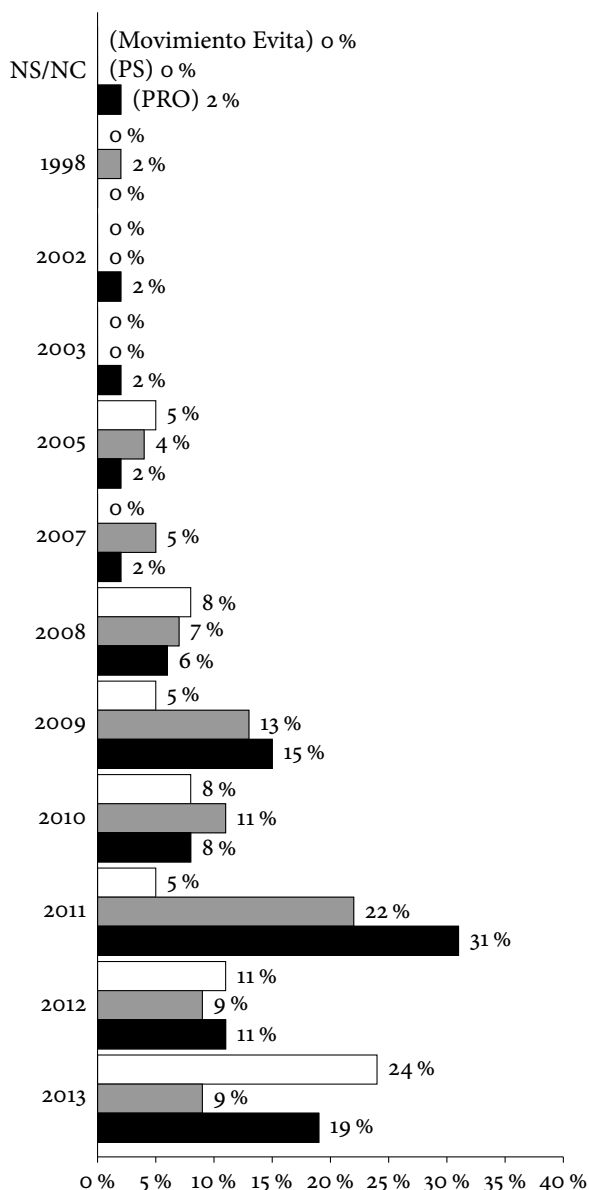


Figura 7.2. Año de inicio de militancia de activistas sin trayectorias militantes, hasta 2013. Porcentajes por organización. Evita = 36, PS = 61, PRO = 52 casos. Fuente: elaboración propia.

kirchneristas, posiblemente la relación que aquí se plantea cobraría nuevos matices.

Si analizamos el momento de ingreso al espacio partidario entre activistas que poseen experiencias militantes anteriores, observamos que en el PRO solamente del 10 % de los jóvenes ha militado con anterioridad. Es decir que el 90 % de los activistas juveniles del PRO hace su primera experiencia dentro de este mismo espacio partidario. Se trata, así, de la organización con mayor cantidad de activistas formados exclusivamente en su interior. En el caso del PS y del ME, el 69 % y el 47 % no poseen experiencias previas de militancia. Este dato es especialmente interesante entre los jóvenes del Evita puesto que, como vimos, aunque poseen un promedio de edad menor a los militantes de los otros dos espacios partidarios el 52 % ha militado anteriormente.

En la figura 7.3 (véase pág. 205), se pueden observar los años de ingreso de las y los militantes con experiencias previas. Incluimos solamente a las y los militantes jóvenes del PS y del ME debido a la escasa cantidad de jóvenes del PRO con trayectorias militantes.

En el caso del ME, el incremento del reclutamiento de militantes con experiencias anteriores se produce, centralmente, entre los años 2012 y 2013. Más de la mitad (57 %), proviene de organizaciones que son o han sido afines al kirchnerismo, como el Partido Justicialista, La Cámpora, JP Descamisados, Agrupación Martín Fierro, Nuevo Encuentro, Partido Comunista Congreso Extraordinario, Peronismo Militante, Unión de Estudiantes Secundarios (UES), Libres del Sur, entre otras.^[19]

Entre los jóvenes socialistas, el 31 % presenta experiencias de militancia previa por fuera del socialismo. Es significativo, en este caso, advertir la heterogeneidad de ámbitos de los que provienen: el 43 % de centros de estudiantes y agrupaciones independientes en la universidad, el 18 % en otros partidos políticos, el 14 %, de ONGs, y, en menor medida, en movimientos sociales y organizaciones religiosas.

Los datos presentados nos ofrecen interesantes insumos para pensar tanto en las carreras militantes de las y los jóvenes activistas, como también los procesos de socialización militante asociados a

[19] Ello da cuenta de un fenómeno de circulación o fluctuación militante intraoficialista de los propios militantes, algo que se advierte también en las entrevistas realizadas. Para una inscripción de esa fluctuación como parte de un proceso de adaptación a un escenario político de volatilidad electoral, transformación de los partidos políticos y de su vínculo con los votantes, véase Rocca Rivarola (2015).

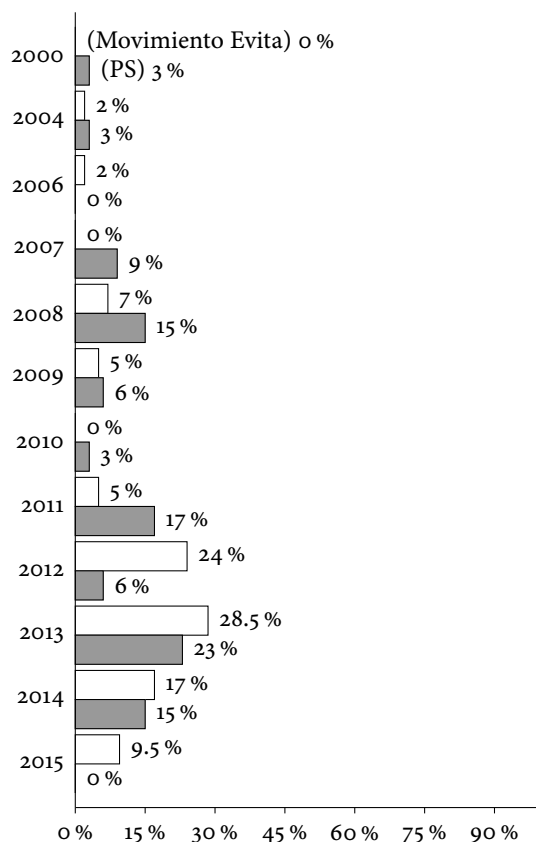


Figura 7.3. Año de inicio de militancia en espacio actual de los encuestados con trayectorias militantes. Porcentajes por organización. Movimiento Evita = 42, Partido Socialista = 28. Fuente: elaboración propia.

dichas carreras. En el caso del PRO, casi la totalidad (90 %) de las y los militantes jóvenes han desarrollado toda su carrera militante dentro del espacio político del que son parte actualmente, aun cuando pueda haber habido desplazamientos intrapartidarios.^[20] En el caso del ME, hay carreras militantes de más larga data (el 52 %

[20] No debemos omitir el hecho de que desde 2007 el PRO ha sido un espacio político en ascenso y consolidación (y sin una multiplicidad de organizaciones integrando el oficialismo, como en el caso del kirchnerismo), tendencia que puede haber sido un factor de peso para delinear trayectorias estables dentro del partido (sin fenómenos centrifugos).

con experiencias previas de militancia), aunque en espacios afines ideológicamente. El socialismo aparece como un caso intermedio entre ambos tipos de carreras (la «pura» en el espacio actual de pertenencia y aquella en la cual se registra experiencias previas en otros espacios militantes), puesto que el 69 % de los y las activistas actuales comienzan a militar en el propio socialismo.

Espacios de militancia actual

Prácticamente la mitad (47 %) de los militantes del PRO participa ya sea en el PRO o en la orgánica juvenil (JPRO), mientras que la otra mitad (48 %) lo hace en una agrupación o sector interno del partido.^[21] Aquí se pone de manifiesto que la Juventud PRO no aglutina, como juventud partidaria oficializada, la totalidad de las militancias juveniles del partido.

Entre los militantes del ME, no se observa esta heterogeneidad, sino que los encuestados forman parte ya sea de la JP Evita o del MUE. El contraste con los jóvenes del PRO en este aspecto no implica necesariamente que el Evita sea un movimiento más homogéneo o con mayor unidad interna u organicidad, sino más bien que las internas o disputas en su interior se procesan de otro modo. En el caso del socialismo, aunque la proliferación de redes y grupos referenciados en distintos dirigentes nacionales y locales forma parte de la historia del partido, los espacios de militancia actual de los jóvenes también arrojaron una imagen de organicidad, sin que aparezcan agrupaciones o sectores internos. En este sentido, los jóvenes militantes forman parte o del Partido (39 %), o de los espacios orgánicos de la juventud: la JS (22 %) y la juventud universitaria del MNR (36 %).

Modos de ingreso, redes de socialización política y vías de reclutamiento

Uno de los aspectos más estudiados en la literatura sobre activismo tiene que ver con la importancia que revisten las redes de

[21] Ejemplos de las agrupaciones nombradas son: La Corriente, Pensar Política, La 24, Renovación Ciudadana, Jóvenes Pro Derecho y el Movimiento Integración y Desarrollo. El 5 % restante de las personas encuestadas no respondieron a la pregunta.

sociabilidad. Las mismas son recuperadas para comprender las lógicas y las modalidades específicas por las que tiene lugar el ingreso y la permanencia a los espacios de militancia (Della Porta (Della Porta 1988, 1998; Diani 1998; Passy y Giugni 2000). Aunque para pensar casos empíricos diferentes a los aquí estudiados, algunos trabajos (Vázquez 2010) han mostrado que la inclusión de las redes de relaciones interpersonales permiten tensionar el principio ideológico como elemento principal para entender cómo surge el compromiso y por qué el mismo se tramita en cierto tipo de grupos y no en otros.

Con las encuestas aplicadas, procuramos analizar de qué modo operan o inciden distintos tipos de redes – familiares, de amistad, compañeros de escuela, vecinos, etcétera – que forman parte del entorno partidario (Sawicki 2011) y permiten comprender el proceso reclutamiento en los mismos. Para ello, a continuación, se recuperan las respuestas que dieron quienes tuvieron su primera experiencia en las organizaciones estudiadas, acerca de cómo tomaron conocimiento de ese espacio partidario. El cuadro 7.1 sintetiza estas respuestas.

Podemos interpretar el peso de las redes de amigos y conocidos entre los jóvenes activistas del PRO como reflejo de un entorno de socialización y de la reproducción de un patrón social más homogéneo o endógeno que en las otras dos organizaciones. De todos modos, la importancia de las redes de amistad es considerable en los tres casos, aspecto que resulta evidente a partir de una militancia en el ámbito juvenil de los respectivos espacios políticos, en los cuales la construcción de relaciones de sociabilidad entre pares aparece como elemento central.

Además de las redes de amigos, en los tres espacios partidarios se destacan las redes construidas en torno a espacios educativos (de nivel medio y superior) para el ingreso a la militancia, principalmente entre los jóvenes del PS (31 %) y del ME (18 %), si sumamos estudios a nivel medio y superior. En el PRO este número desciende al 2 %. Las diferencias presentadas pueden pensarse en relación con el peso que poseen los dos primeros espacios partidarios en la militancia estudiantil secundaria (en especial en el caso del Evita)

	ME	PS	PRO
Amigos/conocidos	37	27	50
Por miembros de la familia	13	20	4
Escuela secundaria	10	0	0
Internet, televisión, redes sociales	8	7	17
En la facultad	8	31	2
Por una actividad del partido	5	2	6
Por un referente partidario	3	0	2
Mediante propaganda partidaria	3	7	2
En el trabajo	3	0	6
Por una gestión de gobierno	3	0	0
No responde	7	0	5
Por iniciativa propia	0	6	6
Total	100	100	100

Cuadro 7.1. Modo de conocimiento del espacio de militancia actual. Encuestados sin trayectorias previas. Porcentajes por organización. ME = 38 %. PS = 55 %. PRO = 52 %. Fuente: elaboración propia.

y universitaria en el ámbito público, en relación con la escasa incidencia del activismo del PRO en las universidades nacionales.^[22] El

[22] En términos comparativos, el PRO no ha tenido un desarrollo considerable de militancia propia en el ámbito universitario y terciario, con excepción de algunas universidades privadas, especialmente las confesionales, en las que su incidencia es un fenómeno a destacar. Según Fuentes (2015), en un su trabajo sobre la educación y la sociabilidad en jóvenes de sectores de elite del área metropolitana de Buenos Aires (AMBA), la Universidad Católica Argentina ha sido un ámbito de reclutamiento técnico-político para el PRO. Aunque los centros de estudiantes tienen prohibida la identificación partidaria, hay redes informales construidas en torno a dichos espacios universitarios que funciona como vía de reclutamiento para el Partido. El ingreso a la política en las mencionadas redes aparece fuertemente asociado con la proyección de una carrera profesional en el Estado. Así, los y las jóvenes de la UCA, «hacen política distanciándose de ella» (Fuentes 2015, pág. 335). Así, volviendo sobre los resultados de la encuesta, la impronta que poseen las redes personales en el ingreso al PRO pueden estar solapando el peso que poseen las vinculaciones construidas en torno a los

punto a destacar es la fuerte presencia que posee el PS en diferentes universidades nacionales, no solamente a través de agrupaciones estudiantiles como el MNR (espacio militante universitario del partido), sino también por el peso que posee el mundo universitario en la construcción de tradiciones y de las carreras de los dirigentes adultos del PS, entre los cuales se destaca su condición de militantes universitarios. Esto se confirma si notamos que todos los activistas del PS que mencionan la importancia de estas redes, lo hacen tomando como referencia al ámbito universitario.

Es interesante señalar el modo en que aparece la incidencia de las denominadas redes sociales (Facebook, Twitter y otras) e Internet como vía de contacto con los espacios partidarios. En el caso del PRO se observa el porcentaje más alto de respuestas (17 %), al que le sigue el ME (8 %) y, en último término, los jóvenes socialistas (7 %). Esta cuestión ha sido objeto de análisis en algunos trabajos académicos orientados a estudiar, principalmente, la interacción virtual y estrategias de reclutamiento militante en organizaciones juveniles afines al kirchnerismo (Capriccioni 2014; Garrido 2012), a la luz de campañas como *yo quiero militar bancando a Cristina*, lanzada por La Cámpora con posterioridad a la muerte de Kirchner;^[23] así como también mostrando que el ciberactivismo se integra al repertorio de acciones militantes en este tipo de organizaciones (Vázquez, 2015). Los datos que aquí se introducen permiten ver que esta vía de aproximación y/o modo de reclutamiento militante se reconoce en diferentes espacios partidarios, aunque también es diverso el efecto que posee entre sus activistas. Ahora bien, la importancia que presenta – en términos comparativos con los otros dos espacios – entre los jóvenes activistas del PRO puede ser pensada como un elemento propio del espacio partido más allá del activismo juvenil, tal como lo demuestran otros trabajos (P. Vommaro *et al.* 2015).

No podemos dejar de hacer mención a la difusión partidaria bajo un repertorio de acciones que podemos definir como más «clásicas» en relación con la militancia político-partidaria, tales como: la propaganda partidaria, el reclutamiento de nuevos miembros impulsado por referentes de los partidos o por militantes políticos

ámbitos educativos, principalmente de nivel superior, entre las personas encuestadas.

[23] Para profundizar sobre esta campaña por las redes sociales, véase Vázquez y P. Vommaro (2012).

en diversas actividades organizadas por los partidos. Si sumamos las tres categorías (propaganda partidaria, referente partidario y actividad del partido) para cada espacio, estas actividades son mencionadas como vía de contacto con el espacio partidario por el 9 % de los jóvenes socialistas, el 10 % de los jóvenes del PRO y el 11 % en el ME. Vemos así que, aunque esta vía de reclutamiento partidario no es irrelevante, posee – en términos comparativos – menos peso en el modo de ingreso de militantes jóvenes. Este aspecto, la pérdida de centralidad del modo tal vez más tradicional de reclutamiento político-partidario, que cede importancia frente a las redes de amigos, cibernéticas y a los vínculos trazados en el mundo educativo, da cuenta de algunas de las transformaciones de la representación política al interior de los espacios político-partidarios.

Finalmente, es importante reflexionar sobre el peso de la sociabilidad familiar. Las relaciones familiares no son puestas por parte de los encuestados del PRO como un modo central de ingreso a la vida partidaria (4 %). Entre los militantes socialistas y del ME este dato se vuelve más relevante y asciende al 20 % en el primer caso y al 13 % en el segundo. Ahora bien, estos datos deben ser interpretados a la luz de otros que surgen tanto de la encuesta como del trabajo de campo, en general. Nos referimos, concretamente, a los casos de jóvenes activistas cuyas familias poseen militancia política. Así, pese al bajo peso que poseen las redes familiares entre las personas encuestadas, la presencia de familiares con experiencia militante entre los jóvenes del PRO asciende al 45 %, entre los cuales el 11,5 % ha militado o milita actualmente en el PRO, o sus sellos partidarios anteriores, y más de la mitad (54 %), lo ha hecho o lo hace dentro del peronismo y del radicalismo. Entre los socialistas, el 73 % posee familiares con militancia, entre los cuales casi la mitad (47 %) lo ha hecho o hace en el PS y el resto (44 %) en espacios con otras tradiciones político-ideológicas, como el peronismo y el radicalismo.^[24] En el caso del ME el 70 % de los jóvenes militantes afirma tener familiares con experiencias de activismo. Entre los cuales, un 30 % militó o milita en el peronismo, el 43 % en otros partidos políticos, y el resto en otro tipo de ámbitos u organizaciones no partidarias.

De acuerdo con estos últimos datos, el escaso peso que poseen las redes familiares como vía de ingreso o conocimiento del espacio

[24] El 9 % de los encuestados del PS que mencionó tener familiares con militancia, no respondió en dónde.

actual de militancia puede ser relativizado. La socialización familiar militante (haberse criado y vivido en un entorno donde la militancia formaba parte de la cotidianeidad familiar) aparece como un elemento ineludible entre estos jóvenes activistas, más allá de la afinidad ideológica entre el espacio de militancia de sus familiares y el propio. Aún así, el peso de ciertas tradiciones ideológicas en la mencionada socialización familiar se revela como un dato importante tanto entre los socialistas, como entre los militantes del ME, tal como se desprende del peso de la militancia en espacios peronistas por parte de familiares. Esto encuentra específicas condiciones de posibilidad en una expresión político-partidaria como la del PRO, que si bien se articula con y se nutre de tradiciones y de dirigentes provenientes de otros partidos políticos, se muestra como un partido nuevo que tiende a tomar distancia de las grandes identificaciones políticas de la historia Argentina.

Los datos ofrecidos nos permiten pensar cómo cada espacio partidario configura una manera específica de reclutamiento militante, a partir de relaciones intrageneracionales (redes de amigos y conocidos, compañeros del ámbito educativo, redes sociales, etcétera) e intergeneracionales (transmisión por parte de familiares adultos, vínculos con referentes adultos partidarios, etcétera). Este trabajo nos muestra la importancia que poseen los mecanismos de difusión y socialización política intrageneracionales para entender el ingreso a los tres espacios partidarios, sobre todo en el ME y el PRO. En el caso del PS, se observa una preponderancia de mecanismos de transmisión de conocimientos y modos de aproximación a la militancia basados en relaciones intergeneracionales, sobre todo por la socialización política familiar, para la cual no deberíamos olvidar que se trata de un partido centenario, a diferencia de los otros dos espacios políticos, que surgen como tales con posterioridad a la crisis de 2001, aunque uno de ellos, el Evita, tenga un anclaje identitario en la tradición peronista del primer gobierno de Juan D. Perón.

Formas de militancia

Hasta aquí hemos caracterizado a los y las militantes y hemos mostrado cómo se configuran los orígenes sus carreras militantes. A continuación, analizamos un conjunto de elementos vinculados con la manera en que militan las personas jóvenes en los tres espacios

partidarios. Una primera cuestión a mostrar es el tiempo semanal que dedican a sus tareas militantes, como se observa en la figura 7.4.

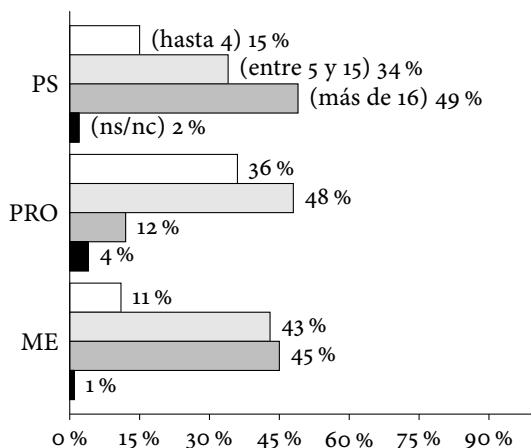


Figura 7.4. Horas semanales dedicadas a la militancia, por espacio de participación. Datos en porcentajes. PS = 89, ME = 81, PRO = 58. Fuente: elaboración propia.

Más de la mitad de los y las militantes juveniles del PS y del ME dedican 15 horas semanales a la militancia o más, mientras que entre los activistas del PRO el 84 % milita menos de 15 horas. Independientemente de cuántas horas se milita, creemos que estos datos pueden ser pensados en relación con las diferentes valoraciones del quehacer militante, con las diversas concepciones de la militancia al interior de cada espacio partidario, así como también con las maneras específicas en que se articula la militancia con el desempeño laboral en el ámbito público, como veremos en el próximo apartado. Concretamente, las diferentes articulaciones que se producen en el seno de cada espacio entre tareas laborales y militantes puede modificar la manera en que los y las jóvenes definen la cantidad de horas dedicadas a la militancia propiamente dicha. Este punto es central para comprender el modo en que se tramitan los compromisos dentro del PRO, en el cual la categoría militante no reconoce un sentido unívoco ni generalizado entre sus adherentes, quienes en muchas ocasiones aluden a la participación en el partido como una forma de voluntariado. Ahora bien, en la dirección opuesta, este elemento es interesante para ver cómo desde dos espacios políticos diferentes, cómo las juventudes del ME

y del PS las tareas de trabajo en el Estado son susceptibles de ser interpretadas como una extensión de compromisos militantes. Así, uno de los interrogantes que surge, es si las personas encuestadas entienden su propio trabajo en el Estado como parte de esa dedicación horaria a la militancia o no, sobre todo en espacios partidarios en los cuales hay vínculos directos con gestiones de gobierno o con referentes que ocupan cargos legislativos que contratan a jóvenes militantes de sus propios espacios políticos o entornos. Por ello, una de las cuestiones a explorar en el trabajo tuvo que ver con preguntar a las personas encuestadas cuáles son las tareas que realizan en sus horas semanales de militancia.

Entre los y las militantes del ME más de la mitad de las tareas militantes (52 %) está asociada al desarrollo de actividades territoriales, como el impulso de tareas sociales, culturales, deportivas, talleres y apoyo escolar. Las actividades territoriales poseen menor incidencia entre los y las jóvenes socialistas (27 %) y entre los y las jóvenes del PRO descienden todavía más (6 %). La principal actividad militante semanal para las juventudes socialistas tiene que ver con el impulso de tareas ligadas con el funcionamiento interno del partido^[25] (31 %), actividad que ocupa el segundo lugar entre las tareas mencionadas en el PRO (20 %), y se destaca, aunque en menor medida, entre los jóvenes del ME (22 %). En el caso del PRO, son las actividades de campaña electoral propiamente dichas las que ocupan el primer lugar entre tareas militantes semanales (36 %). Este número contrasta con las respuestas ofrecidas por los y las militantes del socialismo y del ME, entre los cuales solo el 11 % y el 8 % de las tareas semanales están asociadas a este tipo de tareas, respectivamente. Vemos así que, al menos en la descripción que los propios encuestados hacen de sus tareas militantes, la realización de tareas laborales no es puesta como parte del repertorio de tareas militantes; lo cual no quiere decir que no haya vinculaciones entre trabajar y militar.

El análisis de las respuestas nos muestra la baja incidencia que posee la participación de los y las militantes en tareas de formación

[25] En las tres organizaciones la vida interna partidaria se encuentra asociada a la organización y asistencia de reuniones de todo tipo, y en una medida muy pequeña, aparecen algunas menciones a tareas vinculadas con reclutamiento partidario (convencer compañeros, conseguir afiliados, entre otras respuestas).

política en los tres espacios partidarios. En el caso del socialismo, representa el 10 % de las tareas, en el PRO el 7 % y en el Evita el 2,3 %. Esto llama la atención, sobre todo, en el socialismo, en el cual – desde la narrativa oficial – las tareas de formación política (como el estudio, la lectura de textos y el debate de los mismos) son consagradas como elementos centrales de la militancia. La baja incidencia en el caso del PRO, puede pensarse en relación con el hecho de que los espacios de juventud son puestos, en sí mismos, como una «escuelita» de formación de cuadros, al mismo tiempo que como instancia de organización de apoyos y difusión de la gestión de los dirigentes adultos. Es por ello que el impulso de tareas de formación parece no tener un peso propio o diferenciado de la participación de los ámbitos juveniles, vistos como escuela de futuros dirigentes.

Finalmente, es significativo que aunque hay una fuerte base de estudiantes de nivel superior en las tres juventudes, la militancia en el ámbito universitario representa solamente el 12 % de las actividades militantes semanales entre los socialistas, el 6 % en el ME y el 7 % en el PRO. Es decir que estamos ante encuestados que forman parte de las juventudes políticas y que estudian en la universidad pero que no necesariamente militan en ese frente o ámbito. Asimismo, puede pensarse que frente a la superposición de funciones con relación a diversas tareas realizadas en sus organizaciones políticas, no reconocen el activismo en el ámbito universitario como parte de sus principales tareas y lo asocian a otros ámbitos de sociabilidad de su vida cotidiana.

Configuraciones de sentido en torno a la militancia y el trabajo en el Estado

Como mencionamos, uno de los aspectos interesantes para el estudio de la militancia juvenil en los tres espacios partidarios es la manera en que se entrelazan las actividades militantes y las tareas vinculadas con el trabajo en el Estado (sea en el ámbito local, provincial o nacional) y más allá de la manera específica en que cada espacio se vincula con o llega a ser parte de una gestión.

En el caso del PRO, como se manifiesta en una de sus principales consignas («la pasión por hacer»), la gestión de lo público aparece como resultado de un saber técnico y de la mano de una concepción pragmática de la política. Se reconoce, así, el peso de un discurso

que aspira a ser *modernizador* y desideologizado, en el que la lógica del emprendedorismo es puesta como un valor dominante (G. Vommaro 2014). En el caso del PS, se recupera y celebra una experiencia de gestión definida como *honestas, eficiente y transformadora* que es postulada como modelo a seguir por una izquierda democrática de vocación frentista. Desde el ME, la concepción del propio desarrollo organizativo aparece directa y explícitamente asociada a la presencia en el Estado, en tanto la organización social y popular incluso es entendida como una rama más del mismo. Por ejemplo, la implementación de políticas estatales en el territorio construye, según el testimonio de sus referentes, militancia y presencia barrial del Evita.

Ahora bien, más allá de la cuestión enunciativa, estas diferentes concepciones calan y se hacen visibles en la propia manera de construir los compromisos militantes juveniles. En primer lugar, volviendo a los datos presentados en relación con los años en que se produce la mayor cantidad de ingresos militantes, observamos que casi todas las personas encuestadas ingresan al ámbito de militancia actual cuando este ya tenía bajo su responsabilidad – o integraba – una gestión de gobierno.

En segundo lugar, al indagar cuántos de los y las militantes poseen cargos públicos^[26] notamos que la gran mayoría en los tres espacios partidarios no posee cargos públicos (el 84,5 % en el PRO, el 84 % en el ME y 82 % en el PS). Ahora bien, preguntamos a quienes no realizaban este tipo de actividades, si deseaban tener cargos públicos a futuro. En los tres casos se observan elevados porcentajes de respuestas afirmativas: el 66 % en el ME, el 73 % en el PS y el 80 % en el PRO. Una interpretación posible de estos datos es que incluso cuando la militancia en estas organizaciones no depende – o no se deriva necesariamente – de la inserción laboral en el Estado, las expectativas en torno a dicha inserción están lejos de ser

[26] Las respuestas a la pregunta de si los encuestados poseían o no un cargo público, de todos modos, suscitó un problema, dado que algunos de estos parecían concebir esos cargos de modo muy restringido. En otros términos, la pregunta no ha sido suficiente para que podamos evaluar el fenómeno de profesionalización, dado que, en muchos casos, el trabajo en reparticiones estatales no ha sido considerado por los encuestados como un cargo público. Por eso, cabe matizar la escasa cantidad de cargos públicos declarados con la cifra de otra pregunta relacionada con el ámbito de trabajo.

un elemento marginal en las concepciones de militancia. Estas expectativas pueden ser interpretadas en el marco de un proceso más general de profesionalización de la militancia que fue analizado en trabajos cualitativos (con entrevistas a militantes adultos u jóvenes) como parte de un fenómeno más amplio de transformación de los vínculos militantes (Rocca Rivarola 2015).

En tercer lugar, retomando la cuestión del perfil laboral de los encuestados de los tres espacios sobre el que hicimos alusión anteriormente, podemos agregar que aproximadamente la mitad de los que trabajan, lo hacen en el ámbito público. Al explorar cuántas horas semanales militan quienes trabajan en el ámbito público, notamos que el 65 % de los y las militantes del ME y el 61 % del PS dedican más de 15 horas semanales a la militancia, mientras que en PRO el 57 % de los que trabajan en el ámbito público militan entre 5 y 15 horas semanales.

En cuarto lugar, en relación con las razones que aducen los encuestados frente a las expectativas por tener un cargo público, identificamos elementos que también vale reponer en el análisis. Esta pregunta, lamentablemente, no fue incluida en las encuestas aplicadas en el PRO; sin embargo la riqueza que posee este dato amerita introducirlos para los otros dos espacios partidarios. Entre los activistas del ME y del PS, el deseo de ocupar un cargo público tiene que ver con una interpretación del Estado como objetivo u horizonte de la militancia, con el 30 % y el 29 % respectivamente. En ambos espacios, el ingreso al Estado en calidad de miembro de una agrupación o como activista es vivido como un reconocimiento o legitimación *militante* (Vázquez y Cozachcow 2015). Las demás respuestas que dan los militantes acerca de por qué aspiran a ocupar cargos públicos se distribuyen de modo más o menos homogéneo entre motivos relacionados con «transformar», «ayudar/aportar», tener un crecimiento personal, razones colectivas que exceden una respuesta individual – «depende de decisiones colectivas» – [27] e incluso con gustos personales («me gusta la gestión/la política»).

[27] Cabría detenernos en este punto. La tensión entre las aspiraciones personales y la lógica colectiva puede ser un fenómeno habitual, que no deberíamos apresurarnos a considerar saldado en alguna de las tres organizaciones estudiadas. La respuesta en cuestión parece reflejar un planteo de la propia organización – desde arriba – del que los y las militantes dan cuenta, estén o no en sintonía internamente con esa concepción.

En último lugar, entre quienes manifiestan que no están interesados en tener un cargo público a futuro, aparece la preferencia por el impulso de otro tipo de tareas militantes (37,5 % en el PS; 27,3 % en el ME). Este dato podría estar reflejando un modo de autopresentación de acuerdo con los principios que configuran una suerte de moral militante dentro de cada espacio, en algunos casos con imágenes negativas acerca de la transformación de la propia militancia con la incorporación a cargos estatales. Ello se observa especialmente entre los y las activistas del ME, entre los cuales la perspectiva de tener un cargo público aparece revestida de una carga negativa, ilustrada en caracterizaciones como «es una pérdida de tiempo», «no busco lucrar» o como expresión de «entrar a la burguesía».

Los diferentes datos presentados nos muestran, en primer lugar, que la socialización de los y las militantes en los espacios partidarios tiene lugar cuando estos forman parte de gestiones de gobierno. En este sentido, ser parte del Estado o de una gestión y de un espacio de militancia es un hecho para quienes trabajan actualmente en cargos públicos, así como también una expectativa entre buena parte de quienes no lo hacen. Esto se conecta con la manera en que cada espacio partidario tramita las vinculaciones específicas entre su militancia y el Estado. Asimismo, la cantidad de horas que dedican a la militancia varía notablemente entre los grupos. Sin embargo, los datos que aquí ofrecemos no permiten pensar que la mayor o menor cantidad de horas de militancia esté vinculada de modo directo con el trabajo en empleos públicos. Estas diferencias parecen obedecer más a los regímenes específicos de compromisos que sostiene cada grupo y al repertorio de acciones y tareas legítimas en cada uno de los casos. Así como también a los sentidos específicos que dan a la idea de militancia, vista como algo susceptible de ser integrado en la labor profesional o laboral o como una instancia separada, ya sea como expresión de actividades de voluntariado (como vemos en el PRO) o como manifestación de un compromiso que parece ser más legítimo en la medida que más se articula con la militancia barrial y menos con la gestión estatal (como se desprende en el caso de algunos militantes del ME).

Palabras finales

En este capítulo recuperamos los resultados de un trabajo de campo con el propósito de retratar las militancias juveniles en tres espacios partidarios cuyas trayectorias, orígenes, identificaciones ideológicas y formatos organizativos son diferentes entre sí pero que comparten la construcción de espacios o ramas juveniles en relación con la militancia partidaria, en los cuales se registra un importante crecimiento en el período estudiado.

Los resultados de las encuestas aplicadas con jóvenes del PRO, del PS y del ME nos permiten acercarnos, así, a un universo que ha sido objeto de interés en el campo de producción académica pero en el cual raramente se analiza quiénes son y cómo militan los y las jóvenes, al mismo tiempo que ocasionalmente se establece una mirada comparativa entre las formas de militancia, más allá los espacios en los que se inscriben.

En relación con el perfil sociodemográfico de las juventudes, identificamos una cierta homogeneidad en relación, por ejemplo, con la impronta que poseen los y las estudiantes. Este dato puede ponerse en relación con otros datos, derivados también de las encuestas, como la aspiración a ocupar cargos públicos y los motivos que ofrecen para fundamentar dicho interés, dando cuenta del peso que poseen ciertas valoraciones al interior del universo militante. En otros términos, es indicativo de la importancia que posee la condición estudiantil de los y las militantes en estas organizaciones por cuanto es visto como un criterio de legitimación de sus prácticas, así como también como un capital (académico y político) para el desarrollo de carreras militantes exitosas en las cuales la gestión estatal constituye uno de los ámbitos de proyección.

La impronta que poseen los y las militantes con distintos perfiles educativos (en el ME centralmente de nivel secundario y terciario, mientras que en el PRO y el PS, universitario) puede relacionarse, además, con el promedio de edad que, como vimos, es menor en el Evita. Ahora bien, ese dato se anuda con otros que surgen del trabajo de campo y permiten pensar cómo esas diferencias educativas expresan, también, diferencias sociales entre los militantes del Evita y los de los demás espacios partidarios.

El estudio realizado permite, además, relativizar la supuesta disponibilidad biográfica para entender los compromisos juveniles analizados, puesto que – como vimos – la presencia de jóvenes que

estudian y trabajan es abrumadora en los tres casos. Esta cuestión se vuelve central no solo para discutir con algunos supuestos de los estudios sobre activismo (en general y juvenil, en particular) sino además para componer el perfil social de los militantes, tensionando algunas visiones de sentido común.

El trabajo muestra la relevancia que poseen ciertos ciclos de movilización juvenil que configuran un contexto de oportunidad política para el ingreso a la militancia. Esto es valioso, por un lado, para tensionar algunas interpretaciones que reproducen el punto de vista de los actores al afirmar, por ejemplo, que es el año 2003 el que expresa el clivaje en términos de crecimiento de la militancia juvenil afín al kirchnerismo.^[28] Asimismo, el estudio de los momentos de ingreso de los y las militantes, exhibe que el mencionado ciclo de movilización juvenil se registra en espacios partidarios tan disímiles entre sí como lo son el ME y el PRO.

Otro elemento a destacar del trabajo es que nos permite entender cómo se configuran los circuitos y recorridos de los militantes, dando cuenta del peso de las redes de relaciones familiares y de pares, de los espacios sociales de pertenencia (como el mundo universitario) así como también del modo en que se produce el inicio y la sucesión de etapas en las carreras militantes. En el caso del PRO, el peso de las tradiciones familiares parece ser menor que en el caso de los socialistas y de los jóvenes activistas del ME. En parte como resultado de la trayectoria del propio grupo y en parte como expresión del tipo de construcción política de cada espacio, las militancias juveniles muestran, además, diferentes recorridos. En el PRO se trata de militantes que han ingresado y militado solamente en este espacio partidario (conformado un modelo de militante puro del PRO), mientras que en el caso del PS y del ME se observa una

[28] Este dato no se concluye directamente del uso de las encuestas, puesto que podría haber militantes que ingresen a militar en el año 2003 que no continúen militando al momento de aplicar los cuestionarios ya sea porque concluyeron su militancia o porque se han desplazado hacia otros ámbitos (dentro o fuera de los espacios partidarios). Sin embargo, otras fuentes del trabajo de campo, como las entrevistas y la revisión de los documentos nos permiten afirmar que el mayor caudal de militantes ingresa con posterioridad. Esto se puede ver tanto desde los relatos acerca de cuándo comienzan su activismo, como desde la misma conformación de los espacios de militancia juveniles, buena parte de los cuales se conforman tiempo después.

presencia de activistas con experiencias anteriores. De todos modos, estas trayectorias de militancia previas guardan relación con algunas de las propiedades de los espacios, puesto que la mayoría de los que no comienzan a militar en el PS provienen de experiencias militantes en agrupaciones universitarias, siendo el socialismo un partido con fuerte tradición en la vida universitaria. Asimismo, los que comienzan su militancia fuera del ME lo hacen mayoritariamente en relación con agrupaciones afines al kirchnerismo. Vemos así que aun cuando las tradiciones y modos de construcción política de cada espacio no explican *per se* las militancias juveniles, es indudable que la comprensión de las mismas requiere reponer algunos de estos elementos.

Es interesante destacar la impronta transversal que posee, entre estos militantes, la condición de los espacios partidarios como parte de gestiones de gobierno. El trabajo muestra, así, que en un amplio abanico ideológico, hay una generación de militantes juveniles vinculados con proyectos militantes que son oficialistas durante el período que aborda este trabajo. Esta cuestión comporta uno de los elementos más interesantes de las juventudes partidarias estudiadas y nos invita a repensar algunas de las propiedades y características de las juventudes militantes luego de la mayor crisis de representación política de la historia reciente en Argentina. En este sentido, podemos ver cómo y de qué maneras los espacios y la militancia político-electoral vuelven a ser ámbitos apetecibles para el desarrollo de proyectos militantes y, más concretamente, para la vinculación de jóvenes y la activación de espacios juveniles específicos y diferenciados del espacio partidario en general. Esto permite entender, a la vez, que el activismo reconoce distintos puntos de contacto con otras actividades que anteriormente eran colocadas por fuera del espectro de tareas militantes, como por ejemplo, trabajar en el Estado. Por otra parte, las propias dinámicas del proceso electoral en el período posterior al que aborda este trabajo, invitan a continuar la indagación en torno a las implicancias en las prácticas militantes juveniles a partir del pasaje del oficialismo hacia la oposición, como representa el caso del Movimiento Evita.

Así, la militancia analizada reconoce, sociológicamente, algunas singularidades que nos muestran contrastes con los modos de tramitar los compromisos con anterioridad a la mencionada crisis de 2001. De modo esquemático, se registra un desplazamiento en

relación con la militancia barrial en movimientos sociales (P. Vommaro y Vázquez 2008), de la que participaban jóvenes de sectores populares y universitarios de sectores medios que reconocían en los barrios populares un ámbito privilegiado de la militancia y que portaba como principal objetivo de sus acciones el trabajo en el barrio. En estas, desarrollaban militancias de tiempo completo, cuyas tareas militantes se organizaban en relación con la conformación de proyectos productivos, talleres de formación y la construcción de mecanismos de toma de decisiones sobre la base de principios participativos y asamblearios y que proponía un cambio social desde abajo. Sin dejar de reconocer que esta forma de participación presenta continuidades en el presente, como muestra el trabajo de Vommaro y Daza en este libro, en el período más reciente encontramos, al menos a la luz de las tres organizaciones estudiadas,^[29] una militancia con un perfil sociocultural más homogéneo y profesionalizado, cuyo núcleo de acciones militantes tiene que ver con el impulso de actividades asociadas con la vida del espacio político-electoral así como también con el desarrollo – en menor o mayor medida según las especificidades de cada organización política – de tareas territoriales. Estas últimas tienen que ver, centralmente, con la implementación de políticas públicas en las cuales ser parte de la gestión de gobierno aparece como horizonte al mismo tiempo que como un modo de poner en práctica una manera de ver según la cual trabajar en el Estado es una extensión del compromiso militante. Finalmente, la dedicación al activismo también reconoce cambios. Aunque, de acuerdo con algunos elementos, podría calificarse como una militancia de tiempo parcial, la superposición de actividades militantes, laborales – e incluso educativas – permite pensar solapamientos entre el activismo propiamente dicho y otras dimensiones o aspectos de la vida. En este sentido, identificamos otro de los elementos de contraste con un activismo de tipo barrial.

En síntesis, y a modo de cierre, los diferentes datos que este trabajo reúne permiten construir fotografías de las juventudes militantes en espacios partidarios en Argentina entre 2013 y 2015, las

[29] No se trata, por supuesto, de un esquema que represente a la totalidad de la militancia juvenil en la Argentina, existiendo otras experiencias disímiles en organizaciones sin inserción institucional en el Estado, por ejemplo.

cuales aportan a los estudios en el campo de las juventudes y las políticas al mismo tiempo que nos invitan a repensar la construcción de los compromisos militantes en el escenario político actual.

Sobre las autoras y autores

RAFAEL BLANCO — Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires y Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la misma universidad. Es investigador del CONICET y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Integra el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG), el Programa de Estudios sobre la Universidad Pública (PESUP-IIGG) y el Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES-IIGG). Es docente regular en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, y ha desarrollado docencia de posgrado en las universidades nacionales de Buenos Aires, Río Negro, y en el Departamento de Investigaciones Educativas (DIE-CINVESTAV, México).

FIRA CHMIEL — Licenciada en Sociología por la Universidad de la República, Uruguay. Es maestranda en Análisis del Discurso por la Universidad de Buenos Aires. Integra el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG).

ALEJANDRO COZACHCOW — Doctorando en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Magíster en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social. Licenciado en Ciencia Política de la UBA y Profesor en Enseñanza Media y Superior en Ciencia Política (UBA). Actualmente se desempeña como becario doctoral UBACyT en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Es miembro del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG) e integrante del Grupo de Trabajo de CLACSO «Juventudes e infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en el escenario contemporáneo».

ARLEY DAZA — Magíster en Ciencias Sociales con orientación en Educación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

(FLACSO, Argentina). Licenciado en Comunicación Social y Periodismo (Universidad Central, Colombia). Es miembro del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG) e integrante del Grupo de Trabajo CLACSO «Pueblos originarios en lucha por las autonomías movimientos y políticas en América Latina».

ANALÍA GARCÍA — Licenciada en Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Es miembro del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG). Se dedica también al diseño y evaluación de políticas públicas de infancia y juventudes, así como también es responsable del monitoreo de programas de inserción laboral y participación juvenil.

MARINA LARRONDO — Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de General Sarmiento-Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES); Magíster en Educación por la Universidad de San Andrés y Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se desempeña como investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) (nombrada) y becaria posdoctoral del CONICET con sede de trabajo en el Centro de Investigaciones Sociales/IDES-CONICET. Es integrante del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPOJU) Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires y Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO «Juventudes e infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en el escenario contemporáneo».

MARIANA LIGUORI — Maestranda en Investigación en Ciencias Sociales y Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se desempeña como becaria doctoral de CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Es integrante del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG) y miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO «Juventudes e infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en el escenario contemporáneo». Es docente de grado en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

PEDRO NÚÑEZ — Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES), Magíster en Estudios y Políticas de Juventud (Universidad de Lleida, España) y Licenciado en Ciencia Política (UBA). Es investigador

asistente del CONICET y del Área Educación de la FLACSO Argentina. Coordina el Núcleo de Estudios sobre la Escuela y los Vínculos Intergeneracionales (FLACSO) e integra el Equipo de Estudios sobre Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG), la Red de Investigadores/as en Juventudes de Argentina y el GT «Juventudes e infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en el escenario contemporáneo» de CLACSO. Es docente de grado en la UBA y de posgrado en la UNGS y otras universidades nacionales.

ESTEFANÍA OTERO — Maestranda en Ciencias Sociales con orientación en Educación, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Politóloga por la Universidad de Buenos Aires. Es integrante del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG) y del Núcleo de Estudios sobre la Escuela y los Vínculos Intergeneracionales (FLACSO).

DOLORES ROCCA RIVAROLA — Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires y Licenciada en Ciencia Política por la misma universidad. Es Investigadora del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Integra el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG). Dirige el proyecto UBACyT «La transformación del vínculo militante. Fenómenos de nostalgia, adaptación y militancia desde el Estado en organizaciones oficialistas en Argentina y Brasil desde 2003». Es docente de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

MELINA VÁZQUEZ — Posdoctora en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud por la Universidad Católica de San Pablo, la Universidad de Manizales, el CINDE, el COLEF y CLACSO. Doctora en Ciencias Sociales, Magíster en Investigación en Ciencias Sociales y Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Es investigadora del CONICET y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Co-coordina el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG) y el Grupo de Trabajo de CLACSO «Juventudes e infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en el escenario contemporáneo». Es profesora de grado y docente de posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

PABLO VOMMARO — Posdoctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud por la Universidad Católica de San Pablo, la Universidad de Manizales, el CINDE, el COLEF y CLACSO. Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires y Profesor de Historia de la UBA. Es investigador del CONICET y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Co-coordina el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu-IIGG) y es integrante del Grupo de Trabajo de CLACSO «Juventudes e infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en el escenario contemporáneo». Es docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en grado y posgrado.

Referencias

ABOY CARLÉS, G.

- 2001 *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Buenos Aires: Homo Sapiens, referencia citada en páginas 3, 8, 13, 14, 32, 55, 99, 105, 166.
- 2010 «Raúl Alfonsín y la fundación de la “segunda república”», en *Discutir Alfonsín*, ed. por R. Gargarella; V. Murillo y M. Pecheny, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 48.

AGRIKOLIANSKY, E.

- 2001 «Carrières militantes et vocation a la morale: les militants de La Ligue Des Droits de l’homme dans les années 1980», en *Revue française de science politique*, vol. 51, n.º 1, referencia citada en páginas XXI, 85, 189, 200.

AGUILAR VILLANUEVA, L.

- 1993 *Problemas públicos y agenda de gobierno*, México, DF: Porrúa, referencia citada en página 29.

AGUILERA, O.

- 2011 «Acontecimiento y acción colectiva juvenil. El antes, durante y después de la rebelión de los estudiantes secundarios chilenos el 2006», en *Propuesta Educativa*, n.º 35, referencia citada en página 171.

ALTAMIRANO, C.

- 1987 «La Coordinadora. Elementos para una interpretación», en *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, comp. por J. Nun y J. Portantiero, Buenos Aires: Puntosur, referencia citada en páginas XIII, XIV, 20, 73, 102, 103.
- 2006 *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá: Norma, referencia citada en página 50.

ÁLVAREZ, N.

- 2010 «La disciplina y la evaluación escolar en los prolegómenos de la Ley Federal», en VI Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5534/ev.5534.pdf>, referencia citada en página 161.

ANÓNIMO

- 2012 «La toma de escuelas y la decadencia educativa», en *La Nación* (27 de septiembre de 2012), recuperado de <<http://www.lanacion.com.ar/1511973-la-toma-de-escuelas-y-la-decadencia-educativa>>, referencia citada en página 169.

ARCE CASTILLO, V.; L. ARIAS y E. VACHIERI

- 2014 «La toma de escuela como acontecimiento: un análisis desde la participación juvenil», en *Jóvenes y escuela. Relatos sobre una relación compleja*, comp. por H. Paulín y M. Tomasini, Córdoba: Editorial Brujas, referencia citada en página 177.

ARFUCH, L.

- 2002 *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 85.

ARRÉGUEZ MANOZZO, S.

- 2011 «Semana de colegios tomados», en *Página 12*, recuperado de <<https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-171522-2011-07-05.html>> (visitado el 01-12-2015), referencia citada en página 169.

BALARDINI, S.

- 2004 «Políticas de juventud en Argentina. Balance y perspectivas», en *Políticas de juventud en Latinoamérica. Argentina en perspectiva*, comp. por E. Gerber y S. Balardini, Buenos Aires: FLACSO y Fundación EBERT, referencia citada en páginas XIX, 53.

BALARDINI, S. y J. HERMO

- 1996 «Políticas de Juventud en América Latina: Evaluación y Diseño», en *Informe Argentina. Proyecto joven*, referencia citada en página 53.

BALDONI, M.

- 2008 «Intelectuales, sociología y democracia. La perspectiva democrática de Juan Carlos Portantiero y Emilio De Ipola durante los años ochenta», en V Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5866/ev.5866.pdf>, referencia citada en página 50.

BAUMAN, Z.

- 2007 «Between Us, the Generations», en *On generations. On coexistence between generations*, ed. por J. Larrosa, Barcelona: Vivir y Convivir, referencia citada en página 4.

BAYER, O.; A. BORÓN y J. GAMBINA

- 2011 *El terrorismo de Estado en la Argentina. Apuntes sobre su historia y sus consecuencias*, Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria, referencia citada en página 56.

BELLUCCI, M.

- 2014 *Historia de una desobediencia: aborto y feminismo*, Buenos Aires: Capital Intelectual, referencia citada en página 28.

BELTRÁN, M.

- 2013 *La Franja. De la experiencia universitaria al desafío del poder*, Buenos Aires: Aguilar, referencia citada en páginas 62, 101.

BERGUIER, R.; E. HECKER y A. SCHIFFRIN

- 1986 *Estudiantes secundarios: sociedad y política*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en páginas XIII, 32.

BERRYMAN, P.

- 1987 *Liberation Theology. The Essential Facts About the Revolutionary Movement in Latin America and Beyond*, Nueva York: Pantheon Books, referencia citada en página 129.

BLANCO, R.

- 2014a «La politización de lo cotidiano en la militancia estudiantil. Agendas y retóricas en torno al género y la sexualidad», en *Universidad pública y experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*, comp. por S. Carli, Buenos Aires: Miño y Dávila, referencia citada en páginas 18, 23.
- 2014b *Universidad íntima y sexualidades públicas. La gestión de la identidad en la experiencia estudiantil*, Buenos Aires: Miño y Dávila, referencia citada en páginas 29, 177.
- 2016a «Academic Trajectories in Gender and Sexuality Studies: Tensions among professionalization, activism, and biographic experiences», en *Educação e Pesquisa*, San Pablo: Universidade de São Paulo, referencia citada en página 19.
- 2016b *Escenas militantes. Lenguajes, identidades políticas y nuevas agendas del activismo estudiantil universitario*, Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, referencia citada en páginas XI, 18, 21, 23, 141.

BLANCO, R.; M. VÁZQUEZ; P. VOMMARO; P. NÚÑEZ y M. LARRONDO

- 2014 «Revisitando la década del 80: una lectura sobre la participación juvenil en los albores de la recuperación democrática argentina», en, IV Reunión Nacional de Investigadores/as en Juventudes de Argentina (ReNIJA), Villa Mercedes, recuperado de <<http://www.redjuventudesargentina.org/attachments/article/10/GT%20%20Indice%20y%20Ponencias.pdf>>, referencia citada en páginas XIII, 51, 126.

BONAVENA, P.; J. CALIFA y M. MILLÁN

- 2007 *El movimiento estudiantil argentino. Historias con presente*, Buenos Aires: Ediciones Cooperativas, referencia citada en página XIV.

BONVILLANI, A.; A. PALERMO; M. VÁZQUEZ y P. VOMMARO

- 2008 «Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los periodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre las juventudes y participación política en la Argentina», en *Juventud y nuevas prácticas políticas en América Latina*, Encuentro Internacional del Grupo de Trabajo CLACSO, La Habana, referencia citada en página 95.
- 2010 «Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina», en *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*, comp. por S. Alvarado y P. Vommaro, Rosario: Homo Sapiens, referencia citada en páginas XII, 95.

BOTTINELLI, L.

- 2015 *El mapa de la educación en democracia*, recuperado de <http://editorial.unipe.edu.ar/wp-content/uploads/2013/10/UN_IPE-Especial-30-a-C3%B1os-de-educaci%C3%B3n-en-democracia.pdf>, referencia citada en página 161.

BRASLAVSKY, C.

- 1986 *La juventud argentina: Informe de situación*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, referencia citada en páginas XIII, 51.

BUCHBINDER, P. y M. MARQUINA

- 2008 *Masividad, heterogeneidad y fragmentación. El sistema universitario argentino 1983-2007*, Buenos Aires: UNGS y Biblioteca Nacional, referencia citada en página 19.

CALDERÓN, F. y E. JELIN

- 1987 *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*, Buenos Aires: CEDES, referencia citada en página XIII.

CAMOU, A.

- 1999 «Los consejeros de Menem: saber técnico y política en los orígenes del menemismo», en *Cuadernos del CISH*, vol. 4, n.º 5, referencia citada en página 51.

CAMPERO, R.

- 2007 *40 aniversario de la Franja Morada*, recuperado de <<http://www.reformadel18.unc.edu.ar/notasdoc.htm>> (visitado el 10-04-2016), referencia citada en página 101.

CAMPOS, H. y D. SEGURA

- 2012 «El rol de los y las jóvenes en las organizaciones kirchneristas de Santiago del Estero», en, III RENIJA, Red de Investigadores/as en Juventudes Argentina, Viedma, referencia citada en página 188.

CAPRICCIONI, H.

- 2014 *La Cámpera Villa Constitución, el ímpetu organizado: aproximaciones a las experiencias de participación de los militantes en la página web*, Tesis de cand. doct., Rosario: Universidad Nacional de Rosario, referencia citada en página 209.

CARLI, S.

- 2006 «Notas para pensar la infancia en la Argentina reciente (1983-2001: figuras de la historia reciente)», en *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el shopping*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 154.
- 2012 *El estudiante universitario: hacia una historia del presente de la educación pública*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 23.

CASCO, J.

- 2008 «Cultura política y recuperación democrática, los sociólogos frente al desafío de la construcción de un orden nuevo, el caso de Juan Carlos Portantiero», en, V Jornadas de Sociología, La Plata, recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5938/ev.5938.pdf>, referencia citada en página 51.

CHAVES, M.

- 2009 «Investigaciones sobre juventudes en la Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006», en *Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*, vol. 2, n.º 5, referencia citada en página 188.

CLEMENTI, H.

- 1982 *Juventud y política en la Argentina*, Buenos Aires: Ediciones Siglo veinte, referencia citada en página XIII.

COLÁNGELO, M.; C. MAIDANA Y L. TAMAGNO

- 2013 «Ser indígena y ser joven. Entre la etnicidad y la clase», en *Desacatos*, n.º 42, referencia citada en página 146.

CORTÉS, C. Y V. KANDEL

- 2002 «Reflexiones en torno a las nuevas formas de participación estudiantil en la vida política de la universidad», en *Fundamentos en Humanidades*, vol. 3, n.º 5, referencia citada en página 21.

CORTÉS, M.

- 2013 *Alfonsín, los intelectuales argentinos y la democracia como promesa*, recuperado de <<http://www.vocesenelfenix.com/content/alfons%C3%ADn-los-intelectuales-argentinos-y-la-democracia-como-promesa>>, referencia citada en página 50.

COZACHCOW, A.

- 2015 *La militancia juvenil en partidos políticos en la Argentina post 2003. Motivos de participación, itinerarios militantes y vínculos generacionales en el Partido Socialista y el PRO (2012-2014)*, Tesis de Maestría, Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, referencia citada en página 188.

COZACHCOW, A.; A. GARCÍA; M. LIGUORI Y M. VÁZQUEZ

- 2015 «Las instituciones estatales, legislaciones y políticas públicas de juventud desde una mirada diacrónica (1980-actualidad)», en, XII Congreso Nacional de Ciencia Política, Mendoza, recuperado de <http://www.congreso.saap.org.ar/files/ponencias-saap/docs/Ponencia%20SAAP%20EPOJU%202015_1.pdf>, referencia citada en página 37.

CRENZEL, E.

- 2008 *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 9.
- 2013 «El prólogo del *Nunca Más* y la teoría de los dos demonios. Reflexiones sobre una representación de la violencia política en la Argentina», en *Contenciosa. Revista sobre violencia política, represiones, resistencias en la historia iberoamericana*, vol. 1, n.º 1, referencia citada en página 9.

CUENYA, B.

- 1984 *Condiciones de hábitat y salud de los sectores populares. Un estudio piloto en el asentamiento San Martín, de Quilmes*, Buenos Aires: CEUR, referencia citada en páginas 128, 129.

DAZA, A.

- 2008 «Resistencia juvenil como manifestación de la política no tradicional», en *Nómadas*, n.º 29, referencia citada en página 147.

DELLA PORTA, D.

- 1988 «Recruitment processes in clandestine political organizations: Italian left-wing terrorism», en *International Social Movement Research*, ed. por B. Klandermans; H. Kriesi y S. Tarrow, Greenwich: JAI Press, referencia citada en página 207.
- 1998 «Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas», en *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, ed. por P. Ibarra Güell y B. Tejerina, Madrid: Trotta, referencia citada en página 207.

DI TOMASO, R.; C. FARÍAS y C. FIDEL

- 2008 *Territorio, condiciones de vida y exclusión. El partido de Quilmes*, Buenos Aires: CLACSO, referencia citada en página 123.

DIANI, M.

- 1998 «Las redes de los movimientos sociales: una perspectiva de análisis», en *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, ed. por P. Ibarra y B. Tejerina, Madrid: Trotta, referencia citada en página 207.

DUSSEL, I.

- 2015 *El sentido de la justicia*, recuperado de <<http://editorial.unipe.edu.ar/wp-content/uploads/2013/10/UNIFE-Especial-30-a%20los-de-educacion-en-democracia.pdf>>, referencia citada en página 161.

ECHEVERRI, J.

- 2004 «Territorio como cuerpo y territorio como naturaleza: ¿diálogo intercultural?», en *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*, ed. por A. Surreales y P. Garcia Hierro, Lima: Tarea Grafica Educativa, referencia citada en página 150.

ELÍAS, N.

- 2003 «Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 104, referencia citada en página 91.

ENRIQUE, I.

- 2011 *La participación estudiantil en la escuela secundaria en la Argentina. Reconstrucción del conflicto en torno al protagonismo político de los jóvenes*, Tesis de Maestría, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, referencia citada en páginas XIV, 81, 157, 161-164.

ENRIQUE, I. y G. SCARFÓ

- 2010 «Experiencias y discursos sobre organización política y laboral de las y los jóvenes. Un acercamiento histórico-etnográfico a los procesos de socialización-apropiación contemporáneos», en *Observatorio de Juventud*, n.º 25, referencia citada en página 178.

ESCOBAR, A.

- 2003 «El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?», en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, comp. por E. Lander, Buenos Aires: CLACSO, referencia citada en página 144.

FALCÓN, R.

- 1996 «La resistencia obrera a la dictadura militar (una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)», en *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, comp. por H. Quiroga y C. Tcach, Rosario: Homo Sapiens, referencia citada en página 126.

FALCONI, O. y M. BELTRÁN

- 2011 «La toma de escuelas secundarias en la ciudad de Córdoba: condiciones de escolarización, participación política estudiantil y ampliación del diálogo social», en *Propuesta Educativa*, vol. 1, n.º 35, referencia citada en página 178.

FARA, L.

- 1989 «Luchas reivindicativas urbanas en un contexto autoritario. Los asentamientos de San Francisco Solano», en *Los nuevos movimientos sociales*, comp. por E. Jelin, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en páginas 126, 128.

FERNÁNDEZ, A.; M. LÓPEZ; S. BORAKIEVICH y E. OJAM

- 2006 *Política y subjetividad: Asambleas barriales y fábricas recuperadas*, Buenos Aires: Tinta Limón, referencia citada en página 192.

FERNÁNDEZ HELLMUND, P.

- 2010 «La solidaridad argentina con la Revolución Popular Sandinista. El caso de Partido Comunista de la Argentina. Un análisis en clave antropológica», en Congreso 2010 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Toronto, referencia citada en página 74.

FILLIEULE, O.

- 2001 «Propositions pour une analyse processuelle de l'engagement individuel», en *Revue française de science politique*, vol. 51, n.º 1, referencia citada en páginas XXI, 85, 189.

FILLIEULE, O. y N. MAYER

- 2001 «Devenirs militants», en *Revue française de science politique*, vol. 51, n.º 1, referencia citada en páginas XXI, 85, 189.

FINOCCHIO, S.

- 2013 «Un tesoro inexplorado: los periódicos escolares en la Argentina», en *História da Educação*, vol. 17, n.º 40, recuperado de <<http://www.seer.ufrgs.br/asphe/article/download/38084/24839>>, referencia citada en página 157.

FOUCAULT, M.

- 1984 *Of Other Spaces, Heterotopias*, recuperado de <<http://web.mit.edu/allanmc/www/foucault1.pdf>>, referencia citada en páginas 122, 150.

FREDERIC, S.

- 2004 *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página 27.

FUENTES, S.

- 2015 *Educación y Sociabilidad juvenil en las elites de Buenos Aires*, Tesis de Doctorado, San Martín: Universidad Nacional de San Martín, referencia citada en página 208.

GARAÑO, S. y W. PERTOT

- 2003 *La otra juvenilia*, Buenos Aires: Biblos, referencia citada en páginas 157, 159.

GARCÍA, A. y M. LIGUORI

- 2015 «Participación política de jóvenes y políticas públicas en la década del ochenta en Argentina. El caso de la creación de la Subsecretaría Nacional de Juventud», en, XI Jornadas de Sociología, Buenos Aires, recuperado de <<http://cdsa.aacademica.org/000-061/695.pdf>>, referencia citada en páginas 32, 37, 57.

GARGARELLA, R.

- 2010 «Democracia y derechos en los años de Raúl Alfonsín», en *Discutir Alfonsín*, ed. por R. Gargarella; M. Murillo y M. Pecheny, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en páginas 32, 37.

GARRIDO, N.

- 2012 «Cibermilitancia 2.0. La juventud kirchnerista en la Argentina de hoy», en *Sociedad y Equidad*, n.º 4, referencia citada en página 209.

GHIARDO, F.

- 2004 «Generaciones y juventud: una relectura desde Mannheim y Ortega y Gasset», en *Última década*, n.º 20, referencia citada en página 4.

GILLESPIE, R.

- 2008 *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en páginas 106, 109, 110.

GOBILLE, B. y E. AGRIKOLIANSKY

- 2011 «El activismo altermundialista en Europa. Problemas de análisis y resultados recientes», en *Revista de Sociología*, n.º 25, referencia citada en página 200.

GONZÁLEZ BOMBAL, I.

- 1988 *Los vecinazos. Las protestas barriales en el Gran Buenos Aires, 1982-1983*, Buenos Aires: Ediciones del IDES, referencia citada en páginas XIII, 98.

GRANDINETTI, J.

- 2015 «“Mirar para adelante”. Tres dimensiones de la juventud en la militancia de Jóvenes PRO», en *Hagamos equipo: Pro y la construcción de la nueva derecha en Argentina*, ed. por G. Vommaro y S. Morresi, Buenos Aires: UNGS, referencia citada en página 188.

GRESORES, G.

- 2002 «Conflictos obreros en la industria frigorífica bajo la dictadura militar: la huelga larga del Swift de Berisso», en *Ciclos*, vol. 1, n.º 22, referencia citada en página 126.

GUBER, R.

- 2009 *De chicos a veteranos. Nación y memorias de la Guerra de Malvinas*, Buenos Aires: Al Margen e IDES, referencia citada en página XIII.

GUEMUREMAN, S. y M. MACRI

- 2013 «La configuración del capo de estudios sobre juventud, adolescencia e infancia en Argentina a partir de la recuperación de la democracia», en *Sudamérica*, n.º 2, referencia citada en páginas 51, 53.

GUZMÁN, L.

- 1997 *Los asentamientos del sur del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires: Informe de Beca UBACyT. Mimeo, referencia citada en página 128.

HALL, S.

- 2003 «Introducción: ¿Quién necesita identidad?», en *Cuestiones de identidad cultural*, ed. por S. Hall y P. y Du Gay, Buenos Aires: Amorrortu, referencia citada en página 7.

HILLER, R.

- 2010 «Matrimonio igualitario y espacio público en Argentina», en *Matrimonio igualitario: perspectivas sociales, políticas y jurídicas*, comp. por M. Aldao y L. Clérico, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 29.

HUNT, S.; R. BENFORD y D. SNOW

- 1994 «Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos», en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, ed. por E. Laraña y J. Gusfield, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, referencia citada en páginas 71, 73.

IZAGUIRRE, I. Y Z. ARISTIZÁBAL

- 1988 *Las tomas de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires. Un ejercicio de formación de poder en el campo popular*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en páginas **XIV**, **128**, **129**.

JAMES, D.

- 2004 *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires: Manantial, referencia citada en página **85**.

JELIN, E.

- 1989 (comp.), *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en páginas **XIII**, **XIV**, **9**, **36**.
- 2005 «Exclusión, memorias y luchas políticas», en *Cultura, política y sociedad Perspectivas latinoamericanas*, comp. por D. Mato, Buenos Aires: CLACSO, referencia citada en página **9**.
- 2015 «Certezas, incertidumbres y búsquedas: el movimiento de derechos humanos en la transición», en *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, ed. por C. Feld y M. Franco, Buenos Aires: FCE, referencia citada en página **166**.

KRAUSKOPF, D.

- 2005 «Desafíos en la construcción e implementación de las políticas de juventud en América Latina», en *Nueva Sociedad. El futuro ya no es como antes. Ser joven en América Latina*, n.º 200, referencia citada en página **XIX**.

KRIGER, M.

- 2010 «¿Refundación mítica o construcción política? La relación con la política y la nación de una nueva generación de ciudadanos egresados de la escuela en la Argentina post-crítica», en *Kairos*, n.º 16, referencia citada en página **XIV**.

KROTSCH, P.

- 2014 «Los universitarios como actores de reformas en América latina: ¿han muerto los movimientos estudiantiles?», en *Universidad pública y experiencia Estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*, comp. por S. Carli, Buenos Aires: Miño y Dávila, referencia citada en página **23**.

LARRAQUY, M. Y R. CABALLERO

- 2011 *Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la Cia*, Buenos Aires: Aguilar, referencia citada en páginas **110**, **112**.

LARRONDO, M.

- 2015 «El movimiento estudiantil secundario en la Argentina democrática: un recorrido posible por sus continuidades y reconfiguraciones. Provincia de Buenos Aires 1983-2013», en *Última década*, n.º 42, recuperado de <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22362015000100004&lng=es&tlng=en.10.4067/S0718-22362015000100004>, referencia citada en páginas XIV, 81, 163, 164.

LARRONDO, M. y M. VÁZQUEZ

- 2015 «Activismo juvenil en la transición democrática: una aproximación a sus formas, tendencias y tensiones», en XV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Comodoro Rivadavia, referencia citada en páginas XIV, 80, 167.

LEFEBVRE, H.

- 2013 *La producción del espacio*, recuperado de <http://blogs.fad.unam.mx/asignatura/nadia_osornio/wpcontent/uploads/2014/05/lefebvre-la-produccion-del-espacio.pdf>, referencia citada en páginas 121, 151.

LEUCO, A. y J. DÍAZ

- 1987 *Los herederos de Alfonsín. Protagonistas, historia oculta, poder y mito de la Junta Coordinadora Nacional*, Buenos Aires: Sudamericana y Planeta, referencia citada en página XIII.

LEVINE, D. y S. MAINWARING

- 2001 «Religión y protesta popular en América Latina: experiencias contrastantes», en *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, ed. por S. Eckstein, México, DF: Siglo XXI, referencia citada en página 132.

LORENZ, F.

- 2004 «“Tómala vos, dámela a mí”: la noche de los lápices, el deber de memoria y las escuelas», en *Educación y memoria: la escuela elabora el pasado*, comp. por E. Jelin y F. Lorenz, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 164.
- 2015 *Las guerras por Malvinas (1982-2012)*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página XIII.

MAGNE, M.

- 2004 *Dios está con los pobres*, Buenos Aires: Imago Mundi, referencia citada en página 128.

MANNHEIM, K.

- 1993 «El problema de las generaciones», en *Revista Española de investigación sociológica*, n.º 62, referencia citada en página 4.

MANZANO, V.

2009 *The Making of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality, 1956-1976*, Tesis de Doctorado, Bloomington: Indiana University at Bloomington, referencia citada en página 106.

2011 «Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX», en *Propuesta Educativa*, vol. 1, n.º 35, referencia citada en páginas XIV, 158, 164.

MARGULIS, M. y M. URRESTI

1996 «La juventud es más que una palabra», en *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, ed. por M. Margulis, Buenos Aires: Biblos, referencia citada en página 4.

MARX, K.

1972 «Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política», en *Grundrisse*, México, DF: Siglo XXI, vol. 2, referencia citada en página 139.

MCLEOD, J. y L. YATES

2006 *Making modern lives. Subjectivity, schooling and social change*, Nueva York: State University of New York Press, referencia citada en página 155.

MERKLEN, D.

2005 *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática*, Buenos Aires: Gorla, referencia citada en páginas 9, 10.

MILLÁN, M.

2015 «El movimiento estudiantil de la UBA durante el rectorado de Puiggrós (junio-octubre de 1973)», en XI jornadas de Sociología de la UBA, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de <http://jornadasdesociologia2015.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/ponencias/823_86.pdf>, referencia citada en página 102.

MOLINARI, V.

2010 «La participación política de los jóvenes dentro de las orgánicas partidarias», en II Reunión Nacional de Investigadoras/es en Juventudes de Argentina, Salta, referencia citada en página 188.

MÓNACO, J. y D. ROSEMBERG

2015 *Entrevista a Adolfo Sturbin, Recuperar libertades y ampliar el ingreso en UNIFE 30 años de educación en democracia*, recuperado de <<http://editorial.unife.edu.ar/wp-content/uploads/2013/10/UNIFE-Especial-30-a%C3%B1os-de-educaci%C3%B3n-en-democracia.pdf>>, referencia citada en página 161.

MONTAÑA, M.

2014 «Tras las huellas de pasado y presente en *La Ciudad Futura*», en *Prismas*, vol. 18, n.º 2, referencia citada en página 94.

MONTERO, A.

- 2012 «Los usos del *ethos*. Abordajes discursivos, sociológicos y políticos», en *Rétor. Revista de retórica*, n.º 2, referencia citada en página 14.

MORRESI, S. Y G. VOMMARO

- 2011 (comps.), *Saber lo que se hace. Expertos y política en la Argentina*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página 51.

MUÑO, O.

- 2011a *La otra juventud. De la insignificancia al poder. Protagonistas y relato de la Junta Coordinadora Nacional de la Juventud Radical (1968-1983)*, Buenos Aires: Corregidor, referencia citada en página XIV.
- 2011b *Los días de la Coordinadora. Políticas, ideas, medios y sociedad (1968-1983)*, Buenos Aires: Corregidor, referencia citada en página XIV.

MUTUVERRÍA, M.

- 2011 «Jóvenes en partidos políticos de La Plata. Una mirada sobre los estudios de los jóvenes y la práctica política», en *Question*, vol. 1, n.º 30, referencia citada en página 188.

NATALUCCI, A.

- 2012 «Los movimentistas. Expectativas y desafíos del Movimiento Evita en el espacio kirchnerista (2003-2010)», en *Vamos las bandadas: organizaciones y militancia kirchnerista*, ed. por G. Pérez y A. Natalucci, Buenos Aires: Nueva Trilce, referencia citada en página 196.

NELSON, C.

- 2013 *Joven pero no apolítico: Las distintas concepciones de la militancia y el rol del partido político para la juventud del Partido Socialista y el Partido de los Trabajadores Socialistas en Buenos Aires*, Mimeo: Independent Study Project (ISP), referencia citada en página 188.

NIQUE FRANZ, W.

- 2015 «Convocados por el líder, comprometidos con la causa. Politización y modos de acción en la fabricación de la identidad militante en Proyecto Sur», en, XII Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP, Mendoza, referencia citada en página 202.

NÚÑEZ, P.

- 2013 *La política en la escuela. Jóvenes, justicia y derechos en el espacio escolar*, Buenos Aires: La Crujía, referencia citada en páginas XVI, 179.

- 2015 «Articulaciones entre problemas sociales y problemas de investigación. Un breve recorrido por las temáticas abordadas en los estudios de juventud(es) en la última década (2003-2013)», en *Las juventudes disputadas. Aportes para un campo en construcción*, comp. por D. Beretta, Rosario: UNR Editora, referencia citada en página **XI**.
- NÚÑEZ, P. Y A. COZACHCOW
- 2016 «Llueve pero hay “alegría” en la Ciudad: Retrato del acto de lanzamiento de la campaña electoral 2013 de la juventud del PRO de la CABA», en *Postdata. Revista de reflexión y análisis político*, referencia citada en página **188**.
- NÚÑEZ, P.; A. COZACHCOW Y G. ROIZEN
- 2015 «Militancia juvenil en la JP Evita y la Juventud Socialista. Socialidad y formación política en la campaña electoral 2015», en, XI Jornadas de Sociología de la UBA, Buenos Aires, recuperado de <<http://cdsa.academica.org/000-061/693>>, referencia citada en página **188**.
- NÚÑEZ, P. Y D. FRIDMAN
- 2015 «Figuras de ciudadanía y configuraciones normativas en la escuela secundaria. Estudios de caso en cuatro modelos institucionales en la Provincia de Buenos Aires, Argentina», en *Procesos y experiencias de socialización escolar en Iberoamérica*, comp. por D. Llanos; R. Unda y L. Mayer, Quito: CLACSO y Editorial Universitaria Abya-Yala, referencia citada en página **170**.
- O'DONNELL, G.
- 1997 *Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página **157**.
- OFFERLÉ, M.
- 1998 *Sociologie des groupes d'intérêt*, París: Montchrestien, referencia citada en página **188**.
- 2011 *Perímetros de lo político: contribuciones a una sociohistoria de la política*, Buenos Aires: Antropofagia, referencia citada en página **XX**.
- OLLIER, M.
- 2009 *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en páginas **XIV, 5, 15, 167**.
- OSUNA, M.
- 2013 «Las transformaciones de la izquierda política en la transición democrática. El caso del Partido Socialista de los Trabajadores-Movimiento al Socialismo (1982-1983)», en *Papeles de trabajo*, vol. 7, n.º 12, referencia citada en páginas **98, 99**.

OSZLAK, O.

- 1980 «Políticas públicas y regímenes políticos: reflexiones a partir de algunas experiencias latinoamericanas», en *Estudios CEDES*, vol. 3, n.º 2, referencia citada en página 45.

PALERMO, V.

- 1987 «Movimientos sociales y partidos políticos: aspectos de la cuestión en la democracia emergente en la Argentina», en *Movimientos sociales y democracia emergente*, comp. por E. Jelin, Buenos Aires: CEAL, vol. 2, referencia citada en páginas 103, 112.

PASSY, F. y M. GIUGNI

- 2000 «Life-Spheres, Networks, and Sustained Participation in Social Movements: A Phenomenological Approach to Political Commitment», en *Sociological Forum*, vol. 15, n.º 1, referencia citada en página 207.

PATIÑO, R.

- 1997 «Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)», en *Cuadernos de Recienvenido*, n.º 4, referencia citada en página 50.

PECHENY, M.

- 2010 «Parece que no fue ayer: el legado político de la Ley de Divorcio en perspectiva de derechos sexuales», en *Discutir Alfonsín*, comp. por R. Gargarella; V. Murillo y M. y Pecheny, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 28.

PEREYRA, S.

- 2008 *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*, Buenos Aires: UNGS, referencia citada en páginas 8, 9.
- 2013 «Procesos de movilización y movimientos sociales desde la transición a la democracia», en *Observatorio Latinoamericano. Dossier «Argentina 30 años de democracia»*, n.º 32, referencia citada en páginas 3, 7, 9, 10, 29, 99, 126, 127, 134.
- 2016 «La estructura social y la movilización. Conflictos políticos y demandas sociales», en *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*, comp. por G. Kessler, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en páginas 169, 170, 180.

PICOTTO, D. y P. VOMMARO

- 2010 «Jóvenes y política: una incursión por las agrupaciones de estudiantes independientes de la Universidad de Buenos Aires», en *Nómadas*, n.º 32, referencia citada en páginas 18, 21, 22, 141.

PLOTKIN, M. y R. LEANDRI GONZÁLEZ

- 2000 (eds.), *Localismo y globalización: aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid: Consejo superior de investigaciones científicas, referencia citada en página 50.

PLOTKIN, M. y F. NEIBURG

- 2004 *Intelectuales y Expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 51.

POLAK, L. y J. GORBIER

- 1994 *El movimiento estudiantil Argentino (Franja Morada 1976-1986)*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en páginas 157, 159, 160.

PORTANTIERO, J.

- 1988 «La transición entre la confrontación y el acuerdo», en *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, comp. por J. Nun y J. Portantiero, Buenos Aires: Puntosur, referencia citada en página 36.

POZZI, P.

- 1988 *Oposición obrera a la dictadura*, Buenos Aires: Contrapunto, referencia citada en páginas XIV, 32, 126.

PUDAL, B.

- 2009 «Da militância ao estudo do militantismo: a trajetória de um politólogo», en *Pro Posições*, n.º 20, referencia citada en página XXI.
- 2011 «Los enfoques teóricos y metodológicos de la militancia», en *Revista de Sociología*, n.º 25, referencia citada en páginas XXI, 3, 26, 93, 94, 180, 189, 195.

QUIROGA, H.

- 2005 *La Argentina en emergencia permanente*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 56.

REANO, A. y J. SMOLA

- 2014 *Palabras políticas. Debates sobre la democracia en la Argentina de los ochenta*, Buenos Aires: Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento y Universidad Nacional de Avellaneda, referencia citada en páginas 8, 16.

RINESI, E.

- 1993 *Seducidos y abandonados. Carisma y traición en la «transición democrática» argentina*, Buenos Aires: Ediciones Manuel Suárez, referencia citada en página 133.
- 2014 «Prólogo», en *Palabras políticas. Debates sobre la democracia en la Argentina de los ochenta*, Buenos Aires: UDAV y UNGS, referencia citada en página XXII.

ROCCA RIVAROLA, D.

- 2009 «El MST en Brasil y las organizaciones sociales kirchneristas en Argentina (2005-2006). Roles, identificación y relaciones dentro del conglomerado oficialista», en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, n.º 26, referencia citada en página 196.

ROCCA RIVAROLA, D.

- 2015 «Vínculos y formas de la militancia oficialista. Un modo de adaptación a las condiciones de fluctuación política en Argentina y Brasil», en *Papeles de Trabajo*, vol. 9, n.º 15, referencia citada en páginas 189, 204, 216.

RODRÍGUEZ, C.

- 2010 «Tomas de escuelas con final abierto», en *Página 12* (7 de septiembre de 2010), recuperado de <<https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-152729-2010-09-07.html>> (visitado el 01-12-2015), referencia citada en página 169.

RODRÍGUEZ, E.

- 2015 «A modo de prologo. Estudios sobre juventudes en América Latina: un mosaico de realidades diversas pero convergentes, a caracterizar más y mejor», en *Juventudes latinoamericanas. Prácticas socioculturales, políticas y políticas públicas*, ed. por H. Cubides; S. Borelli y M. Vazquez, Buenos Aires: CLACSO, referencia citada en página 51.

SAUTU, R.

- 2004 (comp.), *El método biográfico: la reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*, Buenos Aires: Lumière, referencia citada en páginas 7, 85.

SAWICKI, F.

- 2011 «Para una sociología de los entornos y de las redes partidistas», en *Revista de Sociología*, n.º 25, referencia citada en páginas 189, 207.

SAWICKI, F. Y J. SIMÉANT

- 2011 «Inventário da sociologia do engajamento militante. Nota crítica sobre algumas tendências recentes dos trabalhos franceses», en *Sociologías*, vol. 13, n.º 28, referencia citada en página 189.

SIDICARO, R. Y E. TENTI FANFANI

- 1998 *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*, Buenos Aires: UNICEF y Losada, referencia citada en página 134.

SOJA, E.

- 2011 «Seeking spatial justice, Globalization and Community Series», en *Press*, vol. 37, n.º 111, referencia citada en página 122.

SOUTHWELL, M.

- 2012 «Formas de lo político en la escuela», en *Entre generaciones: exploraciones sobre educación, cultura e institucionales*, Rosario: Homo Sapiens, referencia citada en página 182.

SURIANO, J. y E. ÁLVAREZ

- 2013 *505 días. La primera transición a la democracia*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en páginas 36, 62.

SVAMPA, M.

- 2005 *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires: Taurus, referencia citada en páginas 178, 192.
- 2011 «Argentina, una década después. Del que se vayan todos a la exacerbación de lo nacional-popular», en *Nueva Sociedad*, n.º 235, referencia citada en páginas 192, 193.

TELLO WEIS, M.

- 2010 «La ex cárcel del Buen Pastor en Córdoba: un territorio de memorias en disputa», en *Iberoamericana*, vol. X, n.º 40, referencia citada en página 97.

TOER, M.

- 1988 *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, 2 vols., Buenos Aires: CEAL, referencia citada en páginas XIII, XIV, 22, 32, 126.

TOMASSINI, V.

- 2013 «Militancia juvenil y estructura partidaria: tensiones vigentes», en XI Congreso Nacional de Ciencia Política, Sociedad Argentina de Análisis Político, Paraná, referencia citada en página 188.

URRESTI, M.

- 2000 «Paradigmas de la participación juvenil: un balance histórico», en *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, comp. por S. Balardini, Buenos Aires: CLACSO, referencia citada en página XIV.

VÁZQUEZ, M.

- 2010 *Socialización política y activismo. Carreras de militancia política de jóvenes referentes de un Movimiento de Trabajadores Desocupados*, Tesis de Doctorado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, referencia citada en página 207.
- 2013 «En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento», en *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, vol. 1, n.º 7, referencia citada en páginas XII, XV, 169, 187, 188, 202.
- 2015a «Del que se vayan todos a militar por, para y desde el Estado. Desplazamientos y reconfiguraciones del activismo juvenil y las causas militantes luego de la crisis del año 2001 en Argentina», en *El sistema es antinosotros. Culturas, movimientos y resistencias juveniles*, comp. por M. Valenzuela, México, DF: Gedisa, COLEF y Universidad Autónoma Metropolitana, referencia citada en página XIX.

VÁZQUEZ, M.

- 2015b *Juventudes, políticas públicas y participación. Un estudio de las producciones socioestatales de juventud en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, referencia citada en páginas XI, XV, XVI, 31, 170.

VÁZQUEZ, M. y A. COZACHCOW

- 2015 «Entre la militancia y la gestión: sentidos del activismo y formas del compromiso militante en espacios juveniles político partidarios. Una aproximación desde la Juventud Socialista y la Juventud del PRO», en XV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Chubut, referencia citada en páginas 188, 216.

VÁZQUEZ, M. y P. VOMMARO

- 2012 «Con la fuerza de la juventud: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora», en *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, ed. por G. Pérez y A. Natalucci, Buenos Aires: Nueva Trilce, referencia citada en páginas XI, XV, 188, 202, 209.

VILA, P.

- 1989 «Rock nacional, crónicas de la resistencia juvenil», en *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en páginas XIII, 17, 36.

VILLAREAL, J.

- 1985 «Los hilos sociales del poder», en *Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social, 1976-1983*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 132.

VOMMARO, G.

- 2014 «“Meterse en política”: la construcción de PRO y la renovación de la centroderecha argentina», en *Nueva Sociedad*, n.º 254, referencia citada en página 215.

VOMMARO, P.

- 2006 «Acerca de una experiencia de organización social: las tomas de tierras y los asentamientos de 1981 en Solano», en *Revista de Historia Bonaerense*, vol. 13, n.º 31, referencia citada en página 126.
- 2009 «Las organizaciones sociales urbanas de base territorial y comunitaria y el protagonismo juvenil: dos experiencias en Quilmes 1981-2004», en *Periferias*, vol. 12, n.º 17, referencia citada en página XIII.
- 2010 *Política, territorio y comunidad: las organizaciones sociales urbanas en la zona sur del Gran Buenos Aires (1970-2000)*, Tesis de Doctorado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, referencia citada en páginas XI, XIII, 126-130, 135.

- 2012 «2001 antes y después: la consolidación de la territorialidad», en *Forjando*, n.º 1, referencia citada en página 27.
- 2013 «Balance crítico y perspectivas acerca de los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina (1960-2012)», en *Sudamérica*, n.º 2, referencia citada en página 135.
- 2015 *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina. Tendencias, conflictos y desafíos*, Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, referencia citada en páginas XV, 4, 122, 129, 135, 138, 171.
- VOMMARO, P. y A. COZACHCOW
- 2015 «Militancias juveniles en los 80: acercamientos a las formas de participación juveniles en la restauración democrática», en XV Jornadas Interescuelas, referencia citada en páginas XIV, 17, 56, 80, 167.
- VOMMARO, P.; A. COZACHCOW; A. DAZA CÁRDENAS; A. ROJAS VILLAMIL y A. YAVEROVSKI
- 2015 «Políticas públicas de juventud y participación política estudiantil: un acercamiento al Encuentro Nacional de Centros de Estudiantes (Embalse, 2014)», en XI Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, recuperado de <http://jornadasdesociologia2015.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/ponencias/947_716.pdf>, referencia citada en páginas 194, 195, 197, 209.
- VOMMARO, P. y M. VÁZQUEZ
- 2008 «La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos en Argentina. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)», en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales Niñez y Juventud*, vol. 6, n.º 2, referencia citada en páginas 141, 192, 221.
- WANSCHSELBAUM, C.
- 2009 «El olvido está lleno de memoria. Las políticas de educación de jóvenes y adultos en la Argentina durante la “década olvidada” (1983-1989). Un estudio de caso: el Plan Nacional de Alfabetización», en V Jornada de Jóvenes Investigadores IIGG, recuperado de <http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/jovenes_investigadores/5jornadasjovenes/EJE10/IIGG.%20Ponencia%20Cinthia%20Wanschelbaum.pdf>, referencia citada en página 161.
- WILLEMEZ, L.
- 2004 «Perseverare Diabolicum: l'engagement militant à l'épreuve du vieillissement social», en *Lien social et Politiques*, n.º 51, referencia citada en página 189.

ZIBECHI, R.

2003 *Genealogía de la revuelta. Argentina: sociedad en movimiento*,
Montevideo: Nordan, referencia citada en páginas 129, 134.

Índice de autoras y autores

- Aboy Carlés, G., 3, 8, 13, 14, 32, 48, 55, 99, 105, 166
Agrikoliansky, E., XXI, 85, 189, 200
Aguilar Villanueva, L., 29
Aguilera, O., 171
Aldao, M., 29
Altamirano, C., XIII, XIV, 20, 50, 73, 102, 103
Alvarado, S., XII, 95
Álvarez, E., 36, 62
Álvarez, N., 161
Anónimo, 169
Arce Castillo, V., 177
Arfuch, L., 85
Aristizábal, Z., XIV, 128, 129
Arréguez Manozzo, S., 169

Balardini, S., XIV, XIX, 53
Baldoni, M., 50
Bauman, Z., 4
Bayer, O., 56
Bellucci, M., 28
Beltrán, M., 62, 101, 178
Beretta, D., XI
Berguier, R., XIII, 32
Berryman, P., 129
Blanco, R., XI, XIII, 18, 19, 21, 23, 29, 51, 126, 141, 177
Bonavena, P., XIV
Bonvillani, A., XII, 95
Bottinelli, L., 161
Braslavsky, C., XIII, 51
Buchbinder, P., 19

Caballero, R., 110, 112
Calderón, F., XIII
Camou, A., 51
Campero, R., 101

Campos, H., 188
Capriccioni, H., 209
Carli, S., 18, 23, 154
Casco, J., 51
Chaves, M., 188
Clementi, H., XIII
Clérico, L., 29
Colángelo, M., 146
Cortés, C., 21
Cortés, M., 50
Cozachcow, A., XIV, 17, 37, 56, 80, 167, 188, 216
Crenzel, E., 9
Cubides, H., 51
Cuenya, B., 128, 129

Daza, A., 147
Della Porta, D., 207
Di Tomaso, R., 123
Diani, M., 207
Díaz, J., XIII
Dussel, I., 161

Echeverri, J., 150
Eckstein, S., 132
Elías, N., 91
Enrique, I., XIV, 81, 157, 161–164, 178
Escobar, A., 144

Falcón, R., 126
Falconi, O., 178
Fara, L., 126, 128
Feld, C., 166
Fernández Hellmund, P., 74
Fernández, A., 192
Fillieule, O., XXI, 85, 189
Finocchio, S., 157
Foucault, M., 122, 150

- Franco, M., 166
 Frederic, S., 27
 Fridman, D., 170
 Fuentes, S., 208

 Garaño, S., 157, 159
 García Hierro, P., 150
 García, A., 32, 37, 57
 Gargarella, R., 28, 32, 37, 48
 Garrido, N., 209
 Gerber, E., XIX, 53
 Ghiardo, F., 4
 Gillespie, R., 106, 109, 110
 Giugni, M., 207
 Gobbille, B., 200
 González Bombal, I., XIII, 98
 Gorbier, J., 157, 159, 160
 Grandinetti, J., 188
 Gresores, G., 126
 Guber, R., XIII
 Guemureman, S., 51, 53
 Gusfield, J., 71, 73
 Guzmán, L., 128

 Hall, S., 7
 Hermo, J., 53
 Hiller, R., 29
 Hunt, S., 71, 73

 Ibarra Güell, P., 207
 Ibarra, P., 207
 Izaguirre, I., XIV, 128, 129

 James, D., 85
 Jelin, E., XIII, XIV, 9, 36, 103, 112,
 126, 128, 164, 166

 Kandel, V., 21
 Kessler, G., 169, 170, 180
 Klandermans, B., 207
 Krauskopf, D., XIX
 Kriger, M., XIV
 Krottsch, P., 23

 Lander, E., 144
 Laraña, E., 71, 73
 Larraquy, M., 110, 112
 Larrondo, M., XIV, 80, 81, 163,
 164, 167

 Larrosa, J., 4
 Leandri González, R., 50
 Lefebvre, H., 121, 151
 Leuco, A., XIII
 Levine, D., 132
 Liguori, M., 32, 37, 57
 Llanos, D., 170
 Lorenz, F., XIII, 164

 Macri, M., 51, 53
 Magne, M., 128
 Mainwaring, S., 132
 Mannheim, K., 4
 Manzano, V., XIV, 106, 158, 164
 Margulis, M., 4
 Marquina, M., 19
 Marx, K., 139
 Mato, D., 9
 Mayer, N., XXI, 85, 189
 McLeod, J., 155
 Merklen, D., 9, 10
 Millán, M., 102
 Molinari, V., 188
 Mónaco, J., 161
 Montaña, M., 94
 Montero, A., 14
 Morresi, S., 51, 188
 Muiño, O., XIV
 Mutuverria, M., 188

 Natalucci, A., XI, XV, 188, 196,
 202, 209
 Neiburg, F., 51
 Nelson, C., 188
 Nique Franz, W., 202
 Nun, J., XIII, XIV, 20, 36, 73, 102,
 103
 Núñez, P., XI, XVI, 170, 179, 188

 O'Donnell, G., 157
 Offerlé, M., XX, 188
 Ollier, M., XIV, 5, 15, 167
 Osuna, M., 98, 99
 Oszlak, O., 45

 Palermo, V., 103, 112
 Passy, F., 207
 Patiño, R., 50
 Paulín, H., 177

- Pecheny, M., 28
Pereyra, S., 3, 7–10, 29, 99, 126, 127, 134, 169, 170, 180
Pérez, G., XI, XV, 188, 196, 202, 209
Pertot, W., 157, 159
Picotto, D., 18, 21, 22, 141
Plotkin, M., 50, 51
Polak, L., 157, 159, 160
Portantiero, J., XIII, XIV, 20, 36, 73, 102, 103
Pozzi, P., XIV, 32, 126
Pudal, B., XXI, 3, 26, 93, 94, 180, 189, 195

Quiroga, H., 56, 126

Reano, A., 8, 16
Rinesi, E., XXII, 133
Rocca Rivarola, D., 189, 196, 204, 216
Rodríguez, C., 169
Rodríguez, E., 51
Rosemberg, D., 161

Sautu, R., 7, 85
Sawicki, F., 189, 207
Scarfó, G., 178
Segura, D., 188
Sidicaro, R., 134
Siméant, J., 189
Smola, J., 8, 16
Soja, E., 122
Southwell, M., 182

Suriano, J., 36, 62
Surrates, A., 150
Svampa, M., 178, 192, 193

Tcach, C., 126
Tejerina, B., 207
Tello Weis, M., 97
Tenti Fanfani, E., 134
Toer, M., XIII, XIV, 22, 32, 126
Tomasini, M., 177
Tomassini, V., 188

Urresti, M., XIV, 4

Valenzuela, M., XIX
Vázquez, M., XI, XII, XIV–XVI, XIX, 31, 80, 141, 167, 169, 170, 187, 188, 192, 202, 207, 209, 216, 221
Vila, P., XIII, 17, 36
Villareal, J., 132
Vommaro, G., 51, 188, 215
Vommaro, P., XI–XV, 4, 17, 18, 21, 22, 27, 56, 80, 95, 122, 126–130, 135, 138, 141, 167, 171, 188, 192, 194, 195, 197, 202, 209, 221

Wanschelbaum, C., 161
Willemez, L., 189

Yates, L., 155

Zibechi, R., 129, 134

Colofón

La producción de este libro se realizó utilizando herramientas de *software* libre, el trabajo de edición y composición tipográfica se realizó con el lenguaje LaTeX.

Las familias tipográficas utilizadas dentro del libro son: IBM Plex, una superfamilia de tipografía abierta, diseñada y desarrollada conceptualmente por Mike Abbink en IBM con colaboración de Bold Monday y Minion un tipo serif, lanzada en 1990 por Adobe Systems. Diseñado por Robert Slimbach, está inspirada en el tipo de época del tardío Renacimiento y destinado al texto del cuerpo y la lectura extendida.

